las profecías de Daniel

José GRAU

las profecías de Daniel

GRAU

Las profecías de Daniel

Colección **Pensamiento Evangélico**

Monografías de teología bíblica y de reflexión cristiana que facilitan al estudiante, al pastor y al creyente responsable el contacto directo con las inquietudes y el testimonio del cristianismo evangélico contemporáneo.

Títulos publicados:

LA LEY Y EL EVANGELIO, por **Ernest F. Kevan y J. Grau**

LA IRA DE DIOS, por **R. V. G. Tasker**

EL SALARIO DEL PECADO, por **Leon Morris**

DIOS SE HIZO HOMBRE, por **Alan M. Stibbs y J. Grau**

EL FUNDAMENTO APOSTOLICO (Tradición - Canon - Escritura), por **José Grau**

EL CRISTIANO Y EL MUNDO, por **Hans Bürki**

IGLESIA, SOCIEDAD Y ETICA CRISTIANA, por **José M. Martínez y José Grau**

PROGRESO, TECNICA Y HOMBRE, por **Pedro Arana**

LA RACIONALIDAD DE LA REVELACION, por **Derek Bigg**

EL DEBATE CONTEMPORANEO SOBRE LA BIBLIA, por **S. Escobar, P. Arana, I. Amaya, R. Padilla, A. Kirk y P. Savage**

LA EVANGELIZACION Y LA BIBLIA, por **John Stott**

INCERTIDUMBRE MODERNA Y FE CRISTIANA, por **G. C. Berkower**

EL AMOR Y LA VERDAD, por **José Grau**

LOS CRISTIANOS Y LA POLITICA, por **K. Runia, P. Wells, J. Dengerink y E. L. Taylor**

EL BAUTISMO DEL ESPIRITU SANTO, por **Anthony Hoekema**

ESTUDIOS SOBRE APOCALIPSIS, por **José Grau**

José Grau

Las profecías de DANIEL

Estudios sobre el libro de Daniel, con atención especial a los grandes pasajes proféticos.

Y un apéndice sobre las profecías de Jesús en el Monte de los Olivos.



EDICIONES EVANGELICAS EUROPEAS
Barcelona
1977

Cumplidos los requisitos del depósito previo a la difusión, exigido por el artículo 12 de la vigente Ley de Prensa e Imprenta.

Depósito Legal: B. 46.598 - 1977

ISBN 84 - 7285 - 053 - 6

Impreso en los talleres gráficos de CLIE.
Dr. Moragas y Barret, 113-115. - TARRASA

Printed in Spain

Indice

APENDICES:

Prólogo

El libro de Daniel es una obra singular y fascinante.

En su primera parte nos ofrece una serie de datos históricos con lecciones de valor permanente para el pueblo de Dios de cualquier época. La segunda parte contiene mayormente visiones que le fueron dadas a Daniel de parte de Dios; es la sección específicamente profética en la que abundan los elementos premonitorios y apocalípticos que constituyen la base de la escatología cristiana.

La crítica radical —de la que se hacen eco, hoy, la mayoría de las ediciones católicas de la Biblia— asigna a Daniel una fecha no anterior al siglo II antes de Jesucristo, considerándolo simplemente como una obra destinada a dar ánimos y mantener el espíritu de resistencia de los judíos durante el período macabeo. Pero este punto de vista debe ser puesto*

* Entre otros libros, pueden consultarse: *Diccionario de la Biblia*, Haag van den Born, Ausejo, Herder, 1964. Artículo «Daniel», *Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, 1966.

en tela de juicio por dos razones: 1) Porque le arrebata al libro su carácter profético; y 2) porque no se apoya en una lectura imparcial de la historia ni del texto bíblico, sino que se funda, mayormente, en prejuicios de escuela y en modas frágiles. De todo ello nos ocupamos en el Apéndice 1, que trata de las objeciones de la crítica.

En épocas de violencia, sin imprentas ni multicopistas, ni ninguno de los medios de difusión que tenemos actualmente, es difícil creer que se pudiera escribir un panfleto de la extensión de Daniel, y más difícil todavía que pudiera circular a la manera de un underground paper (periódico más o menos ilegal) para fines propagandísticos. Por otra parte, los judíos no eran tan tontos como para aceptar que Daniel hubiera sido un personaje histórico si su historia se apoyase únicamente en leyendas piadosas. Además, ¿por qué tenían que inventar una ficción, si la Biblia ya es tan rica en personajes auténticos que pueden servir de ejemplo, y estímulo, a los creyentes para que sepan sufrir la tribulación con entereza? Se dan, asimismo, en el libro de Daniel una gran cantidad de datos históricos, con abundancia de detalles, que concuerdan con todo lo que se sabe de los períodos sobre los que escribe su autor y que exigen que éste fuese contemporáneo de los mismos.

Según los críticos, esto vale para el período griego en el que, según ellos, se puso en circulación la «historia de Daniel», pero lo sorprendente es que cabe decir lo mismo de los períodos babilónico y persa en los que realmente vivió Daniel, por lo que todo lo que tiene que ver con Grecia y Roma tiene que ser premonición profética.

Creemos que Daniel escribió este libro él mismo, si bien luego se hicieron copias, pero no en la profusión propagandística que requeriría la tesis crítica. El mensaje es simple y grandioso: Dios tiene el

control de la historia y puede guardar a los suyos siempre.

Esta soberanía de Dios es el mejor aliciente para el creyente, llamado a perseverar en las situaciones más difíciles y en medio de la apostasía y la incredulidad.

La mayoría de nosotros vivimos en lugares donde la gente dice de labios que es «cristiana», pero cuyas vidas nada tienen que ver con Dios. El ejemplo de Daniel nos será útil para perseverar firmes en la fe y la obediencia.

Daniel era un jovencito que todavía no había cumplido los 18 años cuando fue llevado cautivo por los babilonios, después de haber aplastado éstos a los egipcios en la batalla de Carquemís, en el año 605 antes de Cristo, y luego de haber humillado y vencido a Judá. El templo había sido profanado, y Daniel, dejando atrás una patria en ruinas, iba al exilio. Pero algo peor que las circunstancias materiales de la derrota era el criterio que muchos judíos empleaban para juzgar los acontecimientos: Jehová no tenía el mismo poder que los dioses de Babilonia, y los babilonios, por lo tanto, tenían derecho a ser los señores (Jeremías 29:22; 39:6-7).

Cuán fácil hubiera sido para Daniel deslizarse por la pendiente del fatalismo: «¿Qué puedo hacer yo...?», o dar oído a las voces del oportunismo: «De lo perdido, saquemos algo...; y vivamos sin preocuparnos demasiado»; en situaciones adversas surge la tentación de obrar de alguna de estas diferentes maneras. Pero existe todavía otra posibilidad: la del compromiso, la de la responsabilidad.

Desde el principio, Daniel decidió mantenerse firme en sus convicciones. A menudo, el testimonio que intentábamos dar se ha malogrado debido a que nuestro primer acercamiento ha sido demasiado tímido. Normalmente, Daniel no fue ningún asceta (10:3),

pero cuando entraban en juego cuestiones de principio no transigía (1:8); el caso concreto en aquella situación que relatan los primeros capítulos era que la comida de palacio que se negó a comer procedía de los templos paganos y el mismo acto de ingerir dichos alimentos era el equivalente de una ceremonia religiosa. Pablo actuaba de manera parecida: muy elástico en cuestiones secundarias, pero inflexible en los principios (1.ª Cor. 8 y también 10:14-33). Todo el libro de Daniel constantemente nos recuerda que Dios honra a quienes le honran a El.

Introducción al libro de Daniel

LA HISTORIA TIENE SIGNIFICADO

1. El libro y el hombre.

Importancia del libro de Daniel.

El libro de Daniel es uno de los más importantes de la Biblia. De su inteligencia depende la recta comprensión de otros textos y escritos bíblicos (como el *Apocalipsis*, por ejemplo).

Su contenido es tan rico que parece desproporcionado a su extensión. Alguien ha dicho que «en ninguna otra parte de la Palabra de Dios hallamos *tanto* en tan poco espacio». La revelación que transmite este libro es variada y compleja: *Historia; Teología* del Reino de Dios y de la Providencia divina; *Profecía* (libro clave en este campo tan difícil de la investigación); *Cristología* (origen del título mesiánico «Hijo del Hombre»); etc.

El joven Daniel.

Jesús le designó como «el profeta Daniel» (Mat. 24:15). ¿En qué sentido Daniel fue «profeta»? No por tener *oficio,* sino *don* profético. Para el estudio de esta distinción véase mi *Introducción a la Teología,* p. 223 y ss.

Fue llevado a Babilonia en la primera invasión que sufrió Judá el año 606 a.C. (1:1). Fue contemporáneo de toda la tragedia de la cautividad, y todavía vivía cuando Babilonia fue conquistada por los medos y los persas bajo Ciro (539 a.C.); dos años más tarde recibió aún otra visión de Dios (10:1). Fue contemporáneo —aunque mucho más joven— de Jeremías, y seguramente era de la misma edad que el profeta Ezequiel, quien le menciona en sus profecías (Ez. 14:14, 20; 28:3). Su carrera, extensa, abarcó, pues, desde el reinado de Nabucodonosor de Babilonia hasta el rey Ciro de Persia.

2. Cronología contemporánea.

El pueblo de Dios	Los Imperios gentiles
609-598. JOACIM, puesto por el faraón Neko en lugar de su hermano JOACAZ (626 a.C.).	604-562. NABUCODONOSOR edifica Babilonia; derrota al faraón Neko (Jer. 46:2; 2.° Rey. 24:1).
JOACIM es hecho vasallo por tres años. Profecías de Jeremías (Jer. 25:1-11).	El Imperio de Nabucodonosor sigue su camino ascendente.
JOACIM se rebela contra Babilonia; incursiones de caldeos y arameos (2.° Rey. 24:2). Ministerio del profeta Habacuc.	Buda en la India (604 a.C.).

El pueblo de Dios	Los Imperios gentiles
606. *DANIEL Y SUS AMIGOS* son llevados a Babilonia.	
598. JOAQUIN reina tres meses. Jerusalén, sitiada y tomada por NABUCODONOSOR. JOAQUIN es deportado y sustituido por su tío, SEDECIAS. Gran deportación de judíos a Babilonia (incluidos JOAQUIN y el profeta EZEQUIEL).	
598-587. SEDECIAS, hijo de Josías, rey de lo poco que queda en Judá. El profeta JEREMIAS se enfrenta con los falsos profetas.	El profeta EZEQUIEL, en Babilonia, predice la ruina de Jerusalén (Ez. 1:23).
587 (¿junio-julio?). Toma de Jerusalén y captura de SEDECIAS.	
Destrucción del Templo y de la ciudad de Jerusalén.	
Segunda gran deportación de judíos.	JEREMIAS en Egipto (Jer. 42 y ss.).
	562-560. AMEL MATDUK de Babilonia (Evil-Merodac) favorece a Joacim, cautivo.

El pueblo de Dios	Los Imperios gentiles
	560-556. NERIGLISAR de Babilonia.
	556. LABASHI MARDUK de Babilonia. BELSASAR reina juntamente con NABONID cuando éste se halla en Teima.
	539. CIRO, rey de medos y persas, entra en Babilonia e inaugura una nueva política de cierta «tolerancia religiosa».
	FINAL DEL IMPERIO BABILONICO. * * * COMIENZO DEL IMPERIO PERSA.
538. ZOROBABEL y otros judíos regresan a Jerusalén (Esd. 5:4 y ss.).	539-530. CIRO, rey de medos y persas.
537. Reconstrucción del Templo de Jerusalén (Esdras 3:8 y 5:16: primera etapa).	
	530-522. CAMBISES, hijo de Ciro, conquista Egipto.
	522-486. DARIO I reorganiza todo el Imperio Persa.

3. Los ataques de la crítica en contra de Daniel.

Pocos libros de la Biblia han sido objeto de tantos ataques por parte de los críticos como el libro de Daniel.

La postura tradicional, durante muchos siglos, de la Iglesia cristiana ha sido la de reconocer a Daniel como autor del libro que lleva su nombre, y que vivió, efectivamente, entre los años anteriores a 606 y 539, poco más o menos, a.C.

El primero que sembró dudas en contra de la posición cristiana tradicional fue Porfirio de Tiro (en el siglo III), un enemigo acérrimo del Cristianismo que sostuvo una opinión contraria a la de los cristianos. Afirmaba Porfirio que el libro de Daniel había sido obra de un judío piadoso en la época de los macabeos, en el siglo II a. de C., y no un producto del siglo VI a.C.

A partir del siglo XIX la opinión de Porfirio ha sido resucitada por la crítica liberal y es la postura más generalizada de los críticos no evangélicos. Actualmente, y de modo creciente, la Iglesia romana está aceptando esta posición (*cf.*, por ejemplo, la Introducción al libro de Daniel en la *Biblia de Jerusalén*).

Los motivos, «razones» u objeciones de la crítica se agrupan en tres bloques principales:

1. Objeciones contra la claridad de las predicciones.
2. Objeciones contra el lenguaje (arameo y hebreo).
3. Objeciones de orden histórico.

En el Apéndice 1 discutimos todas estas objeciones.

La posición evangélica, mantenida durante siglos por los judíos y la Iglesia cristiana, se halla expuesta en las siguientes obras: *The New Bible Dictionary; The New Bible Commentary;* J. C. Whitcomb, *Darius*

the Mede, y Edward J. Young, *The Prophecy of Daniel*, entre otros.

4. Bosquejo del libro de Daniel.

Capítulos históricos narrados en tercera persona	I. Daniel escala el poder (1:1-21). II. Los sueños del rey interpretados por Daniel (2:1-49).
A los reyes es revelado el destino de los Imperios con la ayuda de Daniel, quien descifra los sueños .	III. El episodio del fuego (3:1-30). IV. Un segundo sueño interpretado por Daniel (4:1-37). V. La fiesta de Belsasar y la mano misteriosa (5:1-37).
Daniel habla en primera persona y describe visiones de Dios sobre el destino del pueblo del Señor en relación con los Imperios gentiles . .	VI. Daniel en la cueva de los leones (5:31 - 6:28). VII. La visión de las cuatro bestias (7:1-28). VIII. La visión del carnero y el macho cabrío (8:1-27). IX. La oración de Daniel (9:1-23). X. La profecía de las setenta semanas (9:24-27). XI. La visión de Dios (10:1 - 11:1). XII. La revelación del futuro (11:2-20). XIII. Los tiempos de Antíoco Epifanes y del Anticristo (11:21 - 12:3). XIV. La conclusión de la profecía (12:4-13).

5. Propósito del libro de Daniel.

Es un producto del exilio. Sirve para mostrar que este exilio no iba a ser permanente. Más bien, la nación que había conquistado a Judá desaparecería ella misma de la historia, siendo reemplazada por otros tres imperios sucesivos. Pero, mientras surjan estos imperios, el Dios de los cielos y tierra erigirá otro reino, el Reino de Dios, que, a diferencia de los demás reinos del mundo, será universal y eterno. El propósito del libro de Daniel es enseñar la verdad de que incluso cuando el pueblo de Dios se halla cautivo en manos de paganos, Dios sigue siendo soberano Señor de señores y Rey de reyes, y, por consiguiente, quien dispone de los tronos y de los imperios.

El creyente halla consuelo sabiendo que la Providencia rige el destino del mundo y su propio destino.

6. Bosquejo de las profecías de Daniel.

Imperios mundiales	*Sueño de Nabucodonosor* (Daniel 2:31-45)	*Sueños de Daniel* (Daniel 7:1-28)	(Daniel 8:1-27)
Babilonia (606-536)	Cabeza de oro	León	
Medo-Persia (536-330)	Pecho y brazos de plata	Oso	Carnero
Grecia (330-146)	Vientre y lomos de bronce	Leopardo	Macho cabrío
Roma (146-476 d.C.)	Piernas de hierro	La bestia con los diez cuernos	
El Anticristo	Pies de arcilla y de hierro		
CRISTO	La piedra desprendida sin intervención de mano alguna		

La historia de la salvación se proyecta sobre la historia de estos cuatro grandes imperios: Babilonia, Mado-Persia, Grecia y Roma. Cristo (2:44) aparecerá en los días del cuarto imperio. El Anticristo surgirá de alguna clase de continuidad de este mismo cuarto imperio.

Por encima de los avatares de la humanidad, Dios va trazando su propio plan de salvación.

DANIEL

DANIEL Y SUS COMPAÑEROS EN BABILONIA

1 En el año tercero del reinado de Joacim rey de Judá, vino
Nabucodonosor rey de Babilonia a Jerusalén, y la sitió.
2 Y el Señor entregó en sus manos a Joacim rey de Judá, y
parte de los utensilios de la casa de Dios; y los trajo a tierra
de Sinar, a la casa de su dios, y colocó los utensilios en la
casa del tesoro de su dios.
3 Y dijo el rey a Aspenaz, jefe de sus eunucos, que trajese
de los hijos de Israel, del linaje real de los príncipes,
4 muchachos en quienes no hubiese tacha alguna, de buen
parecer, enseñados en toda sabiduría, sabios en ciencia y de
buen entendimiento, e idóneos para estar en el palacio del rey;
y que les enseñase las letras y la lengua de los caldeos.
5 Y les señaló el rey ración para cada día, de la provisión
de la coma del rey, y del vino que él bebía; y que los criase
tres años, para que al fin de ellos se presentasen delante del rey.
6 Entre éstos estaban Daniel, Ananías, Misael y Azarías, de
los hijos de Judá.
7 A éstos el jefe de los eunucos puso nombres: puso a Daniel,
Belsasar; a Ananías, Sadrac; a Misael, Mesac; y a Azarías,
Abed-nego.
8 Y Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la
porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía;
pidió, por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligase
a contaminarse.
9 Y puso Dios a Daniel en gracia y en buena voluntad con
el jefe de los eunucos;
10 y dijo el jefe de los eunucos a Daniel: Temo a mi señor
el rey, que señaló vuestra comida y vuestra bebida; pues luego
que él vea vuestros rostros más pálidos que los de los mucha-
chos que son semejantes a vosotros, condenaréis para con el
rey mi cabeza.
11 Entonces dijo Daniel a Melsar, que estaba puesto por el
jefe de los eunucos sobre Daniel, Ananías, Misael y Azarías:
12 Te ruego que hagas la prueba con tus siervos por diez
días, y nos den legumbres a comer, y agua a beber.

13 Compara luego nuestros rostros con los rostros de los mu-
chachos que comen de la ración de la comida del rey, y haz
después con tus siervos según veas.
14 Consintió, pues, con ellos en esto, y probó con ellos diez
días.
15 Y al cabo de los diez días pareció el rostro de ellos mejor
y más robusto que el de los otros muchachos que comían de
la porción de la comida del rey.
16 Así pues, Melsar se llevaba la porción de la comida de ellos
y el vino que habían de beber, y les daba legumbres.
17 A estos cuatro muchachos Dios les dio conocimiento e
inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo en-
tendimiento en toda visión y sueños.
18 Pasados, pues, los días al fin de los cuales había dicho
el rey que los trajesen, el jefe de los eunucos los trajo delante
de Nabucodonosor.
19 Y el rey habló con ellos, y no fueron hallados entre todos
ellos otros como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; así pues,
estuvieron delante del rey.
20 En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les
consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y
astrólogos que había en todo su reino.
21 Y continuó Daniel hasta el año primero del rey Ciro.

Capítulo 1

Daniel, hombre de Dios y hombre de su tiempo

DANIEL 1

1. El tiempo en que vivió Daniel (vs. 1-2).

«En el año tercero del reinado de Joacim rey de Judá, vino Nabucodonosor rey de Babilonia a Jerusalén y la sitió. Y el Señor entregó en sus manos a Joacim rey de Judá y parte de los utensilios de la casa de Dios... Y dijo el rey de Babilonia a Aspenaz, jefe de los eunucos, que trajese de los hijos de Israel, del linaje real de los príncipes, muchachos en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer, enseñados en toda sabiduría, sabios en ciencia y de buen entendimiento, e idóneos para estar en el palacio del rey; y que les enseñase las letras y la lengua de los caldeos» (Dan. 1:1-4; *cf.* 2.° Rey. 24:1 y ss.; 2.° Cr. 36:5-7).

Según Jeremías (25:1; 46:2), la expedición de Nabucodonosor tuvo lugar en el año cuarto de Joacim, mientras que Daniel afirma haberse producido en el

tercer año. ¿A qué se debe esta diferencia? Simplemente al hecho de que Daniel contaba según el método de Babilonia, en el que se consideraba como primer año el que seguía al de la coronación del rey. Entre el sistema hebreo y el babilónico había siempre un año de diferencia. El «año tercero» de Babilonia es el «cuarto» en Palestina (*cf.* E. J. Young, «Daniel», art. en *New Bible Commentary,* p. 690; D. J. Wiseman, «Some Historical Problems in the Book of Daniel», en *Notes on Some Problems in the Book of Daniel,* pp. 16-18; del mismo autor, *Chronicles of Chaldean Kings,* p. 26: «Jehoikaim King of Juda»).

Joacim había subido al poder con el apoyo del rey de Egipto: en realidad se mantenía en el trono como vasallo del país del Nilo. Fue un monarca malvado e impío. Después de reinar tres años —según el calendario de Babilonia— se convirtió en satélite del nuevo Imperio que empezaba a surgir, pasando de la influencia egipcia a la babilónica. Además de malo, Joacim fue un torpe político, un pésimo gobernante que no hizo sino provocar el inevitable desastre final del pueblo de Judá.

Babilonia se convirtió en la primera potencia mundial (*cf.* 2.° Rey. 23:7) y la diplomacia del momento aconsejaba estar bien con este Imperio naciente y no atraerse su desfavor. Joacim, sin embargo, se rebeló. Reinó todavía durante ocho años, pero acosado constantemente por el avance arrollador de los ejércitos caldeos que, palmo a palmo, iban destruyendo la tierra de Palestina (*cf.* 2.° Rey. 23:36 - 24:9; Jer. 22:18, 19; 36:30). Era comprensible, y previsible, esta reacción de Babilonia. El libro de Reyes, sin embargo, al igual que Daniel ve en todo ello la mano de Dios («Jehová envió contra Joacim tropas..., conforme a la palabra de Jehová que había hablado por sus siervos los profetas. Ciertamente, vino esto por mandato de Jehová...» (2.° Rey. 24:3, 4).

No se afirma que Nabucodonosor atacase Jerusalén en calidad de rey; en realidad, hay que entender la expresión «rey de Babilonia» (Dan. 1:1) como prolepsis (figura retórica que anticipa ciertos detalles de lo que se narra aunque todavía no haya sucedido). Es el punto de vista del que escribe, quien, anticipadamente, aclara lo que Nabucodonosor llegaría a ser, por saberlo ya en calidad de narrador posterior de los eventos (*cf.* art. «Daniel», en *Wycliffe Bible Commentary*).

Daniel no dice tampoco —como es la opinión de algunos críticos— que Nabucodonosor tomase personalmente la ciudad de Jerusalén. Puede haber sucedido, como sugiere Beroso (*cf.* Josefo, *Contra Apionem,* 1:19; *Antigüedades,* X, 11.1), que, estando en el asedio de Jerusalén, le llegaran las noticias de la muerte de su padre y regresara inmediatamente a Babilonia para hacerse cargo del poder.

En el versículo 2 —y al igual que hemos visto en 2.° Rey. 24— Daniel se convierte en verdadero intérprete (intérprete inspirado) de la historia: «El Señor (fue quien) entregó en sus manos (en las manos de Nabucodonosor) a Joacim rey de Judá.» «No es difícil para Jehová salvar con muchos o con pocos» (1°. Sam. 14:6), ni tampoco lo es el *destruir,* si El así lo ha decretado. Más adelante, en Daniel 4:17, encontraremos una afirmación todavía más explícita del gobierno de Dios en la historia del mundo. Nabucodonosor, en última instancia, no es más que un instrumento de Dios, es decir, «su siervo» (Jer. 25:9), pues hace aquello que el Señor quiere que sea hecho.

Dios puede usar la soberbia y la ambición de los tiranos para castigar a otros pueblos —o a sus mismos hijos— cuando la impiedad y la injusticia de éstos ha llegado ya a su clímax máximo (Jer. 25:12-14). En su soberanía, el Señor mueve los hilos de la historia y la conduce según sus propósitos.

Mas no sólo Joacim fue entregado en manos de los babilonios, también los utensilios de valor de la casa de Jehová, es decir: del Templo de Jerusalén. Se cumplían así las advertencias de Jeremías contra quienes habían confiado en las paredes del Templo, con más superstición que fe verdadera, imaginando que Dios no abandonaría nunca la santa ciudad ni su santo Templo (Jer. 7; *cf.* Mat. 21:13). Los pecados del pueblo trajeron el gradual empobrecimiento de la casa de Dios; ésta se levantaba, con sus grandezas o miserias, en señal de fe o de apostasía, a la manera de signo que delataba el estado espiritual de Judá. Aquel hermoso Templo, tan embellecido y enriquecido por Salomón, sufrió el sacrilegio, primero, de los mismos judíos y, después, de los extraños (1.° Rey. 14:25-26; 2.° Rey. 14:16; 18:13-16; 24:8-13; Jer. 27:16-22; 52:17-23). En Daniel 5 se nos ofrece un cuadro lamentable de profanación de los vasos del Templo de Jerusalén, usados para usos comunes por el rey y sus concubinas. En Esdras 1:7-11 tenemos la contrapartida feliz de su devolución a Jerusalén.

2. El lugar, y la manera, en que vivió Daniel (vs. 3-16).

Deportado a Babilonia juntamente con otros jóvenes hebreos (vs. 6-7) a quienes fue cambiado su nombre de origen por otros más de acuerdo con la fonética caldea, Daniel también quedó sometido al cuidado de Aspenaz, «jefe de los eunucos». Los «eunucos» —hombres castrados— solían ser los guardianes de los harenes orientales. A veces, sin embargo, el vocablo hacía referencia, en términos generales, a todos «los oficiales», o aun empleados, de palacio; de modo que se convertía en una designación genérica. No hemos de suponer, pues, necesariamente que Aspenaz, o los jóvenes y demás personas a su

cargo, fueran eunucos literalmente. Si bien, por supuesto, los verdaderos eunucos se hallaban igualmente bajo las órdenes de Aspenaz.

Los deportados son llamados «hijos de Israel». Originalmente este título perteneció a todos los descendientes de Jacob (o Israel), pero más tarde quedó limitado a las diez tribus que se instalaron en el norte de Palestina y que se independizaron de Judá al rebelarse contra el hijo de Salomón —Roboam— y seguir a Jeroboam (1.° Rey. 11:13; 12:19). Pero, luego de la destrucción de este reino septentrional —conocido por Israel— a manos de Asiria, el nombre de Israel volvió a su primitivo origen para designar a todos los descendientes de Jacob, a los hebreos en general.

El versículo 4 describe la clase de jóvenes que querían en el palacio del rey de Babilonia: mentes sanas en cuerpos sanos. Salud y talentos naturales, así como capacidad para el desarrollo posterior de ambas aptitudes psicosomáticas. Sólo así podrían convertirse en siervos idóneos del palacio imperial. En el versículo 5 se indica que el mismo monarca se interesó por la alimentación —«ración para cada día»—, que tenía que ser idéntica a la suya, tomada de «la provisión del rey».

«Y Daniel propuso en su corazón no contaminarse» (v. 8). Admirable actitud. Daniel tomó la decisión de no contaminarse en la mesa real. ¿Había algo malo en la comida, o en la bebida del palacio? ¿No era manjar escogido especialmente para el rey y sus más directos allegados? ¿Qué podía, pues, tener de malo?

La actitud de Daniel, y de sus compañeros con él, debe ser estudiada dentro del contexto general de enseñanzas de la Biblia sobre la comida y la bebida en el pueblo de Dios.

La opinión de Jesús sobre el particular aparece diáfanamente expuesta en Mateo 5:11. Aunque re-

comienda moderación siempre, sin embargo ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento no ordenan jamás la abstinencia como virtud religiosa *per se*. Nunca se ordena la privación de comidas o bebidas en base a principios morales o en aras de una mayor espiritualidad. El problema es de orden *ceremonial* y tiene, también, mucho que ver con el *testimonio*, es decir: con lo que los demás puedan entender o malentender. En el fondo, se trata de un problema de comunicación. La eficacia del testimonio se halla siempre relacionada con problemas de comunicación. Para los antiguos, la religión era algo que tenía que ver con todos los ámbitos de la existencia; les afectaba totalmente y condicionaba las múltiples esferas de su actividad cotidiana. Incluso el acto de comer, o el de beber, adquiría sentido ritual o místico. Y aun la misma operación de matanza de animales para el consumo de carne no se realizaba sin el acompañamiento de alguna ceremonia religiosa. La vianda que iba destinada al palacio, sobre todo, era sacrificada con un ritual todavía más solemne si cabe; ritual pagano por el que la carne quedaba consagrada a alguna divinidad. Entonces la comida en la mesa real tenía todo el carácter de una participación mágica —una comunión esotérica— con el dios al cual había sido consagrada. Se comprende, pues, que los judíos tuvieran prohibido el ingerir carne sacrificada a los ídolos (Ex. 34:15), ya que ello equivalía a «servir a otros dioses» en público. Al salir al extranjero, los hebreos se enfrentaban siempre con este problema (Os. 9:3, 4; Ez. 4:13, 14). El vino era sometido a parecidas ceremonias y planteaba los mismos conflictos de conciencia y de testimonio, pues su finalidad última adquiría asimismo caracteres cúlticos.

Otra complicación que se sumaba a las anteriores estribaba en que la carne sacrificada en mataderos

paganos no había sido ejecutada con los cuidados e instrucciones de la ley levítica (*cf.* Lev. 3:17; 6:26; 17:10-14; 19:26).

El mismo, o parecido, problema ritual se plantea en el Nuevo Testamento. En las cartas a los corintios, el apóstol Pablo trata el tema con cierta amplitud (especialmente en 1.ª Cor. 8 y 10). Lo fundamental, en su opinión, es el amor y la comprensión en favor del hermano débil y el testimonio ante los extraños. Pero, de suyo, ni la carne ni el vino son malos. Todo depende del valor que se les asigne, o de los malentendidos que suscite el uso de estas cosas.

Por otra parte, conviene no olvidar que el vino era de uso común entre los hebreos (Sal. 104:15; Is. 55:1; Neh. 5:18, en donde se usa el mismo vocablo *Yayin*). Sin embargo, del vino —como de cualquier otro don de Dios— puede hacerse un mal uso y es entonces cuando la Escritura advierte en contra (Prov. 20:1; 23:20, 30, 31); ciertas «órdenes religiosas» tenían prohibido el uso del vino (Núm. 6:3, 20; Jue. 13:1-17; Jer. 35:1-14) por razones de disciplina y autodominio; entre los nazareos esta prohibición sólo afecta el tiempo estricto en que duraba su consagración. Los sacerdotes no podían beber vino inmediatamente antes de entrar a desempeñar sus funciones en el Templo (Lev. 10:1-9), y a los reyes se les desaconsejaba su degustación (Prov. 31:4, 5) para así poder cumplir mejor sus mandatos. Este consejo a la realeza, que hallamos en Proverbios 31, parece, no obstante, que se refiere más bien al abuso de bebidas en momentos poco oportunos del ejercicio del gobierno.

A la luz de todas estas consideraciones, se comprenderán mejor la naturaleza y la clase de escrúpulos de Daniel y sus compañeros. El joven exiliado se dirigió al jefe de los oficiales bajo cuyo cuidado

se encontraban, y Dios le dio gracia para congraciarse su amistad y mover favorablemente su disposición. Tal ruego no dejaba de implicar riesgos para Aspenaz, pues la actitud de Daniel hubiera podido ser interpretada como un desacato, incluso como una ofensa, al favor del rey, cuando en realidad sólo se trataba de permanecer fiel a sí mismo como judío y como creyente.

La dieta a que se sometieron los jóvenes hebreos no les perjudicó en absoluto, más bien todo lo contrario (vs. 11-15), de modo que, constantemente, la mano de Dios se hizo presente en la vida de aquellos jóvenes. Dios es soberano en medio de los reinos de este mundo y a través de las vicisitudes de las naciones. Pero también lo es en la vida cotidiana de sus hijos. Señor en medio de las naciones y Señor en medio de sus redimidos. Dios de amor, de gracia y de poder, no sólo en Israel, sino en Babilonia también.

3. La sabiduría que Daniel adquirió (vs. 17-21).

«A estos cuatro muchachos Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueño» (v. 17; *cf.* v. 20).

La vida de aquellos cuatro muchachos se hallaba en manos de Dios. Y Dios no solamente les protegió, sino que les concedió aquellos dones, aquellas habilidades y aptitudes que mejor pudieran servirles para su testimonio y trabajo en Babilonia.

El Señor les otorgó conocimiento e inteligencia. El vocablo que primeramente aparece aquí: «*conocimiento*» (*maddá*), significa «pensar», y alude a aquel proceso racional de la mente que nos conduce a discernir entre la verdad y el error, entre lo falso y lo auténtico, como su empleo en Eclesiastés 10:12 indica claramente.

Viene luego «*inteligencia*» (*seper*), palabra hebrea que usualmente denota «libro», pero que tanto aquí como en Daniel 1:4 tiene que ver con el mundo de las letras y, por lo tanto, significa el conocimiento que se adquiere con la lectura; de ahí la traducción: «inteligencia en todas las letras y ciencias (que se explican en los libros)». Hace referencia al aprendizaje, al estudio perseverante de la sabiduría que nos han legado los demás y que se halla a nuestro alcance en los libros.

El otro vocablo, «*entendimiento*» (*hakma*), representa, en términos generales, la sabiduría inteligentemente ordenada en principios, sistematizada en un cuerpo de doctrina coherente; es lo que nosotros hoy denominaríamos sistemas, o escuelas, científicos o literarios. Las «ciencias y las letras». Por este vocablo se designa, a veces, todo el acervo cultural del Cercano Oriente (*cf.* S. R. Driver, «Daniel», en *Cambridge Bible for Schools and Colleges*). Los descubrimientos arqueológicos han demostrado que esta civilización asiria y babilónica incluía todo lo que en aquel tiempo se sabía sobre astronomía, matemáticas, agricultura, arquitectura, meteorología, lingüística, leyes, etc. El problema consistía en que los elementos científicos de todas estas disciplinas venían mezclados con la superstición, y así, por ejemplo, era difícil (para ellos imposible, pues ni siquiera tenían conciencia del problema como nosotros) trazar la frontera que separaba la astronomía (muy adelantada ya en aquel tiempo) y la astrología (condenada siempre por los profetas de Israel —Deut. 4:19-20; Jer. 10:3; Is. 47:13-14—). Se necesitaba una sabiduría controlada por Dios para no sucumbir ante aquel sincretismo religioso-mágico-científico. Esta sabiduría le fue concedida a Daniel. El pudo testificar de Dios en las más altas esferas del poder y del saber de Babilonia sin contaminarse con sus supersticiones.

Hay más todavía: Dios pudo servirse de aquella cultura para sus fines. «*Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños*» (v. 17); y aún dice el texto que el rey halló mejores, y más entendidos, que «todos los magos y astrólogos del reino» (v. 20) a los jóvenes hebreos.

Por cierto que esta alusión a «toda *visión* y *sueños*» refleja el fondo indiscutiblemente babilónico del libro, en contra de la opinión de algunos críticos.

La gran lección aquí es que, lejos de convertirse ellos a la mentalidad pagana, los jóvenes hebreos se sirvieron de dicha mentalidad para glorificar a Dios. Asimilaron aquella cultura para testificar del verdadero Dios, no para negarle. Tenemos esbozado aquí el programa de todo estudiante creyente, la vocación del intelectual cristiano, que vive y piensa dentro de las coordenadas culturales de su tiempo.

«*Y continuó Daniel hasta el año primero del rey Ciro*» (v. 21). Este versículo quiere indicar, simplemente, que Daniel contempló la caída de Babilonia y fue espectador de la subida a la hegemonía mundial del Imperio Persa que le sucedió. Esto no significa que Daniel continuara *solamente* hasta Ciro y que luego muriera inmediatamente. Más bien quiere decir que el primer año de Ciro marcó el fin del exilio, acontecimiento glorioso que Daniel vivió. Y que se menciona precisamente con esta intención: declarar que entonces Daniel todavía vivía. El lenguaje original hebreo no implica que Daniel continuara ministrando tan sólo hasta entonces y no después.

4. Daniel, hombre de Dios y hombre de su tiempo.

Destacan en Daniel dos características igualmente necesarias para servir eficazmente a Dios en cualquier tiempo, lugar y circunstancia: fue un hombre de Dios y un hombre de su tiempo.

Desgraciadamente, una lectura excesivamente pietista del libro ha llevado a enfatizar solamente el primer rasgo en detrimento —cuando no el total descuido— del segundo. El capítulo primero, sin embargo, presenta a un Daniel con ambas virtudes. Si tenemos que comprender lo que el texto dice, sin prejuicios, hemos de aceptar esta doble dimensión de su personalidad y de su ministerio, que podríamos definir como *fidelidad* y *adaptabilidad.*

1) *Fidelidad.* Queda magistralmente apuntada en el versículo 8, ya clásico en toda la literatura y la homilética cristianas. Lealtad a Dios, temor del Señor y resolución firme de mantenerse fiel a su Palabra.

2) *Adaptabilidad.* Daniel fue plenamente un hombre de su época, inmerso en su cultura y sus problemas. Los versículos 17 y 20 dan fe de ello.

Esta misma combinación la hallamos en Pablo, también siervo de Dios y al mismo tiempo hombre profundamente arraigado a su tiempo. El mismo nos dice que se hizo todo a todos para ganar a más (1.ª Cor. 9 y ss.). También en Moisés se dan cita ambas virtudes; de él nos dice el texto sagrado que fue entendido en toda la sabiduría de los egipcios, además de ser enseñado por Dios en el desierto (Hech. 7:22), lo que le permitió comunicar el mensaje del Señor en términos eficazmente inteligibles para Faraón y su pueblo.

Todos estos hombres vivieron para Dios y para sus contemporáneos, sirviéndoles con amor y sacrificio. No se trata tan sólo de una cuestión cultural, sino eminentemente espiritual, porque es prueba de amor a los hombres, a sus necesidades y problemas. El profeta del Señor no puede pretender la comunicación a distancia, tiene que zambullirse en el río de su tiempo, en el fluir de su época, si quiere ser escuchado. Pero, al mismo tiempo, tiene que perma-

necer fiel: su mensaje fundamental no puede ser otro que «todo el consejo de Dios» (Hech. 20:27).

Encontramos otras vertientes del carácter de Daniel igualmente aleccionadoras y ejemplares:

3) *Determinación.* «Propuso en su corazón...» Es decir: que obró, no por meros impulsos o esporádicas emociones, sino por firme resolución perseverante, continuada y cultivada constantemente. La piedad de Daniel no era como la de los contemporáneos de Oseas —«la piedad vuestra es como nube de la mañana, y como el rocío de la madrugada, que se desvanece» (Os. 6:4)—, sino una resolución firmemente tomada y firmemente mantenida.

Uno de los más graves defectos de los cristianos hispanoparlantes es la inconstancia, la impotencia de perseverar; rasgo que acaso sea debido, en parte, a nuestra idiosincrasia latina, pero que conviene rectificar sin demora. Demasiados propósitos fallidos, demasiadas empresas comenzadas y nunca acabadas, demasiadas resoluciones tomadas y luego olvidadas, demasiadas promesas incumplidas, demasiados entusiasmos abortados en el mismo instante de su nacimiento. Daniel tiene mucho que enseñarnos en este punto.

4) *Resistencia al mal.* Aunque se hallaba lejos de Palestina, a cubierto de las miradas escrutadoras de sacerdotes y rabinos judíos, tanto Daniel como sus compañeros supieron mantenerse fieles. Allí, en Babilonia, no había sinagogas, no había Templo de Jehová, no había levitas, no había rabinos; incluso sus mismos nombres habían sido cambiados, de modo que podían, si querían, sentirse totalmente desligados del pasado, pero prefirieron mantener su propia identidad espiritual. Tuvieron todas las ocasiones (y todas las «disculpas» que nosotros solemos inventar para soslayar la voluntad de Dios) en su favor para pecar. Lo más fácil, lo más inmediatamente

a su mano, era vivir como paganos. Pero decidieron no pecar contra Jehová y mantenerse incólumes en su resistencia al mal.

Y es que aquellos muchachos no actuaban de cara a la galería; vivían delante de Dios. Eran fieles a sí mismos y a su Señor. De ahí que, aunque a salvo de las críticas de los maestros hebreos, fueron auténticos y mostraron un idéntico temple moral y espiritual en el extranjero que en casa. Jamás olvidaron su vocación y aquello que daba sentido a su vida (*cf.* Mat. 10:26-28; Stg. 4:7).

5) *Humildad.* Ni Daniel ni ninguno de sus amigos hicieron jamás alarde de su fe, de sus talentos o de la posición que conquistaron en la corte de Babilonia. No eran pedantes, no se inclinaban al exhibicionismo moral o espiritual que tanto daño causa al pueblo de Dios y a la obra de Dios en el mundo. Cuando hubo necesidad, supieron ser héroes. Pero nunca se pavonearon de ello. Un estudio atento de las vicisitudes de Daniel, y sus pruebas, en Babilonia revela la cortesía, el tacto, las buenas maneras con que supo tratar siempre a cuantos se relacionaban con él. Ciertamente, no fue su defecto la pedantería; esta mancha que empaña los gestos más nobles y ensombrece las cualidades de los mejor dotados, en demasiados casos. Respetuoso con los superiores, aun en los momentos en que se enfrentó con ellos para defender sus conviccioоes. Aunque, como Pedro (Hech. 5:29), creyera que debía obedecer a Dios antes que a los hombres, no por ello menospreció a éstos, dando a cada uno el honor que le correspondía y el respeto que merecía, en una línea que, siglos más tarde, definirá Pablo (*cf.* Rom. 13:1-8) demostrando que la humildad y el respeto que sabe pagar a cada uno según su dignidad, es fruto del amor y uno de los aspectos en que la regla de oro cumple la ley y

la voluntad divinas (*cf.* Rom. 13:9-10). Esto hizo de Daniel un contestatario inteligente y poderoso.

5. Testimonio inteligente y oportuno.

Daniel planteó claramente, desde el comienzo, las exigencias de su fe (v. 8). Y «pidió», por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligase a contaminarse. Lejos de toda ambigüedad, duda o vacilación, desde el primer instante de su residencia en Babilonia planteó su postura y reveló su identidad espiritual.

Nada perjudica tanto y hace peligrar nuestro testimonio como la indecisión, la vacilación, la falta de una firme determinación desde *el comienzo* de nuestra llegada a cualquier lugar, o etapa de nuestra vida. Si desde el principio, en nuestros lugares de trabajo, entre los amigos, en la familia y en la sociedad en general en medio de la cual nos movemos; si desde el instante mismo de nuestra conversión a Cristo no declaramos nuestra fe, corremos el peligro de que luego se nos haga más difícil el testimonio y no encontremos nunca la oportunidad para ello, imaginando dificultades e impedimentos —reales o ficticios— que imposibilitan la proyección clara y poderosa de nuestra fe. Por el contrario, si manifestamos nuestra vivencia espiritual desde el primer instante, con toda naturalidad y sin rubor, nuestro testimonio tiene ya ganado mucho camino.

Daniel tiene también en este aspecto un precioso mensaje que ofrecernos. Subraya la necesidad de presentarnos tal como somos, sinceramente auténticos. Nuestra identidad espiritual no debe quedar velada, o disminuida, por ambigüedades de cobardía, de indecisión o de torpeza, que sólo producen malentendidos, frustración y fracaso.

6. El valor de la preparación.

Los jóvenes que pidió Nabucodonosor para que le sirvieran en palacio (v. 4) no sólo debían ser aptos para aprender durante tres años la sabiduría de los caldeos, sino que tenían que ser también muchachos ya «*enseñados en toda sabiduría y de buen entendimiento*».

No era cuestión tan sólo de aprender en Babilonia, sino que tenían que haber aprendido ya en sus tierras de origen. En el caso de Daniel, jóvenes instruidos en el legado cultural y espiritual de Judá. Aquí tenemos el valor que le otorga a una persona su preparación, su adiestramiento intelectual, profesional, social, etc. Pero, además, en este caso, se trata del valor de la preparación espiritual. Daniel demostró poseer esta educación religiosa, de la que sabría sacar el alimento para su fe y el estímulo para su perseverancia y su valentía.

¿Dónde había recibido Daniel esta preparación? Además de la parte que, seguramente, desempeñaron en ella los rabinos y los sacerdotes de Jerusalén, no podemos descartar la labor de sus padres o de algún allegado familiar. Aún más: dado el estado de apostasía y de relajación en que se hallaba el sacerdocio en Judá inmediatamente antes de la cautividad (y buen ejemplo de ello lo tenemos en el trato que recibió el profeta Jeremías en Jerusalén), es muy probable que el aprendizaje bíblico de Daniel hubiera corrido a cargo de sus padres o gentes del «remanente fiel» con las que, providencialmente, entraría en contacto desde su misma niñez. Su fe es demasiado personal e intensa para que se deba a la simple instrucción rutinaria de los levitas; demasiado viva para que nazca del mero estudio de una asignatura.

La resistencia al mal no es algo connatural al niño; más bien ocurre todo lo contrario, por natu-

raleza el adolescente se siente atraído por las prácticas pecaminosas y por la impiedad. La resistencia al mal debe proceder de un carácter forjado en ambientes de piedad —siendo el hogar el mejor de ellos—, en donde al niño y al joven se les enseña a odiar el mal y la impiedad por amor a Dios, suprema bondad y suprema justicia. El niño debe ser enseñado (Heb. 12:9-13; Prov. 3:11-12; *cf.* los hijos de Elí en 1.° Sam. 2:12-30), puesto que la fe, la piedad, la moral y la conducta recta no surgen espontánea o automáticamente, sino que deben ser suscitadas por la Palabra de Dios y por la aplicación de esta Palabra a la vida cotidiana.

TEXTO BIBLICO

DANIEL INTERPRETA EL SUEÑO DE NABUCODONOSOR

**2 En el segundo año del reinado de Nabucodonosor, tuvo
Nabucodonosor sueños, y se perturbó su espíritu, y se le
fue el sueño.
2 Hizo llamar el rey a magos, astrólogos, encantadores y
caldeos, para que le explicasen sus sueños. Vinieron, pues,
y se presentaron delante del rey.
3 Y el rey les dijo: He tenido un sueño, y mi espíritu se ha
turbado por saber el sueño.
4 Entonces hablaron los caldeos al rey en lengua aramea: Rey,
para siempre vive; di el sueño a tus siervos, y te mostraremos
la interpretación.
5 Respondió el rey y dijo a los caldeos: El asunto lo olvidé;
si no me mostráis el sueño y su interpretación, seréis hechos
pedazos, y vuestras casas serán convertidas en muladares.
6 Y si me mostrareis el sueño y su interpretación, recibiréis
de mí dones y favores y gran honra. Decidme, pues, el sueño
y su interpretación.
7 Respondieron por segunda vez, y dijeron: Diga el rey el
sueño a sus siervos, y le mostraremos la interpretación.
8 El rey respondió y dijo: Yo conozco ciertamente que vos-
otros ponéis dilaciones, porque veis que el asunto se me ha ido.
9 Si no me mostráis el sueño, una sola sentencia hay para
vosotros. Ciertamente preparáis respuesta mentirosa y perversa
que decir delante de mí, entre tanto que pasa el tiempo. Decid-
me, pues, el sueño, para que yo sepa que me podéis dar su
interpretación.
10 Los caldeos respondieron delante del rey, y dijeron: No hay
hombre sobre la tierra que pueda declarar el asunto del rey;
además de esto, ningún rey, príncipe ni señor preguntó cosa
semejante a ningún mago ni astrólogo ni caldeo.
11 Porque el asunto que el rey demanda es difícil, y no hay
quien lo pueda declarar al rey, salvo los dioses cuya morada
no es con la carne.
12 Por esto el rey con ira y con gran enojo mandó que ma-
tasen a todos los sabios de Babilonia.**

13 Y se publicó el edicto de que los sabios fueran llevados
a la muerte; y buscaron a Daniel y a sus compañeros para
matarlos.
14 Entonces Daniel habló sabia y prudentemente a Arioc,
capitán de la guardia del rey, que había salido para matar a
los sabios de Babilonia.
15 Habló y dijo a Arioc capitán del rey: ¿Cuál es la causa
de que este edicto se publique de parte del rey tan apresura-
damente? Entonces Arioc hizo saber a Daniel lo que había.
16 Y Daniel entró y pidió al rey que le diese tiempo, y que
él mostraría la interpretación al rey.
17 Luego se fue Daniel a su casa e hizo saber lo que había a
Ananías, Misael y Azarías, sus compañeros,
18 para que pidiesen misericordias del Dios del cielo sobre
este misterio, a fin de que Daniel y sus compañeros no perecie-
sen con los otros sabios de Babilonia.
19 Entonces el secreto fue revelado a Daniel en visión de
noche, por lo cual bendijo Daniel al Dios del cielo.
20 Y Daniel habló y dijo: Sea bendito el nombre de Dios
de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría.
21 El muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone
reyes; da la sabiduría a los sabios, y la ciencia a los entendidos.
22 El revela lo profundo y lo escondido; conoce lo que está
en tinieblas, y con él mora la luz.
23 A ti, oh Dios de mis padres, te doy gracias y te alabo,
porque me has dado sabiduría y fuerza, y ahora me has reve-
lado lo que te pedimos; pues nos has dado a conocer el asunto
del rey.
24 Después de esto fue Daniel a Arioc, al cual el rey había
puesto para matar a los sabios de Babilonia, y le dijo así: No
mates a los sabios de Babilonia; llévame a la presencia del rey,
y yo le mostraré la interpretación.
25 Entonces Arioc llevó prontamente a Daniel ante el rey, y
le dijo así: He hallado un varón de los deportados de Judá, el
cual dará al rey la interpretación.
26 Respondió el rey y dijo a Daniel, al cual llamaban Belt-
sasar: ¿Podrás tú hacerme conocer el sueño que vi, y su inter-
pretación?
27 Daniel respondió delante del rey, diciendo: El misterio
que el rey demanda, ni sabios, ni astrólogos, ni magos ni adi-
vinos lo pueden revelar al rey.
28 Pero hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios,
y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acon-
tecer en los postreros días. He aquí tu sueño, y las visiones
que has tenido en tu cama:
29 Estando tú, oh rey, en tu cama, te vinieron pensamientos

por saber lo que había de ser en lo por venir; y el que revela
los misterios te mostró lo que ha de ser.
30 Y a mí me ha sido revelado este misterio, no porque en
mí haya más sabiduría que en todos los vivientes, sino para
que se dé a conocer al rey la interpretación, y para que entien-
das los pensamientos de tu corazón.
31 Tú, oh rey, veías, y he aquí una gran imagen. Esta ima-
gen, que era muy grande, y cuya gloria era muy sublime, estaba
en pie delante de ti, y su aspecto era terrible.
32 La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus
brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce;
33 sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en
parte de barro cocido.
34 Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con
mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro
cocido, y los desmenuzó.
35 Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro
cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de
las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos
quedara rastro alguno. Mas la piedra que hirió a la imagen
fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra.
36 Este es el sueño; también la interpretación de él diremos
en presencia del rey.
37 Tú, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te
ha dado reino, poder, fuerza y majestad.
38 Y dondequiera que habitan hijos de hombres, bestias del
campo y aves del cielo, él los ha entregado en tu mano, y te
ha dado el dominio sobre todo; tú eres aquella cabeza de oro.
39 Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo;
y luego un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda
la tierra.
40 Y el cuarto reino será fuerte como hierro; y como el
hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y
quebrantará todo.
41 Y lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro
cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido;
mas habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste
hierro mezclado con barro cocido.
42 Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en
parte de barro cocido, el reino será en parte fuerte, y en parte
frágil.
43 Así como viste el hierro mezclado con barro, se mezclarán
por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con
el otro, como el hierro no se mezcla con el barro.
44 Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un
reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a

otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre,
45 de la manera que viste que del monte fue cortada una piedra, no con mano, la cual desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de acontecer en lo por venir; y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación.
46 Entonces el rey Nabucodonosor se postró sobre su rostro y se humilló ante Daniel, y mandó que le ofreciesen presentes e incienso.
47 El rey habló a Daniel, y dijo: Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio.
48 Entonces el rey engrandeció a Daniel, y le dio muchos honores y grandes dones, y le hizo gobernador de toda la provincia de Babilonia, y jefe supremo de todos los sabios de Babilonia.
49 Y Daniel solicitó del rey, y obtuvo que pusiera sobre los negocios de la provincia de Babilonia a Sadrac, Mesac y Abed-nego; y Daniel estaba en la corte del rey.

Capítulo **2**

Dios controla la historia

DANIEL 2:1-49

En Isaías 41:21-29 encontramos un resumen de la verdad que encierra el presente capítulo de Daniel. Dios, a diferencia de las divinidades paganas, tiene un pleno conocimiento de todos los detalles ocultos y todo lo escondido a nuestros ojos. Debemos suponer que Nabucodonosor desconfiaba de los supuestos poderes de sus sabios (vs. 8-9). Tal vez le habían decepcionado en alguna ocasión anterior, de ahí la amenaza del severo castigo que anuncia (v. 5).

Los sueños, especialmente en Babilonia, y muy concretamente los de los reyes, eran considerados como cosa muy importante. La forma plural (v. 1) sugiere que el sueño había venido al rey en varias ocasiones, por lo que resulta dudoso que lo hubiera olvidado.

Daniel, sin embargo, se vio implicado en aquella arbitraria condena, si bien el hecho de que Nabucodonosor estuviera dispuesto a concederle el tiempo que no otorgó a los demás sabios (vs. 8, 16) muestra cómo en el joven hebreo había algo que le distinguía

y que, seguramente, llamó la atención del monarca: la fe de Daniel, notoria, a no dudarlo, en la corte.

Corremos el riesgo de hablar solamente de Daniel, pero sus tres compañeros se hallaban tan comprometidos como él. Hemos de creer que su temple y su fe no eran inferiores a los de Daniel. Dichos amigos aparecen ya en el capítulo 1.

Fueron sostenidos por la oración y ello les ayudó a triunfar: éste es un principio que tiene validez en todas las formas de servicio cristiano (*cf.* Ex. 17:8-13; cuán frecuentemente Pablo expresa su dependencia de las oraciones de otros creyentes). Los tres compañeros compartieron también los honores que siguieron a la prueba (v. 49; *cf.* 1.° Sam. 30:24).

¿No deberíamos, como Daniel, dar gracias a Dios inmediata y adecuadamente por las oraciones contestadas? (*Cf.* Gén. 24:26, 27.)

En momentos estratégicos, Dios muestra su poder para que los inconversos reaccionen favorablemente frente a sus siervos. Arioc es un ejemplo típico de esta verdad (v. 25; *cf.* 1:8-14; Gén. 39:4, 21). Notemos con qué prontitud Daniel estaba dispuesto a dar la gloria a Dios, deshaciendo rápidamente cualquier malentendido en el sentido de que él, personalmente, fuera capaz de revelar sueños (vs. 26-28). A la luz de esta declaración, entendemos por qué Daniel no podía aceptar una adoración que le convertía en una divinidad pagana más (v. 46). Daniel no lo hubiera soportado. Por lo que, seguramente, lo ocurrido tiempo después con Alejandro Magno nos ayude a comprender. Cuando este gran conquistador se inclinó ante el Sumo Sacerdote al llegar a Jerusalén, justificó su acción con estas palabras: «No le adoro a él, sino que adoro al Dios que le ha honrado a él.» Este sería el caso también de Nabucodonosor delante de Daniel (vs. 46-48).

La interpretación de esta visión es clara, a la luz de la historia que ha visto cumplirse todo lo que aquí se anunció:

El 1.er Imperio:	Babilonia,
El 2.° Imperio:	Medo-Persia,
El 3.er Imperio:	Alejandro Magno, y
El 4.° Imperio:	Roma.

Las dos fases del cuarto Imperio —Roma— nos conducen hasta el final de los tiempos.

La lección importante aquí es que Dios controla la historia de las naciones (vs. 21, 44): incluso Nabucodonosor detenta el poder bajo delegación divina (vs. 37-38). El hombre puede gloriarse en sus empresas gloriosas, mas un día el Señor aplastará todo lo que es escoria a sus ojos. La piedra de los versículos 34, 35 y 45 se refiere a Cristo, quien tenía que nacer en los días del cuarto Imperio. El versículo 44 prefigura el establecimiento de su Reino eterno (*cf.* Apoc. 11:15). El final de la historia coincidirá con la victoria de Cristo.

Veamos ahora más de cerca, fijándonos en los detalles, estas profecías que cubren los versículos 32-49.

1. Exégesis de Daniel 2:32-49.

Al reconstruir el sueño olvidado de Nabucodonosor (2:1-13), Daniel describe la imagen y los cuatro metales de que está compuesta en sus diferentes partes. Cada metal simboliza uno de los cuatro grandes Imperios, hasta el fin.

Historiadores como Hesíodo, en la Antigüedad, y Edward Gibbon, más recientemente, se sirvieron del mismo simbolismo de estos metales para dibujar la evolución de los reinos en sentido parecido a como lo hace Daniel aquí.

A medida que se pasa de un metal a otro, podemos comprobar que estos metales decrecen en brillo y valor, pero aumentan en fuerza.

Vs. 32-35: *Descripción de la imagen y su destino.*
V. 5: *Comienza la interpretación del sueño.*

1) BABILONIA (el despotismo semita).

Vs. 37-38: «Cabeza de *oro fino.*»
(V. 32): Según el poeta Esquilo, «Babilonia estaba construida sobre oro»; y Herodoto nos habla, deslumbrado, de los templos llenos de oro de Marduk, y otros palacios y grandes construcciones cuyos adornos a base del dorado metal cautivaron a todos los antiguos.
Babilonia fue una civilización deslumbrante (ya desde sus orígenes, recordemos la torre de Babel y los modelos en que se inspiró).
El oro define bien este Imperio: fastuosidad, riqueza, esplendor (los jardines colgantes de Babilonia eran una de las siete maravillas del mundo antiguo) y despotismo.
Cf. Jer. 51:7; Is. 14:4.

2) PERSIA (la monarquía aria).

V. 39: «pechos y brazos de *plata*».
(V. 32): La plata era utilizada como moneda en Persia, ¡tenían tanta!
Los persas fueron muy organizados; impusieron un sistema perfecto de recaudación de impuestos en todas las regiones del Imperio, a las que obligaban el pago de los mismos en plata.
Los persas se hicieron famosos más por

su poderío económico que por efectos deslumbrantes como Babilonia.
En Daniel 11:2 tenemos una profecía dada poco después de la caída de Babilonia, referente a un cuarto rey persa más rico que los anteriores.

3) GRECIA (fusión de helenos y asiáticos).

V. 39: «vientre y muslos de *bronce*».
(V. 32): Ezequiel 27:13 hace alusión al bronce de los griegos (*Javán* es Grecia en hebreo).
Tanto Josefo como Herodoto confirman el hecho de que los griegos eran conocidos por el uso que hacían del bronce. Las corazas de bronce de los soldados griegos eran lo que más llamaba la atención de sus ejércitos. «Hombres de bronce» les llamaron en Egipto al verlos desembarcar.

4) ROMA (república, Imperio y despotismo absoluto).

Vs. 40-43: «piernas de *hierro* y pies en parte de hierro y en parte de *barro*».
(V. 33): En el siglo VI a.C., cuando escribía Daniel, Roma no era más que una ciudad-estado. A partir de estos humildes orígenes se desarrollaría como república, primero, y luego se transformaría en el más grande de los Imperios, por la fuerza de las armas.
El hierro es el metal idóneo para describir la fuerza militar romana con la que impuso su Imperio.
Los poetas latinos cantaban el bronce como metal pasado de moda.

Así, lo que define a Roma es la *fuerza* bruta: «Y el cuarto reino será fuerte como hierro.»
No obstante, Roma «será un reino dividido», con unos pies en los que hay «parte de hierro y parte de barro» (los versículos 41-43 describen la división y la debilidad internas, que no eran visibles inmediatamente, pero que, con el curso del tiempo, darían lugar a la división del Imperio en dos partes —Roma y Bizancio, occidente y oriente— y luego a la fragmentación medieval de reinos cuando el empuje arrollador de los bárbaros). Estos versículos 41-43 describen la naturaleza de Roma en términos que sólo un contemporáneo hubiera sido capaz de relatar.*

* Según algunos, las dos piernas serían las dos mitades en tensión que luego habrían de dar lugar a la división del Imperio. Los pies y sus dedos (los dedos, sin embargo, no se mencionan explícitamente), en parte de hierro y en parte de barro, serían considerados como los muchos reinos en que se dividiría, a lo largo de la Edad Media y en la época Moderna, Europa, pero sin que hubiera completa fusión de latinos y germanos (v. 43), de hierro y de barro, del poder imperial férreo y del barro de la voluntad popular (Scofield). A pesar de no haber fusión, sí se produjo una interacción que formó el núcleo de la Europa moderna y de América (colonizada por europeos).

Todos estos desarrollos, en germen ya en la descripción de los versículos 33-35 y 41-43, no se habían producido todavía cuando apareció el Reino de Dios (v. 44), si por la expresión «Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido» entendemos los cuatro Imperios. Si, por el contrario, y con Scofield, este versículo 44 se interpreta como haciendo alusión a diez reyes sacados de los diez dedos de los pies del versículo 42 en un desarrollo posterior, el Reino de Dios es futuro (cf. *Biblia Scofield*, pp. 862 y 863).

5) EL REINO DE DIOS (el reino mesiánico).

Vs. 44-45: *Cf.* Dan. 7.

(Vs. 34-35): Se le compara a una piedra, a una Roca (Is. 28:16; Mat. 21:44; Luc. 2:1, 2).
Aparecerá *en los días de estos reyes.* ¿Qué días son éstos? ¿Qué reyes?

a) Interpretación dispensacional y premilenial. Véase Biblia Scofield.

b) Interpretación amilenial y premilenial no dispensacionalista.

A diferencia del dispensacionalista, que interpreta los pies de la imagen como haciendo referencia a diez dedos (diez reyes) en una época futura cuando el Imperio Romano volverá a revivir y será parcelado y dividido en diez reinos, instante en el cual aparecerá Cristo para instaurar su Reino, el amilenial asume que el Reino mesiánico aparecerá (apareció ya, de hecho) con la venida de Cristo *después* del apogeo de los cuatro grandes reinos (Imperios) descritos: Babilonia, Persia, Grecia y Roma, pero *dentro del tiempo de uno de ellos*. En los días de estos reyes (Imperios). Dado que el Mesías no vino en los días de los tres primeros Imperios, tiene que haber venido en el cuarto (Roma).
La piedra cortada no con mano (v. 33) representa al Mesías y el poder del reino mesiánico, así como su extensión, su eternidad y su origen divino (v. 44), en contraste con los Imperios humanos y temporales.

1. Origen del reino (vs. 34, 44): *divino.*
   «El Dios del cielo levantará un reino» (v. 44).
   «Una piedra fue cortada no con mano...» (v. 34).
2. Extensión y desarrollo (vs. 35, 44): *irresistible.*
   «La piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra» (v. 35).
   «Un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo» (v. 44).
3. Duración (vs. 35, 44-45): *eterno.*
   «Desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre» (v. 44).
   «La piedra... llenó toda la tierra» (v. 35).
   «Un reino que no será jamás destruido» (v. 44).

Todo esto hace contraste con los reinos humanos, que son frágiles y temporales. El Mesías desmenuzará a todos los demás reinos, en un proceso que va desde la primera a la segunda venida de Cristo, denominado en la Biblia *«el último tiempo»*.

Daniel 2:44 tiene que leerse a la luz de Daniel 7:13, 14; el reino vendrá por medio de «uno como un hijo de hombre».

La imagen de varios metales que soñó Nabucodonosor está en pie a lo largo de todo este período de los cuatro grandes Imperios que representan el poder gentil dominando el mundo. Pero en los mismos días de estos reyes —en el reinado de uno de ellos— la «piedra» mesiánica herirá a la imagen en sus pies y ésta comenzará a tambalearse.

Todos estos reinos son temporales en duración, humanos en cuanto a origen, frágiles en cuanto a poder. El Reino de Dios, o de los cielos, es divino de origen, eterno en duración e invencible en poder. Mientras a cada uno de los cuatro Imperios se le describe de una vez, abarcando con una mirada su naturaleza, el Reino de Dios es presentado como en perpetuo crecimiento, desde algo pequeño hasta el infinito.

El poder mundial se deteriora; la corrupción inherente autodestruye los reinos. Pero el Reino de Dios no progresa por desarrollo meramente humano; se trata de una intervención divina («piedra cortada no con manos» para desplazar aquello «que es nacido de la carne» y sustituirlo por «lo que es nacido del Espíritu»). Cuando Cristo le dice a Pilato que su Reino no es de este mundo, se está refiriendo, sobre todo, al origen y al poder inherente del mismo, más que a su localización geográfica.

Los judíos del tiempo de Cristo consideraban que ellos, la simiente natural de Abraham y David, poseerían el Reino de los cielos, o de Dios, pero Juan el Bautista —al igual que los profetas de antaño (por ejemplo, Amós y Miqueas, entre otros)— les demuestra que están muy equivocados (Mat. 3:1, 2, 7-9).

Finalmente, es Cristo mismo quien reafirma la enseñanza del Bautista: *«... por tanto, os digo que el Reino de Dios será quitado de vosotros y será dado a gente que produzca los frutos de él. Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará»*, alusión clara a la «piedra cortada no con mano».

2. Características del Reino invencible.

En Daniel 2 se nos revelan cuatro hechos sobre el Reino de Dios que sería imposible aplicar a ningún

otro reino. Estos hechos son confirmados por el Nuevo Testamento:

1) El Reino no será jamás destruido.
2) El Reino no será dejado a otro pueblo.
3) El Reino desmenuzará y consumirá a todos los demás reinos.
4) El Reino permanecerá para siempre (Dan. 2:44).

1) *El Reino indestructible.*
«Habiendo recibido nosotros un Reino inconmovible...» (Heb. 12:28).

2) *El Reino es herencia perpetua.*
«Recibirán el Reino los santos del Altísimo y poseerán el Reino hasta el siglo eternamente y para siempre» (Dan. 7:18).
«Edificaré mi Iglesia... y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mat. 16:18, 19).
«Es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la que es del corazón» (Rom. 2:29).
«No todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham son todos hijos...; no los que son hijos según la carne son hijos de Dios, sino los que son hijos según la promesa» (Rom. 9:6-8).
«Porque nosotros (los cristianos) somos la circuncisión...» (Fil. 3:3).
Si el Reino no tiene que ser dejado a ningún otro pueblo, se deduce de ello que hay un solo pueblo de Dios (no dos), el verdadero Israel de Dios, la Iglesia.

3) *El Reino obtendrá la victoria final.*
«Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de Cristo, y él reinará por los siglos de los siglos» (Apoc. 11:15).

4) *El Reino es eterno.*
«Y reinará sobre la casa de Jacob para siempre; y de su Reino no habrá fin» (Luc. 1:33).
«Y pondré a la coja como remanente, y a la descarriada como nación robusta; y Jehová reinará sobre ellos en el Monte de Sión desde ahora y para siempre» (Miq. 4:7).
Cf. Apoc. 22:3-5.

Apocalipsis 22:3-5 se refiere a los cielos nuevos y la tierra nueva como la consumación perfecta del Reino de Dios.

Este Reino de Dios fue ya vislumbrado cuando el Señor habló a Moisés (Ex. 19:3-6). El anticipo de este texto de Exodo lo hallamos en la realidad actual que describe 1.ª Pedro 2:9, 10.

El concepto del pueblo de Dios como «real sacerdocio», «pueblo peculiar», etc., se halla igualmente en muchos textos del Nuevo Testamento (Tit. 2:14; Apoc. 5:9, 10).

El nacimiento espiritual del Israel de Dios en el Reino de Dios fue predicho por el profeta Ezequiel (37:4-6), quien anunció el método divino para la regeneración: la Palabra y el Espíritu de Dios (Juan 5:25 y, sobre todo, Juan 3:3, 8, 11). El resultado de la profecía de Ezequiel se nos da en 37:10, los huesos revivieron. La interpretación amilenial ve el cumplimiento de ello en Hechos 2:41, 47; 5:14; 6:7, 11, 24, etc.

Así, el Israel de Dios (Gál. 6:16) es levantado de la tumba del pecado y la muerte y colocado en la verdadera tierra de promisión, la Canaán celestial, de la cual la terrena era sólo un tipo (Ef. 2:1, 5, 6).

3. Las fases del Reino de Dios.

El Señor enseñó a los judíos que el Reino de Dios había llegado y que estaba entre ellos; un Reino

invisible, espiritual, poderoso y real (Luc. 17:20, 21).
Este Reino queda revelado en tres fases:

1) El Reino de los cielos *se ha acercado* (Mat. 3:2 y ss.). El Reino vino con el Rey.
2) El Reino *vino con poder* en Pentecostés, con el derramamiento del Espíritu Santo (Mar. 9:1; Luc. 24:49 y Hech. 1:8). *Cf.* 1.ª Cor. 4:20.
3) El Reino de Dios *vendrá con gloria* en la segunda venida de Cristo. En el presente, el Reino es un misterio, pero también una fuerza espiritual poderosa; sólo espera su plena manifestación en majestad.
   Cristo separa los tiempos con la medida del Reino: «*La ley y los profetas eran hasta Juan: desde entonces el Reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él*» (Luc. 16:16).

Para un estudio más extenso del concepto «Reino de Dios» remito a mi ensayo *El Reino de Dios, su naturaleza,* Ed. Certeza, Buenos Aires, 1972, y también al capítulo VII de mi libro *¿Ha hablado Dios?* («El proyecto de Dios: Su Reino»), Ed. Evangélicas Europeas, Barcelona, 1973.

4. Imágenes babilónicas del lenguaje de Daniel.

Sorprende —debiera sorprender a los críticos— la familiaridad de Daniel con las imágenes prevalecientes en la cultura babilónica, si es que Daniel vivió sólo en época persa o griega. El lenguaje que emplea el autor en el capítulo 2 es otra evidencia del origen babilónico del libro. Daniel escribió en los días de Nabucodonosor y usó siempre un idioma que fuera inteligible a aquellas gentes.

Por ejemplo, Daniel echó mano de los mitos babilónicos para explicar los conceptos que quería comunicar al pueblo. Así, tenemos que, según las leyendas caldeas, el dios Eulil, padre de Marduk, es atacado con piedras. Vence y se le llama «Piedra de la montaña victoriosa». Marduk sustituye a Eulil y recibe el nombre de «Señor de las tierras». La imagen de la «piedra» evocaba sugerencias inmediatamente en ojos y oídos babilónicos; pero Daniel se preocupa de precisar que la «piedra (mesiánica) fue cortada no con mano».

La «gran Montaña» (v. 35) sugeriría a Nabucodonosor que la supremacía que había sido tomada de Eulil —dios sumerio— y otorgada a Marduk de Babilonia sería devuelta luego de una sucesión de Imperios, cuando el Dios de los cielos, verdadero señor de la tierra también, aparecería para vindicar lo suyo.

Añádase a esto la obsesión babilónica (ej. Babel) por las montañas que no tenían ellos en las llanuras y que les llevaba a edificar sustitutos artificiales (*Ziggurats,* jardines colgantes, etc.). Todo se hacía para luchar contra la monotonía del paisaje llano y árido.

La imagen del viento (v. 35) también era familiar a los babilonios. En su mitología, el dios Marduk es «señor del viento». En la profecía de Daniel aparece el verdadero *Señor del viento y Señor de toda la tierra.*

No podía haber escogido Daniel un lenguaje más idóneo para explicar a un rey caldeo las verdades del futuro reino mesiánico. Nabucodonosor entendió según indica el versículo 47.

TEXTO BIBLICO

RESCATADOS DEL HORNO DE FUEGO

3 El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro cuya altura era de sesenta codos, y su anchura de seis codos; la levantó en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia.

2 Y envió el rey Nabucodonosor a que se reuniesen los sátrapas, los magistrados y capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces, y todos los gobernadores de las provincias, para que viniesen a la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado.

3 Fueron, pues, reunidos los sátrapas, magistrados, capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces, y todos los gobernadores de las provincias, a la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado; y estaban en pie delante de la estatua que había levantado el rey Nabucodonosor.

4 Y el pregonero anunciaba en alta voz: Mándase a vosotros, oh pueblos, naciones y lenguas,

5 que al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua de oro que el rey Nabucodonosor ha levantado;

6 y cualquiera que no se postre y adore, inmediatamente será echado dentro de un horno de fuego ardiendo.

7 Por lo cual, al oír todos los pueblos el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron y adoraron la estatua de oro que el rey Nabucodonosor había levantado.

8 Por esto en aquel tiempo algunos varones caldeos vinieron y acusaron maliciosamente a los judíos.

9 Hablaron y dijeron al rey Nabucodonosor: Rey, para siempre vive.

10 Tú, oh rey, has dado una ley que todo hombre, al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, se postre y adore la estatua de oro;

11 y el que no se postre y adore, sea echado dentro de un horno de fuego ardiendo.

12 Hay unos varones judíos, los cuales pusiste sobre los negocios de la provincia de Babilonia: Sadrac, Mesac y Abed-nego; estos varones, oh rey, no te han respetado; no adoran tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado.

13 Entonces Nabucodonosor dijo con ira y con enojo que trajesen a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Al instante fueron traídos estos varones delante del rey.

14 Habló Nabucodonosor y les dijo: ¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que vosotros no honráis a mi dios, ni adoráis la estatua de oro que he levantado?

15 Ahora, pues, ¿estáis dispuestos para que al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua que he hecho? Porque si no la adorareis, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiendo; ¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos?

16 Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo: No es necesario que te respondamos sobre este asunto.

17 He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará.

18 Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado.

19 Entonces Nabucodonosor se llenó de ira, y se demudó el aspecto de su rostro contra Sadrac, Mesac y Abed-nego, y ordenó que el horno se calentase siete veces más de lo acostumbrado.

20 Y mandó a hombres muy vigorosos que tenía en su ejército, que atasen a Sadrac, Mesac y Abed-nego, para echarlos en el horno de fuego ardiendo.

21 Entonces estos varones fueron atados con sus mantos, sus calzas, sus turbantes y sus vestidos, y fueron echados dentro del horno de fuego ardiendo.

22 Y como la orden del rey era apremiante, y lo habían calentado mucho, la llama del fuego mató a aquellos que habían alzado a Sadrac, Mesac y Abed-nego.

23 Y estos tres varones, Sadrac, Mesac y Abed-nego, cayeron atados dentro del horno de fuego ardiendo.

24 Entonces el rey Nabucodonosor se espantó, y se levantó apresuradamente y dijo a los de su consejo: ¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego? Ellos respondieron al rey: Es verdad, oh rey.

25 Y él dijo: He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses.

26 Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno

de fuego ardiendo, y dijo: Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid. Entonces Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego.
27 Y se juntaron los sátrapas, los gobernadores, los capitanes y los consejeros del rey, para mirar a estos varones, cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían.
28 Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, y que no cumplieron el edicto del rey, y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que a su Dios.
29 Por lo tanto, decreto que todo pueblo, nación o lengua que dijere blasfemia contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, sea descuartizado, y su casa convertida en muladar; por cuanto no hay dios que pueda librar como éste.
30 Entonces el rey engrandeció a Sadrac, Mesac y Abed-nego en la provincia de Babilonia.

Capítulo **3**

La idolatría y la tiranía

DANIEL 3:1-30

Atisbamos un ligero sarcasmo en esta magnífica historia; ¿cómo interpretar, si no, la pomposa descripción de la lista de oficiales en los versículos 2 y 3? Por cierto que —como prueba de historicidad— los cargos son enumerados aquí siguiendo el orden de precedencia que se seguía en el Imperio babilónico. Si Daniel fuera simple invención, ¿cómo podía estar tan enterado el autor del «mito» en el siglo II a.C. cuando Babilonia yacía sepultada bajo escombros? El relato de los instrumentos, igualmente, prueba la historicidad del libro, ya que los recientes descubrimientos arqueológicos han puesto de relieve también este punto de coincidencia (vs. 5, 7, 10, 15). Todos estos detalles de la magnificencia del rey de Babilonia y sus oficiales no sirven más que para destacar el contraste entre lo humano y lo divino.

Las masas han sentido siempre una gran atracción por la idolatría, sobre todo cuando sabe presentarse con fastuosidad, con esplendor, acompañada de música, apelando a los sentidos, creando una atmós-

fera especial y recibiendo el apoyo oficial. La religión, además, en aquel momento servía de aglutinante nacional: ¿cómo no iba a ser fascinante en ojos del pueblo?

Los tres compañeros hubieran podido refugiarse en el anonimato de las multitudes, pero su fe en Dios —una fe comprometida— no les permitía tal componenda (*cf.* Ex. 20:4-6). Su no conformismo desató la ira de Nabucodonosor. Se necesitaba coraje para replicar al rey y su desafío: «¿Qué dios será aquel que os libre de mis manos?»; se precisaba valentía para responder: «*Nuestro Dios puede...*» (vs. 15, 17).

Pero queda todavía algo más sublime, más profundamente importante para nosotros los creyentes: «Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses...» (v. 18). Esta actitud indica una obediencia leal, incondicional, y un sometimiento pleno a la soberanía de Dios. Nuestro sometimiento a la voluntad de Dios, ¿podría expresarse con idénticas palabras a las que hallamos en este versículo 18?

Dios no es utilizado, no es manejado ni manipulado; Dios permanece soberano.

Todos los regímenes totalitarios exigen la lealtad incondicional a mentes y corazones de los súbditos; pretenden poder inmiscuirse en lo más sagrado de las conciencias y, por lo tanto, tarde o temprano entran en colisión con quienes aceptan la absoluta soberanía de Dios. Nabucodonosor era considerado como una encarnación divina, aunque su frágil humanidad era demasiado aparente. Como comenta E. W. Heaton: «La rabia es la respuesta más común del tirano a las confesiones del mártir» (v. 19). En un estado totalitario, la suerte de los individuos, incluso de los más encumbrados, no cuenta (v. 22).

Pero tan triste es ver al monarca dando arbitrarias órdenes en contra de los tres jóvenes, como patético resulta el patronazgo que de Dios quiere

luego hacer Nabucodonosor (v. 29). Aunque, indudablemente, admiraba el poder superior que había en el Dios adorado por Daniel y que había turbado sus planes, no obstante no encontramos en el texto ninguna sugerencia en el sentido de que el rey se hubiera arrepentido o sometido al verdadero Dios a la manera bíblica; todavía se aferraba a la ilusión de su grandeza, y su edicto de «tolerancia» llevaba el sello de la intolerancia. Observemos la caricatura que siempre acompaña toda persecución de tipo religioso (vs. 8 y 12) y el hecho de que no puede ser controlada por decreto (v. 29), como lo demostrará el capítulo 6.

La gran verdad de este capítulo es que Dios se halla siempre presente con sus hijos en el tiempo de la prueba y de la persecución (v. 25). Estudiemos cuidadosamente la promesa de Isaías 43:2 (*cf.* 2.ª Ped. 2:9 y Sal. 66:12) y recordemos que todavía hoy conserva su validez. Ello es igualmente cierto cuando no hay liberación de la muerte física (2.ª Tim. 4:6, 18).

En tiempo de aflicción y de intolerancia recordemos que el Señor honra a los que le honran. Que ello nos anime a mantener nuestra fidelidad.

A la luz de Daniel 3, ¿cuál debe ser la actitud del creyente frente a poderes que piden sumisión ciega y control sin límites de las conciencias?

1. Las falsas conclusiones de Nabucodonosor.

La naturaleza humana es sumamente contradictoria. Así, somos capaces de llegar a ciertas conclusiones lógicas sin que hagamos deducciones igualmente lógicas ni saquemos las consecuencias prácticas que de las mismas se desprenden. Nabucodonosor podía aceptar todo lo que el decreto divino decía de él y de su Imperio, pero no discernió todo el alcance per-

sonal, social y espiritual que aquella Revelación conllevaba implícitamente. Para él, el mensaje del sueño significaba solamente que el Imperio babilónico tendría una continuidad y poco más. Para expresar esta triunfalista conclusión erigió en la planicie de Dura «una estatua de oro cuya altura era de sesenta codos y su anchura de seis codos» (v. 1). Esta imagen era algo así como el eco y la encarnación material de su sueño; no solamente ponía de manifiesto la gloria de Babilonia, sino su propia majestad y gloria, expresadas en la cabeza de oro, símbolo de poder y dominio en la mentalidad babilónica. De acuerdo con el sueño que tuvo Nabucodonosor, el quinto reino sería precedido por cuatro grandes imperios, de los cuales él era la cabeza, pues Dios le había dado «reino, poder, fuerza y majestad» (v. 37). Fuera de la fe de Israel y de la mentalidad hebrea, para los antiguos el que un dios concediera gloria («reino, poder, fuerza y majestad») a un hombre sólo significaba que participaba de dicha divinidad y de su soberanía sobre los demás hombres. Es decir, era interpretado siempre en términos de poder, engreimiento y autodeificación. Representaba, en su sentir, participación en la vida y reino del dios, convirtiéndole a él y a su gobierno en la continuación de dios y una casi encarnación del mismo. De modo que Nabucodonosor, apoyado en la interpretación que dio a las palabras de Daniel —en términos de continuidad—, llegó a creer, atrapado en su propia semántica, algunas cosas como las que enumeramos a continuación:

1) Aunque el Gran Reino vendría en el futuro lejano, él, Nabucodonosor, era su antepasado, su precursor.

2) En términos de todos los que se creen cabezas de algún gran imperio (político, económico, etc.), Nabucodonosor sólo tenía ojos para su preeminencia, para la «cabeza de oro».

3) Si Dios le había dado el reino, el poder y la majestad, ¿no significaba esto que era su vicerrey, su representante en el mundo por medio del cual el poder y la presencia de la divinidad se pondrían de manifiesto en su tiempo?

4) La historia se hallaba, pues, en manos de Nabucodonosor y derivaba todo su sentido de él.

5) Como intérprete de la voluntad del dios para su tiempo, Nabucodonosor no podía ser discutido; sus órdenes no tenían que ser resistidas en ningún caso, pues quien se le opusiera se oponía, en realidad, al mismo dios.

2. ¿Cómo cantaremos en tierra de extraños?

Tales fueron las conclusiones que sacó Nabucodonosor de las palabras de Daniel. No comprendió siquiera que el joven exiliado le estaba hablando de un Dios único y soberano que relativiza todos los poderes terrenos y celestiales.

Ahora bien, detrás de las erróneas conjeturas del monarca babilónico hay atisbos de verdad; solamente que se hallan entremezclados con la mentira y nuestra tarea estriba en descifrarlos.

Dios suele hacer partícipes a los hombres de algo de su gloria. Forma parte de su manera de amarnos. Por supuesto, la gloria y el honor que puede conferir al ser humano es siempre de un carácter creacional; jamás él comparte la plenitud de su gloria con nadie. No obstante, le gusta hacer del ser humano una criatura a su imagen y semejanza, coronándole como vicerrey de la Creación, entregando en sus manos cuanto salió primero de las manos del Creador (Gén. 1:28). En un sentido, incluso es verdad que El, el verdadero Dios, entregó aquella parte del mundo en

manos de Nabucodonosor. Al menos lo permitió, pero este consejo permisivo de Dios entraña tanta responsabilidad como honor; es decir, no se trata de un cheque en blanco, sino de una encomienda que impone muchos deberes. Esta dimensión responsable de los deberes es la que no logró captar Nabucodonosor.

Es igualmente cierto que, en este siglo xx en que vivimos, Dios ha permitido que el honor, el poder y la fuerza se hallasen en manos de hombres como Hitler, Mussolini, Stalin, Idi Amin y otros, dejando a sus santos en situaciones muy apuradas, aparentemente impotentes frente a ciertas situaciones, desamparados ante estos poderes constituidos. No era sin razón que, al contemplar el curso de los acontecimientos, los creyentes deportados a Babilonia cantasen para dar salida a su dolor estos salmos:

Junto a los ríos de Babilonia,
allí nos sentábamos, y aun llorábamos,
acordándonos de Sión.
Sobre los sauces en medio de ella
colgamos nuestras arpas.
Y los que nos habían llevado cautivos
nos pedían que cantásemos.
Y los que nos habían desolado nos
pedían alegría, diciendo:
Cantadnos algunos de los cánticos
de Sión.
¿Cómo cantaremos cántico de Jehová
en tierra de extraños?

(Sal. 137:1-4)

Esta es la invitación que, a nosotros, se nos pasa también actualmente: cantar al Señor en tierra extraña, en un mundo vendido a los hijos de Babilonia.

En medio de esta situación se oye la voz que ordena: «Mándase a vosotros, oh pueblos, naciones y

lenguas, que os postréis y adoréis la estatua de oro que el rey Nabucodonosor ha levantado» (3:5). La pena para quienes no se postren es «el horno de fuego ardiendo», un sistema de ejecución común a todos los pueblos caldeos.

3. Politeísmo y estatismo.

El versículo 12 hace suponer que Daniel se hallaba en aquel tiempo ausente del lugar. Entonces fue atacado en las personas de sus amigos y asociados, los cuales fueron arrestados en base a las acusaciones de «algunos varones caldeos» (3:8), resentidos, con toda probabilidad, por la influencia judía en la corte y el país de Babilonia.

La respuesta de Nabucodonosor fue «ira y enojo» (v. 13). Al fin y al cabo, ¿no equivalía el negarse a adorar aquella estatua a un rechazo del testimonio que de él, Nabucodonosor, había dado su propio canal de revelación —Daniel— acerca del orden de eventos y de los reinos puestos por Dios? ¿No era el suyo un «orden establecido» con sanción divina? Tanta debía ser la extrañeza del monarca, que concedió a los compañeros de Daniel una segunda oportunidad, interpretando, tal vez, su resistencia como una ofuscación pasajera o un malentendido. «¿Qué dios será aquel que os libre de mis manos?» (3:15). En efecto, ¿qué dios, si váis contra la voluntad revelada por el dios de Daniel, el que decías ser vuestro dios también?

Esta es la esencia de la religión, y de la fe, del emperador. Nabucodonosor expresa con estas palabras su auténtico sentir y pensar. En términos del concepto de continuidad que hemos apuntado más arriba, se cree la continuación de Dios y la encarnación de su poder o gloria. Resistirle a él equivale a resistir a Dios. No en el sentido paulino de Roma-

nos 13, sino en el sentido de la continuidad Dios - Emperador, voluntad divina - poder imperial, entendida como única garantía de la prosperidad del hombre y de la sociedad. El Estado, en la persona del emperador, es el único canal de mediación y de bendición. El papel sacerdotal de los reyes caldeos, como grandes mediadores, había salido reforzado como consecuencia del sueño aquel. Nabucodonosor creía disponer del poder, el honor, la gloria y la mente de Dios para su tiempo. No hacer caso de sus órdenes equivalía, por lo tanto, a despreciar a Dios mismo y los canales por él mismo instituidos para bendecir a la humanidad. Una vez asegurado el culto a su estatua, una vez reconocido y admitido el culto debido al Estado, encarnación de la verdad suprema, no había dificultad para que cada culto, cada poder inferior y periférico, siguiera con sus prácticas. Pero, en primer lugar, tenía que quedar a salvo la autoridad omnipotente del Estado divinizado. Las estructuras menores de la sociedad, el culto —o los cultos—, serían permitidos con tal de que antes se inclinaran ante la imagen de Nabucodonosor y veneraran sobre todas las cosas la gloria del Estado providencia. El politeísmo era así de permisivo, y formaba parte de la política de tolerancia religiosa de aquellos gobiernos despóticos el consentir la plural manifestación de toda clase de ideas y supersticiones con tal de que la religión del Estado ocupara el primer rango.

El humanismo del hombre moderno, con sus pretensiones de autonomía absoluta, y las modernas exigencias del estatismo (nueva expresión del viejo culto al emperador y la deificación del Estado) son igualmente intransigentes en lo básico y parecidamente permisivas en lo anecdótico o circunstancial. Tanto el humanismo escéptico como el estatismo son tolerantes con las otras creencias y asumen actitudes que son exactamente las del politeísmo antiguo. Pero

esta tolerancia sólo es aparente. Porque tiene que ver únicamente con lo secundario, con lo periférico, ya que está condicionada a que primero sea reconocida la primacía de sus exigencias y los dogmas cristianos sean reducidos a pintoresquismo de pequeños grupos, o diluidos en síntesis sincretistas propiciadas tanto por el nuevo humanismo como por el moderno estatismo.

Los poderes incrédulos de nuestro tiempo, que se ciernen sobre el ser humano masificado y perdido en la confusión del escepticismo, agarran a este hombre por el cuello y le dicen: «¿Y qué dios será aquel que os libre de mis manos? ¿No veis que soy omnipotente, que nada ni nadie puede ni siquiera soñar en oponerse a mi poder y a mi gloria? ¿Qué dios creéis que sería capaz de libraros de este mundo politeísta en el que os halláis atrapados? ¿Qué fuerza podría desligaros de vuestra creciente dependencia del Estado, del cientismo endiosado y de nuestros credos antropocéntricos?»

El dios de Nabucodonosor era un poder manifiesto, visible, evidente por medio de los procesos de la historia a través del orden social impuesto desde arriba. Aunque inevitablemente se tratase de una divinidad cambiante y contingente —como los dioses del existencialismo y de ciertas ideologías y hasta «teologías» modernas—, seguía siendo el poder siempre presente, cuya gloria queda fuera de toda discusión, y ante el que resulta imposible resistir. A través de sus propias evoluciones, esta religión estatal podrá ser trascendida, pero nunca resistida; su adoración es obligatoria.

4. La soberanía absoluta de Dios.

La respuesta de los tres rebeldes, ya lo hemos visto, fue contundente. Frente a las demandas de

este politeísmo y sus razonamientos en base al continuismo Dios - emperador, divinidad - Estado, replican: «He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará» (v. 17). Inmediatamente, sin embargo, le aclaran al monarca que ellos no pueden disponer de Dios a su antojo; ellos no manejan a Dios como Nabucodonosor cree manejar a los suyos. No pueden tener la seguridad de que Dios quiera librarlos de aquella precisa prueba del fuego; no le creen obligado a ello porque admiten que es el único Dios soberano. Así, al no tener esta seguridad, precisan: «Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado» (v. 18). Se trataba de un desafío a todos los conceptos religiosos de Nabucodonosor. Aquellos tres jóvenes oraban y, hasta cierto punto, esperaban ser librados de la prueba, pero sentían al mismo tiempo la necesidad imperiosa de dejar bien sentada la naturaleza trascendental y soberana de Dios, así como su radical discontinuidad —de ahí su trascendencia absoluta— con la Creación, con los hombres y aun con sus santos. Negaban tanto la continuidad simple entre Dios y Nabucodonosor como entre Dios y ellos mismos. Dios no tenía obligación de salvarles, y era precisamente este Dios, que podía hacer como bien quisiera, el que ellos adoraban. No podían adorar a ningún otro. Esta fe tan gratuita, tan poco «práctica», debió parecer una perversión al rey, tanto como una traición. Como siglos más tarde sucediera en Roma, estos creyentes debieron parecer anarquistas de los más radicales, puesto que daban la impresión de ser enemigos de toda ley y de todo orden. Los cristianos bajo el Imperio romano oraban por el emperador y le rendían el honor debido a su función, pero no le adoraban ni le consideraban «Señor», ya que sólo Cristo es Señor. En cambio, los filósofos y

escritores sofisticados de la corte y los santuarios imperiales adoraban al emperador y prestaban acatamiento externo a todas las disposiciones del Estado omnipotente, si bien luego, a escondidas y cobardemente, se burlaban de aquello mismo que habían adorado en los templos y en la plaza pública. Sin embargo, los perseguidos fueron los cristianos, porque su teología de la absoluta soberanía de Dios, del señorío radical de Cristo, era demasiado subversiva para ser tolerada. Ponía en tela de juicio toda la filosofía de la religión y del Estado vigente en el Imperio y atacaba por la base el totalitarismo consustancial a toda forma de estatismo. La misma prueba, el mismo conflicto, es el que planteó la desobediencia de los amigos de Daniel.

Como resultado de esta resistencia los tres jóvenes fueron arrojados al horno de fuego. Nabucodonosor ordenó que el horno fuese calentado siete veces más de lo acostumbrado, y fue tan grande el calor que las llamas mataron a los mismos guardianes encargados de echar a los tres jóvenes contestatarios (vs. 19-22). Y estos tres varones fueron atados y arrojados dentro del horno de fuego, pero nada les ocurrió, puesto que se pasearon en medio de las llamas. Y, según el propio testimonio de Nabucodonosor: «He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses (o de Dios)» (v. 25).

Seguidamente, Nabucodonosor denomina a los tres amigos «siervos del Dios Altísimo» (v. 26) y los hace salir de en medio del fuego. Surgieron del horno completamente ilesos, sus ropas intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían (v. 27). Como resultado de todo ello el monarca caldeo adquirió una visión más correcta de la trascendencia de Dios, pero sin perder su orientación politeísta básica. Con todo, alabó al

Dios de Israel y reconoció su exclusivismo en lo tocante a la adoración (v. 28). Pero tanto más importante fue el que se viera obligado a admitir también un elemento de discontinuidad: Dios, por su soberana y sabia voluntad, podía cambiar el edicto de un rey (v. 28). Este era el elemento más revolucionario de la rebeldía de los tres jóvenes. La historia aparece aquí no como un proceso simple. Dios tiene un pueblo —su pueblo— cuya integridad y exclusivismo cúlticos no pueden ser desafiados sin peligro. El decreto que después (v. 29) invalida sus primeras disposiciones ya lo hemos comentado más arriba. Aunque apoyado en la verdad que acaba de descubrir («no hay dios que pueda librar como éste», «libró a sus siervos que no cumplieron el edicto del rey»), está escrito en el espíritu caldeo, estatista, totalitario, que se ve incapaz de captar todas las consecuencias de la lección vivida.

A pesar de todo, la decisión de Nabucodonosor le fue fatal para su política. Hoy, el mundo prefiere dudar de la historicidad de todo el relato y así eludir las enseñanzas que contiene para nuestros contemporáneos. Es una vieja treta de los críticos que, no obstante, tampoco puede acallar la voz de Dios.

Aquel episodio enseñó a muchos que la historia no se halla en manos de los hombres, en última instancia. El gobierno de los pueblos no está solamente sobre los hombros de los estadistas. El decreto eterno de Dios, revelado al rey caldeo, no tenía que ser visto como un seguro político hecho en favor de Nabucodonosor, sino más bien un decreto que obligaba al monarca a abdicar de su señorío y despotismo absolutos. Con semejante Dios no valen las componendas, ni los compromisos. Los sueños de grandeza —incluso (y sobre todo éstos) disimulados bajo la excusa del servicio y el culto al Señor— son tenidos como rebelión y vanidad: «¿Por qué se amotinan las gentes, y

los pueblos piensan cosas vanas?» (Sal. 2:1). El Dios verdadero no es un ídolo a disposición del hombre; es Señor soberano y tendrá siempre la última palabra en todo:

Se levantarán los reyes de la tierra,
y príncipes consultarán unidos,
contra Yahvé y contra su Mesías,
diciendo: Rompamos sus ligaduras,
y echemos de nosotros sus cuerdas.
El que mora en los cielos se reirá;
el Señor se burlará de ellos.

(Sal. 2:2-4)

La verdadera perspectiva que ofrece Dios es entender la obra suya en términos del gobierno exclusivo y soberano de toda la creación por su Creador y Salvador.

Lejos de formar parte del proceso del ser, Dios es el Ser increado que creó y gobierna todo lo creado. En El no hay sombra de variación o mudanza (Stg. 1:17) y no está, por lo tanto, sometido a procesos, cambios, crecimientos o decadencias. El verdadero Dios no nos deja otra salida sino la total lealtad; o nos sometemos a él y le adoramos, o nos perdemos en nuestra propia vanidad.

Sin embargo, hoy como ayer, el compromiso constituye la esperanza vana de muchos. A la manera de un camino que les permitirá eludir las radicales exigencias y no menos radicales consecuencias del reconocimiento del verdadero Dios. A lo largo de los siglos —y, a veces, simultáneamente— varios estamentos de la sociedad han pretendido ser la continuación de Dios en el mundo, la expresión de su voluntad, la encarnación de su gloria. La Iglesia medieval, el Estado imperial, ciertos grupos radicales, etc., han pretendido constituir esta representación de

la divinidad en la tierra, creyéndose ungidos por Dios para estas diversas formas de mediación entre Dios y el mundo.

Al contemplar algunas de las vestimentas eclesiásticas, y el uso de ropas clericales por parte de algunos juristas, y hasta el empleo de las mismas (o sus sucedáneos) por algunas academias y universidades, uno tiene la impresión de que todo ello son reminiscencias de este concepto de sacerdocio, de este afán de mediar entre la divinidad y la humanidad por parte de algunos sectores de la sociedad. La sabiduría, el poder, la religión, han querido ser, muchas veces, los portavoces casi únicos (en muchas ocasiones han pretendido la exclusividad de ser únicos) de la voluntad de Dios para el hombre.

Pero, según la Escritura, solamente Jesucristo es la encarnación auténtica de Dios, y sólo en El tenemos los creyentes, como miembros de su Cuerpo, un sacerdocio en virtud de la comunión que nos vincula por su Espíritu perfectamente con El. Esto convierte el sacerdocio cristiano —sacerdocio universal de todos los creyentes— en un ministerio de comunión con el único Mediador entre Dios y los hombres. No será nunca nuestro servicio una prioridad de oficio o santificación, ni nuestro sacerdocio una exclusiva para manipular a nuestro Salvador. Así, la gran lección de este capítulo es que, como siervos del Dios Altísimo, debemos resistir siempre a toda pretensión de divinidad por parte de cualquier institución, a toda exigencia de lealtad absoluta que nos pida el Estado o cualquier otro poder. Porque nuestra confesión no puede ser otra que la que declara en todo lugar y en todo tiempo que *sólo Cristo es Señor.*

T E X T O   B I B L I C O

LA LOCURA DE NABUCODONOSOR

4 Nabucodonosor rey, a todos los pueblos, naciones y len-
guas que moran en toda la tierra: Paz os sea multiplicada.
2 Conviene que yo declare las señales y milagros que el Dios
Altísimo ha hecho conmigo.
3 ¡Cuán grandes son sus señales, y cuán potentes sus maravi-
llas! Su reino, reino sempiterno, y su señorío de generación en
generación.
4 Yo Nabucodonosor estaba tranquilo en mi casa, y flore-
ciente en mi palacio.
5 Vi un sueño que me espantó, y tendido en cama, las ima-
ginaciones y visiones de mi cabeza me turbaron.
6 Por esto mandé que vinieran delante de mí todos los sabios
de Babilonia, para que me mostrasen la interpretación del sueño.
7 Y vinieron magos, astrólogos, caldeos y adivinos, y les dije
el sueño, pero no me pudieron mostrar su interpretación,
8 hasta que entró delante de mí Daniel, cuyo nombre es
Beltsasar, como el nombre de mi dios, y en quien mora el
espíritu de los dioses santos. Conté delante de él el sueño,
diciendo:
9 Beltsasar, jefe de los magos, ya que he entendido que hay
en ti espíritu de los dioses santos, y que ningún misterio se te
esconde, declárame las visiones de mi sueño que he visto, y su
interpretación.
10 Estas fueron las visiones de mi cabeza mientras estaba en
mi cama: Me parecía ver en medio de la tierra un árbol, cuya
altura era grande.
11 Crecía este árbol, y se hacía fuerte, y su copa llegaba hasta
el cielo, y se le alcanzaba a ver desde todos los confines de la
tierra.
12 Su follaje era hermoso y su fruto abundante, y había en
él alimento para todos. Debajo de él se ponían a la sombra
las bestias del campo, y en sus ramas hacían morada las aves
del cielo, y se mantenía de él toda carne.
13 Vi en las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi
cama, que he aquí un vigilante y santo descendía del cielo.

14 Y clamaba fuertemente y decía así: Derribad el árbol, y
cortad sus ramas, quitadle el follaje, y dispersad su fruto; vá-
yanse las bestias que están debajo de él, y las aves de sus
ramas.
15 Mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura
de hierro y de bronce entre la hierba del campo; sea mojado
con el rocío del cielo, y con las bestias sea su parte entre la
hierba de la tierra.
16 Su corazón de hombre sea cambiado, y le sea dado cora-
zón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos.
17 La sentencia es por decreto de los vigilantes, y por dicho
de los santos la resolución, para que conozcan los vivientes
que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a
quien él quiere lo da, y constituye sobre él al más bajo de los
hombres.
18 Yo el rey Nabucodonosor he visto este sueño. Tú, pues,
Beltsasar ,dirás la interpretación de él, porque todos los sabios
de mi reino no han podido mostrarme su interpretación; mas
tú puedes, porque mora en ti el espíritu de los dioses santos.
19 Entonces Daniel, cuyo nombre era Beltsasar, quedó ató-
nito casi una hora, y sus pensamientos lo turbaban. El rey
habló y dijo: Beltsasar, no te turben ni el sueño ni su inter-
pretación. Beltsasar respondió y dijo: Señor mío, el sueño sea
para tus enemigos, y su interpretación para los que mal te
quieren.
20 El árbol que viste, que crecía y se hacía fuerte, y cuya
copa llegaba hasta el cielo, y que se veía desde todos los confi-
nes de la tierra,
21 cuyo follaje era hermoso, y su fruto abundante, y en que
había alimento para todos, debajo del cual moraban las bestias
del campo, y en cuyas ramas anidaban las aves del cielo,
22 tú mismo eres, oh rey, que creciste y te hiciste fuerte,
pues creció tu grandeza y ha llegado hasta el cielo, y tu domi-
nio hasta los confines de la tierra.
23 Y en cuanto a lo que vio el rey, un vigilante y santo que
descendía del cielo y decía: Cortad el árbol y destruidlo; mas
la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro
y de bronce en la hierba del campo; y sea mojado con el
rocío del cielo, y con las bestias del campo sea su parte, hasta
que pasen sobre él siete tiempos;
24 esta es la interpretación, oh rey, y la sentencia del Altí-
simo, que ha venido sobre mi señor el rey:
25 Que te echarán de entre los hombres, y con las bestias del
campo será tu morada, y con hierba del campo te apacentarán
como a los bueyes, y con el rocío del cielo serás bañado; y
siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que conozcas que el Altí-

simo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere.
26 Y en cuanto a la orden de dejar en la tierra la cepa de las raíces del mismo árbol, significa que tu reino te quedará firme, luego que reconozcas que el cielo gobierna.
27 Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: tus pecados redime con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias para con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad.
28 Todo esto vino sobre el rey Nabucodonosor.
29 Al cabo de doce meses, paseando en el palacio real de Babilonia,
30 habló el rey y dijo: ¿No es ésta la gran Babilonia que yo edifiqué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?
31 Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando vino una voz del cielo: A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino ha sido quitado de ti;
32 y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu habitación, y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere.
33 En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fue echado de entre los hombres; y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves.
34 Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades.
35 Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?
36 En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, y la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí, y mis gobernadores y mis consejeros me buscaron; y fui restablecido en mi reino, y mayor grandeza me fue añadida.
37 Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia.

Capítulo **4**

El testimonio de Nabucodonosor

DANIEL 4:1-37

1. El testimonio de un tirano.

Este capítulo es único como documento de Estado que nos informa de la manera como un monarca orgulloso y despótico fue humillado y obligado a reconocer al Dios justo, verdadero, soberano y activo en el mundo. Es un ejemplo práctico de Isaías 26:9: *«porque luego que hay juicios tuyos en la tierra, los moradores del mundo aprenden justicia»*.

Uno se pregunta si los sabios *no querían* o no podían interpretar el sueño; incluso Daniel, al ser llamado, parece vacilar (vs. 19-20). Un árbol que florecía era imagen apropiada para un próspero monarca como Nabucodonosor (v. 4; *cf.* Ez. 31:3-18). Más todavía, se produce una abrupta transición que va del símbolo a lo simbolizado (v. 15), indicando que su parte era ya con las bestias. Se anuncia la intervención divina, decisiva, siendo los ángeles los agentes del cielo (los ángeles reciben aquí el nombre de «vigi-

lantes» y «santos», vs. 13, 17). ¿Quién se atrevería a contarle al rey lo que le aguardaba?

No hay necesidad de preguntarse si Nabucodonosor podía usar el lenguaje del monoteísmo tal como nos *parece* en los versículos 2, 3 (*cf.* 34-37). Esdras 1:2-4 muestra a Ciro de Persia usando la misma clase de lenguaje, y hay evidencias escritas abundantes, procedentes de la Antigüedad, para demostrar que estos reyes tenían cuidado de no herir a sus súbditos, y aún más: de conciliarse con los dioses de ellos. Si a esto añadimos la terrible experiencia que contamos más abajo como «la restauración de Nabucodonosor», acaso no nos sorprenderá tanto este lenguaje.

Es todavía posible prestar acatamiento, o demostrar reconocimiento, del verdadero Dios y, no obstante, no creer en El según la Biblia entiende la experiencia de la fe. Pero también es posible que Nabucodonosor escriba bajo el impacto de dicha «restauración» y al impulso de nuevas vivencias y discernimientos espirituales.

2. La visión del árbol.

Dos puntos merecen nuestro comentario: 1) *«la cepa con atadura de hierro y de bronce»* (v. 23). La mayoría de eruditos siguen a Jerónimo cuando interpreta esta atadura como las cadenas que solían emplearse para sujetar a los maníacos, pero E. R. Bevan prefiere «la sentencia aplastante y firme debajo de la cual se halla el rey». Sin embargo, el propósito parece ser el de *limitar* la destrucción (v. 26). Los juicios de Dios no son nada incontrolados. 2) *Siete tiempos* (v. 23) que han sido interpretados como siete años; pero semejante período de locura hubiera sido demasiado largo para que no hubiese surgido un rey nuevo que habría dejado sus huellas en la historia

de Babilonia de forma indeleble. Mas nos parece un tiempo indefinido en lo que concierne a su descripción cronológica, pero definido en el sentido de *completo,* total y adecuado para que en él se cumpliesen perfectamente los planes del Señor tal como fueron predichos.

Un historiador —Tabouis, *Nebuchadnezzar,* Londres, 1931, p. 69— sostiene que tenemos bastantes evidencias de que Nabucodonosor estuvo retirado un tiempo del ejercicio directo del poder.

Daniel se había enfrentado a la ira del rey y luego le había echado en cara sus pecados. Tal había sido su misión. Y la había cumplido. Pero algunos rabinos, siglos después, han reprochado a Daniel el que diera buenos consejos a un rey pagano, y llegan hasta el extremo de sugerir que ¡fue echado a los leones como castigo! Dios no comparte esta estrechez de miras. El es juez de todos los hombres, y bien se trate del rey o de un plebeyo, de un judío o de un gentil, sus mandamientos tienen alcance universal. Su gobierno personal, no el hado ciego, decide el destino de los hombres; de ahí la nota condicional del versículo 27 (*cf.* Jeremías 18:7-9). El rey podía haber evitado lo que le sucedió, pero era demasiado orgulloso, demasiado seguro de sí mismo y Dios tuvo que castigarle. Porque nadie se burla de él impunemente.

3. La restauración de Nabucodonosor.

¡Cómo caen los fuertes! Hay algo que el Señor aborrece de manera especial: el orgullo, la suficiencia propia. Es así porque este pecado entroniza al «Yo» y conduce a falsas seguridades que hacen prescindir de Dios. Es el pecado de nuestro tiempo; el hombre cree poder prescindir de Dios. Donde no hay sentimiento de necesidad, de insuficiencia, no hay búsqueda de la gracia tampoco. No hay salvación.

Los ejemplos de Isaías 14:12-20 y Hechos 12:20-23 nos ofrecen suficientes advertencias de cómo Dios trata a los que pretendan usurpar su gloria.

Dios no obró precipitadamente con Nabucodonosor. Una advertencia muy clara había sido dada por Daniel, y todo un año fue el plazo concedido para que el monarca cambiase de actitud (v. 29); posiblemente interpretó la paciencia divina como evidencia de que, a la larga, nada le ocurriría (*cf.* Rom. 2:4). El orgullo ciega la mente y las inscripciones nos muestran cuán orgulloso era Nabucodonosor (leemos sus propias palabras y su admisión de los hechos en los versículos 30 y 37). La enfermedad que le derribó ha sido diagnosticada como licantropía (del griego *lukos,* «zorro») y que expresa la perturbación del ser humano que piensa ser una bestia y actúa como a tal.

El rey aprendió una dolorosa lección. Cuando vino la restauración, tan repentinamente como la catástrofe inicial, prorrumpió inmediatamente en un himno de alabanza, inclinando su orgulloso corazón al Soberano de reyes (vs. 34 y 35). La historia confirma que todavía le fue añadida mayor grandeza (v. 36), pero ¿produjo un cambio permanente de corazón?

La humildad de Nabucodonosor parece real, pero su piedad no es la piedad bíblica. El se siente todavía, como todo monarca caldeo, el centro, el trono, el árbol de la vida, la columna de la verdad y la expresión de la gloria de los dioses. Es decir, Nabucodonosor metía a Dios en la dialéctica de la historia y no más allá de la misma; su concepto de la religión era el típicamente politeísta; como intérprete y encarnación de la voluntad divina, Nabucodonosor seguía todavía pensando que la divinidad se hallaba atada a él y a su Imperio. ¿No se lo había dicho en sueños interpretados por Daniel?

Siguiendo la lógica de su fe, y sin contradicción, por lo tanto, con una cierta medida de humildad,

Nabucodonosor afirma orgullosamente: «¿No es ésta la gran Babilonia que yo edifiqué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?» (v. 30). No tenemos que interpretar estas palabras como simple vanidad; el rey caldeo hace resumen de su gestión de gobierno, con la satisfacción con que cualquier estadista moderno afirma que ha hecho algo importante. Más que soberbia, en estas palabras el que es cabeza del Imperio babilónico cree poner de manifiesto que en él se cumplen promesas hechas por Dios, este Dios de los hebreos tan bien representado por sus servidores, promesas tocantes al Reino, aunque interpretadas con su mentalidad propia.

Pero «aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando vino una voz del cielo: A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino ha sido quitado de ti» (v. 31). ¿Por qué? Simplemente porque cada vez que el hombre —cualquier hombre: rey, sacerdote, estadista, etc.— intenta ser más que hombre, entonces se deshumaniza y se convierte en algo inferior al ser humano. Es decir: se convierte en un monstruo, medido por la perspectiva bíblica.

La misma tentativa de endiosamiento representa ya una reducción de lo humano y un repliegue hacia la irresponsabilidad. La licantropía —la dolencia de quienes creen ser bestias— arrastra al odio de Dios y de uno mismo como hecho a semejanza de la divinidad, trata de borrar cualquier huella de humanidad y la imagen divina que ésta conlleva.

El propósito de la humillación de Nabucodonosor había sido para que conociera que «el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere» (v. 25). Hay buenas razones para creer que la experiencia le afectó profundamente, pero ¿podemos hablar de regeneración? Existe disparidad de opiniones entre los eruditos. Mientras los hay que

afirman que Daniel 4:8, 9, 18 muestra demasiado claramente que el monarca de Babilonia permaneció un politeísta toda su vida, los hay también que, en base a la experiencia que nos narran los versículos siguientes, aseguran que Nabucodonosor acabó gozando del conocimiento redentor del verdadero Dios. Así, por ejemplo, lo cree Edward J. Young. Aunque las palabras del rey caldeo siguen tomando los ejemplos de la terminología politeísta —que era la única que conocía Nabucodonosor—, es significativo que se refieren a la descripción de su manera de pensar antes de vivir aquella terrible experiencia de la licantropía. Ciertamente, el documento es importante y extraordinario incluso si lo comparamos con otros de la Antigüedad, ya que aquí se nos da una sincera confesión de pecado y de actitud humilde, cosa que no hallamos en ningún otro texto de esta clase.

A contracorriente de su propia ideología y creencia, Nabucodonosor hace tres afirmaciones:

1) *La absoluta soberanía y trascendencia de Dios;* soberanía y trascendencia que hacen totalmente imposible la continuidad tradicional entre Dios y Estado, entre la divinidad y la humanidad (vs. 34, 35, 37).

2) *El arrepentimiento implícito en toda la declaración.* Si es arrepentimiento para salvación o simple remordimiento bajo el trauma de una gran conmoción es algo que discuten los eruditos.

3) *La sincera confesión de pecados,* inaudita en un déspota oriental, es algo que sorprende al lector. Alguien ha comentado que en ciertas campañas de evangelización se exige hoy mucho menos a los «conversos».

Así como la prosperidad final de Job fue mucho más abundante que la primera, así Nabucodonosor fue fortalecido y engrandecido en su reino al engrandecer y glorificar a Dios, consciente de que «todas

sus obras son verdaderas y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia» (v. 37).

Esta historia pone de relieve los condicionamientos culturales en las vivencias religiosas. Nabucodonosor se expresa siempre como caldeo y emplea, lógicamente, un lenguaje y un mundo de conceptos cien por cien caldeos. No podía ser de otra manera. Pero, al mismo tiempo, aparece en todo el relato otro hecho no menos significativo: el cuidado de Dios por *todas* sus criaturas. Lo básico de todo ser humano, a los ojos de Dios, es el hecho de que es una criatura, un ser creado a imagen del Creador. Esta realidad fundamental no puede ser borrada, en última instancia, por las condiciones del entorno social, la situación histórica o la tiranía de los hombres o las ideologías. En cada época, en cada país, los hombres son sin excusa en el sentido de que han cambiado la verdad de Dios por las mentiras de propia manufactura (Rom. 1:25). Y esto se hace a pesar de los condicionamientos culturales y sociales, a través de ellos y por encima de los mismos. Todo hombre es hijo de su tiempo y de sus «circunstancias», como diría Ortega y Gasset, pero asimismo es una criatura de Dios.

No podemos subestimar el profundo significado y alcance del versículo 37 con que se cierra el capítulo 4. Porque, incluso en el supuesto de que consideremos dudosa la conversión del monarca, el hecho de que mostrara preferencia por Daniel y sus amigos, con sumo respeto por su fe, concediendo a los hebreos una posición privilegiada en el Imperio, es ya de por sí elocuente. Ello fue motivo de fuertes sentimientos antijudíos entre los caldeos que fueron creciendo con el tiempo (6:4). Las circunstancias evolucionaron de tal modo que la posición de los hebreos pasó a ser segura, privilegiada y próspera y de esta manera la cautividad fue suavizada hasta el punto

de que de maldición se convirtió en una especie de protección. Fue así porque se hallaron bajo el mandato de un gobernante cuya actitud ante Dios —incluso si la interpretamos con muchas reservas y suspicacias— era mucho más positiva que la de los últimos reyes de Judá.

Después de las penalidades y el sufrimiento de la cautividad, Dios derramó su gracia, su protección y su bendición de manera manifiesta.

LA ESCRITURA EN LA PARED

5 El rey Belsasar hizo un gran banquete a mil de sus prín-
cipes, y en presencia de los mil bebía vino.
2 Belsasar, con el gusto del vino, mandó que trajesen los
vasos de oro y de plata que Nabucodonosor su padre había
traído del templo de Jerusalén, para que bebiesen en ellos el
rey y sus grandes, sus mujeres y sus concubinas.
3 Entonces fueron traídos los vasos de oro que habían traído
del templo de la casa de Dios que estaba en Jerusalén, y be-
bieron en ellos el rey y sus príncipes, sus mujeres y sus con-
cubinas.
4 Bebieron vino, y alabaron a los dioses de oro y de plata,
de bronce, de hierro, de madera y de piedra.
5 En aquella misma hora aparecieron los dedos de una mano
de hombre, que escribía delante del candelero sobre lo enca-
lado de la pared del palacio real, y el rey veía la mano que
escribía.
6 Entonces el rey palideció, y sus pensamientos lo turbaron,
y se debilitaron sus lomos, y sus rodillas daban la una contra
la otra.
7 El rey gritó en alta voz que hiciesen venir magos, caldeos
y adivinos; y dijo el rey a los sabios de Babilonia: Cualquiera
que lea esta escritura y me muestre su interpretación, será
vestido de púrpura, y un collar de oro llevará en su cuello, y
será el tercer señor en el reino.
8 Entonces fueron introducidos todos los sabios del rey, pero
no pudieron leer la escritura ni mostrar al rey su interpretación.
9 Entonces el rey Belsasar se turbó sobremanera, y palideció,
y sus príncipes estaban perplejos.
10 La reina, por las palabras del rey y de sus príncipes,
entró a la sala del banquete, y dijo: Rey, vive para siempre;
no te turben tus pensamientos, ni palidezca tu rostro.
11 En tu reino hay un hombre en el cual mora el espíritu
de los dioses santos, y en los días de tu padre se halló en él
luz e inteligencia y sabiduría, como sabiduría de los dioses;

al que el rey Nabucodonosor tu padre, oh rey, constituyó jefe
sobre todos los magos, astrólogos, caldeos y adivinos,
12 por cuanto fue hallado en él mayor espíritu y ciencia y
entendimiento, para interpretar sueños y descifrar enigmas y re-
solver dudas; esto es, en Daniel, al cual el rey puso por nombre
Beltsasar. Llámese, pues, ahora a Daniel, y él te dará la inter-
pretación.
13 Entonces Daniel fue traído delante del rey. Y dijo el rey
a Daniel: ¿Eres tú aquel Daniel de los hijos de la cautividad
de Judá, que mi padre trajo de Judea?
14 Yo he oído de ti que el espíritu de los dioses santos está
en ti, y que en ti se halló luz, entendimiento y mayor sabiduría.
15 Y ahora fueron traídos delante de mí sabios y astrólogos
para que leyesen esta escritura y me diesen su interpretación;
pero no han podido mostrarme la interpretación del asuntn.
16 Yo, pues, he oído de ti que puedes dar interpretaciones y
resolver dificultades. Si ahora puedes leer esta escritura y darme
su interpretación, serás vestido de púrpura, y un collar de oro
llevarás en tu cuello, y serás el tercer señor en el reino.
17 Entonces Daniel respondió y dijo delante del rey: Tus
dones sean para ti, y da tus recompensas a otros. Leeré la
escritura al rey, y le daré la interpretación.
18 El Altísimo Dios, oh rey, dio a Nabucodonosor tu padre
el reino y la grandeza, la gloria y la majestad.
19 Y por la grandeza que le dio, todos los pueblos, naciones
y lenguas temblaban y temían delante de él. A quien quería
mataba, y a quien quería daba vida; engrandecía a quien
quería, y a quien quería humillaba.
20 Mas cuando su corazón se ensoberbeció, y su espíritu se
endureció en su orgullo, fue depuesto del trono de su reino, y
despojado de su gloria.
21 Y fue echado de entre los hijos de los hombres, y su mente
se hizo semejante a la de las bestias, y con los asnos monteses
fue su morada. Hierba le hicieron comer como a buey, y su
cuerpo fue mojado con el rocío del cielo, hasta que reconoció
que el Altísimo Dios tiene dominio sobre el reino de los hom-
bres, y que pone sobre él al que le place.
22 Y tú, su hijo Belsasar, no has humillado tu corazón, sa-
biendo todo esto;
23 sino que contra el Señor del cielo te has ensoberbecido, e
hiciste traer delante de ti los vasos de su casa, y tú y tus
grandes, tus mujeres y tus concubinas, bebisteis vino en ellos;
además de esto, diste alabanza a dioses de plata y oro, de bron-
ce, de hierro, de madera y de piedra, que ni ven, ni oyen, ni
saben; y al Dios en cuya mano está tu vida, y cuyos son todos
tus caminos, nunca honraste.

24 Entonces de su presencia fue enviada la mano que trazó esta escritura.
25 Y la escritura que trazó es: MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN.
26 Esta es la interpretación del asunto: MENE: Contó Dios tu reino, y le ha puesto fin.
27 TEKEL: Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto.
28 PERES: Tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas.
29 Entonces mandó Belsasar vestir a Daniel de púrpura, y poner en su cuello un collar de oro, y proclamar que él era el tercer señor del reino.
30 La misma noche fue muerto Belsasar rey de los caldeos.
31 Y Darío de Media tomó el reino, siendo de sesenta y dos años.

Capítulo **5**

La caída de Babilonia

DANIEL 5:1-3

Más de treinta años separan el capítulo 4 del 5 de Daniel.

Fuera de las puertas de la ciudad, sitiada, se hallaban las fuerzas medo-persas. En el interior, en vez de prepararse para la defensa, se celebraba un suntuoso banquete. El rey de Babilonia entonces era, de hecho, el usurpador Nabonidus, un personaje excéntrico y poco popular que se había recluido en Tema. Las inscripciones demuestran que «entregó el reino a su hijo Belsasar».

La historia recoge también que los ídolos capturados al enemigo en pasadas victorias fueron traídos a la capital como trofeos. Si Judá hubiese sido un estado pagano, sus dioses hubieran corrido la misma suerte. Las muchas referencias a los tesoros del Templo (2.° Rey. 24:13; Jer. 27:19-22; Esd. 1:7-8) demuestran que éstos eran considerados como sustitutos de los ídolos. Al usar estos tesoros, en su bacanal, Belsasar estaba, de hecho, afirmando que sus dioses eran superiores a los del Dios judío; un arrebato de

estupidez y blasfemia que Dios no podía pasar por alto. Babilonia, al fin y al cabo, no había sido nada más que el instrumento usado para castigar a Judá.

Así como una esclava dio testimonio del profeta hebreo (2.° Rey. 5:3), del mismo modo la reina (v. 10, casi seguro sería la reina madre, personaje de gran influencia en las cortes orientales) dio testimonio de Daniel. Parece extraño que un oficial de la corte tan fiel como Daniel hubiese caído en la oscuridad, pero —no nos engañemos— los hombres de Dios nunca son populares por demasiado tiempo, su testimonio molesta demasiado. El ministerio de la sal y de la luz no es siempre bien acogido (Mat. 5:13-14). Por otra parte, si bien es posible que la experiencia de Nabucodonosor le llevara a una fe efectiva a nivel personal, sabemos que no lo fue a nivel nacional. El país siguió en la idolatría.

El punto central de esta sección lo constituyen los versículos 22 y 23: *«sabiendo todo esto...»*.

Nabucodonosor había aprendido mediante dolorosa experiencia que Dios es el único Soberano. Debía de ser respetada su memoria, al menos. Belsasar tenía que haber aprovechado de su experiencia, pero él no ha sido el único incapaz de escarmentar en cabeza ajena. Somos muy lentos en el aprendizaje de las lecciones de la historia (*cf.* Jer. 3:6-11, y las palabras de Cristo en Jn. 13:17).

De modo que cayó el juicio sobre Belsasar por su arrogante e infundado orgullo. La escritura aramea era conocida por los sabios de la corte, pero no podían ofrecer la interpretación. Muchas conjeturas se han hecho desde entonces, pero ¿por qué tenemos necesidad de ir más lejos de lo que fue Daniel mismo? (vs. 24-28). La escritura declara el final de Babilonia, la suprema impotencia e insignificancia de Belsasar, así como el agente destructor. Palabras como

«pesado», «Contó Dios tu reino», etc., sugieren la manera deliberada, estudiada, en que actúa Dios.

Daniel, que había recibido regalos de Nabucodonosor (2:48), rechazó los obsequios de Belsasar (v. 17). ¿Podemos explicar esto? Sin embargo, al final parece aceptarlos (v. 29), mas ¿los aceptó de buen grado? Nos parece, por el contrario, que Belsasar llevó la farsa hasta el final y su proclamación de Daniel como tercero del reino no fue más que burla sarcástica. Pensemos que el festín de Belsasar se celebraba para olvidar la situación real de la ciudad, amenazada por las huestes medo-persas; el hijo de Nabonidus sólo quería aturdirse en un frenesí cobarde, loco e inmoral. Lo que hizo con Daniel en el versículo 29 es parecido a la mofa y escarnio que tuvo que soportar Cristo mismo (Mat. 27:27-31) al término de su ministerio y comienzo de la pasión.

«La misma noche fue muerto Belsasar...» (v. 30). Este dramático final viene corroborado por los historiadores Herodoto y Jenofonte, quienes nos cuentan que hasta los guardas y vigilantes se hallaban ebrios cuando la ciudad fue tomada.

Comparemos a Belsasar con el rico loco de Lucas 12:16-21.

La locura de los monarcas de Babilonia va en aumento, desde Nabucodonosor hasta Belsasar, en un período tan corto de tiempo como son treinta años. Sería interesante enumerar los peldaños de este progreso en la locura moral, espiritual y política desde el primer rey hasta el último.

1. La escritura de la pared.

Esta inscripción fue escrita por Aquel «en cuya mano está la vida y cuyos son todos los caminos» (v. 23), el Señor del cielo contra quien se ensoberbeció Belsasar y contra el cual pecó deliberadamente profanando los vasos del Templo de Jerusalén.

La imagen que comunica la escritura sobre la pared es la de la justicia, las balanzas que pesan las acciones de los hombres. Era una imagen familiar en muchos pueblos de la Antigüedad, entre ellos: Egipto, Grecia, Persia, Babilonia y, más tarde, Roma, de donde pasó a otras culturas.

Toda religión que establece la salvación por obras y menosprecia la gracia redentora de Dios, tiene que echar mano del simbolismo de las balanzas. En conformidad con su propio talante religioso, Belsasar es pesado y condenado por el Dios soberano. Por más que un hombre rebaje las demandas morales de la ley, todavía será hallado reo; porque no podrá cumplir ni siquiera las normas que él mismo ha aprobado. Si la justicia es reducida al mero sentimiento de rectitud de intención o sinceridad, aun así será condenado, porque los ojos de Dios que todo lo escudriñan le podrán acusar de hipócrita. Nadie puede justificarse a sí mismo en términos de ninguna ley; menos todavía en términos de la ley de Dios. Pero, aun en el supuesto de que sea examinado en base a sus propias normas, el hombre queda convicto siempre. Siendo un transgresor del Pacto establecido por Dios y la Ley que el mismo conlleva, el hombre —todo ser humano— es igualmente transgresor de todo pacto concertado con el prójimo o con la sociedad. Porque el hombre, y los individuos que forman la sociedad, son hechos a imagen de Dios.

La vida del ser humano viene caracterizada por esta radical alienación de Dios (y, consiguientemente, de su Palabra) y del prójimo; y aun de sí mismo y de cualquier ley u orden hecho a su propio antojo y a imagen de su tendencia pecaminosa.

Afortunadamente, la misma Biblia nos ofrece la versión de aquellas palabras que aparecieron ante los ojos atónitos de Belsasar:

MENE, MENE:	«Contó Dios tu reino y le ha puesto fin» (v. 26).
TEKEL:	«Pesado has sido en balanza y fuiste hallado falto» (v. 27).
PERES:	«Tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas» (v. 28).

Según E. J. Young, la traducción del versículo 25 debería ser: *«Mene, Mene, Tekel, Peres.»*

«En el vocablo PERES —escribe Young—, que significa "dividido", hay una alusión a PARAS (es decir: Persas), que parecería indicar que los persas iban a ser el poder dominante en la *dividida,* o disuelta, Babilonia.»

Aquella misma noche fue muerto Belsasar (v. 30) y Darío tomó el reino (v. 31).

2. Una interpretación cristiana.

Entre los muchos pasajes del Antiguo Testamento que proclaman la gracia de Dios —e implícitamente la imposibilidad de que el hombre pueda salvarse por sí mismo— esta sección de Daniel ocupa un lugar prominente. Para el creyente, las balanzas de la justicia constituyen un constante recordatorio de la impotencia humana frente a las santas exigencias de Dios. Pero las puede contemplar con serenidad y aun con gozo, porque sabe que en Cristo ha sido librado del poder del pecado y de la muerte que la Ley divina anuncia —denunciándonos—; al vivir bajo la gracia, el cristiano ya no se halla situado bajo la sentencia de la Ley. La cruz de Cristo es su carta de libertad, porque ha destruido la radical alienación del hombre con respecto a Dios, al prójimo y a sí mismo. El cristiano es libre porque la verdad nos ha liberado y ahora vivimos en la libertad de los hijos de Dios; es

decir: la libertad es el entorno espiritual de nuestra existencia, libertad como criaturas, *libertad para ser humanos conforme a la voluntad original del Creador,* y libertad para asumir nuestra responsabilidad como cocreadores y coprovidentes en y sobre la creación.

Hemos aprendido que cuando el hombre quiere jugar a ser Dios, bien sea en el terreno religioso, en el político, en el cultural o en cualquier ámbito de la existencia, comienza a deshumanizarse, a disminuirse como persona y, como resultado de ello, a ser incapaz de disfrutar de ninguna libertad, gloria o responsabilidad. Inevitablemente tiene que caer en algún sistema legal para fundamentar el mínimo de orden individual y social, con objeto de no caer en la anarquía absoluta. Así, las dimensiones de su vida gravitan alrededor de la ley como base del ordenamiento, en contraste con el concepto bíblico, cuya base es *la vida en Cristo,* capaz de superar la sentencia de muerte que la ley —toda ley— inevitable e indefectiblemente nos echa en cara. Cualquier ley descubre el pecado básico del corazón y cualquier balanza es eficaz para ello. No nos hagamos ilusiones; por mínimas que sean las exigencias de una legislación dada, el ser humano frente a ella es impotente. Porque, por naturaleza, somos sempiternos transgresores y enemigos de la Ley, cuyas balanzas nos sentencian siempre. La ley de la vida sin Dios es anunciadora de muerte; no puede hacer otra cosa, no puede ser de otra manera. En cambio, la ley de vida en Cristo es la ley de la libertad, de la realización y la plenitud; la ley de la fe y la esperanza. La ley de la muerte —tal como obra y se manifiesta en el hombre sin Dios— reclama juicio y prepara la tumba. Así, los hombres se van haciendo no solamente sus propios ordenamientos, olvidados del Gran Legislador, sino que construyen también sus propios

infiernos, no admitiendo que sus culturas, sus modos de vida, sus trayectorias históricas, sean otra cosa que un catálogo de frustraciones y resentimientos, cuando no una serie de relatos de masoquismo.

Enfrentados con el destino que ellos mismos forjan, los muchos Belsasar que ha habido —y siguen habiendo— en la historia se aturden en la orgía y esperan la muerte. Porque todos sin excepción han sido pesados en balanza y hallados faltos.

TEXTO BIBLICO

DANIEL EN EL FOSO DE LOS LEONES

6 Pareció bien a Darío constituir sobre el reino ciento veinte sátrapas, que gobernasen en todo el reino.
2 Y sobre ellos tres gobernadores, de los cuales Daniel era uno, a quienes estos sátrapas diesen cuenta, para que el rey no fuese perjudicado.
3 Pero Daniel mismo era superior a estos sátrapas y gobernadores, porque había en él un espíritu superior; y el rey pensó en ponerlo sobre todo el reino.
4 Entonces los gobernadores y sátrapas buscaban ocasión para acusar a Daniel en lo relacionado al reino; mas no podían hallar ocasión alguna o falta, porque él era fiel, y ningún vicio ni falta fue hallado en él.
5 Entonces dijeron aquellos hombres: No hallaremos contra este Daniel ocasión alguna para acusarle, si no la hallamos contra él en relación con la ley de su Dios.
6 Entonces estos gobernadores y sátrapas se juntaron delante del rey, y le dijeron así: ¡Rey Darío, para siempre vive!
7 Todos los gobernadores del reino, magistrados, sátrapas, príncipes y capitanes han acordado por consejo que promulgues un edicto real y lo confirmes, que cualquiera que en el espacio de treinta días demande petición de cualquier dios u hombre fuera de ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones.
8 Ahora, oh rey, confirma el edicto y fírmalo, para que no pueda ser revocado conforme a la ley de Media y de Persia, la cual no puede ser abrogada.
9 Firmó, pues, el rey Darío el edicto y la prohibición.
10 Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes.
11 Entonces se juntaron aquellos hombres, y hallaron a Daniel orando y rogando en presencia de su Dios.
12 Fueron luego ante el rey y le hablaron del edicto real: ¿No

has confirmado edicto que cualquiera que en el espacio de treinta días pida a cualquier dios u hombre fuera de ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones? Respondió el rey diciendo: Verdad es, conforme a la ley de Media y de Persia, la cual no puede ser abrogada.
13 Entonces respondieron y dijeron delante del rey: Daniel, que es de los hijos de los cautivos de Judá, no te respeta a ti, oh rey, ni acata el edicto que confirmaste, sino que tres veces al día hace su petición.
14 Cuando el rey oyó el asunto, le pesó en gran manera, y resolvió librar a Daniel; y hasta la puesta del sol trabajó para librarle.
15 Pero aquellos hombres rodearon al rey y le dijeron: Sepas, oh rey, que es ley de Media y de Persia que ningún edicto u ordenanza que el rey confirme puede ser abrogado.
16 Entonces el rey mandó, y trajeron a Daniel, y le echaron en el foso de los leones. Y el rey dijo a Daniel: El Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, él te libre.
17 Y fue traída una piedra y puesta sobre la puerta del foso, la cual selló el rey con su anillo y con el anillo de sus príncipes, para que el acuerdo acerca de Daniel no se alterase.
18 Luego el rey se fue a su palacio, y se acostó ayuno; ni instrumentos de música fueron traídos delante de él, y se le fue el sueño.
19 El rey, pues, se levantó muy de mañana, y fue apresuradamente al foso de los leones.
20 Y acercándose al foso llamó a voces a Daniel con voz triste, y le dijo: Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones?
21 Entonces Daniel respondió al rey: Oh rey, vive para siempre.
22 Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo.
23 Entonces se alegró el rey en gran manera a causa de él, y mandó sacar a Daniel del foso; y fue Daniel sacado del foso, y ninguna lesión se halló en él, porque había confiado en su Dios.
24 Y dio orden el rey, y fueron traídos aquellos hombres que habían acusado a Daniel, y fueron echados en el foso de los leones ellos, sus hijos y sus mujeres; y aún no habían llegado al fondo del foso, cuando los leones se apoderaron de ellos y quebraron todos sus huesos.
25 Entonces el rey Darío escribió a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra: Paz os sea multiplicada.

26 De parte mía es puesta esta ordenanza: Que en todo el dominio de mi reino todos teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel; porque él es el Dios viviente y permanece por todos los siglos, y su reino no será jamás destruido, y su dominio perdurará hasta el fin.
27 El salva y libra, y hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra; él ha librado a Daniel del poder de los leones.
28 Y este Daniel prosperó durante el reinado de Darío y durante el reinado de Ciro el persa.

Capítulo **6**

La prueba de Daniel ante Darío

DANIEL 6:1-28

Todo hombre piadoso que labora en alguna esfera importante (en los negocios, en la administración pública, etc.) se verá sometido a fuertes presiones. Lo extraordinario de Daniel es que preservó su integridad a lo largo de más de setenta años de servicio en la corte. El secreto, por supuesto, no estaba en Daniel solamente, sino en su Señor, capaz de guardarle (Jud. 24), y nosotros podemos compartir este secreto con él.

Existe un magnífico testimonio en favor de Daniel, en el versículo 5, el cual limita asimismo los extremos de la responsabilidad cristiana. Un creyente, en último término, sólo deberá dar cuenta a Dios, y cuando se presenta el conflicto con el Estado, su primera lealtad se halla establecida con meridiana claridad: *«Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres...»* (Hech. 5:29).

El adulador, con su apelación a la vanidad, puede todavía tener éxito si la razón falla. Dos trucos muy usados en manejos políticos aparecen aquí: 1) *la apa-*

riencia de unidad (v. 7: «Todos los gobernantes del reino...»), cuando en realidad quedaba excluido el «presidente primero»; 2) *la distorsión de la verdad* («Daniel no te respeta...», v. 13).

La oración de Daniel en público ha sido comparada, y contrastada, por algunos con la advertencia de Jesús en Mateo 6:6 de que no debemos orar para ser vistos. Pero las circunstancias y el ambiente son totalmente distintos. Daniel estaba en el exilio, en una sociedad hostil, y tenía que estar recordándose a sí mismo y a los demás que él servía a Dios y no a los dioses de moda. Orar mirando hacia Jerusalén, era una manera callada de dar testimonio. No había ostentación en ello. Más bien deberíamos subrayar la valentía de Daniel y su insistencia en que ciertas cualidades y características delatan invariablemente a un hombre de Dios.

La angustia del rey por Daniel demuestra que se había dado cuenta del engaño de sus oficiales. Pero, como suele suceder muchas veces en la vida, ya no estaba a tiempo de corregir las consecuencias de su propia locura.

¿Es sensato proclamar que una ley imperfecta debe, no obstante, ser obedecida si ha sido promulgada? Tal era la mentalidad de los persas.

La suerte que corrieron los familiares de los enemigos de Daniel (v. 24) y sus mismos acusadores fue algo siniestro; nos impresiona a nosotros con nuestra perspectiva de siglos y con nuestro talante más bien individualista. En las sociedades antiguas, y mayormente en Oriente, el sentido de la responsabilidad familiar estaba muy desarrollado y no concebían la muerte o la desgracia de una persona independientemente del destino del clan, grupo o familia al cual pertenecía (*cf*. Núm. 16:32; Jos. 7:24-26). Oriente desarrolló el colectivismo llevado a extremos radicales; Occidente, por el contrario, ha desarrollado el

individualismo, que a veces ha desembocado en la anarquía. La Biblia, en sus secciones didácticas, nos orienta preferentemente en favor de una línea intermedia que armoniza la persona con la colectividad y pone los énfasis equilibradamente tanto en la responsabilidad personal como en el compromiso social.

Darío, como antes Nabucodonosor, tuvo que admitir la superioridad y excelencia de Dios (vs. 26, 27; *cf*. 4:34, 35). Pero en esta ocasión fue la integridad moral y espiritual de Daniel lo que le distinguió más que sus poderes sobrenaturales recibidos del Señor, como en otras ocasiones. La integridad, así como la experiencia y sabiduría prácticas, de Daniel impresionaron a Darío, quien no vaciló en darle cargos de responsabilidad en su Imperio. Seguramente nosotros no tendremos ocasión de compartir estos poderes sobrenaturales que Daniel tuvo del Señor, pero sí que tenemos siempre a mano la posibilidad, y el privilegio, de dar testimonio por medio de la integridad moral y espiritual, a la manera de Daniel.

1. El concepto de autoridad.

La promoción en la escala social y profesional despierta siempre envidias. En cualquier esfera, en cualquier actividad, quien descuella y alcanza cierto rango suscita inevitablemente celos y envidias. Daniel no podía ser una excepción de esta regla. Al ser elevado por Darío a altos puestos de gobierno, se creó en seguida un buen grupo de enemigos. La estrategia que siguieron éstos para molestar a Daniel consistió en el ataque al punto que consideraron más vulnerable de su personalidad: su fe religiosa. De ahí el carácter del edicto que sugirieron a Darío y la prohibición que comportaba el mismo (v. 7).

Pero este edicto fue posible solamente en base a cierta mentalidad político-religiosa específica que

conviene estudiar más de cerca, porque ha estado activa a lo largo de los siglos y todavía hoy no ha perdido actualidad:

1) El concepto del Rey-Sacerdote como mediador entre la Divinidad y la Humanidad estaba muy extendido en la Antigüedad. Era el punto de continuidad entre los dos mundos, la suprema garantía para el hombre de un nexo entre lo natural y lo sobrenatural, el puente extendido entre el más acá y el más allá. Era lo que daba sentido a la vida en su totalidad y lo que unía los diversos estamentos de la sociedad y les interpretaba la historia.

2) De acuerdo con esta mentalidad, la vida resultaba posible solamente en términos de dicho orden monárquico-sacerdotal que establecía el vínculo sagrado entre los dioses y los hombres, independientemente del cual era inconcebible que pudiera haber ningún orden social. Así, cuando se oraba y se pedía al rey mediador, se estaba dando testimonio de lo que se tenía por la piedra angular de la sociedad y el hecho fundamental de la existencia; exactamente como cuando un cristiano ora «en el nombre de Jesús». La autoridad absoluta de estos imperios no puede tolerar tal oración, salvo cuando se hace «en el nombre del Imperio».

3) La palabra, el decreto o el edicto del emperador persa era algo así como una declaración *ex cathedra,* porque expresaba una autoridad radicalmente absoluta e incontestada, una autoridad conectada con lo sobrenatural. La naturaleza —lo natural—, la vida, la sociedad, la religión, el trabajo y toda cualquier otra actividad humana se hallaban bajo el control del Rey-Sacerdote y su equipo estatal totalitario.

4) El Rey-Sacerdote quedaba, pues, convertido en el punto focal de cielos y tierra; él era la voz de la ley, la ley encarnada.

De esto a reconocer el carácter divino de los reyes solamente hay un paso. Dicho paso fue dado. Los eruditos en Antiguo Testamento y en historia nos aseguran que los persas acabaron adorando a sus reyes como dioses (Young, Keil, Delitzch, Leupold, etc.). En su *Temístocles,* Plutarco corrobora esto.

Tal concepto de la autoridad absoluta, cósmica, mediadora, encarnada por el Rey-Sacerdote, no fue exclusiva de los persas. Los griegos divinizaron incluso sus ciudades-estados, y veían en la *polis* a la divinidad local; su democracia fue, en realidad, una democracia de dioses.

Esta manera de entender la autoridad, el orden y la mediación divina es el resultado inevitable de toda teoría social —incluidas aquellas que niegan lo sobrenatural— que rechaza el concepto de verdad en favor del de la relatividad o el pragmatismo. Esta relatividad, que niega la absoluta trascendencia y soberanía de una verdad más alta que no toleraría ser mediada ni mediatizada por ningún Rey-Sacerdote (de ahí que en el Antiguo Testamento ambas funciones —la del sacerdote y la del monarca— no pueden ir unidas en la misma persona), acaba siempre en la mediocridad y la burocracia totalitarias.

2. El rey-sacerdote como mediador y unificador de la realidad.

Para cierto tipo de democracia («democracia totalitaria» la llaman algunos autores; cf. *Los cristianos y la política,* especialmente el capítulo 3, y también *El cristiano y la democracia moderna,* ambos editados por E.E.E., Barcelona, 1977), muy especialmente aquella que se nutre de la Revolución Francesa y Rousseau, Dios habla a través de las masas (*Vox populi, vox Dei*) y su veredicto es siempre inapelable. Así como el rey persa quedaba atado por

su propia ley, sin poder cambiarla (Dan. 6:14 y ss., Est. 1:19 y 8:8), lo que dice la «mayoría» es la ley infalible a la que hay que someterse sin discusión, porque es la realidad última e inapelable que se acepta como fundamento de la existencia. Pero, al ser hechura nuestra, e invento nuestro también, esta norma, esta ley de la «mayoría» convertida en verdad absoluta no puede abocar más que en el absurdo, la tiranía y la frustración. Aquí está, como ejemplo de lo que decimos, la legalización —y consecuente legitimación— del aborto en buen número de países; ¿sobre qué bases? Simplemente porque la masa o el parlamento así lo determinan; por más que científicamente resulta imposible demostrar que la eliminación de un feto no sea la destrucción de una vida auténtica, la conciencia queda acallada mediante esta mediación falsamente democrática del concepto *Vox populi, vox Dei*. Si mañana, por abrumadora mayoría, el consenso se inclina por la eliminación de ciertos enfermos o los ancianos, no habrá autoridad más alta, ni voz superior, ni tribunal de apelación posible, porque el dictamen final no puede ser revocado, «conforme a la ley de Media y de Persia, la cual no puede ser abrogada» (vs. 8 y 12). Es el resultado inevitable de convertir en absoluto lo que es relativo, de elevar a categoría la simple anécdota, es decir: lo humano —y relativo, por lo tanto—, en norma definitiva, lo pragmático en regla infalible. El ser humano no puede erigirse en norma ética y universal de sí mismo, pues ello supondrá a la larga el triunfo de la mediocridad. Siempre habrá quien, especialista en medios de comunicación, sea capaz de resucitar aquella trágica y demagógica exclamación del pueblo español en tiempos de Fernando VII: «¡Vivan las cadenas!» Era la *vox populi* también. Sabiamente manipulada, pero *vox populi* al fin y al cabo.

En Israel, el monarca o gobernante también estaba sometido a una Ley, pero no era la suya —es decir: de manufactura propia—, sino la que expresaba, y sigue expresando, la voluntad de Dios para el hombre (Deut. 17:14 y ss.): única garantía de la libertad y eficaz salvaguardia tanto frente a la anarquía como al absurdo. De ahí la diferencia entre las democracias alumbradas por el ideario más o menos rousseauniano y las que recibieron la influencia de la Reforma.

Para otros, la voz de Dios no es audible en el pueblo, sin más. Esta voz solamente es discernible en un sentido laico, en el proletariado, representado por el partido que asume la interpretación del «sentido de la historia» y la realidad última a la que hay que atenerse. En cualquier caso, es la divinización del Estado. No existe otra autoridad superior a la que el individuo pueda recurrir, porque el «dogma definitivo» ya ha sido establecido «científicamente».

Lo paradójico, lo contradictorio, es que todas estas formas de pragmatismo que han negado y rechazado todo supuesto metafísico se apoyan en una serie de *a prioris*, de supuestos, acerca de la naturaleza, la historia y el hombre, que no son más que actos de fe.

3. La ley de Media y de Persia.

No hay teoría social sin su respectiva «voz» —voz que establece la norma, la ley última y absoluta—, sin su gran mediador, sin su «ley de Media y de Persia», sin su Darío, que hace las veces de vínculo entre los procesos históricos y la realidad, entre el tiempo y la eternidad, entre la historia y el sentido último de la misma. Se concederá tolerancia a otras teorías, siempre y cuando «la ley de Media y de Persia» —la razón de Estado, la dictadura de partido, etc.— sean admitidas como la regla suprema y la

definitiva expresión de la verdad para la ordenación social. Adorad a Dios, si os gusta hacerlo; pero a condición de que antes os inclinéis ante el Estado soberano como garante del verdadero orden y felicidad del hombre. ¿Libertad religiosa? ¿Por qué no? Pero a condición de que la fe quede reservada a la experiencia privada, a un asunto particular que en nada afecta la primacía del orden establecido.

Cada teoría social, cada sistema político o filosófico insisten en este punto: «Yo soy la puerta; el verdadero orden, la auténtica convivencia, la felicidad, no son alcanzables si no es por medio de mí», nos repiten una y otra vez, al tiempo que niegan tales pretensiones al Evangelio. El Estado puede decir que él es el «camino, la verdad y la vida», pero el cristiano debe ir con cuidado cuando afirma idénticas cosas de Jesucristo, limitándose a especificar que, en el ámbito de la fe, esto solamente es válido para su experiencia «espiritual», particular y privada.

En contra de todo esto, el Señor soberano de la historia, el Rey de reyes y Señor de señores, nuestro Señor Jesucristo, afirmó que El, y solamente El, es el verdadero Mediador, el vínculo único entre cielos y tierra; vínculo establecido mediante su encarnación que consiguió una unión sin confusión de las dos naturalezas (la divina y la humana), de modo que Dios sigue siendo Dios —Soberano y Señor verdadero— y el hombre permanece hombre. Al presentarse como única y verdadera puerta, Jesús declaraba que todos los que buscan entrar en el Reino —es decir: en la comprensión de lo que es realmente la realización del ser humano y el sentido de la historia— por cualquiera otra puerta que no sea El, «ladrones son y salteadores» (Jn. 10:8).

Debe producirse un encuentro entre el tiempo y la eternidad, entre el hombre y el sentido de la historia, entre el ser humano y Dios, si tenemos que

encontrar un significado a la vida. Pero esto no se logra por la confusión —como fue el caso de los reyes-sacerdote de antaño, como lo han sido y siguen siéndolo todos los totalitarismos políticos e ideológicos—, porque la confusión de lo relativo y lo absoluto, lo divino y lo humano, es la gran tentación de siempre. Esta confusión constituye la tentación satánica por excelencia: «Seréis como dioses» (Gén. 3:5). Equivale a la destrucción de la historia y a la alienación del hombre; esta confusión representa el intento de hacer eterno lo que es temporal, de elevar a categoría de perfección lo que es mediocre, de convertir en absoluto lo que es contingente. Supone la negación del hecho creador; es decir: parte del supuesto de que no hubo tal cosa como creación, ni un Creador Soberano. Aunque se llene la boca de vocablos como «progreso» y «desarrollo», acaba siendo la negación de todo progreso, de todo desarrollo y de toda madurez auténticamente humanos. Porque significa el fin de toda idea de tiempo y el fin del sentido del tiempo. Los constructores culturales de cada generación tratan de fijar en una época, en un momento determinado, la plenitud total, deteniendo los procesos de madurez y eternalizando sus valores, sueños y quimeras. En Jesucristo, los dos órdenes, el tiempo y la eternidad, Dios y el hombre, realizan su encuentro; se hallan en el hecho de la encarnación que representa la cita de todas estas realidades, pero sin confusión, lo que lleva a la redención del hombre, criatura alienada, y al sentido de la historia que solamente el Creador y Señor de la misma puede darle. Es así como somos liberados de la fantasía totalitaria, de la tiranía de la mediocridad y de la arbitrariedad y el absurdo. Porque en Jesucristo el creyente entiende que la historia no puede, ni debe, ser detenida en nombre de ningún orden sacralizado o supuestamente «científico», ya que la historia tiene

una dinámica orientada por Dios hacia sus propósitos y así ningún tiempo nuestro puede ser considerado como definitivo, ni ningún ordenamiento humano como infalible y final. Porque todo se halla orientado hacia Dios y hasta el cumplimiento de sus propósitos.

Frente al decreto del Rey-Sacerdote, como reacción ante la arbitrariedad del Estado persa, Daniel abre las ventanas de su casa y ora con el rostro hacia Jerusalén, en donde las ruinas del Templo testificaban todavía de los rituales premonitorios del gran sacrificio de Cristo para la salvación del mundo.

Darío se vio atrapado en su propio decreto y no tenía otra alternativa que ejecutar a su más eficaz colaborador. Su posición era trágica. En tanto que encarnación de la voz divina, la voz de la ley inmutable, no podía negarse a sí mismo sin dejar de ser lo que todos esperaban y creían de él: el vínculo entre el cielo y la tierra. Su oficio y su poder requerían el cumplimiento de la ley. De manera que *la ley* de Darío establecía la pena de *muerte* para Daniel, mientras que el *afecto* del monarca por su primer ministro pedía la *vida* para él; pero esta contradicción no podía ser resuelta.

4. La ley y el amor, la justicia y la misericordia.

En todo sistema de pensamiento que no sea bíblico, el mismo conflicto aparece en forma idéntica. Es el irreconciliable, e inevitable, conflicto entre la ley y el amor. Si sólo triunfa la ley, pronto se vuelve en un simple esquema frío y deshumanizado, cuando no en un camino abierto a la injusticia organizada. Pero si solamente triunfa el amor, nuevamente la injusticia vuelve por sus fueros y el antinomianismo infecta todas las dimensiones de la existencia. El antagonismo entre ley y amor constituye una tensión continua que pugna por destruir toda civilización;

se presenta actualmente en mucho de lo que hoy es causa de crisis cuando los impulsos humanitarios tratan de pasar por alto las exigencias de la justicia estricta y los dictados de la ley. Esta tensión no se limita estrictamente al ámbito de la política, sino que hace acto de presencia también en todas las demás esferas de la vida social: en la escuela, en la familia, en el trabajo, etc.

Solamente en la revelación bíblica queda resuelta la tensión entre ley y amor, con todas sus vastas implicaciones históricas y sociales. Por medio de su perfecta justicia y su expiación vicaria, Jesucristo cumplió las exigencias de la ley, pero al mismo tiempo manifestó el amor de Dios para salvación por medio de la fe en él. La cruz se erige, por lo tanto, en el símbolo de la ley y el amor. Porque en la cruz del Calvario el Hijo de Dios dio satisfacción a todas las demandas de la justicia y a todos los anhelos del amor, consiguiendo la integración mutua de ambos. La injusticia radical que se da en todos los órdenes aparte de Jesucristo es vencida mediante esta síntesis de la expiación. Queda así abierto el camino para la realización de un orden fundado en dicha unidad, en esta síntesis conseguida por Cristo; un orden que el hombre por sí mismo no ha logrado nunca realizar. Todos los intentos del ser humano para crear un orden equitativo, justo, inspirador y creador, independientemente de Dios, aparte de la expiación y de la cruz de Cristo, todo esfuerzo en este sentido ha abocado siempre en el más aparatoso fracaso. Entre otros muchos ejemplos, recordemos el intento de Julio César de suplantar una ley cuyo fracaso era demasiado evidente, por su *clemencia*, que, a la larga también, demostró ser clemencia sin gracia, sin misericordia, negando la eficacia de la misma y anulando totalmente su efectividad. Al respecto, es iluminador el estudio de Ethelbert Stauffer, *Christ*

and the Caesars (Wesminster, Filadelfia, 1955, pp. 42-53).

Atrapado en esta tensión, Darío sólo podía exclamar: «*Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios..., ¿te ha podido librar...?*» (v. 20). Y Daniel, desde el foso de los leones, pudo responder: «¡Oh rey, mi Dios envió a su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño...» (v. 21). «Entonces se alegró el rey en gran manera, a causa de él, y mandó sacar a Daniel del foso», restaurándole a su posición. Sentenció a los enemigos de su amigo y a sus familias, un aspecto de la mentalidad de aquellos tiempos y de aquellas latitudes que ya hemos considerado más arriba, pero acerca del cual tenemos todavía que subrayar el hecho de que la Biblia prohibía terminantemente tamaña injusticia (Deut. 24:16; 2.º Rey 14:6).

El decreto que entonces promulgó Darío (vs. 25-29), aunque conmemorativo en sus propósitos, reconoce claramente la omnipotencia y la soberanía del Dios vivo. Pero adolece de dos gravísimos defectos. Le falta la expresión de una relación personal con este Dios cuya grandeza proclama y queda, así, como distante y lejano; le falta, además, la nota del sentimiento de culpa que sólo aparece allí donde el hombre admite que es pecador y que tiene necesidad de la salvación de Dios. En resumen, podemos decir que este decreto de Darío es un reconocimiento del poder de Dios, más que una confesión de fe. Pero, aun así, el emperador persa salió favorecido de esta actitud, puesto que al honrar a Daniel y colocarlo más cerca de su trono —como haría luego también Ciro (v. 28)—, consiguió prosperidad para su propio trono. El politeísmo no fue superado; de hecho, la pluralidad cultural, ideológica, política y religiosa de entonces —como la pluralidad del mundo moderno— seguía siendo considerada como la expresión, y

la continuación, de la pluralidad de las fuerzas y poderes sobrenaturales (politeísmo). La unificación de aquel orden, el conseguir un mínimo de unidad y estabilidad, era la tarea que perseguían los reyes-sacerdotes, el Estado divinizado, la política totalitaria. El monarca, como vínculo de lo natural y lo sobrenatural, desarrollaba una doble actividad que podemos discernir en todos los grandes Imperios de la Antigüedad: 1) una síntesis cultural caracterizada por amalgamas sincretistas; y 2) el sincretismo religioso, al traer al mismo santuario los varios dioses y cultos. Todo ello para tener la ilusión de haber conseguido la plena armonía y comunicación entre lo natural y lo sobrenatural, el más acá y el más allá. Con el tiempo, esto conducía a un cierto tipo de monoteísmo sincretista, pues tendía constantemente a la uniformidad y a las síntesis. Pero no nos engañemos, se trataba de un monoteísmo que nada tiene que ver con el bíblico. El monoteísmo surgía como una necesidad y un desarrollo del Imperio que giraba alrededor de la figura del Rey-Sacerdote; no era sino un aspecto de su concepto de la unidad.

Históricamente, el monoteísmo es un pariente cercano del politeísmo y constituye un aspecto de la misma filosofía básica. A primera vista, esto podría parecer una contradicción radical, puesto que el politeísmo, como su nombre indica, es la creencia en muchos dioses, mientras que el monoteísmo es la fe en un solo dios. Pero el politeísmo no se define únicamente en términos de creencia en una pluralidad de divinidades, sino también y fundamentalmente en la idea de que *dios es muchos dioses a la vez*; es decir, que es vario en sus formas y apariencias, a menudo contradictorias entre sí. Se busca en Dios la diversidad de la naturaleza y así la naturaleza divina es tan plural como la física que nos envuelve. Se admiten varios dioses y cada uno es adorado como una parte de la realidad total y plural. En esta forma

de pensamiento, y de religión, la tendencia es perpetuamente integradora. Astarté y Kemos fueron primeramente asociadas y después identificadas. Más tarde, Venus se uniría al cortejo para acabar siendo una sola divinidad, pues en los tres casos cada una de estas diosas representaba idéntico aspecto de la realidad. De la misma manera, Júpiter y Zeus quedaron fácilmente mezclados a pesar de ciertas diferencias radicales que pudieran separarles en un principio. Todo el panteón de los dioses era considerado como la expresión de los diversos aspectos de la diversidad del ser. En los períodos de conflicto, de lucha entre diferentes estados y creencias, surgía con fuerza el énfasis politeísta; por el contrario, el imperialismo tendía a la forma monoteísta del politeísmo, un monoteísmo falso, más aparente que real, y que aglutinaba la diversidad con mano de hierro. Es interesante observar que mucho del moderno monoteísmo religioso y filosófico, al admitir la «verdad» en todas las religiones y en todas las «ideas» posibles, está sólo a un paso del politeísmo o de lo que llamamos forma monoteísta del politeísmo.

5. Politeísmo, monoteísmo y Trinidad.

En Roma podemos comprobar esta evolución del más crudo politeísmo en los tiempos de la República hasta su politeísmo disimulado en apariencias monoteístas en la época del Imperio. Su política religiosa le permitió a Roma utilizar a fondo cada divinidad local, uniéndola al Imperio y al culto al emperador. Así, algunas de las ciudades más lejanas y extranjeras eran precisamente las más devotas del culto al emperador, sin que por ello disminuyera su lealtad a los cultos locales, como testifican las ciudades de Esmirna y Pérgamo, en Asia Menor. La unidad del Imperio estaba estrechamente vinculada a estos conceptos religiosos y ambos formaban la base del

concepto de ley romano fundamental. La *ius gentium*, la ley de los extranjeros o ley de las naciones, constituía la analogía legal del pensamiento politeísta en su forma disimulada bajo aparentes conceptos monoteístas. Las leyes extranjeras fueron siendo paulatinamente absorbidas por Roma, exactamente como los diferentes cultos extranjeros.

Pero aquella religión oficial del Imperio —tan aparentemente generosa, integradora y tolerante— era totalmente contraria a la fe bíblica. Después se vería que los conceptos legales fundamentales eran tan ajenos a la mentalidad bíblica como los principios religiosos. La Biblia no es politeísta, obviamente. Esto lo sabe todo el mundo. Pero es que tampoco presenta un monoteísmo fácil —a la manera islámica— que pudiera ser utilizado para camuflar conceptos panteístas. La Biblia es, fundamentalmente, trinitaria. Su monoteísmo es trinitario. Quien no descubra esto es que no conoce bien la Sagrada Escritura hebreocristiana. Cuando afirmamos que la Biblia es trinitaria queremos decir con ello que es *teísta*, más que monoteísta y *sobrenatural* en su entendimiento de la realidad última, así como en su apreciación de la ley civil y la ley de las naciones. La oposición de Roma al cristianismo se apoyaba en un discernimiento mucho más agudo y perspicaz que el de ciertos apologistas cristianos un poco despistados y en trance de comprometer aspectos básicos de la fe. La misma tensión se produce hoy.

Una fe que coloca en pie de igualdad el politeísmo africano, el panteísmo de Spinoza, el monoteísmo unitario y el panteísmo mal disimulado de Toynbee, condenando a todos por igual como errores, constituía una ofensa capital para el hombre del Imperio, cuya finalidad estribaba precisamente en abarcarlo todo, hegemónicamente, y cuya concepción de la verdad y el poder se hallaba estrechamente unida a la extensión geográfica y al inclusivismo político-religioso.

Este tipo de monoteísmo imperial, de politeísmo camuflado, como aspectos de una misma fe, pertenecen a la naturaleza misma de la idea imperial y se ponen de manifiesto a lo largo de la historia constituyendo un aspecto del ser del Estado.

En base a todo ello, el Imperio Romano podía tolerar una diversidad de credos en tanto y cuanto su unidad fundamental fuese admitida sin reparos, y siempre que fuese mantenido el culto del emperador como el centro unificador y el puente entre cielos y tierra, entre lo sobrenatural y lo natural. El cristianismo, la fe bíblica, era doblemente ofensivo, porque, en primer lugar, proclamaba a otro Mediador que además era Mediador único y exclusivo —Jesucristo—; y, en segundo lugar, parecía particularmente politeísta (excesivamente politeísta para aquellos paganos, valga la paradoja) si se comparaba al deísmo subyaciente en el politeísmo pagano. Todo esto resultaba francamente hostil. Porque, en el fondo, los creyentes griegos y romanos, y los filósofos que nacieron en el mundo gentil, no eran crudos politeístas sino sofisticados deístas. El Dios trino —el Hijo encarnado, y el Espíritu Santo— eran ofensas, blasfemias, a sus oídos, ya que proclamaban a un Dios tan aplastantemente Soberano —Señor de veras— que hasta proveía de su propio Mediador, o puente, y de su Santo Espíritu, como si dijera que no necesitaba para nada la mediación, ni los puentes, ni los espíritus de la fantasía humana. La Trinidad ontológica —ella misma principio fundamental de unidad y diversidad; creadora y redentora— corta por lo sano la autonomía del hombre y todos sus esfuerzos religiosos, filosóficos o pseudocientíficos, para ser totalmente independiente. Esto minaba la magnificencia del Imperio, pues la convertía en vanidad.

Así, el arrianismo, el subordinacionismo, el monofisitismo, el nestorianismo y las demás herejías cristológicas de los primeros siglos (véase para su es-

tudio el volumen I de *Concilios*, por Javier Gonzaga) se convertían en el refugio vano de quienes no querían aceptar la absoluta soberanía del Señor; la salida de quienes temían al Dios Trino que destruía las pretensiones del Imperio y las supersticiones de todas las demás religiones que intentaron ser el nexo divino humano entre el más acá y el más allá. La total realeza de Cristo, y su Sacerdocio definitivo, hicieron tambalear el poder absoluto de los reyes y los sacerdotes, privando de su sentido a todas las justificaciones hasta entonces propuestas por los tiranos políticos y eclesiásticos. Como Rey, Sacerdote y Profeta, Jesucristo puso fin a la religión como agencia creadora e independiente; lo que ahora se le pedirá es que sea ministerial y servicial, de otra manera se convierte en algo inútil, por no decir nocivo. Progresivamente, por lo tanto, le ha sido cada vez más difícil al Estado el patronazgo del verdadero cristianismo. La facilidad con que Darío rindió tributo a Dios se torna cada vez menos practicable a hombres, gobernantes y teóricos para quienes el único mediador y la única divinidad que reconocen es el Estado. Al respecto, cabe confesar que países como la Rusia Soviética manifiestan un más alto grado de autoconciencia epistemológica que aquellos otros Estados que todavía se sienten capaces de rendir hipócrita tributo a Dios, un Dios contra el que en realidad batallan. Esta hipocresía no estaba todavía presente en Darío, puesto que esta tensión fundamental aún no se había puesto de manifiesto con la virulencia con que lo hace actualmente, gracias a la influencia del cristianismo en los últimos siglos. Las tensiones de nuestra época son igualmente testimonios de la existencia de dicho problema y preludian su solución que únicamente la Biblia ofrece y solamente en la Escritura encontraremos cuando nos decidamos a buscarla —y a vivirla— de todo corazón.

TEXTO BIBLICO

VISION DE LAS CUATRO BESTIAS

7 En el primer año de Belsasar rey de Babilonia tuvo Daniel
un sueño, y visiones de su cabeza mientras estaba en
su lecho; luego escribió el sueño, y relató lo principal del asunto.
2 Daniel dijo: Miraba yo en mi visión de noche, y he aquí
que los cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar.
3 Y cuatro bestias grandes, diferentes la una de la otra, subían
del mar.
4 La primera era como león, y tenía alas de águila. Yo estaba
mirando hasta que sus alas fueron arrancadas, y fue levantada
del suelo y se puso enhiesta sobre los pies a manera de hombre,
y le fue dado corazón de hombre.
5 Y he aquí otra segunda bestia, semejante a un oso, la cual
se alzaba de un costado más que del otro, y tenía en su boca
tres costillas entre los dientes; y le fue dicho así: Levántate,
devora mucha carne.
6 Después de esto miré, y he aquí otra, semejante a un leo-
pardo, con cuatro alas de ave en sus espaldas; tenía también
esta bestia cuatro cabezas; y le fue dado dominio.
7 Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y
he aquí la cuarta bestia, espantosa y terrible y en gran manera
fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba
y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies, y era muy
diferente de todas las bestias que vi antes de ella, y tenía diez
cuernos.
8 Mientras yo contemplaba los cuernos, he aquí que otro
cuerno pequeño salía entre ellos, y delante de él fueron arran-
cados tres cuernos de los primeros; y he aquí que este cuerno
tenía ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes
cosas.
9 Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó
un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve,
y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de
fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente.

10 Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares
de millares le servían, y millones de millones asistían delante de
él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos.
11 Yo entonces miraba a causa del sonido de las grandes
palabras que hablaba el cuerno; miraba hasta que mataron a
la bestia, y su cuerpo fue destrozado y entregado para ser
quemado en el fuego.
12 Habían también quitado a las otras bestias su dominio,
pero les había sido prolongada la vida hasta cierto tiempo.
13 Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las
nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino
hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él.
14 Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los
pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio
eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.
15 Se me turbó el espíritu a mí, Daniel, en medio de mi
cuerpo, y las visiones de mi cabeza me asombraron.
16 Me acerqué a uno de los que asistían, y le pregunté la
verdad acerca de todo esto. Y me habló, y me hizo conocer
la interpretación de las cosas.
17 Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levan-
tarán en la tierra.
18 Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y po-
seerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre.
19 Entonces tuve deseo de saber la verdad acerca de la cuarta
bestia, que era tan diferente de todas las otras, espantosa en
gran manera, que tenía dientes de hierro y uñas de bronce, que
devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies;
20 asimismo acerca de los diez cuernos que tenía en su cabe-
za, y del otro que le había salido, delante del cual habían caído
tres; y este mismo cuerno tenía ojos, y boca que hablaba gran-
des cosas, y parecía más grande que sus compañeros.
21 Y veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos,
y los vencía,
22 hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los
santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron
el reino.
23 Dijo así: La cuarta bestia será un cuarto reino en la
tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda
la tierra devorará, trillará y despedazará.
24 Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levan-
tarán diez reyes; y tras ellos se levantará otro, el cual será
diferente de los primeros, y a tres reyes derribará.
25 Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del
Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la

ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo.
26 Pero se sentará el Juez, y le quitarán su dominio para que sea destruido y arruinado hasta el fin,
27 y que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán.
28 Aquí fue el fin de sus palabras. En cuanto a mí, Daniel, mis pensamientos me turbaron y mi rostro se demudó; pero guardé el asunto en mi corazón.

Capítulo 7

Las visiones de Daniel

DANIEL 7:1-28

Este capítulo es paralelo al 2.° en su temática —idéntica—, por lo que ambos (el 2.° y 7.°) debieran de leerse conjuntamente.

1. Visión de las cuatro bestias.

1) *Una situación que inspira temor* (vs. 1-8).

«El gran mar» (v. 2) se dice, a veces, del Mediterráneo, pero su uso aquí es obviamente simbólico. Los judíos temían al mar, y de ahí que frecuentemente se sirvieran de él como símbolo de algo espantoso y anunciador de experiencias trágicas (por ejemplo, el Salmo 42:7). El hecho de que soplaran los cuatro vientos del cielo sugiere una gran tempestad. Enmarcadas en este pavoroso fondo, surgen cuatro bestias que representan a cuatro reyes o imperios (v. 17). Estos monarcas o imperios corresponden exactamente a la visión que, de joven, tuvo Daniel (cap. 2):

La 1.ª bestia = Babilonia (v. 4; *cf.* Jer. 49:19, 22).
La 2.ª bestia = Medo-Persia (v. 5); el que se inclinase hacia un lado indica la hegemonía de Persia, y las tres costillas entre los dientes son sus principales conquistas: Babilonia, Lydia, Egipto; la «mucha carne» es la extensión del Imperio.
La 3.ª bestia = El reino griego de Alejandro, dividido entre cuatro de sus generales a su muerte (v. 6).
La 4.ª bestia = Roma y su Imperio.

Daniel no es el único en sentir mareo, ansia y alarma (v. 15) frente a una situación mundial tan pavorosa.

2) *Una visión que restauró la confianza* (vs. 9-14).

Dios no sólo sabe lo que ocurre en el mundo, sino que controla la historia. Los hombres pueden gloriarse cuanto quieran (vs. 8 y 11), pero Dios tendrá la última palabra. He aquí el secreto de la fe y la fuente permanente de toda consolación para cuando tengamos que enfrentarnos con dificultades que nos parezcan invencibles.

Dios está sentado en su trono y se acuerda siempre de los suyos.

2. El cuarto imperio y el reino de los santos del Altísimo.

Hemos de considerar atentamente tres cuestiones:

1) *La identidad de la cuarta bestia.*

Para orientar al lector, resumiremos diciendo que los capítulos 2, 7 y 9 están íntimamente relacionados; en todos ellos se llega al clímax con la descripción

del cuarto imperio —el Imperio Romano—; el eje geográfico es Occidente. En cambio, los capítulos 8 y 11 tienen como clímax el Imperio Seléucida que siguió a la muerte de Alejandro Magno; el centro geográfico es Oriente. Hablar de Imperio Seléucida es simplemente una frase, un acomodo literario, pues más bien debería hablarse de reinos de taifas que desmembraron lo conquistado por Alejandro.

Daniel 7 se corresponde también con Apocalipsis 13 (*cf.* 13:16 y 19:20). Es la más bestial de todas las bestias, espantosa y diferente (7:7, 23), y su reino mayor que el de las demás bestias. Los diez cuernos (*cf.* Dan. 2:41) son los reinos bárbaros en que fue dividido el Imperio en su decadencia, y el cuerno pequeño (v. 24) es el Anticristo (*cf.* 1.ª Jn. 2:18; 4:3; 2.ª Tes. 2:1-12). E. J. Young comenta: «El simbolismo de los diez cuernos hace referencia a una segunda fase en la historia de la bestia (Roma)»; y es en esta segunda fase que aparece el Anticristo.

2) *La identidad del Hijo del Hombre.*

«Uno parecido a un hijo de hombre»; figura humana, no bestial; celeste, no terrenal; internacional, no nacional o imperial; con un reino eterno, no temporal (vs. 13 y 14).

Los que identifican esta figura con Israel, o lo que es lo mismo: con los santos del Altísimo, olvidan que los «santos» recibirán el Reino del Hijo del Hombre, y lo recibirán después como una encomienda que les es confiada; ¿cómo pueden, pues, ser identificados? El Hijo del Hombre, por otra parte, tiene un origen celestial, sobrenatural, no así los santos; más bien, si luego reinan, lo hacen bajo el señorío del Hijo del Hombre, como luego ampliará en detalle el Nuevo Testamento.

3) *Rey de reyes* (v. 27).

El final de la historia está en manos de Dios y su Agente será Cristo. Los reinos de este mundo ven-

drán a ser los Reinos de Dios y de su Ungido, como revela Apocalipsis 22:5: «y todos los dominios le servirán y le obedecerán».

Este es nuestro Dios y Salvador; si Dios con nosotros, ¿quién contra nosotros? (Rom. 8:31).

Al igual que hicimos al estudiar el capítulo 2, veamos ahora más detenidamente toda esta sección profética del capítulo 7.

3. Exégesis de Daniel 7.

Los Imperios bajo la figura de bestias.

V. 4: 1) BABILONIA:

«león con alas de águila».
(Jer. 4:7; 49:19; Hab. 1:8; Ez. 17:3.)
Muy adecuado para representar a Babilonia.
Los animales alados eran un tema corriente en la decoración tanto de Asiria como de Babilonia. Daniel estaba acostumbrado a ver tales representaciones por todas partes, símbolos del poder babilónico y de la religión de los caldeos.
En Sumer se han encontrado esculturas de águilas con varias cabezas de león.
El dios Marduk era representado conduciendo un carro, arrastrado por leones con alas de águila.
Como figura decorativa, sobre todo, podemos todavía hoy verla en bajorrelieves expresivos del arte de Mesopotamia.
Desde los sumerios, pasando por los asirios, toda Caldea usó el león como figura de adorno hasta la saciedad. Sobre todo en entradas de templos y palacios.
Pero es que además era el emblema del

país (como, por ej., en el escudo español y el de EE.UU.).
Era el sello real y se grabó en tabletas de arcilla, encontradas en las ruinas de los palacios de Nabucodonosor.
Si Daniel fue escrito en época griega —como quisieran algunos críticos—, ¿cómo pudo saber tanto su autor acerca del arte y la imaginería de Babilonia, enterrados hacia cuatro siglos debajo de las arenas del desierto después de la conquista persa?

V. 5: 2) PERSIA:

«oso, que se alzaba de un costado más que del otro».
El oso inclinado a un lado significa que de los dos componentes del Imperio (medos y persas), el elemento persa era mucho más fuerte que el medo.
El oso es un animal pesado, aunque fuerte. No tiene la presencia del león ni la agilidad del tigre.

V. 6: 3) GRECIA:

«leopardo, o tigre, con cuatro alas de ave y con cuatro cabezas».
El leopardo (o el tigre) es un animal ágil y veloz. Representación aquí también de un animal alado, como en Babilonia, lo cual delata simbolismo caldeo y no griego.
¿Por qué no escribió Daniel con un lenguaje más helénico? Simplemente porque escribía en la época caldea.
La profecía tiene que ver aquí con las conquistas de Alejandro Magno, tan ve-

loces y sorprendentes como los ataques del leopardo.

Las cuatro cabezas (Dan. 11:3 y ss.) son los cuatro generales de Alejandro Magno que le sucedieron en la ocupación y gobierno de los territorios conquistados: Macedonia, Tracia, Siria y Egipto.

De este Imperio (Grecia) se dice en Daniel 2:39 que «dominará toda la tierra»; ¿en qué sentido? Seguramente se refiere al dominio cultural y artístico que Grecia ha ejercido durante siglos en todo el mundo, sin necesidad de ejércitos.

V. 7: 4) ROMA:

(Vs. 19-26): *«bestia espantosa, terrible y en gran manera fuerte»* (indescriptible).

El carácter de cada uno de los Imperios es bestial por naturaleza: el león devora, el oso aplasta, el leopardo se avalanza sobre su presa. Pero la cuarta bestia es tan horrible y brutal que resulta imposible describirla ni siquiera mediante la figura de un animal.

Daniel representa esta cuarta bestia con cierta solemnidad (espantosa y terrible) y *«muy diferente»* (vs. 7 y 19).

La interpretación nos viene dada en la sección que abarca los versículos 23-26:

1. Hará lo que los otros animales juntos hicieron (v. 23).
2. Será un reino más grande que los anteriores (v. 23).
3. Será un reino diferente de los anteriores (vs. 7 y 19).

4. Será un reino cruel («las sobras hollaba con sus pies» (v. 19).
5. Engendrará otros reinos (vs. 7, 24: «de aquel reino [Imperio] se levantarán diez reyes»).

¿Qué significan los diez cuernos?

Young comenta: «El simbolismo de los diez cuernos hace referencia a *una segunda fase* en la historia de la bestia... El énfasis no está tanto en la sucesión como en la *contemporaneidad*: los diez cuernos existen durante una *segunda fase* de la historia de la bestia (Roma).»

Esta segunda fase de la historia de Roma se caracteriza por:

1) Diez cuernos en la cabeza (vs. 7, 24).
2) Un cuerno pequeño (vs. 8, 24-26).

} Daniel 2:41.

Los diez cuernos (= diez reyes) serían el Imperio dividido por los bárbaros en sus diversas ramificaciones que, sin embargo, quisieron siempre guardar de alguna manera el título —y el recuerdo, con el espíritu— del llamado «Sacro Imperio Romano» (*cf.* el libro *Concilios,* J. Gonzaga, tomo I, pp. 23-36 y 181-188).

Un cuerno pequeño, aunque pequeño tiene un poder muy grande; es el Anticristo, que surge en la segunda fase de la historia de la cuarta bestia.

En efecto, es en esta segunda fase que aparece el *cuerno pequeño.*

La exégesis tradicional, tanto católica como protestante (cf. *Diccionario Biblia Herder,* art. «Anticristo»), identifica «el cuerno pequeño» con el Anticristo de Juan (1.ª Jn. 2:18; 4:3) y el «Hombre de

pecado» de Pablo (2.ª Tes. 2:1-12). Véase Apéndice: «La gran apostasía y el Hombre de pecado según Pablo».

La exégesis de los prerreformadores medievales y de los reformadores del siglo XVI identifica el «cuerno» con el Anticristo y con el Hombre de pecado, pero, a su vez, a ambos con el Papado medieval y renacentista. Los otros tres cuernos pequeños que arranca (v. 8), o lo que es lo mismo: los tres reyes que derriba (v. 24), eran interpretados como los tres reyes italianos que el Papado desplazó (Lombardía, Ravena y Roma) al comienzo de su reino temporal que dio lugar a los llamados «Estados Pontificios», entregados por reyes francos —ignorantes y supersticiosos— al obispo de Roma en el 754 d.C. Hoy esta interpretación ha sido abandonada por algunos sectores del protestantismo, debido, por un lado, al movimiento ecuménico y, por el otro, a la interpretación dispensacionalista promovida por la *Biblia Scofield.*

He aquí las características del «cuerno pequeño», del Anticristo o del Hombre de pecado:

Vs. 8 y 20: 1. Tiene ojos como de hombre; gran discernimiento y astucia.

Vs. 11, 20 y 25: 2. Tiene boca que habla blasfemia, grandezas y decreta persecuciones contra los santos.

3. Merece un juicio especial de Dios. En la visión de Daniel es significativo que primero cae sobre la cuarta bestia (v. 11) el juicio; parece como si la bestia (Roma) fuera culpable de lo que dice el cuerno y es destrozada, como si sobre ella cayera el juicio que merece el cuerno. Ello no tiene nada de extraño si, como dice Young —y con él otros—, el cuerno representa una segunda fase de vida de la misma bestia.

¿Y las otras bestias?

V. 12: A las otras bestias se les quitó el señorío, pero su destrucción no es tan fulminante. Se les concede vida «hasta cierto tiempo».

La verdad es que el espíritu semita (Babilonia), ario (Persia) y helénico (Grecia) perdurará mucho tiempo. Pero no hemos de olvidar que se trata de bestias y que sólo el Rey y el Reino mesiánicos merecen nuestra lealtad absoluta e incondicional.

En el capítulo 8 de Daniel se dan más detalles acerca de los persas y griegos, bajo las figuras de animales distintos: carnero y macho cabrío; son los reinos de plata y de bronce, representados, respectivamente, por el oso y el leopardo en Daniel 7.

Deben relacionarse los capítulos 7 y 9 juntamente (el Imperio Romano es lo que destaca) y los capítulos 8 y 11 (el Imperio Seléucida, en Oriente), como ya indicábamos más arriba.

4. Daniel y Apocalipsis.

Existe una estrecha correspondencia entre los dos libros proféticos más importantes de la Biblia. Juan se sirvió abundantemente del lenguaje de Daniel, y su Apocalipsis aparece mucho más claro después de un buen estudio de aquél.

---

* Las notas de la *Biblia Scofield* al pie de Daniel 8 son aceptadas tanto por amileniales como por dispensacionalistas, en contra de los modernistas que desearían clasificar los imperios de Daniel 2 y 7 como limitados exclusivamente a los que describe Daniel 8.

Daniel 7	Apocalipsis 13
Daniel vio a la cuarta bestia con diez cuernos.	Juan vio a una bestia con diez cuernos coronados (diez reyes) y siete cabezas.
El cuerno pequeño tenía ojos y boca que hablaba blasfemias.	A la bestia le fue dada una boca con la que blasfemaba.
El cuerno hablaba contra el Altísimo.	La bestia blasfemaba contra Dios.
El cuerno perseguirá a los santos.	La bestia hizo guerra a los santos.
El dominio del cuerno será un tiempo, y tiempos y medio tiempo.	La bestia tiene poder 42 meses (3 ½ años).

5. La figura celestial del Hijo del Hombre *(«Un Hijo de Hombre»)*. Daniel 7:13 y ss.

V. 13: *«en las nubes del cielo»* contrasta con el versículo 3 («las bestias suben del mar»). Con ello se quiere explicar el origen divino del que viene en las nubes, para juzgar (Is. 19:1; Sal. 104:3; 18:10-18; Mat. 24:30; Mar. 13:26; Apoc. 1:7). Young comenta: *«Un hijo de Hombre»* significa «uno parecido a un hijo de hombre, como un hijo de hombre». No se dice, al menos aquí, explícitamente que fuera hombre, sino que lo parecía.

Vs. 13, 14: Siguen los contrastes: es una figura humana, no bestial; celeste, no terrena (lo que sale del mar es terreno, humano); universal, no nacional ni imperial; eterna, no temporal.

¿Podemos identificar esta figura con Israel, o con los santos del Altísimo?

Los que sostienen esta tesis apelan a los versículos 18 y 27.

Pero observamos que los «santos» reciben del Hijo del Hombre el reino *después*, como encomienda que les es confiada.

El Hijo del Hombre es sobrenatural. Pero no lo son los santos. Más bien como reyes, los santos reinan en el Reino bajo el Hijo del Hombre.

Además, los santos del Altísimo no pueden limitarse a los judíos solamente.

VISION DEL CARNERO Y DEL MACHO CABRIO

8 En el año tercero del reinado del rey Belsasar me apareció
una visión a mí, Daniel, después de aquella que me había
aparecido antes.
2 Vi en visión; y cuando la vi, yo estaba en Susa, que es la
capital del reino en la provincia de Elam; vi, pues, en visión,
estando junto al río Ulai.
3 Alcé los ojos y miré, y he aquí un carnero que estaba
delante del río, y tenía dos cuernos; y aunque los cuernos eran
altos, uno era más alto que el otro; y el más alto creció
después.
4 Vi que el carnero hería con los cuernos al poniente, al norte
y al sur, y que ninguna bestia podía parar delante de él, ni
había quien escapase de su poder; y hacía conforme a su volun-
tad, y se engrandecía.
5 Mientras yo consideraba esto, he aquí un macho cabrío venía
del lado del poniente sobre la faz de toda la tierra, sin tocar
tierra; y aquel macho cabrío tenía un cuerno notable entre sus
ojos.
6 Y vino hasta el carnero de dos cuernos, que yo había visto
en la ribera del río, y corrió contra él con la furia de su fuerza.
7 Y lo vi que llegó junto al carnero, y se levantó contra él y
lo hirió, y le quebró sus dos cuernos, y el carnero no tenía
fuerzas para pararse delante de él; lo derribó, por tanto, en
tierra, y lo pisoteó, y no hubo quien librase al carnero de su
poder.
8 Y el macho cabrío se engrandeció sobremanera; pero estan-
do en su mayor fuerza, aquel gran cuerno fue quebrado, y en
su lugar salieron otros cuatro cuernos notables hacia los cuatro
vientos del cielo.
9 Y de uno de ellos salió un cuerno pequeño, que creció
mucho al sur, y al oriente, y hacia la tierra gloriosa.
10 Y se engrandeció hasta el ejército del cielo; y parte del
ejército y de las estrellas echó por tierra, y las pisoteó.
11 Aun se engrandeció contra el príncipe de los ejércitos, y
por él fue quitado el continuo sacrificio, y el lugar de su san-
tuario fue echado por tierra.

12 Y a causa de la prevaricación le fue entregado el ejército
junto con el continuo sacrificio; y echó por tierra la verdad,
e hizo cuanto quiso, y prosperó.
13 Entonces oí a un santo que hablaba; y otro de los santos
preguntó a aquel que hablaba: ¿Hasta cuándo durará la visión
del continuo sacrificio, y la prevaricación asoladora entregando
el santuario y el ejército para ser pisoteados?
14 Y él dijo: Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas;
luego el santuario será purificado.
15 Y aconteció que mientras yo Daniel consideraba la visión
y procuraba comprenderla, he aquí se puso delante de mí uno
con apariencia de hombre.
16 Y oí una voz de hombre entre las riberas del Ulai, que
gritó y dijo: Gabriel, enseña a éste la visión.
17 Vino luego cerca de donde yo estaba; y con su venida me
asombré, y me postré sobre mi rostro. Pero él me dijo: Entien-
de, hijo de hombre, porque la visión es para el tiempo del fin.
18 Mientras él hablaba conmigo, caí dormido en tierra sobre
mi rostro; y él me tocó, y me hizo estar en pie.
19 Y dijo: He aquí yo te enseñaré lo que ha de venir al fin
de la ira; porque eso es para el tiempo del fin.
20 En cuanto al carnero que viste, que tenía dos cuernos,
éstos son los reyes de Media y de Persia.
21 El macho cabrío es el rey de Grecia, y el cuerno grande
que tenía entre sus ojos es el rey primero.
22 Y en cuanto al cuerno que fue quebrado, y sucedieron
cuatro en su lugar, significa que cuatro reinos se levantarán
de esa nación, aunque no con la fuerza de él.
23 Y al fin del reinado de éstos, cuando los transgresores
lleguen al colmo, se levantará un rey altivo de rostro y enten-
dido en enigmas.
24 Y su poder se fortalecerá, mas no con fuerza propia; y
causará grandes ruinas, y prosperará, y hará arbitrariamente,
y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos.
25 Con su sagacidad hará prosperar el engaño en su mano;
y en su corazón se engrandecerá, y sin aviso destruirá a mu-
chos; y se levantará contra el Príncipe de los príncipes, pero
será quebrantado, aunque no por mano humana.
26 La visión de las tardes y mañanas que se ha referido es
verdadera; y tú guarda la visión, porque es para muchos días.
27 Y yo Daniel quedé quebrantado, y estuve enfermo algunos
días, y cuando convalecí, atendí los negocios del rey; pero
estaba espantado a causa de la visión, y no la entendía.

Capítulo **8**

Más visiones de Daniel

DANIEL 8:1-27

1. Detalles de esta visión.

El hecho de que esta visión sea interpretada en el mismo texto, nos ayuda para identificar sus detalles. Observemos:

1) *El cuerno notable* (vs. 5-8, 21).

Alejandro Magno, victorioso sobre el Indo, Egipto y Persia. El versículo 8 predice su súbita muerte, joven aún. Sólo reinó doce años y ocho meses. Este versículo predice también la división del reino de Alejandro.

2) *Los cuatro cuernos notables* (vs. 8, 22).

La división del Imperio de Alejandro por Lisímaco, que se quedó con Tracia y Asia Menor; por Casandro, que retuvo Macedonia; por Ptolomeo, que se impuso en Egipto, y Seléuco I en Siria. Los dos últi-

mos influenciaron grandemente la historia judía (guerras macabeas, etc.).

3) *El cuerno pequeño* (v. 9).

Se trata de Antíoco Epifanes y sus campañas contra Egipto, contra los partos y contra Judea. Persiguió al pueblo de Dios (v. 10) y profanó el Templo de Dios en Jerusalén (vs. 11 y 12).

4) *La profanación del Templo* (vs. 11-14).

Cuando conquistó Jerusalén, Antíoco sacrificó un cerdo en el Santísimo. Introdujo no sólo la cultura griega, sino los vicios paganos y toda clase de inmoralidades. La fiesta de los Tabernáculos fue sustituida por la celebración de Baco (dios del vino y la embriaguez), y cesaron los sacrificios en el Templo.

¡Cuán a menudo la historia nos da ejemplos de tiranos que parecen omnipotentes! El hombre se glorifica sólo a sí mismo y hace lo que le place (v. 4), aunque sea pisoteando a los demás hombres; prospera hasta al precio de negar la verdad (v. 12; *cf.* también vs. 24 y 25) y llega al colmo de la blasfemia desafiando al Altísimo (vs. 11 y 25). En nuestro mismísimo siglo XX podríamos encontrar muchas ilustraciones, en diversas latitudes, de esta experiencia histórica, de estos sistemas y estos hombres. Más lo hermoso de este capítulo es que, una vez más, la Biblia nos enseña que el mal no puede ir más allá de ciertos límites que le son impuestos por el Señor de la historia. Dios tiene el control de los acontecimientos: «Será quebrantado —finalmente—, aunque no por mano humana» (v. 25). Dios es Soberano y conoce desde el principio hasta el fin; los fieles, pues, no tienen por qué desesperar.

De nuevo nos encontramos con una sección profética importante. Por consiguiente, vamos a estudiarla más de cerca, en todos sus detalles.

2. Exégesis de Daniel 8.

MEDIA-PERSIA Y GRECIA

El capítulo 8 de Daniel trata de profecías que tienen que ver con los dos grandes Imperios que sucedieron a Babilonia y precedieron a Roma: Media-Persia y Grecia.

El carnero simboliza el Imperio de los medo-persas (vs. 3, 4-20).

En el Museo Británico de Londres y en la Biblioteca Nacional de Persia pueden verse sellos reales persas en los que figura la imagen de un carnero (en unos casos se representa todo el cuerpo de un carnero y en otros la cabeza del carnero combinada con cuerpos de otros animales), emblema nacional de aquel Imperio.

El macho cabrío simboliza el Imperio griego (vs. 5 y ss., 21).

También en el Museo Británico se pueden contemplar monedas de Macedonia (Grecia) en las que aparece la figura del macho cabrío. Era símbolo en Grecia del poder y del gobierno. Se le representa entero o sólo con la cabeza. Hay monedas que datan del año 500 a.C. y otras que cubren el período desde el siglo V a.C. hasta el 146 a.C., y todas llevan este símbolo.

Así, la elección de los símbolos para profecías relacionadas con Persia y con Grecia no podía ser más acertada.

No se pueden confundir (como inexplicable y sorprendentemente hacían las referencias de nuestras Biblias en la versión antigua) los dos cuernos: el de Daniel 7 con el que aparece en Daniel 8.

Young escribe: «Los críticos sostienen que si el cuerno pequeño de Daniel 8 surge de Grecia, también el de Daniel 7 tiene que salir de allí. Así, la cuarta

bestia representaría Grecia y no Roma. Pero hay que observar dos hechos que aclaran esta confusión: 1) La descripción que se hace del cuerno en el capítulo 7 es distinta de la que se hace del cuerno del capítulo 8, y la comparación de ambas muestra, sin sombra de dudas, que es imposible identificar a ambos cuernos. El del capítulo 7 es un cuerno pequeño que se levanta, se eleva, y aunque hace grandezas, su tamaño permanece pequeño, aunque su parecer sea mayor (v. 20); mientras que el del capítulo 8 (vs. 9 y 10) es un cuerno pequeño al principio, pero luego crece y se desarrolla. Una lista de las características de cada uno de los cuernos hace ver cuán distintos son. Y 2) Si se compara todo lo que se dice de la bestia en el capítulo 7 (v. 7) —poco descrita en los detalles— con lo que se describe acerca del macho cabrío con tanto detalle, se comprueba cuán esencialmente diferentes son ambos. Difieren en *origen, naturaleza y destino.*»

Esto contesta adecuadamente a la crítica modernista (por ejemplo, la reflejada en las notas de la *Biblia de Jerusalén* al comentar algunos versículos de Daniel; dicha Biblia no acepta que el cuarto Imperio fuese Roma y, al igual que el *Diccionario Bíblico Herder,* sus comentarios a Daniel dependen demasiado servilmente de las modas críticas prevalecientes en la actualidad. (¿Hasta cuándo...?)

He aquí la exégesis que consideramos correcta:

Vs. 5, 7 y 21: El cuerno grande entre los ojos del macho cabrío es *Alejandro Magno* (334 a.C.), el victorioso conquistador que llegó al Nilo, al Indo y a Susán, en pleno corazón de Persia.

V. 8: Este versículo 8 predice la súbita muerte de Alejandro, joven aún; Alejandro sólo reinó doce años y ocho meses. Vivió

treinta y dos años. Murió en el año 323 a.C.

Este mismo versículo predice la división del Imperio griego de Alejandro en cuatro partes, una para cada uno de sus generales más importantes (Casandro, Lesímaco, Seléuco y Ptolomeo): Siria, Egipto, Macedonia y Asia Menor.

Vs. 9-12: El *«cuerno pequeño»* es Antíoco Epifanes, de la dinastía Seléucida, que tomó el trono de Siria y conquistó y oprimió todas las tierras al sur y al oriente. Entre sus conquistas figura la «tierra deseable» (Jer. 3:19), o sea: Palestina. Antíoco Epifanes oprimió bárbaramente a los judíos, a quienes escarneció continuamente. Su tiranía se halla descrita en los libros de los Macabeos.

El versículo 10 hace referencia a las persecuciones contra el pueblo de Dios (estrellas; *cf.* Jer. 33:22).

En los versículos 11 y 12 se nos relata la profanación del Templo del Señor. La historia confirma el cumplimiento al pie de la letra, y con todos los agravantes, del escarnio más nefando: cuando Antíoco entró en Jerusalén, sacrificó un cerdo en el Lugar Santísimo y esparció las cenizas por todos los rincones del Templo.

Introdujo, a la fuerza, todos los vicios y todas las inmoralidades de los helenos, condenados por la ley de Moisés. La fiesta del Tabernáculo fue cambiada y sustituida por la fiesta de Baco, el dios del vino. El paganismo de Antíoco era militante y proselitista. Impuso

la obligación de adorar a Júpiter y negó a los judíos el derecho de adorar a Yahvé.
Más de 100.000 judíos fueron asesinados por negarse a las órdenes impías de Epifanes. Así se cumplió la profecía.
En el capítulo 11 se nos dan todavía más detalles.

V. 13: *Una conversación entre ángeles.*
La aflicción duraría 2.300 días y luego el santuario será limpiado.
Estos 2.300 días cubren el período de las abominaciones de Antíoco Epifanes. Judas Macabeo limpió el Templo en diciembre (el día 25) del año 165 a.C. Antíoco moría miserablemente dos años más tarde. Contando hacia atrás 2.300 días a partir de Judas Macabeo, llegamos al 171 a.C., que es exactamente el comienzo de la intromisión de Antíoco Epifanes en los asuntos de los judíos.

La profecía se cumplió literalmente. En este caso se trata de una profecía con gran abundancia de detalles. Por otra parte, la contemplamos ya desde la perspectiva de su cumplimiento. De ahí la facilidad de su identificación. No ha de extrañar, pues, que siendo tan visible la naturaleza misma de estas profecías, los números aquí haya que tomarlos literalmente y no al modo simbólico como suele ser lo aconsejable en las cifras proféticas. Se trataba de una profecía cercana, muy próxima a cumplirse, como la de los 70 años profetizados por Jeremías. No son profecías escatológicas. Los números, las cifras, las medidas de tiempo en los textos escatológicos propiamente dichos suelen ser simbólicos (véase Apéndice «El lenguaje de los números»); de

ahí su ambigüedad intencionada. Por el contrario, y en términos generales, las profecías relativas a los judíos, a su papel hasta la primera venida de Cristo, y a su fin como nación son más abundantes en detalles y señales; por esto su mayor literalismo, en contraste con las profecías del final de los tiempos y la segunda venida (véase Apéndice 4, «Las profecías de Jesús en el Sermón del Monte de los Olivos», en donde esta diferencia queda bien subrayada por el Señor mismo).

Los Adventistas se equivocan aquí. Afirman que los días son años (como pudiera ser en algunos pocos textos bíblicos[1]) y que Cristo no entró en el Lugar Santísimo celestial sino hasta el año 1844, puesto que cuentan 2.300 años a partir de Ciro y su orden de reconstruir el Templo. Pero ¿no es esto fantástico, además de irreverente? ¿Por qué tenía que esperar Cristo? ¿Y de qué tenía que ser purificado el Templo celestial?

Los Testigos de Jehová, cuyo fundador Russell frecuentó mucho las reuniones de los Adventistas, tomó prestado de éstos la fantasía profética de que iba a hacer gala la nueva secta. Según los russellistas, «Cristo el Mesías no estableció el Reino de Dios en su primera venida, ni tampoco en seguida luego de ascender a los cielos» (*The Truth Shall Make You Free,* p. 241). En sus obras elaboran la misma fantástica teoría de los Adventistas, pero con otras fechas. Jesucristo, según los Testigos, fue al Templo en 1938 (*Sea Dios veraz,* p. 283). Cuatro años antes Jesús había sido entronizado como rey: «Los hechos físicos en cumplimiento de las profecías... establecen claramente que Cristo fue entronizado como rey por Jehová en 1914. Esto se nos evidenció enérgicamente por el principio de la I Guerra Mundial... En la primavera de 1918 vino como Mensajero al Templo y comenzó primeramente el juicio de la casa de Dios.»[2]

V. 16: Aparece el ángel Gabriel en escena.

Vs. 17-19: Y aclara que la visión es para *el tiempo del fin.*
El ángel Gabriel identifica el cuerno pequeño con el rey altivo: con el mismo Antíoco Epifanes (los vs. 23 y ss. están relacionados con los vs. 9 y ss.).

¿Cuál, pues, será *el tiempo del fin*? ¿El juicio final? ¿El fin de los tiempos? ¿La época escatológica por antonomasia?

Así suelen verlo los Adventistas y los Testigos de Jehová, así como los dispensacionalistas. En las primeras ediciones (en inglés) de la *Biblia Scofield* este «tiempo del fin» no era otro que el «fin de los tiempos de los gentiles» —empleando palabras de Lucas 21:24 y Apocalipsis 16:14, al igual que Adventistas y russellistas—, pero después ha habido matización. Hoy, en la nota de *Scofield* a Daniel 8:19 se afirma que el texto contempla dos fines: el primero es histórico, inmediato y cumplido en Antíoco; el segundo profético, para cuando el «cuerno pequeño» de Daniel 7 se levante al final de los tiempos.

La discusión se centra en saber si es lícito relacionar Daniel 8 con Daniel 7 y en si es exegéticamente posible combinar las perspectivas distintas de ambos capítulos. Al enfrentarse con modernistas, *Scofield* asume la actitud tradicional, y en su nota al pie de Daniel 8:2 afirma, como Young, que el «cuerno pequeño» de este texto no debe confundirse con el «cuerno pequeño» de Daniel 7. Más adelante, *Scofield* dice que «Antíoco es un tipo de la bestia, el terrible "cuerno pequeño" de Daniel 7. Los versículos 24 y 25 van más allá de Antíoco —añade— y se refieren evidentemente al "cuerno pequeño" de Daniel 7. Estos versículos se refieren tanto a Antíoco como a la bestia, pero de manera preeminente a la

bestia.» Resulta difícil comprender este lenguaje que empieza advirtiéndonos de la confusión en que cae la escuela modernista de interpretación al enjuiciar Daniel 7 y 8, para concluir, unos renglones más abajo, que el capítulo 8, en última instancia, desemboca en el mismo tema que el capítulo 7. El dispensacionalismo acaba, en este punto, en una postura idéntica a la que condena en los demás; no se puede afirmar, por un lado, que Daniel 7 es distinto de Daniel 8 y, por otro lado, sustentar después que su temática es paralela. Al parecer, *Scofield* confunde lo que significa un tipo (nadie niega que Antíoco pueda ser un tipo de la bestia, como muchos otros personajes bíblicos e históricos lo han sido) y lo que es una profecía escatológica propiamente dicha. Tipología y profecía, aunque estrechamente vinculadas, son dos líneas diferenciadas dentro de la Revelación; concatenadas, pero diferenciadas.

Para un estudio de la doctrina del *fin* se puede consultar la citada *Biblia Anotada Scofield* (nota 2 a Daniel 12:4, en p. 880) y mi libro *Escatología,* así como los capítulos finales del presente comentario sobre Daniel. Como resumen, digamos ya que el «fin de la ira» es una expresión, al igual que «el tiempo del fin» (v. 19), que no puede referirse al juicio final, ni a los últimos tiempos de la historia de la humanidad, sino al final del tiempo de las aflicciones que han de caer sobre Judá. Como demuestro más adelante, estas frases sólo pueden hacer referencia al fin de algo relacionado con la nación judía. Es decir, «el fin de la ira» que cayó sobre el pueblo de Dios de antaño, dentro de la perspectiva que contempla en este capítulo Daniel, y que es la que corresponde al período de Antíoco Epifanes, el rey altivo de rostro.

«Sin mano será quebrantado» (v. 25); Dios mismo traerá el fin, no los hombres. No será la fuerza de

los macabeos la que traerá la victoria contra el tirano, sino Dios. El Señor guió a los macabeos y puso fin a la tiranía, pero fue con su brazo y su poder que llevó a cabo esta obra. Desgraciadamente, el triunfo macabeo no tuvo las consecuencias espirituales que pudo haber tenido. La apostasía siguió poco después su curso hasta la venida del Mesías, cuando se cumplió el final de la nación judía.

---

1. LA TEORIA «UN DIA = UN AÑO»

La teoría *Un día = un año*, adoptada no solamente por los Adventistas y los «Testigos de Jehová» sino por otros intérpretes —mayormente de la escuela futurista y de alguna de las diversas formas del historicismo radical—, pretende apoyarse en los siguientes textos:

Números 14:34,
Ezequiel 4:4-6,
Daniel 9:24.

Aunque estos pasajes bíblicos enseñan, ciertamente, que a cada día corresponde un año, ¿podemos deducir de ello que se trata de una regla general, universal, infalible, para la interpretación de la profecía?

La verdad es que hay muchos otros textos en la Biblia que no pueden ser interpretados según dicha teoría «Un día = un año». Solamente resulta válida allí donde el mismo texto la exige. Pero, en cambio, comprobamos que los siguientes pasajes se le resisten:

Isaías 7:8 profetiza que Efraín será quebrantado dentro de 65 años después de ser pronunciada la profecía. Aquí los años no significan días, sino años literales.

Isaías 16:14 profetiza contra Moab para tres años después, y también son años literales en este caso.

Isaías 23:15 enseña que Tiro será olvidada durante 70 años literales.

Tanto Jeremías 29:10 como Daniel 9:2 profetizan que Babilonia someterá a Judá exactamente durante 70 años literales.

En Mateo 20:19 Jesús profetiza que resucitará al tercer día después de su muerte, y, al cumplirse dicha profecía, se puso de manifiesto que el Señor no quería decir tres años sino tres días literales.

¿No es suficiente cúmulo de datos para advertir prudencia y no convertir en universal un principio que sólo aparece en algunos pasajes concretos?

La mayoría de fracasos sufridos por las sectas al querer determinar ciertas fechas del calendario profético, se deben a cálculos realizados en base al principio «Un día = un año». Así, por ejemplo, uno de los padres del Adventismo predijo el fin del mundo para 1843. Los ejemplos podrían multiplicarse.

2. EL REINO DE DIOS, ¿EN 1914? ASI LO AFIRMAN LOS «TESTIGOS DE JEHOVA»

Entre los ejemplos más elocuentes, y sorprendentes, del método arbitrario de interpretación bíblica empleado por los «Testigos de Jehová» se encuentra su procedimiento para llegar a la conclusión de que en el año 1914 Jesús estableció su Reino.

Sostienen que «Cristo el Mesías no estableció el Reino de Dios en su primera venida, ni tampoco en seguida luego de ascender a los cielos» (*The Truth Shall Make You Free*, p. 241). ¿Cómo, pues, vamos a determinar el tiempo en que el Reino iba a ser establecido?

Por Lucas aprendemos que «Jerusalén será pisoteada por las naciones, hasta que se cumplan los tiempos señalados de las naciones» (Luc. 21:24), y en *Sea Dios veraz* (p. 246 y ss. de la versión española) afirman los «Testigos» que «la expresión "tiempos señalados de las naciones" indicaba un período durante el cual no habría ningún gobierno representativo de Jehová sobre la tierra; sino que las naciones gentiles dominarían la tierra». Y prosigue: «Esos "tiempos" deben haber estado en progreso (¡vaya estilo!) en el día de Jesús, porque esa misma situación existía entonces. ¿No estaba entonces Jerusalén en esclavitud a la Roma imperial y, antes de eso, no lo había estado a Grecia, Persia y Babilonia? Sí; entonces, ¿cuándo principiaron los tiempos señalados, y por cuánto tiempo durarían?»

¿Cuándo empezaron, por consiguiente, estos «tiempos de las naciones»? Sin pestañear, los «Testigos» aseguran que en el año 607 a.C.; cuando Israel era una teocracia, perdió su soberanía y fue llevado al exilio a Babilonia. «De ese modo terminó el dominio teocrático local en la tierra» (p. 247). A los «Testigos» les importa poco el que los hechos no corroboren esta aseveración suya, tan capital para su cronología. La verdad es que, hoy, todos los eruditos en Antiguo Testamento e historia de Israel están de acuerdo en que la captura de Sedequías por parte del conquistador babilonio, y la caída de Jerusalén, no fueron eventos que ocurrieran en el 607 a.C.,

sino en el 587 ó 586 a.C. (véanse, por ejemplo, J. D. Douglas, *The New Bible Dictionary*, p. 1357; *The Westminster Dictionary of the Bible*, p. 108; *The Westminster Historical Atlas of the Bible*, p. 15; y Merril F. Unger, *Archaelogy of the Old Testament*, p. 284).

Pero dejemos este escollo y prosigamos la argumentación de los russellistas. En Daniel 7:14 se dice que Cristo recibirá un Reino que jamás será destruido. Los «Testigos», entonces, comentan: «¿Cuándo iba a recibir Cristo este reino que jamás sería destruido? Al final de "los tiempos señalados de las naciones"» (*Paradise Lost*, p. 173). ¿Cuándo, entonces, terminarán estos «tiempos de las naciones»? La respuesta la hallan en Daniel 4, donde encontramos el relato del sueño de Nabucodonosor; es el sueño relativo al gran árbol que crecía y a la demencia pasajera del monarca, quien —según escriben (literalmente) en *Sea Dios veraz*, p. 247)— «herbajó (Nabucodonosor) como una bestia del campo». En este drama —se nos asegura— «Jehová usó al rey de Babilonia para prefigurar un cumplimiento todavía mayor de la profecía, a saber, el derribamiento del infiel querubín de su puesto en el Edén y más tarde el restablecimiento del dominio teocrático sobre la tierra» (Daniel, cap. 4; véase *La Verdad os hará libres*, cap. 18).

A Nabucodonosor se le dice que luego de esta experiencia, en la que quedó reducido a una existencia casi animal, sobrevendrán «siete tiempos»; y luego el reino le será restaurado (Dan. 4:25-26). Estos «siete tiempos» significan siete años literales en el caso de Nabucodonosor, privado de su trono, pero son un tipo para enseñarnos —según los «Testigos»— simbólicamente el tiempo en que duró el «tiempo de las naciones». ¿Cómo vamos a determinar esta duración de los «siete tiempos»? La argumentación es la siguiente: «Los 7 años eran iguales a 84 meses, o, contando bíblicamente 30 días para cada mes, 2.520 días. En Apocalipsis 12:6, 14 se hace mención de 1.260 días y se describen como "un tiempo, y dos tiempos, y la mitad de un tiempo", o sea 3 ½ tiempos. "Siete tiempos" sería el doble de 1.260, o 2.520 días. Por medio de su fiel profeta Ezequías, Jehová dijo: "Un día por cada año te he señalado" (Ez. 4:6). Mediante el aplicar esta regla divino, los 2.520 días significan 2.520 años. De manera que, puesto que la existencia del reino típico de Dios con su capital en Jerusalén cesó en el otoño de 607 a.C., entonces, contando los tiempos señalados desde esa fecha, los 2.520 años se extienden hasta el otoño de 1914 d. de J.C.» (*Sea Dios veraz*, pp. 247-248).

Toda esta matemática profética desplegada por los «Testigos» plantea una serie de cuestiones:

1) ¿En qué se basan para afirmar con tanta seguridad que la visión dada a Nabucodonosor, para revelarle lo que Dios iba a hacer con él y con su reino, está relacionada con «los tiempos señalados de las naciones»?
Ninguna publicación de las numerosas que editan los «Testigos» ha facilitado todavía la explicación. ¿Hay que aceptarlo simplemente porque ellos lo dicen?
2) Otra relación que no entendemos es la que formulan entre Ezequiel 4:6 y Apocalipsis 12:6, 14.
Incluso el lector más superficial se dará cuenta de que la expresión de Ezequiel 4:6 designa el significado de la acción simbólica a la que es llamado el profeta por Dios; cada día, al acostarse sobre un lado, representará un año en la historia de la casa de Israel o la casa de Judá. Pero sacar de este pasaje una regla aplicable a una figura del Apocalipsis que se ocupa de un tema totalmente distinto, no es hacer exégesis, sino distorsionar el texto bíblico. (Ver la nota anterior.)
3) ¿Qué significaban corrientemente los números para los hebreos en particular y para los semitas en general, cuando eran usados por los profetas?
Los «Testigos» sólo parecen admitir un literalismo numérico que no está de acuerdo con lo que sabemos acerca del sentido simbólico —ideológico— que tenían los números para los antiguos en aquellas regiones. (Ver Apéndice «El lenguaje de los números en la Antigüedad».)

Mediante un cálculo que envuelve un conglomerado de cifras sacadas con ingenuidad o ignorancia de un número de pasajes dispares y diversos en extremo —Lucas, Daniel, Apocalipsis, Ezequiel—, los «Testigos» concluyen que el Reino de Dios llegó en 1914. Esto es lo que se ha dado en llamar la exégesis del salto de mata, picoteando de un versículo a otro con desprecio absoluto del contexto y de toda regla hermenéutica.

TEXTO BIBLICO

ORACION DE DANIEL POR SU PUEBLO

9 En el año primero de Darío hijo de Asuero, de la nación
de los medos, que vino a ser rey sobre el reino de los
caldeos,
2 en el año primero de su reinado, yo Daniel miré atenta-
mente en los libros el número de los años de que habló Jehová
al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones
de Jerusalén en setenta años.
3 Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración
y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza.
4 Y oré a Jehová mi Dios e hice confesión diciendo: Ahora,
Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto
y la misericordia con los que te aman y guardan tus manda-
mientos;
5 hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho
impíamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de
tus mandamientos y de tus ordenanzas.
6 No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu
nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nues-
tros padres y a todo el pueblo de la tierra.
7 Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro,
como en el día de hoy lleva todo hombre de Judá, los mora-
dores de Jerusalén, y todo Israel, los de cerca y los de lejos, en
todas las tierras adonde los has echado a causa de su rebelión
con que se rebelaron contra ti.
8 Oh Jehová, nuestra es la confusión de rostro, de nuestros
reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres; porque contra
ti pecamos.
9 De Jehová nuestro Dios es el tener misericordia y el per-
donar, aunque contra él nos hemos rebelado,
10 y no obedecimos a la voz de Jehová nuestro Dios, para
andar en sus leyes que él puso delante de nosotros por medio
de sus siervos los profetas.
11 Todo Israel traspasó tu ley apartándose para no obedecer
tu voz; por lo cual ha caído sobre nosotros la maldición y el

juramento que está escrito en la ley de Moisés, siervo de Dios;
porque contra él pecamos.
12 Y él ha cumplido la palabra que habló contra nosotros y
contra nuestros jefes que nos gobernaron, trayendo sobre nos-
otros tan grande mal; pues nunca fue hecho debajo del cielo
nada semejante a lo que se ha hecho contra Jerusalén.
13 Conforme está escrito en la ley de Moisés, todo este mal
vino sobre nosotros; y no hemos implorado el favor de Jehová
nuestro Dios, para convertirnos de nuestras maldades y enten-
der tu verdad.
14 Por tanto, Jehová veló sobre el mal y lo trajo sobre nos-
otros; porque justo es Jehová nuestro Dios en todas sus obras
que ha hecho, porque no obedecimos a su voz.
15 Ahora, pues, Señor Dios nuestro, que sacaste tu pueblo
de la tierra de Egipto con mano poderosa, y te hiciste renom-
bre cual lo tienes hoy; hemos pecado, hemos hecho impíamente.
16 Oh Señor, conforme a todos tus actos de justicia, apártese
ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalén, tu santo
monte; porque a causa de nuestros pecados, y por la maldad
de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son el oprobio de
todos en derredor nuestro.
17 Ahora, pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo, y
sus ruegos; y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario
asolado, por amor del Señor.
18 Inclina, oh Dios mío, tu oído, y oye; abre tus ojos, y mira
nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado tu
nombre; porque no elevamos nuestras justicias, sino en tus
muchas misericordias.
19 Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo;
no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre
es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo.

PROFECIA DE LAS SETENTA SEMANAS

20 Aún estaba hablando y orando, y confesando mi pecado
y el pecado de mi pueblo Israel, y derramaba mi ruego delante
de Jehová mi Dios por el monte santo de mi Dios;
21 aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel,
a quien había visto en la visión al principio, volando con pres-
teza, vino a mí como a la hora del sacrificio de la tarde.
22 Y me hizo entender, y habló conmigo, diciendo: Daniel,
ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento.
23 Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he
venido para enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende,
pues, la orden, y entiende la visión.
24 Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y

sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos.
25 Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos.
26 Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones.
27 Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador.

Capítulo **9**

La oración de Daniel y la respuesta profética

DANIEL 9:1-27

1. La oración de Daniel.

Modelo de verdadera intercesión:

1) *Basada en las promesas de Dios* (v. 2; *cf.* Jer. 25:11; 29:10).

Sólo una lectura continuada y reflexionada de las Escrituras podía haber dado a Daniel el profundo sentimiento y el hondo conocimiento de los planes de Dios en relación con Babilonia y los límites divinamente controlados del poder pagano. ¿Dejamos nosotros de recibir la consolación, y el estímulo, que se derivan de las promesas de Dios por nuestra falta de estudio sistemático de la Biblia?

2) *Apoyada en una súplica perseverante e insistente* (v. 3).

Daniel no daba por supuesto que Dios ayudaría, sin más. El tenía que hacer su parte y admitir que, en la misteriosa Providencia Divina, sería usada

para llevar a cabo y cumplimiento los propósitos del Altísimo. ¿Oramos así nosotros?

3) *Identificada completamente con el pueblo* (vs. 511).

Aunque personalmente Daniel era hombre de brillante integridad, no perdía el tiempo criticando a su pueblo (¡y había muchas cosas que criticar!), sino que se identificaba con él en sus problemas, tratando de ayudarle. En cierta medida, él, y nosotros en nuestro tiempo y en medio de nuestro pueblo, somos responsables, en mayor o menor grado, de la condición moral y espiritual de nuestra nación; porque ningún hombre es una isla y todos nos influimos unos a otros para bien o para mal. Esto explica la confesión de Daniel en los versículos 5-11 y siguientes. Dos grandes intercesores —Esdras (cap. 9) y Nehemías (1:5-7)— eran como Daniel en esto. Si estos grandes hombres de Dios se identificaron de tal modo con su pueblo, ¿vamos nosotros a negarnos farisaicamente bajo pretendidas pruebas de «pureza» e intocabilidad?

4) *Apelando al carácter de Dios* (vs. 4, 7, 9, 15, 16).

Podemos orar porque Dios es quien es; porque el Señor es la clase de Dios que nos describe la Escritura: fiel, misericordioso, justo y atento a nuestro clamor.

5) *Entregándose a las manos de Dios* (vs. 18, 19).

Finalmente, Daniel se libra enteramente en las manos del Altísimo y apela nuevamente a su misericordia y a su gracia soberana (*cf.* Sal. 51:1). ¡Qué oración modelo!

¿Necesita nuestra nación a alguien como Daniel para que interceda por ella siguiendo este modelo? ¿Por qué no nosotros mismos?

2. Dios contesta a la oración de Daniel (Dan. 9:20-27).

EXEGESIS DE LOS SETENTA SIETES

LAS SETENTA SEMANAS.

1) *Oración y confesión de Daniel* (9:1-23).

Vs. 1-3: *«Yo Daniel miré atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años.»*

Por el estudio de Jeremías, Daniel sabe
que el período del exilio durará seten-
3-14 ta años. Se vuelve entonces al Señor
en súplica intercesoria por el pecado del
15-19 pueblo entre el que él mismo se incluye
(4-14); apela a la gracia y al perdón
divinos (15-19).

20-23: Mientras ora, acude Gabriel para darle sabiduría y entendimiento (20-23). «*Al principio de tus ruegos* fue dada la orden y yo he venido para enseñártela», dice el ángel (23). ¿A qué principio de ruegos se refiere? Los versículos 1-2 muestran claramente la preocupación de Daniel por la desolación de Jerusalén y su término. Luego de haber leído las profecías de Jeremías (25:12; 29:9-10), ora con la carga del pueblo en su corazón: confiesa los pecados de Israel y suplica misericordia. Daniel inquiere, pues, por el destino de su pueblo.

2) *Las setenta semanas* (24-27).

El tema general que se le revela —las setenta semanas decretadas por Dios—

se nos concede ya en el v. 24 y los detalles se desarrollan en los tres versículos que siguen.

Una primera observación: el original hebreo no dice «semana», sino «sietes». Literalmente: *«Setenta sietes están determinados sobre tu pueblo.»* Los «sietes» representan períodos de tiempo divididos en fracciones de siete. Y durante este tiempo Dios realizará la redención mesiánica.

V. 24: «Setenta sietes están *determinados.»* ¿Por quién? Por Dios, obviamente.

«sobre tu pueblo y sobre la santa ciudad (Jerusalén)».

Daniel, preocupado por su pueblo, recibe contestación a dicha inquietud. La revelación tiene que ver con su súplica. El tiempo del exilio tocaba ya casi a su fin; ¿qué le esperaba luego al pueblo de Dios? En respuesta se le dice que en medio de su pueblo y en la santa ciudad serán hechas cosas gloriosas.

Cumplidos los setenta años del exilio profetizados por Jeremías, se abre una época de setenta sietes en la que Dios llevará a cabo sus propósitos con seis consecuencias como resultado; tres negativas y tres positivas:

1) acabar con la prevaricación,	1) traer la justicia de los siglos,
2) concluir con el pecado,	2) sellar la visión y la profecía,
3) expiar la iniquidad;	3) ungir al Santo de los santos.

1) *Acabar la prevaricación.*

Una prevaricación es una transgresión evidente y manifiesta a la faz de todo el mundo. Por esta prevaricación tuvieron que sufrir el exilio. Pero este exilio está llegando al final. Dios quiere terminar con la prevaricación y sus resultados. En su confesión, Daniel admitió esta prevaricación (v. 12); ahora se le dice que las consecuencias de la misma llegan al fin. Esta es la voluntad de Dios.

2) *Poner fin al pecado,* y
3) *Expiar la iniquidad.*

Dios odia el pecado. Pero ama al pecador. ¿Cómo poner fin al primero sin destruir al segundo? La justicia de Dios no puede ser pasada por alto, pero ahora esta justicia se ha puesto de manifiesto sin menoscabo del amor (es el tema que desarrolla Pablo en su carta a los Romanos). El lenguaje indica claramente que se requiere un sacrificio expiatorio sobre la base del cual la iniquidad podrá ser perdonada, es decir: se pondrá término al pecado.

Se llaman negativos estos tres aspectos en el sentido de que se refieren a lo que Dios destruye: lo negativo (prevaricación, iniquidad y pecado), para dar paso a lo que positivamente Dios va a establecer.

4) *Traer la justicia de los siglos.*

Lo que nosotros traducimos «perdurable» es, literalmente, «la justicia *de los siglos»*, es decir: eterna. Es la justicia que viene de Dios; es externa a nos-

otros, viene de afuera, del Señor mismo, por medio del Mesías.
Esta expresión se relaciona con la primera («acabar la prevaricación»), pues es su contrapartida. La transgresión manifiesta será sustituida por la justicia eterna, perfecta. Como nos enseña el Nuevo Testamento, el creyente recibe esta justicia por la fe solamente: «El justo por la fe vivirá» (Habacuc, Romanos, Gálatas, etc.) y no por su propia justicia, sino la que le es imputada por el Salvador.

5) *Sellar la visión y la profecía.*

Esto constituye una clara referencia a la dispensación del Antiguo Testamento, en la que vivió Daniel. El profeta (Núm. 12:1-8) había sido el representante de Dios y su mensajero ante el pueblo, después que él mismo había recibido la Palabra divina por medio de visiones y sueños; el profeta era llamado desde sus orígenes mismos un «vidente». La alusión al medio por el cual Dios se revelaba a los profetas —«la visión»— es claramente descriptiva de su carácter profético y de la naturaleza del ministerio de los profetas.
Toda la institución profética era típica del Gran Profeta que había de venir. La «visión y profecía» corresponde al carácter transitorio de la edad del Antiguo Testamento que espera su cumplimiento perfecto en el futuro. Y de este «futuro» es de lo que Daniel va a ser informado. Pues se le dice aquí justamente que la dispensación del Antiguo

Testamento está llegando al fin. Esto es lo que significa «*sellar* la visión y la profecía»: terminar una dispensación. No tiene que ver con los planes de Dios, con su voluntad, cosas todas ellas inmutables, sino más bien con los medios, con los instrumentos usados por Dios para llevar a cabo aquellos planes y aquella voluntad en el transcurso del tiempo. En la interpretación dispensacional, sin embargo, se enfatiza sobremanera la diferencia entre una dispensación y otra, tanto que casi se podría hablar de ruptura y oposición entre un período y otro en lugar de continuidad. Este es uno de los puntos más controvertidos entre dispensacionalistas y quienes no aceptan el dispensacionalismo.

6) *Ungir al Santo de los santos.*

Literalmente: «Ungir una santidad de santidades», o sea: lo más santo, lo santísimo. Parece hacer referencia a la unción del Mesías con el Espíritu Santo. Se cumplió en el bautismo de Juan (Mat. 3:13-17; Is. 42:1), y se puso de manifiesto todo a lo largo del ministerio del Salvador.

Los seis objetivos de las setenta semanas son todos mesiánicos y se cumplieron todos ya. Cuando Cristo ascendió a los cielos no faltaba ni uno por cumplir (Young).

En los versículos que siguen (25-27) se nos dan los *detalles* del período de las setenta semanas con más extensión:
V. 25: «sepas, pues, y entiende». A Daniel se le insta para que pare atención y se es-

fuerce en entender los detalles: «*desde la salida de la Palabra (de la orden) para restaurar y edificar a Jerusalén*» (*es decir, desde el final del exilio*) «*hasta el Mesías Príncipe*» (o sea, el «Ungido», el mismo del versículo 24).

Esto halló cumplimiento en el primer año del reinado de Ciro, por su decreto liberador promulgado en el año 538 a.C. y que permitió regresar a Jerusalén a los judíos. El punto de partida del cómputo es la fecha de la orden imperial (Esd. 3:1-3) que tenía como propósito la restauración de la ciudad y del templo de Jerusalén a su primera condición.

Luego,

V. 25: «*habrá* 7 *semanas*
y 62 *semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos.*

V. 26: Y *después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario..., y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones (o desastres).*

V. 27: Y 1 *por otra semana confirmará el Pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después, con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador*».

---

70 semanas (o sietes) en total.

Las siete semanas (o siete sietes) constituyen el período entre el primer retorno de judíos del exilio, bajo Zorobabel —según los relatos de Esdras y Nehemías— y la culminación de las obras de estos siervos de Dios en que Jerusalén fue reedificada «en tiempos angustiosos».

Las sesenta y dos semanas (o sesenta y dos sietes) abarcan el período que media entre esta época y el primer advenimiento de Jesucristo. Por lo que se refiere al versículo 25 hay unanimidad; Scofield, Young, etc., todos concuerdan (excepto los críticos radicales y, por ejemplo, las notas de la *Biblia de Jerusalén*, que no aciertan ni siquiera a ver al Mesías en estos textos tan claramente cristológicos) en que estas predicciones se cumplieron con el advenimiento y la manifestación de Jesucristo. La discusión surge en los versículos 26 y 27.

Según Young, el versículo 26 trata de lo que tendrá lugar después de las sesenta y dos semanas, que es el tiempo que va desde la restauración de Jerusalén hasta la muerte del Mesías.

Se mencionan dos eventos: 1) se quitará la vida al Mesías, y 2) el pueblo de un príncipe destruirá la ciudad, pero sin precisar si acontecerán inmediatamente después o pasado cierto tiempo en el transcurso de la «semana setenta».

Ateniéndose a la exégesis simplemente, los dos eventos son fácilmente interpretados:

1) *se quitará la vida al Mesías, mas no por sí* (v. 26).
Es el «Ungido» (Mesías) que aparece ya en los versículos 24 («ungir al Santo de los santos») y 25 («el Mesías Príncipe»).
Es una referencia clara a la crucifixión de Cristo.

2) *el pueblo de un príncipe destruirá la ciudad.*
Una no menos clara profecía sobre la destrucción de Jerusalén por las tropas de Tito en el año 70 de nuestra era.

3. La interpretación dispensacionalista.

Scofield ve, a partir de aquí (última frase del versículo 26: «y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones —o desastres—»), un período no determinado que —afirma— «ha durado ya casi 2.000 años». Es el célebre *paréntesis* que caracteriza a la doctrina dispensacional y que inserta a la Iglesia y los misterios del Reino de los cielos, en oposición al Reino de Dios (para judíos). «Cuándo llegará a su fin la edad de la Iglesia y cuándo comenzará la semana septuagésima, no se revela en ninguna parte de la Escritura... El versículo 27 trata de la última semana» (cf. *Biblia Scofield,* p. 876, notas al pie de Daniel 9:24-27). A partir de aquí, todo hay que referirlo a la última semana, interpretada en términos de final de los tiempos, luego que la Iglesia haya sido arrebatada. «Entre la semana sesenta y nueve, después de la cual se le dio muerte al Mesías (según los dispensacionalistas, pues para los demás la muerte de Cristo tuvo lugar dentro ya de la semana setenta o última), y la semana setenta, en la cual el «cuerno pequeño» de Daniel 7 efectuará su carrera espantosa, interviene la presente era de la Iglesia. El versículo 27 trata de los últimos tres años y medio de los siete que forman la semana setenta, y que son idénticos con la gran tribulación, y el tiempo de angustia y la hora de la prueba (Apoc. 3:10; hasta este capítulo 3 Apocalipsis trata de cosas que conciernen a la Iglesia; luego, ya a partir del capítulo 4, todo el resto del libro pertenece al tiempo del fin; es el salto que hay que dar para dejar sitio al paréntesis dispensacional).

Contrariamente a lo que imaginan algunos, la controversia dispensacional versa más sobre este paréntesis de la Iglesia que sobre ningún otro punto. Ni siquiera el milenio es lo característico de la escuela dispensacionalista. Hay premileniales que no son dispensnacionalistas; casi siempre por la cuestión de la Iglesia. Como los hay que no son pretribulacionistas, es decir: no aceptan que la tribulación afecta sólo a judíos, sino a todo el pueblo de Dios. La doctrina dispensacional tiene consecuencias que afectan a un buen número de cuestiones, pues entraña una concepción propia de la Iglesia como «paréntesis» que es discutida por las otras escuelas de interpretación, así como dos venidas de Cristo al final de los tiempos (la segunda venida para buscar a los santos y la tercera con sus santos), en vez de una sola y única segunda venida.

En este momento, el estudiante debería estudiar a fondo la doctrina bíblica de la Iglesia, y luego la del Reino. Más tarde, ver la relación entre ambas. Solamente entonces estará en condiciones de evaluar el sistema dispensacionalista.

4. ¿Cómo interpretan Daniel 9:26-27 los cristianos no afectos al dispensacionalismo?

V. 26b: «Y su fin será con cataclismo (inundación, o desastre espantoso), y *hasta el*

fin de la guerra durarán las devastaciones (o el desastre).)

Este versículo 26 termina con referencias a la destrucción de Jerusalén. Esto no lo consiguió Tito en un solo día. Fue algo espantoso el sitio de la vieja ciudad, y puede consultarse a Flavio Josefo para los horrores de aquella guerra. El final del versículo 26 relata la extensión de los sufrimientos hasta el fin, cuando el general y futuro emperador Tito arrasó la santa ciudad después de mucho tiempo de asedios y horrores.

V. 27: «Y por otra semana confirmará el Pacto con muchos.»

Literalmente: *«hará prevalecer el Pacto»*, es decir: el Pacto ya existente. Lo que subraya es que ahora sus términos y condiciones serán hechos efectivos. ¿Quién hace prevalecer el Pacto? Es imposible imaginar que el sujeto de esta afirmación sea el príncipe pagano del versículo 26. Todo el pasaje (vs. 24, 25 y 26) presenta al Mesías como el personaje principal, activo y destacado en esta sección. Es, pues, lógico que la exégesis tradicional cristiana haya visto aquí también al Mesías como Aquel que confirma el Pacto y lo hace prevalecer (Mat. 26:28).

¿Qué Pacto prevalecerá? El de gracia, no puede ser otro. Dios no hace más que pactos de gracia con su pueblo. Mediante este Pacto, el Mesías fue ofrecido en expiación por el pecado y ahora del fruto de su labor redentora verá resultados de vida eterna (*cf.* Is. 53:10). La

última semana es interpretada como haciendo referencia al tiempo de la muerte, resurrección y ascensión de Cristo. Es el tiempo de la Iglesia, hasta que el Mesías venga en su segunda venida.

«A la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda.»

El culto judío cesa definitivamente después de la destrucción del Templo de Jerusalén, y a pesar de algunos intentos de corta duración de reemprenderlo en el exilio (en Egipto). El simbolismo judío que apuntaba al Mesías ya no tiene sentido (Heb. 8:13); es el mismo Mesías, aunque sirviéndose de las circunstancias históricas, quien hace cesar el sacrificio y la ofrenda.

V. 27: *«después, con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador»*. Aparece Tito y destruye el Templo, pero no sin antes haber practicado muchas abominaciones en su interior y en la santa ciudad Jerusalén. Este estado de destrucción durará hasta la consumación determinada por Dios.

Según Taylor, Leupold, Mauro y Young, por citar solamente a unos pocos comentaristas y autores de talla, el versículo 27 tiene como centro los resultados de la obra redentora de Cristo y las consecuencias del rechazo por parte de Israel del Mesías. Estos autores, y otros en la misma línea, afirman que las setenta semanas constituyen un período continuado de tiempo y que es imposible separar por espacio de siglos la última de la penúltima semana.

Mauro arguye que el Príncipe del versículo 27 que confirmará el Pacto no puede ser sino el Mesías del

versículo 26 y no el «cuerno pequeño» (o Anticristo), y desafía a los dispensacionalistas a que le prueben: 1) que un futuro príncipe romano hará un pacto con los judíos; 2) que el supuesto pacto será de una semana de duración; 3) que tendrá como propósito permitir a los judíos reemprender sus antiguos sacrificios en el Templo; y 4) que el supuesto príncipe quebrantará el supuesto pacto a la mitad de la semana, lo que resultará en el cese de los sacrificios. Mauro afirma que no hay pruebas bíblicas para ninguno de estos puntos (Ph. Mauro, *The 70 Weeks*, caps. VI y VII).

Resumiendo: según estos autores, y en una línea tradicional hasta mediados del siglo XIX, las setenta semanas se distribuyen de la siguiente manera:

V. 24: Resumen de acontecimientos que tendrán lugar en estas setenta semanas. El centro es la obra de Cristo.

V. 25: 7 semanas que cubren el tiempo del retorno de los judíos a Palestina y reedificación del Templo.

V. 26: 62 semanas que abarcan desde la reedificación de Jerusalén hasta el advenimiento del Mesías (*cf*. v. 25: «desde la salida *hasta el Mesías* habrá siete semanas y sesenta y dos semanas, es decir: sesenta y nueve semanas).
69 semanas.

Y después de las 62 (+ 7 = 69) se quitará la vida al Mesías, es decir: en la setenta, Tito destruirá la ciudad y el santuario. El versículo 26 se refiere a la setenta, en la que Cristo lleva a cabo la redención anunciada en el versículo 24.

V. 27: Ph. Mauro escribe:

«La versión "Y *por* otra semana confirmará el pacto" (Dan. 9:27) ha sido causa de confusión para muchos. Esta expresión podría dar pie a pensar que no se trata del pacto eterno (Heb. 13:20), el cual es "eterno" y eternamente confirmado. Pero es apenas concebible que *ningún* pacto, de ninguna clase, y menos uno de tanta importancia en esta profecía, fuera confirmado sólo por tan breve tiempo, solamente por una semana (es decir: siete años). ¿Quién firmaría un pacto de esta naturaleza? Incluso si supusiéramos (aunque sin pruebas bíblicas para apoyarlo) que la profecía se refiere a algún hipotético pacto de un supuesto "príncipe" al final de los tiempos para restaurar los sacrificios del templo por siete años, ¿sería posible que semejante pacto fuera limitado al insignificante plazo de siete años?

»En vista de estas dificultades presentadas por la expresión "*Y por otra semana*", consulté a un erudito hebreo y le pregunté si en el original había la preposición "por" o alguna otra cosa que la implicara. Su respuesta —y la de otros consultados— es que no hay tal preposición "por" en hebreo, ni nada que la sugiera o implique. Esta información se amplía con el resto del versículo cuya traducción literal es: "*Una semana* confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar mi sacrificio..." De modo que la traducción "Y por otra semana" es incorrecta. Ahora, el sentido de la primera cláusula del versículo 27 es fácilmente inteligible.»

«Una semana confirmará el pacto», es lo mismo que decir: *«En esta semana de que estamos hablando (v. 26) será confirmado el*

pacto», es decir: en la última semana. En virtud de lo que ocurrirá en dicha semana, será establecido firmemente el pacto. El resto del versículo 27 lo explica así Mauro: «"A la mitad de la semana" (35 años, edad aproximada del Salvador) se producirá la muerte del Mesías; al cabo de la otra mitad (35 años más = 70 años) Tito asolará Jerusalén, produciéndose *"la abominación desoladora"* citada por Jesús en Mateo 24:15. El sentido del pasaje es, pues, el siguiente: la última semana verá la confirmación del pacto, pues no solamente se cumplirán las seis predicciones del versículo 24, sino todos los gloriosos resultados salvíficos que emanan de la cruz y que constituyen el clímax de todos los tiempos. En medio de la última semana, Cristo hará cesar los sacrificios de la ley mosaica al ofrecerse él mismo en la cruz por nuestros pecados. Jerusalén, no obstante, será asolada luego de haber rechazado al Mesías. El cumplimiento es mesiánico y fue totalmente realizado en la primera venida de Cristo.»

A todas luces, resulta totalmente injustificado separar la semana setenta de la semana sesenta y nueve por un intervalo que ya ahora es mayor que la totalidad de las sesenta y nueve semanas juntas. El dispensacionalista suele afirmar que Daniel mismo establece una ruptura; pero se equivoca. Daniel hace dos rupturas y no una (siete semanas y sesenta y dos semanas y una semana). Todos los intérpretes están de acuerdo en que las sesenta y dos semanas siguen a las primeras siete sin intervalos de tiempo; no hay ruptura entre las siete primeras semanas y las sesenta y dos por lo que se refiere a la duración del tiempo ininterrumpido. La ruptura es meramente semántica,

es una manera de hablar típica de los hebreos. Cuando Daniel se refiere a siete semanas y luego a las sesenta y dos que le siguieron, establece, en todo caso, un énfasis que señala inequívocamente a un gran evento en la historia de Israel: la restauración de Jerusalén bajo Esdras y Nehemías. De manera parecida, no existe ruptura ni intervalo prolongado entre la semana sesenta y nueve y la setenta; pero el modo de hablar del texto bíblico señala el gran acontecimiento de los siglos: la aparición de Jesucristo.

Antes de inclinarse por una u otra escuela, el estudiante deberá orar mucho buscando la luz de Dios y pidiéndole «sabiduría y entendimiento» (Dan. 9:22).

Aunque en los detalles las interpretaciones pueden ser muchas más, en lo fundamental el estudiante tiene ante sí tres escuelas básicas, una de las cuales no podrá aceptar si se toma en serio la Biblia como Palabra de Dios:

1) La postura de los que no aceptan la absoluta y única autoridad de la Biblia (nos referimos a su absoluta veracidad y a su autoridad divina). Estos suelen referir el pasaje a Antíoco Epifanes. La desolación descrita en el versículo 27 es la causada por Antíoco; el ungido del versículo 25 es el sacerdote Onías III (2.° Mac. 4:30-38), depuesto hacia el 175 a.C. y asesinado por gentes de Antíoco; él es también el Príncipe de la Alianza de 11:22. A todo el pasaje se le priva de su carácter mesiánico. Nos extraña comprobar cómo la *Biblia de Jerusalén*, la *Biblia Montserrat* y otras versiones católicas modernas aceptan esta clase de interpretación. Las objeciones son tan serias, no solamente desde el punto de vista espiritual del creyente que acepta la absoluta veracidad y autoridad divina de la Biblia, sino incluso los reparos de orden textual, histórico y exegético son tan importantes, que hacen imposible la aceptación de

esta postura, a menos que uno se halle imbuido de fuertes prejuicios.

2) La postura dispensacional. Cf. *Biblia Scofield.**

3) La interpretación mesiánica tradicional, cuya defensa asume mayormente la Teología del Pacto, y otras escuelas de interpretación.

---

* CRITICA DEL SISTEMA DISPENSACIONAL EN RELACION CON LAS 70 SEMANAS DE DANIEL

De las notas de la *Biblia Scofield* (pp. 876-877) se desprende la siguiente teoría:

1) Se alega que «en el tiempo de estas "semanas" el castigo nacional sobre Israel habrá de terminarse y esta nación será restablecida en justicia perdurable (v. 24)». (nota 1 [9:24], p. 876).

2) Se afirma que «es obvio que el versículo 26 se refiere a un período indeterminado». La fecha de la crucifixión no se especifica. Solamente se dice que sucederá «después» de las sesenta y dos semanas. La crucifixión es el primer evento mencionado en el versículo 26. El segundo evento es la destrucción de la ciudad, lo que se cumplió en el año 70 d.C. Entonces se usa la expresión «hasta el fin», la cual indica un período que no es determinado, pero que ha durado ya casi 2.000 años... Entre la semana sesenta y nueve, después de la cual se dio muerte al Mesías, y la semana setenta, en la cual el «cuerno pequeño» de Daniel 7 efectuará su carrera espantosa, interviene la presente era de la Iglesia. El versículo 27 trata de los últimos tres años y medio de los siete que forman la semana septuagésima... Cuándo llegará a su fin la edad de la Iglesia y cuándo comenzará la semana septuagésima, no se revela en ninguna parte de la Escritura. «La duración de la semana septuagésima no puede ser sino de siete años» (nota 1 [9:24], p. 876).

3) Se sostiene que «el versículo 27 trata de la última semana. El que confirmará el pacto con muchos», según el versículo 27, es el «príncipe que ha de venir» mencionado en el versículo 26 y «cuyo pueblo (el pueblo romano) destruyó el Templo en el año 70 de nuestra era» (nota 1 [9:24], p. 876).

4) En la misma línea, se dice que «él es el mismo personaje» (es decir: el príncipe romano) presentado como el «cuerno pequeño» en el capítulo 7. «Él hará un pacto con los judíos para restaurar los sacrificios del Templo por una semana (siete años), pero a mediados de esta semana romperá el pacto y cumplirá Daniel 12:11; 2.ª Tesalonicenses 2:3, 4» (nota 1 [9:24], p. 876).

Objeciones que presenta la Biblia a este esquema:

1) Scofield resume el todo de los seis propósitos de Dios, expuestos en el versículo 24, como meramente la restauración de la «nación (Israel) en justicia perdurable». El «Día de salvación», los presentes beneficios del Nuevo Testamento, la actual exaltación de Cristo, todo esto no tiene, al parecer, relación con los seis propósitos de Dios revelados en el versículo 24. El Nuevo Testamento enseña que no hay bendición para nadie, judío o gentil, excepto bajo el Nuevo Pacto y las condiciones de arrepentimiento, fe y obediencia. Y hay más, el mismo Nuevo Pacto revela que, desde la cruz, las genealogías, la raza, el pasado, de nada sirven para obtener la salvación, pues ésta es algo personal, desligado totalmente de quienes fueron nuestros antepasados, aun en el caso de que éstos fueran Abraham y Moisés.
El versículo 24 no contiene ni la más ligera alusión al final de ningún «castigo», ni tampoco a ninguna «nación restablecida a justicia perdurable» dentro de la última semana. Por cierto que el supuesto pacto con un príncipe impío para restaurar el sistema de sacrificios en el Templo (sistema que Dios ha abolido ya y ha rechazado) está lejos de ser lo que el versículo 24 llama «traer la justicia perdurable».

2) No hay ningún «período indeterminado» entre las primeras siete semanas y las restantes sesenta y dos, como tampoco lo hay entre la semana sesenta y nueve y la setenta. La misma palabra «determinadas» (lit. «están cortadas (determinadas) setenta semanas sobre tu pueblo» (v. 24), o «cortadas», denota un período que es a la vez definido y completo para un propósito dado. La semana setenta no puede ser futura, porque hasta el mismo Scofield tiene que admitir que fue después de la semana sesenta y nueve que el Mesías fue «cortado»: «La fecha de la crucifixión no se especifica. Solamente se dice que sucederá después de la sesenta y dos semanas. La crucifixión es el primer evento mencionado en el versículo 26. El segundo evento es la

destrucción de la ciudad, lo que se cumplió en el año 70 d.C.» Bien, las sesenta y dos semanas del versículo 26, más las siete del 25, suman un total de sesenta y nueve, de modo que la crucifixión del Mesías tiene lugar después de la semana sesenta y nueve, y cuarenta años después de la crucifixión la ciudad fue destruida. De modo que la semana setenta, la última, había comenzado ya y los eventos predichos tuvieron lugar. Esta es la conclusión lógica, la que presta atención al texto sin imponenrle nada.

3) Es totalmente injustificado, hermenéutica y exegéticamente, el separar al «pueblo» del «príncipe» y afirmar que en este siglo xx aquel pueblo (el pueblo romano) es cosa del pasado, mientras que «el príncipe» es un personaje desconocido del futuro. Pueblo y príncipe deben ir juntos. La Palabra de Dios a Daniel fue, simplemente: «el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad». Se trata de una venida solamente y en la que vendrán juntos el pueblo y el príncipe. De otra manera, el texto lo hubiera aclarado. Los dispensacionalistas, de hecho, no hacen una lectura del mismo, sino que introducen en él elementos de su esquema previo que imponen a la sencillez del versículo 26. Sostener que median 2.000 años ya entre la venida del pueblo y la venida del príncipe, es una interpretación fantástica y demasiado frágil para apoyar ninguna teoría.

4) Se supone que hay un «príncipe romano» por venir. Pero ni un solo versículo en la Biblia lo afirma explícitamente. La hipótesis de que este «príncipe», además, hará un pacto con los judíos para restaurar los sacrificios del Templo por siete años no recibe tampoco confirmación bíblica. Las dos referencias que se dan (Dan. 12 y 2.ª Tes. 2:3, 4) no pueden apoyar esta hipótesis a no ser que sean leídas también a través de otros esquemas previos impuestos asimismo al texto. Ninguna parte de la Biblia contiene referencias directas a un supuesto período futuro de siete años y a este «príncipe».
En relación con 2.ª Tesalonicenses 2:3, 4, no hay que olvidar que Pablo suele usar el vocablo «templo» para indicar la comunidad de los redimidos, la Iglesia en el conjunto de sus miembros con preferencia al edificio. El apóstol emplea la palabra «templo» nueve veces en el Nuevo Testamento; la primera en Hechos 17:24, para decir que «Dios no mora en templos hechos de manos».

En todas las demás ocasiones utiliza el vocablo para referirse a los cristianos, a la Iglesia como comunidad de redimidos. Es muy extraño —lo sería realmente— que el significado dado a la palabra en 2.ª Tesalonicenses 2:3, 4 no sólo contradijera lo dicho en público (Hech. 17:24) sobre la necesidad que tiene Dios de templos, sino que además fuera el único caso en que, saliéndose del sentido que generalmente daba a esta expresión, Pablo hiciera una excepción y por una vez hablara del templo material y del Templo de Jerusalén, además. Y no sólo esto, sino que también lo aplicara a un período del que nunca, en ninguno de sus escritos, hace alusión, es decir: un futuro de siete años.

Una lectura imparcial del Nuevo Testamento no nos permite suponer que el mensaje del Evangelio precise de la reconstrucción de un Templo único, un templo material, como centro de nuestra fe y como lugar exclusivo de la manifestación divina. Esto pertenece al Antiguo Testamento. Por otro lado, tampoco podemos creer que los sacrificios del Antiguo Testamento, a base de la sangre de los animales rociando los altares judíos, sean algo que pueda ya deleitar al Señor o satisfacer necesidades humanas. Sobre esto Hebreos 8:13 es bien explícito: «Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo, y envejece, está próximo a desaparecer.» La manera dispensacional de hacerlo desaparecer es muy ingeniosa, pero sin apoyaturas serias en la Biblia. Estriba en hacer desaparecer el viejo pacto durante un período de tiempo, el intervalo de la hipotética «edad de la Iglesia», para volver a reaparecer en una futura semana setenta y luego por 1.000 años. Todo un milenio en el que Dios tendrá que volver a aceptar como fragancia los sacrificios de animales y la sangre vertida en el altar judío.

Un autor pretribulacionista, dentro de la mejor línea dispensacional, escribe:

> «... la muerte de Cristo no puso fin al sacrificio de animales, porque estos sacrificios continuaron hasta la destrucción del Templo en el año 70 d.C., cuarenta años después de la crucifixión» (G. B. Stanton, *Kept from the Hour*, p. 29).

Por favor, señor Stanton, no querrá usted decir que los sacrificios judíos, realizados por los que dieron muerte a Jesús, hasta la destrucción de Jerusalén fueran cosa aceptable al Señor, o ¿sí quiere afirmar esto? Todos los cristianos creemos que los sacrificios judíos terminaron a los ojos de Dios con

la muerte de Cristo en la cruz. De ahí que el velo del Templo fuera partido en dos. Terminaron entonces, y para siempre. Al continuar con sus ritos en el Templo, después del sacrificio de Cristo, los judíos no hicieron más que perpetuar su incredulidad.

El señor Stanton asevera:

«El principio de la semana setenta va a ser señalado por un pacto público, confirmado por el Anticristo con la nación de Israel, de acuerdo con Daniel 9:27. El pacto debe ser público, porque implicará el restablecimiento de Israel y la restauración de su antiguo culto» (*ibid.*, p. 185).

La sugerencia de que la terminación de los sacrificios en el año 70 fue solamente algo temporal, para ser reanudado luego de que la Iglesia sea «arrebatada», es algo fantasioso en extremo. Y por lo que se refiere a la idea de un pacto establecido entre el futuro «príncipe» de los romanos y los judíos, el Dr. Edward J. Young, profesor de Antiguo Testamento y especialista en lenguas semíticas del Westminster Theological Seminary de Filadelfia, escribió en su libro *The Messianic Prophecies of Daniel*, p. 79:

«Observemos que el texto no hace mención de ningún pacto que sea firmado o establecido entonces. Por ello, nos resistimos a aplicar este texto a Antíoco Epifanes ni a ninguno de los posibles arreglos a que llegó con los judíos durante su reinado. También el "paréntesis dispensacional de la Iglesia" falla aquí, porque supone que la referencia es a un pacto que el príncipe romano hará con las masas. Estos puntos de vista, sin embargo, deben ser rechazados porque proceden de la hipótesis de que *va a hacerse un pacto*. Scofield escribe: "El hará un pacto con los judíos para restaurar los sacrificios del Templo" (p. 876). La expresión hebrea: "Otra semana *confirmará el pacto con muchos*" (v. 27) signnifica que hará prevalecer un pacto ya existente, ya en vigor, no iniciado entonces ni menos suscrito, sino un pacto ya hecho y que ahora se hará efectivo, se cumplirá: es decir: sus condiciones se impondrán y se realizarán sin más demora. Esto es precisamente lo que el Mesías, y sólo el Mesías, ha hecho. La referencia, creemos, es al Pacto de Gracia que Dios hizo con el hombre pecador. Ahora el Mesías cumplirá las exigencias de ese Pacto al adquirirnos la salvación en la cruz. Debemos recordar que la acción de confirmar el pacto, cesar el sacrificio y la ofrenda debe entenderse todo ello como teniendo una misma referencia y un mismo eje.

»Las setenta semanas, pues, deben ser identificadas con el período en que fue llevado a cabo el trabajo mesiánico. Incluyen el período entero de la humillación de Cristo, cuando, en tanto que Dios-Hombre, obtuvo para su pueblo salvación eterna. Su obediencia fue el medio por el cual confirmó, hizo efectivas, las condiciones del Pacto de Gracia. En los términos de este Pacto, Dios concede libre y soberanamente la vida y la salvación a los pecadores que con fe y arrepentimiento acuden a El. Esta vida y esta salvación, sin embargo, tenían que ser ganadas y lo fueron por Cristo al cumplir por nosotros con toda justicia; Cristo hizo efectivas las condiciones del Pacto y así lo confirmó e hizo prevalecer dichas exigencias como causa de eterna redención. Esta interpretación es la única que se adapta perfectamente bien al texto hebreo.»

CONCLUSION

En medio de los detalles de las setenta semanas, el hecho de mayor importancia y trascendencia no es que «Israel sea restablecido como nación a la justicia perdurable» (*Biblia Scofield*, p. 876), sino el que la salvación mesiánica haya sido realizada. Una vez el verdadero sacrificio del Calvario ha sido efectuado, el Templo de Jerusalén deja de ser el Templo de Dios y se convierte en una abominación. Todos los sacrificios se desvanecen en el olvido como cosas «rudimentarias», elementos vacíos y caducos. La desolación invade la ciudad rebelde, y el velo del Templo, al partirse en dos, no presagia nada bueno para aquel lugar. En lugar de lo antiguo queda lo nuevo. Un nuevo pacto, un nuevo pueblo y una nueva dimensión de las cosas, en que desaparece lo racial y lo nacional. El apóstol Pedro así lo describe en su primera carta (1.ª Ped. 2:5-10).

Destaquemos, por amor a la claridad y porque consideramos importante subrayarlo, que los premilenialistas no son siempre de necesidad dispensacionalistas-futuristas. El profesor D. H. Kromminga escribe:

«Un premilenial no se halla forzado a creer, juntamente con los judaizantes de la *Biblia Scofield* y demás allegados al dispensacionalismo, los postulados sionistas extremos que ellos postulan. No es necesario que el premilenialismo sea dispensacional, como lo demuestra la historia» (*The Millenium*, pp. 57, 58).

Efectivamente, entre los premileniales que rechazan al dispensacionalista se hallan Alford, Bickersteth, Bonars, Elliot, Ladd, Tragellers, etc.

De ahí que Lindsay oscurece, más que aclara, la verdad cuando escribe:

> «Premilenialismo. La interpretación más antigua... Los premilenialistas creen también que Dios hizo muchas promesas y pactos incondicionales con Israel y... que Dios cumplirá literalmente todas sus promesas durante el reino milenial. Los creyentes de la era de la Iglesia y de la tribulación también recibirán estas promesas en su calidad de hijos adoptados de Abraham» (H. Lindsay, *La odisea del futuro,* p. 332).

El lector observará que en esta cita se confunden y se interrelacionan, indivisiblemente, dispensacionalismo y milenialismo. Que el premilenialismo sea la interpretación más antigua es cosa que habría que discutir, pero aun suponiendo que así fuera, se trataba de un premilenialismo que apenas se parece en nada al que propone el señor Lindsay en sus libros. Y, lo que es más grave, la «antigüedad» del premilenialismo se traspasa, implícitamente, al dispensacionalismo («Era de la Iglesia», «Tribulación», cosas típicamente dispensacionales, pero no necesariamente premileniales), con lo que los lectores sacan la conclusión de que los innovadores somos nosotros, los críticos del sistema dispensacional, olvidando que éste apenas si tiene algo más de un siglo de vida. Lo que parece olvidar también el señor Lindsay —o acaso lo ignora— es que su interpretación futurista del «cuerno pequeño», incorporada por Scofield y dispensacionalistas a su sistema, fue un invento de los jesuitas Ribera y Bellarmino para salir al paso de la exégesis de los reformadores y demás discípulos, invento que luego pasó a la Iglesia Anglicana y de esta Iglesia a Darby. Por vía Darby llegó luego hasta la *Biblia Scofield.* Ciertamente, llamar a todo este sistema «la interpretación más antigua» entraña un cierto atrevimiento, por no decir otra cosa... (Véase mi *Escatología,* Tercera parte, CLIE, Tarrasa, 1977; así como *Orígenes de la escatología dispensacionalista,* E.E.E., Barcelona, 1978.)

TEXTO BIBLICO

VISION DE DANIEL JUNTO AL RIO

10 En el año tercero de Ciro rey de Persia fue revelada palabra a Daniel, llamado Beltsasar; y la palabra era verdadera, y el conflicto grande; pero él comprendió la palabra, y tuvo inteligencia en la visión.
2 En aquellos días yo Daniel estuve afligido por espacio de tres semanas.
3 No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino, ni me ungí con ungüento, hasta que se cumplieron las tres semanas.
4 Y el día veinticuatro del mes primero estaba yo a la orilla del gran río Hidekel.
5 Y alcé mis ojos y miré, y he aquí un varón vestido de lino, y ceñidos sus lomos de oro de Ufaz.
6 Su cuerpo era como de berilo, y su rostro parecía un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego, y sus brazos y sus pies como de color de bronce bruñido, y el sonido de sus palabras como el estruendo de una multitud.
7 Y sólo yo, Daniel, vi aquella visión, y no la vieron los hombres que estaban conmigo, sino que se apoderó de ellos un gran temor, y huyeron y se escondieron.
8 Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión, y no quedó fuerza en mí, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno.
9 Pero oí el sonido de sus palabras; y al oír el sonido de sus palabras, caí sobre mi rostro en un profundo sueño, con mi rostro en tierra.
10 Y he aquí una mano me tocó, e hizo que me pusiese sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos.
11 Y me dijo: Daniel, varón muy amado, está atento a las palabras que te hablaré, y ponte en pie; porque a ti he sido enviado ahora. Mientras hablaba esto conmigo, me puse en pie temblando.
12 Entonces me dijo: Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte

en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido.
13 Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia.
14 He venido para hacerte saber lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días; porque la visión es para esos días.
15 Mientras me decía estas palabras, estaba yo con los ojos puestos en tierra, y enmudecido.
16 Pero he aquí, uno con semejanza de hijo de hombre tocó mis labios. Entonces abrí mi boca y hablé, y dije al que estaba delante de mí: Señor mío, con la visión me han sobrevenido dolores, y no me queda fuerza.
17 ¿Cómo, pues, podrá el siervo de mi señor hablar con mi señor? Porque al instante me faltó la fuerza, y no me quedó aliento.
18 Y aquel que tenía semejanza de hombre me tocó otra vez, y me fortaleció,
19 y me dijo: Muy amado, no temas; la paz sea contigo; esfuérzate y aliéntate. Y mientras él me hablaba, recobré las fuerzas, y dije: Hable mi señor, porque me has fortalecido.
20 El me dijo: ¿Sabes por qué he venido a ti? Pues ahora tengo que volver para pelear contra el príncipe de Persia; y al terminar con él, el príncipe de Grecia vendrá.
21 Pero yo te declararé lo que está escrito en el libro de la verdad; y ninguno me ayuda contra ellos, sino Miguel vuestro príncipe.
11 Y yo mismo, en el año primero de Darío el medo, estuve para animarlo y fortalecerlo.

Capítulo **10**

La gran visión de la gloria de Dios

DANIEL 10

«En el año tercero de Ciro rey de Persia fue revelada palabra a Daniel, llamado Beltsasar» (v. 1).

Ignoramos por qué razones Daniel no fue con los exiliados que regresaron a Jerusalén dos años antes (Esd. 1:1). Esto significa que permaneció en Babilonia después del tiempo que se mencionó en 1:21. No sabemos las causas. En aquel tercer año de Ciro, la obra de restauración del Templo de Jerusalén había sido interrumpida (Esd. 4:4-5). Aunque desconocemos las causas que le hicieron quedarse en Babilonia, debieron ser muy fuertes. Seguramente estaban relacionadas con la vocación recibida del Señor. A los siervos de Dios no siempre les está permitido escoger el lugar, o las condiciones, de su ministerio.

Es digno de mención que Daniel se presenta con su nombre babilónico —Beltsasar—, y ésto es tanto más significativo cuanto que la hegemonía de Babilonia acaba de pasar a la historia, siendo sustituida por Persia. En medio de las gentes de aquel país en

el que había vivido la casi totalidad de años de su vida, Daniel seguía conservando su identidad con la que fue generalmente conocido; cuando el esplendor y el apogeo babilónicos habían pasado, Daniel seguía siendo Beltsasar para aquellas gentes que ahora sólo sabían de humillación y derrota. El podía entenderlos bien; en su infancia fue también humillado por extranjeros, por aquellos mismos babilonios con los que ahora quería seguir identificado.

En el primer versículo leemos: «y la palabra era verdadera y el *tiempo* grande (o prolongado)». En nuestra versión Reina-Valera dice: «y el conflicto grande». La palabra *saba* que aquí se emplea, ha sido encontrada también en las tabletas de Mari con el significado de «tiempo», que es el que con toda probabilidad tiene en este primer versículo del capítulo 10. En este período grande de tiempo se cumplirán las promesas divinas (*cf.* Luc. 2:36, 37).

«En aquellos días» en que le fue revelada palabra a Daniel, éste se encontraba «afligido» (vs. 2) y practicando el ayuno (v. 3); todo ello ocasionado, sin duda, por la meditación de los pecados de su pueblo (*cf.* Dan. 9:3-19, en donde Daniel muestra una vez más su profunda compasión e identificación con los suyos).

1. «Un Varón vestido de lino».

«Y alcé mis ojos y miré, y he aquí un Varón vestido de lino...» (v. 5).

Esta revelación es la de una teofanía; es decir: la aparición del Hijo eterno antes de su encarnación. Llegamos a esta conclusión por el lenguaje que se emplea para describir al *«Varón vestido de lino»*: tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento esta descripción corresponde a Jesucristo, uno parecido a Hijo de Hombre (Ez. 1:26; Dan. 9:9-12), y cuya

naturaleza es divina. Veamos cómo, sin ningún género de dudas, el lenguaje usado en esta sección es exactamente el mismo que describe el eterno Hijo de Dios en otros pasajes paralelos:

1) *En el Antiguo Testamento.*

La visión de Ezequiel (Ez. 1:26): *«y sobre la figura del trono había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él»*. Se trata del que está sentado en el trono de Dios, es decir: Dios mismo, en la Persona del Hijo, el Verbo eterno que en el principio era con Dios y era Dios (Jn. 1:1).

En Daniel 12 los ángeles están a ambos lados del río (vs. 5-7), pero el «Varón vestido de lino» está sobre las aguas del río, majestuoso y soberano, y a él preguntan los demás: *«¿Cuándo será el fin de estas maravillas?»*, y responde con sabiduría divina (v. 7). Es imposible en todo este capítulo 12 clasificar al *«Varón vestido de lino»* como un ángel más; los otros seres celestiales le consideran muy superior a ellos.

2) *En el Nuevo Testamento.*

Es idéntico el lenguaje de Juan en Apocalipsis 1:12-20 para describir al Cristo glorificado:

DANIEL 10:5-16	APOCALIPSIS 1:13
Uno con semejanza de Hijo de Hombre.	Uno semejante al Hijo del Hombre.
Un Varón vestido de lino.	Vestido de una ropa talar.
Ceñidos sus lomos de oro.	Ceñido con cinto de oro.
Su cuerpo como de berilo.	
Su rostro parecía un relámpago.	Su cabeza y cabellos como blanca lana.
Sus ojos como antorchas de fuego.	Sus ojos como llama de fuego.

DANIEL 10:5-16	APOCALIPSIS 1:13
Brazos y pies de color de bronce bruñido.	Sus pies semejantes al bronce bruñido.
El sonido de sus palabras como estruendo de una multitud.	Su voz como estruendo de muchas aguas.

Esta visión de la gloria de Dios produjo en Daniel un gran desfallecimiento (v. 8); se quedó sin fuerzas, sin vigor. No es cosa liviana para un hombre darse cuenta de que se halla en la misma presencia del Altísimo (*cf.* Jue. 6:22; 13:22; Is. 6:5; Luc. 5:8; Hech. 9:4). Pero la palabra de Dios le infundió consolación (*«caí sobre mi rostro en un profundo sueño»,* v. 9). Luego, «una mano me tocó y me hizo poner sobre mis rodillas..., y me dijo: Daniel, varón muy amado, está atento a las palabras que te hablaré, y ponte en pie» (vs. 10, 11). Juan, según nos describe en Apocalipsis 1, tuvo una experiencia similar (*«Cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; Yo soy el Primero y el Ultimo»,* Apoc. 1:17).

¿Dónde estaba el secreto de la vida espiritual de Daniel? ¿Dónde la clave de esta intimidad con su Señor que le hacía idóneo recipiente de la revelación divina? En el versículo 12 tenemos la respuesta:

1.° *dispuso su corazón a entender* (no a escuchar su propia voz, sus propios impulsos, sus «corazonadas», sino la voz de Dios, dispuesto a entenderla).

2.° *se humilló en la presencia de su Dios* (no buscaba su gloria, ni hacer su voluntad, sino solamente la gloria de Dios y tratar de cumplir la voluntad divina).

Observemos cómo le llama el Señor: *«Daniel, varón muy amado»* (vs. 11, 19; *cf.* 9:23).

Dos cosas que debemos recuperar si queremos que nuestra piedad sea bíblica y auténtica: la *presencia* de Dios y el *temor* de Dios. Por supuesto, no a base de visiones sobrenaturales, especiales, porque el Canon de la Escritura se ha cerrado. Pero a todo creyente es dado el poder experimentar la vivencia de hallarse en la presencia de su Señor y Salvador. Como dijera Calvino: «Dios quiere que este santo temor opere en nosotros al modo de una brida.» Dios recrimina a la humanidad por la falta de este temor (Rom. 3:18). Cuando la voluntad de Dios está clara delante de nosotros, la oración puede ser ferviente e inteligente, clara y apasionada. De hecho, a Daniel se le confirmó lo que ya sabía (*cf.* 1.ª Jn. 5:14). La humildad profunda, no fingida, es el mejor acompañante de la oración y la mejor prueba de que hemos entendido la soberanía de Dios sobre nuestra vida. El temor, la humildad y el fervor nos conducen a una familiaridad santa con Dios, a un nivel de comunión íntima inusitado. Se le reconoce que él, Daniel, se humilló en la presencia de *su* Dios («tu Dios», v. 12). *Cf.* también Heb. 11:5; Stg. 1:6, 7.

Con esta seguridad de ser amado por Dios, se siente preparado para escuchar el mensaje, el cual tiene que ver con «los postreros días» (v. 14), expresión cuyo significado estudiaremos más ampliamente en el próximo capítulo.

2. El mundo material y el espiritual una sola realidad para Dios.

En el resto del capítulo Daniel aprende que los conflictos de la humanidad no sólo tienen como escenario esta tierra, sino que afectan, igualmente, al ámbito espiritual. La lucha incluye a *«huestes espi-*

rituales de maldad en las regiones celestes» (Ef. 6:12) que pugnan contra la obra de Dios en el mundo.

Aquel que habla con Daniel luchará contra el príncipe del reino de Persia (v. 13). Este «príncipe de Persia» es el poder espiritual malvado, diabólico, que está detrás de los dioses persas. En los tiempos antiguos, en la época cuando fue escrito el Antiguo Testamento, había la creencia general de que cada nación tenía su propio dios (alusiones a esta superstición las hallamos en Is. 37:38; Dan. 4:8; 2.° Cr. 28: 23). Los profetas proclamaban que los ídolos no son nada. Otras partes de la Escritura desarrollan esta verdad, pero añadiendo que, no obstante, detrás del ídolo puede haber una actuación diabólica (1.ª Cor. 10:20, 21). No que el ídolo sea algo, ni siquiera los espíritus malvados han de ser identificados con los ídolos; pero el hecho es que dichos seres pueden estar actuando detrás de cualquier idolatría (antigua o moderna) para fomentar el engaño y hacer avanzar la causa de la impiedad. En esta línea de pensamiento, un buen número de pasajes del Nuevo Testamento: Ef. 6:11-12; 1.ª Cor. 8:4-5; 10:19, 20; 2.ª Cor. 10:3, 4; 1.ª Tim. 4:1-4; Jud. 9; Apoc. 12:7; Mat. 25:41.

La batalla a librar es primeramente con el reino de Persia, la máxima potencia de aquellos años en que Daniel tuvo la visión. Cuando acabe con Persia, habrá de enfrentarse con Grecia (v. 20), el siguiente imperio mundial. Es la lucha constante entre los reinos de este mundo y el Reino de Cristo que viene. Sólo Miguel se halla a mano para ayudar tal como lo hizo en las tres semanas (v. 13), en el primer año de Darío el Medo (*cf.* Dan. 10:21; 11:1 y esp. 10:13).

El nombre de Miguel significa «*¿Quién es como Dios?*» (*cf.* Jud. 9). Aparece también en Apoc. 12:7-12, en donde se describe un conflicto idéntico. Miguel es el ángel protector del pueblo de Dios (12:1, además de 10:21). Así, se halla dispuesto a enfrentarse

con el Príncipe de Persia, es decir: el ángel protector de este imperio; un ángel caído, por supuesto, un demonio. Este esotérico conflicto entre las huestes celestes subraya que el destino de los pueblos es un secreto que ni siquiera los ángeles conocen si no es por revelación divina, y aunque ellos actúan en dicha lucha y son protagonistas de la misma. Lo que ocurre en la tierra no es ajeno al cielo; el destino del mundo se fragua en las dos dimensiones de la existencia —la terrena y la celeste— al mismo tiempo. Al pueblo de Dios en este mundo le esperan severas pruebas todavía.

Pero el que está con nosotros es más fuerte que el que está con ellos, es decir: con nuestros enemigos. La nota final, no lo olvidemos, será de victoria, porque indefectiblemente sucederá lo que está determinado por Dios. Es alentador pensar que la historia se halla bajo control y dirección divinos; a nosotros no nos toca saber todos los detalles del calendario, sino más bien descansar en dicha consolación: Dios soberano, Dios victorioso, Dios todo en todos al final.

«Pero yo te declararé lo que está escrito en el libro de la verdad» (10:21). *«Y yo mismo, en el año primero de Darío el medo, estuve para ayudarlo y fortalecerlo. Y ahora yo te mostraré la verdad...»* (11:1, 2).

Es interesante observar cómo Dios puede utilizar en su provecho incluso a aquellos que son peones (el rey Darío, en este caso) de las fuerzas anti-Dios y anti su pueblo. Un ejemplo más de su soberanía y su omnipotencia, tanto como de su omnisciencia.

LOS REYES DEL NORTE Y DEL SUR

11 2 Y ahora yo te mostraré la verdad. He aquí que aún
habrá tres reyes en Persia, y el cuarto se hará de grandes
riquezas más que todos ellos; y al hacerse fuerte con sus rique-
zas, levantará a todos contra el reino de Grecia.
3 Se levantará luego un rey valiente, el cual dominará con
gran poder y hará su voluntad.
4 Pero cuando se haya levantado, su reino será quebrantado
y repartido hacia los cuatro vientos del cielo; no a sus descen-
dientes, ni según el dominio con que él dominó; porque su
reino será arrancado, y será para otros fuera de ellos.
5 Y se hará fuerte el rey del sur; mas uno de sus príncipes
será más fuerte que él, y se hará poderoso; su dominio será
grande.
6 Al cabo de años harán alianza, y la hija del rey del sur
vendrá al rey del norte para hacer la paz. Pero ella no podrá
retener la fuerza de su brazo, ni permanecerá él, ni su brazo;
porque será entregada ella y los que la habían traído, asimismo
su hijo, y los que estaban de parte de ella en aquel tiempo.
7 Pero un renuevo de sus raíces se levantará sobre su trono, y
vendrá con ejército contra el rey del norte, y entrará en la
fortaleza, y hará en ellos a su arbitrio, y predominará.
8 Y aun a los dioses de ellos, sus imágenes fundidas y sus
objetos preciosos de plata y de oro, llevará cautivos a Egipto;
y por años se mantendrá él contra el rey del norte.
9 Así entrará en el reino el rey del sur, y volverá a su tierra.
10 Mas los hijos de aquél se airarán, y reunirán multitud de
grandes ejércitos; y vendrá apresuradamente e inundará, y pa-
sará adelante; luego volverá y llevará la guerra hasta su for-
taleza.
11 Por lo cual se enfurecerá el rey del sur, y saldrá y peleará
contra el rey del norte; y pondrá en campaña multitud grande,
y toda aquella multitud será entregada en su mano.
12 Y al llevarse él la multitud, se elevará su corazón, y derri-
bará a muchos millares; mas no prevalecerá.
13 Y el rey del norte volverá a poner en campaña una mul-
titud mayor que la primera, y al cabo de algunos años vendrá
apresuradamente con gran ejército y con muchas riquezas.

14 En aquellos tiempos se levantarán muchos contra el rey
del sur; y hombres turbulentos de tu pueblo se levantarán para
cumplir la visión, pero ellos caerán.
15 Vendrá, pues, el rey del norte, y levantará baluartes, y
tomará la ciudad fuerte; y las fuerzas del sur no podrán sos-
tenerse, ni sus tropas escogidas, porque no habrá fuerzas para
resistir.
16 Y el que vendrá contra él hará su voluntad, y no habrá
quien se le pueda enfrentar; y estará en la tierra gloriosa, la
cual será consumida en su poder.
17 Afirmará luego su rostro para venir con el poder de todo
su reino; y hará con aquél convenios, y le dará una hija de
mujeres para destruirle; pero no permanecerá, ni tendrá éxito.
18 Volverá después su rostro a las costas, y tomará muchas;
mas un príncipe hará cesar su afrenta, y aun hará volver sobre
él su oprobio.
19 Luego volverá su rostro a las fortalezas de su tierra; mas
tropezará y caerá, y no será hallado.
20 Y se levantará en su lugar uno que hará pasar un cobra-
dor de tributos por la gloria del reino; pero en pocos días será
quebrantado, aunque no en ira, ni en batalla.
21 Y le sucederá en su lugar un hombre despreciable, al cual
no darán la honra del reino; pero vendrá sin aviso y tomará
el reino con halagos.
22 Las fuerzas enemigas serán barridas delante de él como
con inundación de aguas; serán del todo destruidas, junto con
el príncipe del pacto.
23 Y después del pacto con él, engañará y subirá, y saldrá
vencedor con poca gente.
24 Estando la provincia en paz y en abundancia, entrará y
hará lo que no hicieron sus padres, ni los padres de sus padres;
botín, despojos y riquezas repartirá a sus soldados, y contra
las fortalezas formará sus designios; y esto por un tiempo.
25 Y despertará sus fuerzas y su ardor contra el rey del sur
con gran ejército; y el rey del sur se empeñará en la guerra
con grande y muy fuerte ejército; mas no prevalecerá, porque
le harán traición.
26 Aun los que coman de sus manjares le quebrantarán; y su
ejército será destruido, y caerán muchos muertos.
27 El corazón de estos dos reyes será para hacer mal, y en
una misma mesa hablarán mentira; mas no servirá de nada,
porque el plazo aún no habrá llegado.
28 Y volverá a su tierra con gran riqueza, y su corazón será
contra el pacto santo; hará su voluntad, y volverá a su tierra.
29 Al tiempo señalado volverá al sur; mas no será la postrera
venida como la primera.

30 **Porque vendrán contra él naves de Quitim, y él se contristará, y volverá, y se enojará contra el pacto santo, y hará según su voluntad; volverá, pues, y se entenderá con los que abandonen el santo pacto.**
31 **Y se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora.**
32 **Con lisonjas seducirá a los violadores del pacto; mas el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará.**
33 **Y los sabios del pueblo instruirán a muchos; y por algunos días caerán a espada y a fuego, en cautividad y despojo.**
34 **Y en su caída serán ayudados de pequeño socorro; y muchos se juntarán a ellos con lisonjas.**
35 **También algunos de los sabios caerán para ser depurados y limpiados y emblanquecidos, hasta el tiempo determinado; porque aun para esto hay plazo.**
36 **Y el rey hará su voluntad, y se ensoberbecerá, y se engrandecerá sobre todo dios; y contra el Dios de los dioses hablará maravillas, y prosperará, hasta que sea consumada la ira; porque lo determinado se cumplirá.**
37 **Del Dios de sus padres no hará caso, ni del amor de las mujeres; ni respetará a dios alguno, porque sobre todo se engrandecerá.**
38 **Mas honrará en su lugar al dios de las fortalezas, dios que sus padres no conocieron; lo honrará con oro y plata, con piedras preciosas y con cosas de gran precio.**
39 **Con un dios ajeno se hará de las fortalezas más inexpugnables, y colmará de honores a los que le reconozcan, y por precio repartirá la tierra.**
40 **Pero al cabo del tiempo el rey del sur contenderá con él; y el rey del norte se levantará contra él como una tempestad, con carros y gente de a caballo, y muchas naves; y entrará por las tierras, e inundará, y pasará.**
41 **Entrará a la tierra gloriosa, y muchas provincias caerán; mas éstas escaparán de su mano: Edom y Moab, y la mayoría de los hijos de Amón.**
42 **Extenderá su mano contra las tierras, y no escapará el país de Egipto.**
43 **Y se apoderará de los tesoros de oro y plata, y de todas las cosas preciosas de Egipto; y los de Libia y de Etipoía le seguirán.**
44 **Pero noticias del oriente y del norte lo atemorizarán, y saldrá con gran ira para destruir y matar a muchos.**
45 **Y plantará las tiendas de su palacio entre los mares y el monte glorioso y santo; mas llegará a su fin, y no tendrá quien le ayude.**

Capítulo **11**

En los postreros días

DANIEL 11

Recordemos que las revelaciones otorgadas a Daniel —y que abarcan los capítulos 10, 11 y 12 de su libro— constituyen la respuesta a su oración ardiente y persistente: «*No temas, Daniel; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido*» (10:12). Esta respuesta le dará luz sobre lo que ha de acontecer a su pueblo durante el período de las *setenta semanas* que habían acabado de empezar (ya que la revelación del capítulo 10 será «en el año tercero de Ciro rey de Persia» —10:1—).

Una nueva etapa en la historia de Israel acaba de comenzar. A este período de la historia judía, que comienza con el retorno de los exiliados de Babilonia en el primer año de Ciro (en el 457 a.C.), se le llama «*los postreros días*» (10:14), para diferenciarlo de la primera era de la existencia nacional de Israel como pueblo de Dios cuando fueron enviados los «primeros profetas» (*cf*. Zac. 1:4; 7:7, 12).

La profecía de las *setenta semanas* había llenado de tristeza el corazón de Daniel. Es cierto que en dicha profecía se predecía el advenimiento del Mesías tanto tiempo esperado, pero esta venida no significaría la liberación y la prosperidad de Israel; por el contrario, el Mesías sería asesinado (9:26) y luego vendría el juicio. De ahí que «en aquellos días» Daniel estuviese «afligido por espacio de tres semanas» y dispusiese su corazón a entender y a humillarse delante de la presencia del Señor (10:2, 3, 12).

No basta con querer entender, es menester humillarse delante de Dios y estar dispuesto a hacer la voluntad divina. Jesús diría, siglos después: *«El que quisiere hacer la voluntad del Padre, sabrá si mi doctrina es mía o del que me envió»* (Jn. 7:17). El saber las cosas de Dios no es el resultado nunca de una mera curiosidad, sino de una voluntad decidida de agradar al Señor y andar en su presencia.

Así, en respuesta a sus profundas inquietudes, Daniel recibe la contestación: «Daniel, varón muy amado, está atento a las palabras que te hablaré, y ponte en pie; porque a ti he sido enviado ahora.» Daniel explica que: «mientras hablaba esto conmigo, me puse en pie temblando. Entonces me dijo: Daniel, no temas, porque desde el primer día que dispusiste tu corazón... fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido... *He venido para hacerte saber lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días; porque la visión es para esos días»* (10:2-14).

A tenor de estos versículos, queda claro, sin el menor asomo de duda, que el propósito de las palabras celestiales era el de *capacitar a Daniel para que entendiera lo que iba a acontecer a su pueblo y que no había sido revelado en la profecía de las setenta semanas.*

Un estudio cuidadoso de los capítulos 11 y 12 del libro de Daniel nos hace ver que se trata del relato completo, en forma de narración histórica continuada, del segundo período de la historia nacional judía, *«los postreros días»* (10:14), desde el reino de Ciro —cuando Daniel recibió la visión— hasta la destrucción de Jerusalén por las tropas romanas bajo el mandato de Tito. Lo más extraordinario, y maravilloso, de este relato es que el mismo ha sido confirmado por los mejores historiadores; cada afirmación de estos dos capítulos de Daniel se encuentra registrada y conservada en los manuales de historia más solventes, avalada por documentos de indisputable autenticidad.

1. **El futuro inmediato** (11:2-20).

El tiempo que abarca este capítulo 11 cubre el bosquejo general —muy bien detallado— de los hitos más importantes de la hegemonía macedónica, partiendo de los reyes persas y hasta llegar al período de la influencia romana.

El versículo 2 indica que después de Ciro habrá todavía tres reyes importantes en Persia; y aun un cuarto rey se hará famoso por sus riquezas más que todos los anteriores, si bien con él llega el fin del poderío persa en el mundo. Los monarcas, por su orden, son: Cambises, Esmerdis, Darío Histaspis y Jerjes. Con este último monarca concluye la hegemonía persa, puesto que sus sucesores en el trono aqueménida no ejercerán ya ninguna influencia en los destinos del mundo.

El *«rey valiente»* del versículo 3 es Alejandro Magno. Murió en Babilonia a los treinta y dos años. Su Imperio no fue dividido entre sus hijos (v. 4), sino entre sus generales (diáconos). (Véase Dan. 2:40;

7:7 y 8:8.) Después de muchos conflictos entre los doce generales más destacados el Imperio de Alejandro quedó fragmentado finalmente en cuatro partes: 1) Lesímaco se quedó con Tracia y Asia Menor; 2) Casandro retuvo Macedonia; 3) Ptolomeo I Sóter (306-285) se impuso en Egipto, y 4) Seléuco I Nicátor (301-281) en Siria. La historia judía se verá influída grandemente por las dos últimas dinastías citadas: los Ptolomeos de Egipto («el rey del sur») y los Seléucidas de Siria («el rey del norte»).

Los versículos 5-7 ofrecen una galería de personajes y de eventos familiares a los historiadores. Así en el versículo 5, de entrada, se nos presenta a Ptolomeo I Sóter, el primer soberano de la dinastía helénica de Egipto. Luego, más fuérte que éste y con un Imperio mayor, aparece «uno de sus príncipes» (v. 5), Seléuco Nicátor (301-281), que primero se unió a Ptolomeo I para vencer a Antígono (batalla de Gaza) en el 312, iniciando así la era de los Seléucidas con sus sueños de grandeza y sus continuos intentos de recomponer un gran Imperio en Asia.

En el versículo 6 aparecen más personajes importantes de la Antigüedad: Ptolomeo Filadelfo, Antíoco Teo, Berenice, Leodicea, etc. Alrededor del año 252 a.C., Antíoco II Teo (261-246), después de haber concluido una alianza con Ptolomeo II Filadelfo (285-247), se casó con la hija de éste, Berenice. Su primera mujer, Laodicea (que, de hecho, era su hermanastra), se retiró de la escena momentáneamente; luego, habiéndola vuelto a tomar su esposo, le hizo envenenar, así como a Berenice, al hijo que ésta había tenido de su esposo y a las personas que le rodeaban. El hijo de Laodicea, Seléuco II Calinínico (246-226), fue atacado por Ptolomeo III Evergetes (247-221), que consiguió llevarse a Egipto un botín considerable, pero sin haber explotado hasta el fin su brillante victoria.

Este Ptolomeo II Evergetes es *«el renuevo de sus raíces»* del versículo 7. Hermano de Berenice que quiso vengar la muerte de ésta.

Los versículos que siguen (8-20) narran las vicisitudes de la enemistad constante entre Egipto y Siria y la manera cómo dichas querellas incidieron en la vida del pueblo judío, situado entre ambos enemigos y sometido siempre por mano de los Seléucidas con menor o mayor rigor.

Bajo Antíoco III el Grande (223-187) los sirios volvieron a ser una grave amenaza para Egipto (v. 10). En la sección que sigue se refieren los éxitos militares de Antíoco el Grande. Desde el año 220 a.C. emprendió la conquista de Palestina; Ptolomeo IV Filopátor (221-203) alistó inmediatamente tropas de mercenarios y de egipcios que, avanzando hacia la frontera, infligieron a Antíoco pérdidas considerables. Es la batalla de Rafia, a que se alude en el versículo 11. Pero esta batalla fue una victoria efímera y sin consecuencias (v. 12). Años más tarde, Antíoco renovó la guerra (v. 13) y fue ayudado por muchos. Destaca la alianza con Filipo V de Macedonia, si bien el texto sagrado hace referencia a la colaboración de judíos «turbulentos», apóstatas y renegados que abundaban en aquel entonces en Palestina. Dado que Daniel profetiza sobre el curso del devenir del pueblo judío, es lógico que tenga más interés en mencionar a estos «turbulentos», con todo lo que significan en medio del pueblo de Dios, que no a Filipo V de Macedonia.

Al subir al trono de Egipto Ptolomeo V Epifanes (205-181), Antíoco volvió a arremeter con más fuerzas todavía (v. 13), aprovechando ciertas revueltas intestinas que habían estallado en el país del Nilo. El versículo 15 alude al largo asedio de Gaza. Una contraofensiva egipcia en Judea apenas si retrasó la entrada triunfal de Antíoco en Jerusalén (vs. 15-16).

Esta entrada fue saludada con grandes demostraciones de alegría, pues el Seléucida se había mostrado bastante tolerante con las leyes y tradiciones hebreas. Era, sin embargo, una falsa paz, pues la tolerancia duraría muy poco. Como indica el versículo 16, Antíoco estará en «la tierra gloriosa» (Palestina), pero la tierra «será consumida en su poder». El yugo de los Seléucidas iba a ser terrible para los judíos. Y aquello no era más que el comienzo.

Más tarde, en un intento diplomático para realizar totalmente sus designios en relación con Egipto, Antíoco pactó con Ptolomeo V Epifanes, dándole en matrimonio a su hija Cleopatra, ceremonia que tuvo lugar en Rafia en el 194 a.C. Pero los planes de Antíoco no tuvieron éxito (v. 17). Cleopatra se puso del lado de su marido, frustrando los planes de su padre.

Entonces, Antíoco dirige su atención a las ciudades marítimas —*«volverá después su vista a las costas»* (v. 18)—. Aprovechando la tregua con Egipto, se volvió contra Asia Menor y se apoderó de algunas ciudades griegas, y aun de algunas egipcias. Todo ello sin hacer caso de las advertencias de los romanos, que eran ya el poder hegemónico que destacaba en el mundo. Esto fue la ruina de Antíoco. Un *«príncipe»* —(v. 19) *«magistrado»*, traduce la *Biblia de Jerusalén*— acabó con el ultraje. Este no era otro que el cónsul Lucio Cornelio Escipión, llamado el Africano, que derrotó a Antíoco en Magnesia de Sípilo el año 190 a.C., sin posibilidad de desquite.

Derrotado, humillado y agravado con una enorme deuda de guerra que le habían impuesto los romanos, Antíoco se dio al saqueo de los tesoros de algunos templos importantes. Ocupado en el robo del templo de Bel en Elimaida, halló la muerte el año 187 a.C.

Hemos comprobado con cuánto detalle se ha descrito la carrera de Antíoco el Grande en esta sección que cubren los versículos 10-19.

Y ¿quién es este *«uno que hará pasar un cobrador de tributos»*, del versículo 20? Se trata de Seléuco IV Filopátor (187-175), hijo de Antíoco el Grande, que ordenó a su ministro Heliodoro proseguir con la política de saqueo de templos, amén de la paralela de cargar con grandes impuestos a la población de todas sus tierras. En realidad se veía casi obligado a ello, pues aparte sus dispendios enormes para sostener una corte de tipo oriental, tenía que reunir grandes sumas para pagar los fabulosos tributos que le imponían los romanos. Según 2.° Macabeos 3, intentó apoderarse del tesoro del Templo de Jerusalén —que bien diezmado debería estar después de los costos de la restauración y el expolio constante por parte de tanto invasor—, cosa que le impidió una aparición sobrenatural, si hemos de hacer caso del citado libro apócrifo.

«Pero en pocos días será quebrantado, aunque no en ira ni en batalla» (v. 20^{b}). Efectivamente, Seléuco IV fue asesinado por instigación de su primer ministro Heliodoro.

Es tan exacta la correspondencia entre la historia y la profecía de Daniel, que desde Porfirio, en la Antigüedad, hasta nuestros días, todos aquellos incrédulos que quieren seguir siéndolo, pese a todas las evidencias, se empeñan en negar autenticidad a estas visiones y, sin ninguna prueba documental, afirman que Daniel tuvo que haber escrito después de los tiempos de Antíoco Epifanes. ¿Cómo, si no, pudo haber descrito con tanto lujo de detalles lo que iba a ocurrir en los siglos de la hegemonía macedónica? La respuesta es muy simple: Daniel había recibido su mensaje de Dios y lo que él transmite es profecía divina, no fantasías humanas.

2. Los tiempos de Antíoco Epifanes (11:21-35).

El versículo 21 introduce la figura siniestra de Antíoco Epifanes (175-165), quien se había apoderado del trono sirio, suplantando al joven Demetrio —hijo de su hermano Seléuco IV— e inaugurando uno de los períodos más sombríos para el pueblo judío. El libro de Daniel le califica de *«hombre despreciable»*. Por medio de astucias, intrigas y halagos ganó a los reyes de Pérgamo y a muchos notables sirios. Fue un maestro consumado en la hipocresía y la traición. Sus contemporáneos le dieron el sobrenombre de Epimanes —que significa «el loco»»— en lugar de Epifanes, título que él mismo se confirió (y que quiere decir: «el ilustre»).

Los versículos 23 y 24 ofrecen un cuadro del despotismo y la tiranía a que sometió Palestina el Seléucida. De acuerdo con esta descripción, ninguno de los predecesores de Antíoco había cometido tantos desmanes; ninguno de ellos se había metido nunca con las leyes, el culto o las prácticas religiosas de los judíos, ninguno de ellos había profanado el Templo de Jerusalén. El versículo 24 no sólo describe la tiranía, sino también la arbitrariedad del monarca al darse al pillaje, no en tiempos de guerra, sino cuando la provincia estaba en paz; es decir: cuando la gente menos podía esperarlo. El pillaje de Antíoco no tiene siquiera la excusa del necesario «botín de guerra» para los soldados, cansados y hambrientos, o para su avituallamiento.

Los versículos 25-28 describen la primera campaña de Antíoco contra Egipto; una campaña frente a la cual Ptolomeo no pudo resistir, porque le hicieron traición y es posible que no pensara en esta clase de «armas» (*«le harán traición»*, v. 25). En el versículo 27 se nos muestra la perfidia de Antíoco en una nueva dimensión: aparenta hospitalidad hacia sus enemigos, pero en realidad no son más que tretas

para conseguir sus fines. Para ello no tiene reparos en vulnerar las normas de hospitalidad oriental al proferir palabras mentirosas. La historia de la expedición a Egipto (*cf.* 2.° Mac. 5:1) ha quedado bien registrada en los anales de la Antigüedad. Ocurrió en el 170 a.C.

La segunda campaña contra Egipto —descrita en los versículos 29-30— no tuvo tanto éxito. Fue un fracaso, en realidad: *«Porque vendrán contra él naves de Quitin, y él se contristará (será decepcionado, frustrado y contrariado) y volverá y se enojará contra el pacto santo»* (v. 30). El relato de esta humillante expedición contra Egipto está igualmente bien atestiguado por la historia. Después, herido en su soberbia y en una reacción cobarde y cruel, descargó toda su frustración en los pacíficos judíos. Este es el sentido de la segunda mitad del versículo 30: *«y volverá, y se enojará contra el pacto santo, y hará su voluntad; volverá, pues, y se entenderá con los que abandonen el santo pacto»*.

Tanto los libros de los Macabeos como el gran historiador Flavio Josefo han dejado constancia detallada de lo que ocurrió. Lo narrado en el versículo 30 acaeció en el 168 a.C. Forzado a abandonar Egipto, humillado y derrotado, se volvió en contra de los judíos fieles a sus tradiciones y que no querían seguir las modas del helenismo. Comenzaron entonces unas persecuciones salvajes, arbitrarias y crueles que provocaron, finalmente, el levantamiento de Matatías y los macabeos. Antíoco Epifanes se convirtió en un verdadero azote para el pueblo del pacto, el pueblo representado y resumido en la frase *«el pacto santo»* (vs. 28 y 30). Para el versículo 31 tenemos los paralelos históricos en 1.° Mac. 1:59; 2.° Mac. 6:2. Para el versículo 32 debemos leer 1.° Mac. 1:62; 2.° Mac. 6:19; 7:1. Para el versículo 34, 1.° Mac. 3:17; 4:8; 2.° Mac. 2:21. Y para el versículo 35 deberíamos consultar 1.° Mac. 6:12.

Es interesante observar que el versículo 29 habla en futuro, al describir la campaña contra Egipto. Sin querer, Daniel revela que está escribiendo profecía; se refiere a eventos que todavía no habían ocurrido cuando él escribía.

Debemos explicar, antes de proseguir, que *«las naves de Quitin»* hacen referencia a la intervención romana (v. 30), que obligó a Antíoco a dejar definitivamente el país del Nilo. Fue entonces cuando descargó toda su rabia de soldado derrotado contra Palestina. En un día de sábado, Jerusalén fue atacada y un altar pagano erigido en el lugar del altar de la ofrenda encendida. Algunos judíos apóstatas fueron seducidos (v. 32) para servir a los designios del tirano, pero muchos de los judíos fieles (*«el pueblo que conoce a su Dios»*, v. 32) sufrieron el martirio antes que doblegarse a los deseos sacrílegos de Antíoco (1.° Mac. 1:62). En medio de tanta calamidad, ¡qué hermoso es el versículo 33! *«Y los sabios del pueblo instruirán a muchos; y por algunos días caerán a espada y a fuego, en cautividad y despojo.»* En esta hora de prueba, difícil, la verdadera fe es alimentada por *«los sabios del pueblo»* que transmitieron a los demás el tesoro de su conocimiento, la fe revelada a los padres, única arma eficaz que los mantendría leales a la verdad de Dios y único alimento para fortalecer sus corazones en aquellos terribles días. Ello significaría, sin duda, muchos peligros y sufrimientos; un buen número de estos *«sabios»* en la Palabra fueron asesinados y otros llevados esclavos en cautividad; pero ellos habían cumplido su misión, habían dado al pueblo lo que éste necesitaba por encima de toda otra cosa: instrucción y amor a la verdad revelada.

En momentos de persecución, ¿pensaríamos nosotros que lo más importante es estudiar la Biblia?

«El rey (Antíoco Epifanes) publicó un edicto en todo su reino ordenando que todos formaran un único pueblo y abandonaran para ello sus peculiares costumbres. Los gentiles acataron todos el edicto real y muchos israelitas aceptaron su culto, sacrificaron a los ídolos y profanaron el sábado... Muchos del pueblo, todos los que abandonaban la ley, se unieron a ellos. Causaron males al país, y obligaron a Israel a ocultarse en toda suerte de refugios» (1.° Mac. 1: 41-43 y 52); la *Biblia de Jerusalén* añade, en una nota al pie, como comentario: «Procurando la unidad de su Imperio, Antíoco Epifanes abroga el privilegio que Antíoco III había concedido el 198 a los judíos, reconociéndoles la ley de Moisés como su estatuto legal (como lo habían hecho los reyes de Persia al regreso del destierro). Con ello la fidelidad a la ley se convertía en un acto de rebeldía política, y de ahí la persecución. La libertad religiosa se restablecerá con el rescripto de Antíoco V (*cf.* 1.° Mac. 6:57-61; 2.° Mac. 11:22-26).»

Llegamos al clímax de la impiedad e iniquidad de Antíoco Epifanes. Y todo estaba escrito, con siglos de anticipación, por el vidente Daniel. El cumplimiento de cuanto escribió Daniel en los eventos de aquel segundo siglo antes de Cristo es maravilloso y extraordinario a la vez. En Daniel 11:31 se había dejado constancia de que *«se levantarán tropas que profanarán el santuario»*, y así ocurrió exactamente (1.° Mac. 1:29 y ss.). Aquella profanación fue algo terrible; el pueblo judío vivió en su carne lo que transcribe el Salmo 79. La profanación del altar sagrado constituye la culminación extrema de la ira canallesca de Antíoco. A este sacrilegio la Escritura le llama

«la abominación desoladora» { Dan. 11:31; 12:11;* Mat. 24:15; Mar. 13:14; Luc. 21:20, 21.

Está expresión es muy significativa, puesto que Jesús mismo la emplea según indicamos en las referencias arriba mencionadas. «*La abominación desoladora*» alude aquí en Daniel 11:31 a un ejército pagano que profana el Templo. Veremos, más adelante, que no puede ser otro el significado que tiene en Daniel 12:11. En un caso, «*la abominación desoladora*» fue la soldadesca que envió Antíoco a Judea (*cf.* 1.° Mac. 1:29 y ss.), en la otra coyuntura sería Tito con sus ejércitos romanos.

El versículo 32 de la profecía de Daniel 11 presenta dos clases de judíos:

1) «*los violadores del pacto*», que se dejan seducir por las mentiras y las lisonjas del déspota, y
2) «*los que conocen a su Dios*», de quienes se afirma también que se esforzarán y actuarán.

Con respecto a los primeros, en 1.° Macabeos 1:11 y ss. se nos da abundante información de lo que sucedió: «Fue entonces cuando aparecieron ciertos israelitas rebeldes que sedujeron a muchos diciendo: «Vamos, concertemos alianza con los pueblos (paganos) que nos rodean, hagamos pacto con ellos...» Algunos influyentes judíos, como Jesón, hermano del sumo sacerdote Onías, se dejaron seducir por el halago y el interés (2.° Mac. 4:7-14).

¡Qué contraste con los segundos! Si unimos los versículos 32 y 33, qué cúmulo de dimensiones de la fe, plenamente asumida y vivida: el pueblo que conoce a Dios quiere conocer más y por esto es instruido; pero la instrucción, el aprendizaje, no está reñido con la acción y el esfuerzo continuados, antes al contrario, es capaz de llegar hasta el mismo martirio.

Estos hombres piadosos y activos —que supieron combinar armónicamente la ortodoxia (sana doctrina) con la ortopraxia (sana conducta)— se hallan como

resumidos y compendiados en Matatías, el sacerdote fiel y sus cinco hijos que se levantaron contra el opresor y consiguieron derrotarle, inaugurando un gobierno de líderes de esta familia que regiría los destinos de Israel durante ciento treinta años. Ellos son el «*pequeño socorro*» del versículo 34, lo que prueba que Dios no necesita grandes ejércitos para aplastar a sus enemigos.

Mas la intervención de Dios no significa ahorro inmediato de esfuerzo y sufrimiento. El versículo 33 se cumplió al pie de la letra: 1) a *espada* cayeron muchos soldados de Judas Macabeo, y aun él mismo (1.° Mac. 9:17, 18). Jonatán murió junto a otros mil hombres (1.° Mac. 12:48); 2) a *fuego* fue puesta Jerusalén (1.° Mac. 1:31 y 2.° Mac. 7); y 3) en *cautividad* y *despojo* tomó Antíoco a cuarenta mil prisioneros (2.° Mac. 5:14).

Sin embargo, «*en su caída*» fueron «*ayudados de pequeño socorro*», y —añade el versículo 34—: «*muchos se juntarán a ellos con lisonjas*». Ya hemos explicado el sentido de la frase «*pequeño socorro*» que hace alusión a Judas Macabeo, quien, cual nuevo David, con grupos de hombres inferiores a los del enemigo, logró, no obstante, derrotar a ejércitos sirios, idumeos y otros (1.° Mac. 2:28; 3:9-11). Pero, más tarde, es un hecho que «muchos» quisieron juntarse a ellos con «lisonjas», haciéndose pasar por sus amigos cuando veían de qué lado se inclinaba la guerra. Así Alejandro Bala, el sucesor de Antíoco Epifanes, quien hizo una alianza con Jonatán para mutuo socorro y asistencia (1.° Mac. 10:65).

«*También algunos de los sabios caerán para ser depurados* (son los maestros a que hace referencia el versículo 33, responsables de enseñar al pueblo) *y limpiados, y emblanquecidos, hasta el tiempo determinado; porque aun para esto hay plazo*» (v. 35).

La familia de Matatías continuó a lo largo de va-

rias generaciones sirviendo al pueblo de Israel en su capacidad de sacerdotes y maestros (1.° Mac. 10:21; 14:35; 16:24; *cf.* también Josefo, *Antigüedades,* XIII, 8, 1). Algunos de éstos murieron por muerte violenta o fueron llevados en cautiverio (1.° Mac. 6:46; 9:18, 36; 12:41-48; Josefo, *Antigüedades,* XIV, 4, 5; XIV, 13, 10; XV, 6, 2). Y esto continuó hasta los últimos días de la era asmonea inaugurada con los macabeos; el último de la familia, Aristóbulo, que ejerció durante un breve período de tiempo el cargo de sumo sacerdote, fue asesinado por orden de Herodes (*Antigüedades,* XV, 3, 3).

Las palabras «*hasta el tiempo determinado*» significan, lógicamente, el tiempo del fin de la era asmonea. La *Biblia de Jerusalén* traduce bien: «hasta el tiempo del fin». La versión *Nácar-Colunga* vierte así el versículo 35: «... hasta que llegue el fin, que no llegará sino al tiempo determinado». Este fin no puede ser otro que el del período de los macabeos, cuyo comienzo concreto, y definido, se ha explicado y cuyo término es igualmente descrito. El versículo 35 nos introduce, en realidad, en este tiempo del fin de la era asmonea. Lo que sigue es la descripción de cómo se produjo dicho fin.

La *Biblia Scofield* sostiene que a partir del versículo 36 la profecía pasa por alto los siglos hasta llegar al «tiempo del fin» (el final de los tiempos, el último tiempo de la historia del mundo; véase nota a Daniel 11:35, pp. 879 y 880 de la citada Biblia). No hay nada, sin embargo, en el mismo texto que obligue a pensar que entre el versículo 35 y el versículo 36 se produce una separación de siglos y hasta de milenios. ¿Qué razón existe para que la narración siga el curso de los eventos de la mayor parte del período de «los postreros días» (10:2, 14) y, bruscamente, se interrumpa en el momento en que los más importantes acontecimientos van a producirse para

hacer un salto de siglos y pasar de los postreros días, o tiempo del fin, de la hegemonía asmonea hasta la consumación de los tiempos?

El texto aconseja más bien que no hagamos este salto, esta ruptura de siglos, entre un versículo y otro. Las diferentes cláusulas de la profecía, al llegar a este punto, se hallan precisamente engarzadas de manera directa e indisoluble con la preposición «y». El versículo 36 empieza de igual manera que los versículos 28, 31, 33 y 34. Y si estos versículos no presuponen rupturas de siglos, ¿por qué imaginar el salto de siglos entre los versículos 35 y 36? Nadie que no haya sido previamente enseñado en el sistema dispensacional, al pasar de un versículo a otro, podría imaginar que está dando un salto de más de dos mil años. Nada en el texto induce a pensar tal cosa. Leamos, una vez más, estos dos versículos seguidos: «... *y emblanquecidos, hasta el tiempo determinado; porque aun para esto hay plazo* (v. 35). *Y el rey hará su voluntad, y se ensoberbecerá y se engrandecerá sobre todo dios...*» (v. 36). ¿Observa el lector cualquier cosa parecida al mareo de pasar un abismo de más de veinte siglos?

3. ¿Un salto de siglos? (Dan. 11:35-36).

Debemos recordar que «el Varón vestido de lino» (10:5) había declarado a Daniel que había venido para hacerle saber «*lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días: porque la visión es para esos días*» (10:14). La profecía deja sentado que el período a que se alude aquí es el de «*los postreros días*», el tiempo que cubre la segunda parte de la historia del pueblo de Dios en la Antigüedad, es decir: abarca desde la restauración, al regreso del exilio babilónico, hasta la destrucción de Jerusalén y la dispersión de los judíos por Tito en el año 70 después de Cristo.

Pocas dudas puede haber acerca del sentido exac-

to de la frase *«en los postreros días»*. Después de declarar el propósito que le llevó a informar a Daniel de las cosas que iban a acaecer a su pueblo *«en los postreros días»*, la figura celestial comienza a detallar los acontecimientos a partir de los sucesores de Ciro en el trono de Persia, siguiéndole luego la descripción de Alejandro Magno y de todo lo acontecido en los reinos de sus sucesores a lo largo de los siglos. Esto prueba, sin ningún género de dudas, que *«los postreros días»* son los tiempos que cubren todo el período de la segunda mitad de la historia judía, inaugurada, como hemos dicho, con el retorno de Babilonia. Resulta del todo imposible dar otro sentido al capítulo 11 de Daniel. El mismo Scofield tiene que admitir que aquí se traza el desarrollo de cuanto interesaba de manera más inmediata a Daniel y a sus amos reales, esto es: el futuro próximo del Imperio en el que él era un gran personaje (*Biblia Scofield*, notas a Daniel 11:2 y 11:35, pp. 878 y ss.).

Pero es que hay más: la misma Escritura contrasta esta época, que arranca del retorno del exilio, con la que le precedió. Así, los profetas son igualmente diferenciados. Veamos, por ejemplo, cómo habla un contemporáneo de Daniel. Zacarías, que testifica con estas palabras:

> *«No seáis como vuestros padres, a los cuales clamaron los primeros profetas, diciendo: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Volveos...»*
>
> *«¿No son estas palabras que Jehová proclamó por medio de los profetas primeros, cuando Jerusalén estaba habitada y tranquila...?»*
>
> *«Pero no quisieron escuchar... y pusieron su corazón como diamante, para no oír la ley, ni las palabras que Jehová de los ejércitos enviaba por su Espíritu, por medio de los profetas primeros...»*
>
> (Zac. 1:4; 7:7, 12.)

Francamente, como señala Philip Mauro, «sería extraño, muy extraño, si un relato de *«los postreros días»* del pueblo judío —tanto si el relato fuese histórico como si fuere profético— nos diera con detalle los principales eventos desde el mismo comienzo hasta casi treinta años antes del nacimiento de Cristo y entonces, repentinamente, se quebrara y saliera volando a una distancia extremadamente lejana, a un distante futuro, ignorando grandes sucesos y sin dar la más mínima indicación de que hay interrupción en el orden y la continuidad de la narración».

El salto de los siglos se basa en la dificultad que tienen algunos en encajar la última parte de esta profecía (Dan. 11:36-45) en su cumplimiento histórico, a pesar de que dicho cumplimiento se halle maravillosamente comprobado; de manera exacta. Tan pronto como existe familiaridad con el curso de los acontecimientos que tuvieron lugar en los tres siglos que precedieron al nacimiento de Jesús, las dificultades desaparecen y todo el capítulo 11 de Daniel encaja perfectamente con la historia inmediatamente anterior a la venida del Mesías.

Cierto que en algunas profecías veterotestamentarias se producen, a veces, lagunas de siglos y la perspectiva profética se parece entonces a una especie de cordillera de la que sólo quedan visibles las más altas cumbres, ocultándose a nuestros ojos los valles intermedios o los picachos menos importantes. Pero éste no es el caso del libro de Daniel. Las profecías de Daniel se distinguen, precisamente, por la fluida continuidad e interrelación de sus varias revelaciones, unas tras otras. Forman bloques bien compactos de eventos, perfectamente concatenados y fácilmente identificables con la historia secular correspondiente.

Tengamos en cuenta que las tres visiones proféticas otorgadas a Daniel, en el espacio de pocos años,

abarcan siempre un conjunto de acontecimientos que van a tener lugar dentro del segundo período de la historia de Israel, es decir: el que comienza con el retorno del exilio y el decreto de restaurar Jerusalén en el primer año de Ciro. Bastarán cuatro observaciones para percatarnos de ello:

1) *En la visión del carnero y del macho cabrío* (cap. 8), el carnero que tenía dos cuernos representa a los reyes de Media y de Persia, el macho cabrío es el rey de Grecia y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el rey primero, es decir: Alejandro Magno (8:20, 21). Esta visión sorprendió a Daniel y le afligió; «*y no la entendía*» (8:27), precisa el texto sagrado.

2) *En el primer año de Darío* (9:1) —algunos después de cuando tuvo la visión precedente— Daniel se dio cuenta del propósito de Dios —predicho por Jeremías— de dar fin a la cautividad de los judíos al cabo de setenta años. Esto le llevó a buscar al Señor ardientemente en oración y ayuno. Confesó sus pecados, y los de su pueblo, e hizo intercesión por sus compatriotas, la ciudad y el Templo de Dios. La respuesta del cielo fue la venida de Gabriel con la profecía de las setenta semanas. Esta profecía tiene que ver con la era de los persas, los griegos y los romanos hasta el tiempo de Cristo, incluidas tanto la crucifixión como la venida del Salvador. Se trata de una serie de acontecimientos históricos interrelacionados, sin fisuras.

3) *El efecto de esta segunda visión* causó todavía mayor aflicción a Daniel. Se le comunicó que la cautividad regresaría a Palestina y que las setenta semanas de desolación, profetizadas por Jeremías, llegarían a su fin entonces. También se le reveló que el Mesías iba a venir en su tiempo determinado. Pero en lugar de ser un Mesías victorioso que elevara a su pueblo por encima de las demás naciones, tomando venganza de ellas, sería tomado y asesinado; además, el santuario sería asolado y las calamidades iban a sucederse durante mucho tiempo. De ahí que hallamos a Daniel, en el tercer año de Ciro, ayunando durante tres semanas (10:1-3) y pidiendo inteligencia para comprender cuanto le había sido revelado.

4) *De nuevo, una revelación del cielo* le es dada a este hombre de Dios, en la persona de un Ser celestial de cuyas palabras deducimos que el objeto de la oración y el ayuno de Daniel no era *pedir capacidad de entendimiento para comprender las visiones anteriores*. Y el cielo concede a Daniel sus anhelos: «*He venido para hacerte saber lo que ha de venir...*» (10:11-14). De manera que esta larga, y detallada, profecía del capítulo 11 fue dada con el propósito específico de hacer entender a Daniel lo que no había comprendido con relación a lo que le tenía que ocurrir a su pueblo en el período adicional de las setenta semanas de vida nacional que les era otorgado.

Así pues, *el gran tema de estas profecías es la historia del pueblo de Israel, por el cual Daniel había estado orando, hasta que aparezca el Mesías.*

4. ¿Quién es el rey de 11:36-45?

«*Y el rey hará su voluntad, y se ensoberbecerá, y se engrandecerá sobre todo dios; y contra el Dios de los dioses hablará maravillas y prosperará, hasta que sea consumada la ira; porque lo determinado se cumplirá*» (11:36).

La *Biblia de Jerusalén* traduce así este versículo: «El rey actuará a placer; se engreirá y se exaltará por encima de todos los dioses, y contra el Dios de los dioses proferirá cosas inauditas; prosperará hasta que se haya colmado la Cólera —porque lo que está decidido se cumplirá.»

La soberbia aquí descrita es parecida a la de Alejandro (8:4 y 11:3) y a la de Antíoco el Grande en 11:16, pero diferente a la de los monarcas persas, que en sus inscripciones atribuyen siempre su fortuna a la voluntad de Mazda. Comprobamos, pues, un progreso en el endiosamiento de los reyes. En su vejez, Antíoco se hizo representar en las monedas con los rasgos de Zeus Olímpico, de quien fue siempre devoto.

Pero ¿quién es este rey que nos presenta el versículo 36?

Nos hallamos ahora ante un punto debatido. Sobre la sección 11:36-45 hay las mayores divergencias de opinión entre los expositores modernos.

Y, no obstante, la interpretación de este pasaje no presenta mayores dificultades si nos atenemos a los escuetos hechos históricos —tanto sagrados como profanos—, puesto que la descripción del personaje real en cuestión es suficientemente amplia como para no suscitar dudas.

Sin embargo, como ya hemos indicado al hablar del «salto de siglos» que algunos quieren ver entre los versículos 35 y 36, tal ruptura y abismo de más de dos mil años es algo que no se desprende del mismo texto; es decir: no surge del texto si previamente no ha sido traído a él. A no ser que uno lea las notas de la *Biblia Scofield* (nota en pp. 879 y 880 a Dan. 11:35), difícilmente se le ocurrirá pensar que todo el resto del capítulo 11 trata del Anticristo, el «cuerno pequeño» de Daniel 7:8 y la bestia de Apocalipsis 13:4-10.

Por el contrario, toda lectura que deje hablar al texto por sí mismo lleva a la certidumbre de que este pasaje constituye un bosquejo parecido al que se nos ha dado —en la primera parte del capítulo 11— de otros monarcas; es decir: un resumen bastante completo, y en forma continuada, sin fisuras ni rup-

turas de siglos, de los principales acontecimientos que tienen que ver con los «*postreros días*» de la historia nacional judía, en la segunda fase de su existencia inaugurada al retorno de la cautividad. Y en esta sección nos hallamos ya realmente en las últimas etapas de dicha historia, por lo que se nos ofrece la trayectoria vital de su personaje más destacado. Exactamente como antes se nos ha ofrecido la de Alejandro, Antíoco el Grande, Antíoco Epifanes, etc.

En este capítulo 11 de Daniel se dan cita los últimos tres grandes Imperios mundiales del diseño cuádruple característico del libro (Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma). Al comenzar el capítulo, Babilonia pertenecía ya al pasado. De ahí que la continuación del fluir histórico nos conduzca sucesivamente a través de las respectivas hegemonías de Persia, Grecia y Roma. Nadie pondrá en duda que, en los versículos que llevamos estudiados, hemos presenciado el final de Persia y el apogeo y luchas internas del Imperio que se originó con Alejandro. ¿Por qué, pues —preguntamos con Ph. Mauro—, al llegar a Roma, la era más importante de todas, aquella en que nacerá el Mesías y comenzarán a cumplirse un gran número de profecías del Antiguo Testamento, al llegar a Roma, repetimos, la profecía tiene que detenerse bruscamente —y sin el menor indicio en el texto de que deba ser así— y dar un salto de muchos siglos hasta colocarse justo al final de todos los tiempos? Philip Mauro expone cuatro razones que van en contra de esta ruptura de siglos:

1) La forma, el estilo, en que la profecía aparece en Daniel. Se trata de relatos estructurados en un orden histórico continuado y relacionados unos con otros, sin omitir nada que pueda tener alguna importancia o significado. Esto milita en contra de cualquier salto de siglos, como supone la interpretación dispensacional.

2) La profecía tiene como tema los eventos de «los postreros días», y estos «días» son los de la historia judía en su segunda fase iniciada con el retorno del exilio babilónico, es decir: en la época de Ciro. Esto prohíbe cortar, separar tan radicalmente la última parte de la profecía para aplicarla a un remoto futuro miles de años después.

3) Después de los versículos 36, 37, 38 y 39, que describen el carácter y los hechos de *«el rey que hará su voluntad»*, que *«actuará a placer»*, encontramos estas palabras: «Pero al cabo del tiempo el rey del sur contenderá con él; y el rey del norte se levantará contra él como una tempestad, con carros y gente a caballo...» (v. 40). Este versículo, y otros que le siguen donde se hace mención de Edom, Moab y Amón —pueblos que ya no existen, engullidos por la vorágine de la historia—, constituye una prueba irrefutable de que *la profecía de Daniel todavía se halla ocupada con la descripción de la era de las guerras entre Siria («el rey del norte») y Egipto («el rey del sur»), guerras que prosiguieron hasta la batalla del Accio en el año 31 a. de Cristo.*

4) Finalmente, una razón concluyente para el punto de vista que defendemos la encontramos en las palabras del Hombre «vestido de lino» registradas en 12:7. Observemos que la profecía continúa sin interrupción hasta el versículo 4 del capítulo 12, cuando alcanza su fin. Pero entonces Daniel formula una pregunta: *«¿Cuándo será el fin de estas maravillas?»* (12:6). Es decir: el final de todo cuanto le había sido revelado. La respuesta que recibe Daniel pone en claro que la profecía se extiende hasta la dispersión de los judíos en el trágico tiempo de la destrucción de Jerusalén por los romanos en el año 70. *Y no va más allá. «Y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas serán cumplidas»* (v. 7). No comprendemos cómo, a la luz de

palabras tan claras, esta profecía se interpreta por algunos como haciendo alusión a eventos subsiguientes en muchos siglos a la dispersión del pueblo judío. Si algo está fuera de toda discusión es que el final aquí aludido tuvo lugar en el año 70 d. de Cristo.

Los versículos 32-35 se refieren a los asmoneos, o macabeos. El versículo 35 informa acerca de lo que tenía que acaecerles hasta el fin, es decir: «el tiempo determinado». Lo que cabe esperar, luego, no puede ser otra cosa que una descripción de lo que sucedió a Israel después de los días del predominio macabeo. Y es esto, precisamente, lo que encontramos en la segunda mitad del capítulo 11 de Daniel.

La historia —bíblica y profana— se ha ocupado de conservar el retrato de quien ocupó el centro de la vida judía justo al término de la era macabea; es el retrato de alguien que encaja, punto por punto, con la descripción profética que Daniel hace de él. Nos referimos a este detestable, déspota, cruel, intrigante y malvado monarca que denominamos *«el rey Herodes»*. El usurpador del trono de David en días del Mesías, mundialmente conocido, con triste fama, por la matanza de los niños inocentes.

5. El rey Herodes (11:36-45).

El cúmulo de testimonios históricos que corroboran la identificación del personaje de Daniel 11 con Herodes el Grande es tan enorme que ello no sólo hace inevitable esta interpretación, sino que invalida las demás.

Sería, por otra parte, muy sorprendente que un bosquejo del que sobresalen Jerjes, Alejandro, los Ptolomeos, los Seléucidas, Antíoco Epifanes y los macabeos, guardara silencio acerca de este extraordinario tirano que consiguió tomar el mando de los destinos de Israel y que ejerció una influencia mayor

que ningún otro en los últimos años de la nación judía, estando sentado en el trono justamente cuando nació el Mesías.

Las palabras «*Y el rey...*» (v. 36) debieran bastar para comprender que se trata de Herodes, si el contexto no fuera ya suficientemente explícito. Porque sólo de Herodes dicen los Evangelios que es «rey». Sólo a él llaman «el rey», sin más. Solamente él gozaba del rango y la autoridad reales en Israel en los días que siguieron a la cautividad babilónica, es decir: «los postreros días». El texto no habla de «*un rey*», sino que es muy explícito al referirse a «*el rey*», utilizándose el artículo hebreo enfático. Esto hace contraste con el versículo 40, en donde el original no dice —como en nuestras versiones— «el rey del norte» y «el rey del sur», sino exactamente «*un* rey del norte» y «*un* rey del sur».

La Escritura no habla de ningún rey que se levante en el tiempo del fin de esta presente edad y que responda a todos los detalles con que se le describe en esta profecía. El «hombre de pecado» de 2.ª Tesalonicenses 2:3-10 es identificado por algunos con el rey de Daniel 11:36. Pero al «hombre de pecado» no se le llama rey, ni se le describe jamás en términos de realeza; más bien es la figura de quien exige honores divinos y culto en el Templo de Dios, apoyando sus demandas en milagros engañosos y otros portentos. El rey de Daniel 11:36 es muy diferente y consigue sus fines por medios muy distintos, como veremos en la exposición del texto mismo. El Anticristo es un personaje eclesiástico no monárquico, religioso pero no principesco.

El «cuerno pequeño» de Daniel 7 —o lo que es lo mismo: el Anticristo de Apocalipsis y 2.ª Tesalonicenses— se coloca en centro de la vida religiosa, pues exige honores divinos, cosa que no puede afirmarse del «rey» de Daniel 11, ya que éste, por el contrario, «*honrará al dios de las fortalezas*» (v. 38), algo totalmente inimaginable con respecto al «cuerno pequeño», que no tiene en cuenta ningún valor religioso, falso o verdadero, y ni siquiera de labios honraría a ningún dios que no fuera él mismo.

El «cuerno pequeño» se opone a Dios, sustituye a Dios y quiere cambiar la Ley de Dios (véase el Apéndice «La gran apostasía y el hombre de pecado»), desarrollando, por consiguiente, una intensa actividad religiosa, mientras que el «rey» de Daniel 11 sólo tiene en común con el Anticristo que, al igual que éste, hablará cosas inauditas contra Dios. Pero, desgraciadamente, la blasfemia no es algo exclusivo del Anticristo. De modo que por este solo detalle no podemos identificar al «cuerno pequeño».

El «cuerno pequeño» —el «hombre de pecado» en Pablo y en «anticristo» en Juan— no es que se sirva de la religión, es que él mismo se constituye en religión y en objeto de culto y lealtad absolutos. Algo muy distinto del personaje de Daniel 11, en cuyos cálculos no entra el cambiar la Ley de Dios, o el culto, ni menos erigirse en divinidad para sus súbditos, pues ello hubiera sido incompatible con la honra que tributó al «dios de las fortalezas» y con el hecho de que se sirviera de «un dios ajeno» para conquistar los muros inexpugnables (v. 39).

Vemos, pues, que todo cuanto nos lleva a rechazar la identificación entre el «rey» de Daniel 11 y el «cuerno pequeño» de Daniel 7 nos conduce, en cambio, a ver en «el rey» a Herodes el Grande, quien honró servilmente a dioses romanos —especialmente a los emperadores «divinos»— de quienes se sirvió para conservar el poder y ganar sus batallas. El talante religioso de Herodes, en conformidad con Daniel 11, podría resumirse en una sola palabra: indiferencia. Riccioti escribe: «Después de ser proclamado rey por Roma, su primer acto consistió en subir, entre An-

tonio y Octaviano, al Capitolio para ofrecer a Júpiter Capitolino el ritual sacrificio de acción de gracias. Ello revela de qué índole era la religiosidad del idumeo rey de los judíos, y casi nos aclara la sucesiva política religiosa de su largo reinado. Debió subir al templo de Júpiter en Roma con idénticos sentimientos con los que subiría al templo de Yahvé en Jerusalén, ya que para él un dios equivalía a otro. Intimamente escéptico, consideraba la religión como un fenómeno social del que no se podía prescindir en el campo político. Resumiendo: mientras el «cuerno pequeño» desarrolla una activísima política religiosa de la que acaba siendo el centro, el «rey» de Daniel 11 adopta en religión una actitud de indiferencia total, incluso cuando la utiliza para sus fines personales. Y esto concuerda perfectamente con Herodes el Grande. No así con la figura bíblica del Anticristo.

Los últimos nueve versículos de Daniel 11 no tienen como centro principal a los reyes de Siria o de Egipto, sino al pueblo de Israel. De ahí la expresión «el rey» sin más calificativo, puesto que era conocida perfectamente por todo el mundo en Palestina. En la perspectiva profética del vidente, el término «el rey» haría referencia a un monarca del pueblo de Judá, el pueblo de Daniel por el que éste tanto había orado y por cuyo futuro tanto se interesaba. Observemos que los versículos precedentes (31-35) relataron las vicisitudes de los judíos bajo los macabeos; a partir de este momento los términos de la profecía nos conducen al comienzo de un nuevo orden de cosas en Israel; de los jefes asmoneos (macabeos) pasamos a otra situación en la que aparece «*el rey*». Esto es, exactamente, lo que relata la historia. La dinastía macabea terminó violentamente, bañada en sangre, y fue reemplazada por una nueva línea dinástica en la que destaca este «rey» del versículo 36, tan completamente descrito en el resto del capítulo.

Y como colofón que viene a avalar esta interpretación, se dice del monarca del versículo 36 que «*prosperará hasta que sea consumada la ira*». La dinastía de Herodes retuvo —a pesar de todos los altos y bajos impuestos por las circunstancias y mediante toda suerte de intrigas y bajezas— el favor de Roma y así pudo mantener su autoridad en Palestina hasta la destrucción de Jerusalén, que es lo que se describe como el tiempo de la ira, o tribulación, en el lenguaje de Daniel relativo a «los postreros días» de la nacionalidad judía.

Fue este rey Herodes el que primero buscó la muerte de Jesucristo, poco después del nacimiento del Redentor en Belén. Sus sucesores asesinaron a Juan el Bautista (Herodes Antipas) y a Santiago, hermano de Juan (Herodes Agripa, quien también encarceló a Pedro e intentó entregarlo a los fanáticos). Finalmente, fue un Herodes (Herodes Agripa II, el último de la dinastía) quien envió en cadenas a Roma a Pablo, a pesar de haber declarado que casi llegó a estar persuadido de la verdad del Evangelio (Hech. 26:28).

1) «*Y el rey hará su voluntad*», actuará a placer y nada ni nadie le detendrá. Es la impresión primera que ofrece el texto sobre el monarca. Describe al hombre egoísta, individualista, que sólo se halla atento a sus deseos personales, sin importarle los derechos de los demás. Es la peor característica de un gobernante.

Mas el texto no sólo indica el egocentrismo del monarca —ha habido, y hay, muchos egoístas, endiosados y soberbios en el mundo—, sino que al mismo tiempo señala que «el rey» fue capaz de realizar su voluntad y de actuar a capricho, lo cual ya no puede decirse de todos cuantos padecen egolatría. Porque una cosa es querer y la otra poder. La expresión «*hará su voluntad*» se usa en esta misma profecía

aplicada solamente a otros dos personajes. El primero es Alejandro el Magno, de quien se afirma que *«hará su voluntad»* (v. 3), y el otro es Antíoco el Grande (v. 16). La historia corrobora el hecho de que Herodes, sobre todo en la primera parte de su reinado, hizo cuanto le vino en gana y gobernó a su antojo sin cortapisas de ninguna clase.

Esto es lo que distinguió a Herodes el Grande de manera sobresaliente, su egolatría, su arbitrariedad y su desprecio absoluto del sentir del prójimo.

Nada destaca tanto en Herodes como su éxito en elevarse desde una condición humilde hasta el trono real y asegurarse luego dicho trono mediante el despotismo y la crueldad. Todos los cambios políticos de su época, todas sus fechorías, toda su arbitrariedad, no impidieron que siguiera en su puesto ejerciendo el poder a su aire. Nada se opuso a sus antojos, ni cuando éstos eran colosalistas —como la reconstrucción del Templo de Jerusalén—, ni tampoco cuando eran expresión de su crueldad —como cuando ordenó la muerte de su propia esposa y de sus hijos—. Herodes disfrutó el favor y la confianza de los grandes señores de su tiempo: primero Julio César, luego Marco Antonio y después Octavio César, aunque hubiese ayudado, por otro lado, a Cleopatra y a Marco Antonio en contra de Octavio. Mírese como se mire, nada tan extraordinario en la carrera de Herodes como el haber conseguido en todo hacer su voluntad.

Pero esta definición apunta igualmente, y sobre todo, al carácter monstruoso de un hombre que apenas tiene paralelo con ningún otro en la historia (salvo, tal vez, Calígula o Nerón, si bien superando incluso a ambos en algunos aspectos) en la ejecución de sus actos inicuos, gratuitos, dementes y en la expresión de un corazón malvado y tiránico. Su perfidia caía sobre los más cercanos y allegados, tanto como sobre el pueblo judío atemorizado bajo su perverso

gobierno. Asesinó a la esposa que decía amar más, la bella Miriam —princesa de la familia asmonea—, en unas circunstancias atroces que no hallan comparación con ningún otro parecido delito. Mandó matar también a tres de sus hijos —dos de ellos tenidos con su esposa favorita— porque temía que pudieran conspirar contra él. Otros actos atroces van jalonando su vida. Josefo nos ha dejado muchos ejemplos (*Antigüedades*, XII, 9, 4; existe un excelente relato en castellano de la horrible figura de Herodes en la *Vida de Jesucristo* de Giuseppe Riccioti, pp. 24-31, Barcelona, 1946), y finalmente le define como «hombre cruel para con todos indistintamente, dominado por la cólera» y frenesí de dominio que guiaba todos sus actos.

2) *«Y el rey... se ensoberbecerá,* y se engrandecerá sobre todo dios; y contra el Dios de los dioses hablará maravillas (o bien: "se exaltará por encima de todos los dioses; y contra el Dios de los dioses proferirá cosas inauditas")» (v. 37).

a) Estas palabras describen otra faceta del carácter de Herodes: Se exaltó contra el *Dios de los dioses,* el Dios verdadero.

Certeramente, Riccioti escribe: «Jesús, muerto bajo la acusación de haberse proclamado rey de los judíos, había nacido en el reinado de un rey de los judíos que no tenía sangre ni de judío ni de rey.»

Efectivamente, pero lo más grave todavía es que tampoco tenía ni el más leve asomo de piedad, a la manera de los prosélitos o simpatizantes de la fe judía. No era judío ni de sangre ni de corazón.

Herodes era hijo de un idumeo —Antípatros— y de una mujer árabe —Kypros—, ninguno de los cuales venía de estirpe regia. El judaísmo de Herodes, como el de la mayoría de idumeos, no era más que nominal; un ligero barniz externo impuesto por la violencia a sus antecesores. Hasta el año 110 a. de C el

pueblo idumeo había permanecido pagano desde sus lejanos orígenes que se remontan al profano Esaú. Juan Hyrcano —de la familia macabea— judaizó a la fuerza Idumea, situada al sur de Judea, obligándola a aceptar la circuncisión. Medida errónea, como todas las que dicta el rencor y la venganza. Los hebreos habían sufrido de los idumeos en numerosas ocasiones, pues éstos habían colaborado siempre con los enemigos del pueblo de Israel y habían extremado la crueldad en los momentos de mayor apuro, como, por ejemplo, cuando la caída de Jerusalén en manos de Babilonia. El libro de Abdías está dedicado precisamente a este tema. Pero la implantación obligada del judaísmo, el hacer judíos por decreto, no fue política acertada. Y la figura de Herodes nos lo recordará siempre. Más tarde, el comportamiento de los idumeos con la población de Jerusalén durante la guerra contra Roma fue de una crueldad sin límites, de un refinamiento tal que sólo un odio inveterado podía inspirarla, según cuenta Josefo en *Guerras judías*, IV, 224-352.

Toda su actividad religiosa respondía únicamente a táctica política. Astutamente, procuró no herir innecesariamente los sentimientos religiosos de los judíos, y hasta trató de hacerse un nombre al reconstruir totalmente el Templo de Jerusalén, convirtiéndolo en uno de los más famosos edificios del Imperio Romano. Mas cualquier sentimiento sincero de fe se hallaba ausente del corazón de Herodes y la realización del Templo suntuoso no respondía más que a prudencia política, así como al afán de construcciones colosales, muy extendido entonces entre los grandes del Imperio. No podemos olvidar que, simultáneamente con la reconstrucción del Templo de Jerusalén, mandaba construir templos en honor de la diosa Roma, del dios Augusto y de otras divinidades paganas en Samaria, en Cesarea, en Panias y en otros muchos lugares.

Si poco era el respeto que sentía por las venerables piedras del Templo, tampoco era mayor el que demostraba en relación con los levitas, puesto que designaba y destituía a su antojo a los sumos sacerdotes, sin miramientos de ninguna clase y llegando al extremo de ordenar la muerte de algunos de ellos. Así, luego de haber nombrado sumo sacerdote a su cuñado Aristóbulo —hermano de Miriam—, mandó su ejecución (Josefo, *Ant.*, XV, 3, 5). Toda concesión a la fe judía era pura fórmula y calculada conveniencia. La corte de Herodes era una corte típicamente pagana, superando en corrupción, idolatría e impiedad a muchas otras cortes orientales. Llegó hasta la profanación y el sacrilegio con tal de poder mantener el lujo de su corte. Se sabe que no vaciló en profanar la tumba de David, de la que sacó cuantos tesoros había allí, y que fue él mismo quien, de noche, dirigió personalmente el trabajo de rapiña. Tal era el respeto que sentía por el fundador del reino de Jerusalén y por todo lo que él representaba en la historia de la fe y la nación judías.

La expresión «*se engrandecerá sobre todo dios*» podría igualmente traducirse: «se engrandecerá sobre toda potestad, o gobierno», es decir: sobre toda otra autoridad en Israel, no respetando ningún estamento de la sociedad, ni el civil, ni el religioso, ni el militar, colocándose despóticamente por encima de todos. Esto es exactamente lo que hizo Herodes.

Pero, además, de Herodes se puede afirmar con toda propiedad que «*contra el Dios de los dioses profirió cosas inauditas*». Esto se referirá principalmente (aunque no exclusivamente) al decreto de degollar a todos los niños recién nacidos de Belén, acción cuyo propósito fue manifiestamente librarse del «Rey de los judíos» que acababa de nacer, el Rey de todos los reyes de esta tierra (Apoc. 1:5), a quien incluso acudieron a saludar los sabios persas venidos de lejos

(Mat. 2:16). Muy típico de Herodes reaccionar matando a todo posible rival para asegurarse el trono. Porque Herodes, al igual que los rabinos de su tiempo, suponía erróneamente que el Hijo de Dios venía a ocupar el trono terreno sobre el que estaba sentado el tirano idumeo.

b) «*Del Dios de sus padres no hará caso,* ni del amor de las mujeres (o bien: el deseado de las mujeres): ni respetará a dios alguno, porque sobre todo se engrandecerá» (v. 37).

Es obvio que la primera cláusula de este versículo no puede aplicarse a ningún monarca pagano, como Antíoco Epifanes (es el error que comete el comentario de la *Biblia de Jerusalén*). La expresión «*Dios de sus padres*» era típicamente hebrea y en los libros de Reyes y de Crónicas se utiliza para medir la piedad de los varios reyes que hubo en Judá y en Israel. En su calidad de idumeo, Herodes podía hablar de Yahvé como el «Dios de sus padres», porque no podemos olvidar que Esaú —padre de los idumeos— fue el hermano gemelo de Jacob. El Dios de los padres de los edomitas era manifiestamente el mismo que el Dios de los padres de los judíos. Pero había más título para ello todavía. Herodes gobernaba sobre los judíos, se sentaba en el trono judío y quería pasar por judío. Josefo nos cuenta que, hipócritamente, al dirigirse al pueblo solía usar la expresión «nuestros padres» (*Ant.*, XV, 11, 1). Esto no era obstáculo para que Herodes profiriese cosas inauditas contra la Palabra de Dios y contra el Dios verdadero, pues nunca hizo caso del «Dios de sus padres». Entiéndase esta expresión como se quiera, tiene sentido tanto aplicada a su ascendencia idumea como al carácter judío que asumía oficialmente ante el mundo. Además, al introducir como obligatorio el juramento de lealtad absoluta al emperador romano y al promover la adoración a los césares, Herodes

demostraba, una vez más, el respeto que tenía al Dios de sus padres.

La expresión «... *no hará caso ni del amor de las mujeres*» (o el deseado de las mujeres) merece algunas aclaraciones. Por un lado, podría parecer que describe otra faceta no menos real ni menos comprobada que el desprecio que sentía incluso por aquellas mujeres que dijo haber amado más, como es el caso de Miriam, a quien hizo matar.

No obstante, la exégesis se inclina más bien por entender esta frase como referida a Cristo. Recordemos que fue un profeta postexílico quien usó esta denominación para hablar del futuro Mesías: «... *vendrá el Deseado por todas las naciones*» (Ag. 2:7).

Las «*mujeres*», por supuesto, son las mujeres de Israel. Y el ardiente deseo de cada una de ellas en aquellos tiempos era poder ser la madre del Mesías. De modo que estas palabras de Daniel describen la actitud del tirano cuando intentó asesinar al recién nacido hijo de María. El relato de Mateo 2:1-16 no deja dudas en cuanto a las intenciones de Herodes; su objetivo era eliminar al Mesías prometido. Aquel que era «el deseado de mujeres» judías, tanto como el «deseado de las naciones». La matanza de los inocentes niños fue una atrocidad en consonancia con el carácter malvado y un cumplimiento de lo dicho por Jeremías en 31:51 (citado en Mat. 2:17, 18). En otro sentido, también puede afirmarse de cada uno de estos inocentes niños que constituía «el amor de las mujeres» (de cada madre), o «el deseado» de ellas. De cualquier modo, Herodes cumplió con creces y generosamente lo que de él había sido profetizado en Daniel 11:37.

c) «*Mas honrará en su lugar al dios de las fortalezas,* dios que sus padres no conocieron; lo honrará con oro y plata, con piedras preciosas y con cosas de gran precio» (v. 38).

La expresión el «dios de las fortalezas» es tan poco corriente que, debido a su misma singularidad, hace más fácil su identificación. Ello nos lleva una vez más a comprobar el perfecto cumplimiento de estas palabras en la vida y reinado de Herodes. A nadie mejor aplicada que a los césares romanos. Sabemos, en primer lugar, que los emperadores romanos exigían honores divinos para sus personas, y, en segundo término, comprobamos que fue por medio de «fortalezas» que extendieron y mantuvieron su poder en aquellos siglos, imponiendo el culto al César por todas partes. Honrar al dios de las fortalezas, es decir: al César, constituyó uno de los puntos clave de su estrategia política para mantenerse en el poder. Primero honró a Julio César, después a Antonio y luego al vencedor de Antonio: Augusto. Josefo explica cómo Herodes mandaba costosos presentes a Roma, y también a Antonio y Cleopatra en Egipto. La ciudad de Cesarea fue edificada en honor del emperador; al reconstruir Samaria le puso un nuevo nombre —Sebaste (Sebastos era el equivalente de Augusto)—, y muchas otras edificaciones que construyó las dedicó a los emperadores dándoles el nombre de ellos.

Esta política de Herodes queda ampliada en la descripción del versículo 39: «*Con un dios ajeno se hará de las fortalezas más inexpugnables, y colmará de honores a los que le reconozcan, y por precio repartirá la tierra.*» Esto no es sino la alusión a una de las actividades que le dieron mayor fama: la reconstrucción del Templo y el convertir toda su área en una fortaleza para César. Hizo del Templo de Jerusalén uno de los más notorios edificios del Imperio, por sus dimensiones, por su magnificencia y, muy especialmente, por el tamaño de las piedras que empleó en su reconstrucción, un hecho que llamó la atención de los mismos discípulos de Jesús (Mar. 13:1). Josefo nos da detalles de este trabajo colosal

en sus *Antigüedades* (XV, 2, 3). Pero al construir el Templo no sólo quiso acallar el resentimiento que los judíos tenían en contra de Herodes, sino, sobre todo, agradar al César, pues el resultado de los trabajos fue la consecución de una fortaleza inexpugnable puesta al servicio de Roma y de sus intereses propios. En la parte norte del Templo, dominándolo perfectamente por encima, levantó la llamada Torre Antonia, nombre que puso en honor de Marco Antonio (Josefo, *Ant.*, XV, 11, 4-7). Las plazas fortificadas más importantes eran dos, una situada en la misma ciudad y la otra perteneciente, no ya a la urbe, sino al Templo; «quienquiera pudiera poseer las dos fortalezas tenía ya toda la nación bajo su poder» (*ibíd.*, XV, 11, 7). Fue en las escaleras que conducían a esta famosa torre donde el apóstol Pablo fue protegido por los soldados de la violencia de las turbas y en donde se dirigió a las masas en hebreo para llamar su atención (Hech. 2:34-40). Josefo sigue diciendo de Herodes: «Cuando César le concedió la ampliación de sus dominios, construyó allí también un templo de mármol blanco, bañado por las aguas del Jordán. Ningún lugar en su reino había que, sirviendo para tal propósito, no fuera dedicado en honor del César. Y cuando hubo llenado todo el país de templos para demostrar la estima que sentía, no paró aquí, sino que se entregó a la construcción de muchas ciudades que denominó Cesareas *(Caesareas)*», nos cuenta Josefo en sus *Guerras judías* (I, 21, 2).

En cuanto a la predicción de que se haría con las fortalezas «con un dios ajeno», conviene mencionar las muchas estatuas, imágenes del emperador levantadas en toda Palestina, y muy especialmente en las varias plazas fortificadas. Fue tan lejos en sus sacrilegios y blasfemias que se atrevió a colocar un águila de oro (el emblema adorado de la Roma imperial) en las mismas puertas del Templo, lo que produjo

tumultos e insurrecciones entre los más fieles israelitas. Así cumplió Herodes la premonición de Daniel: «honrará al dios de las fortalezas», «con un dios ajeno se hará de las fortalezas», dado que las imágenes de este dios —César— llenaron toda Palestina e incitaron así a la idolatría, lo que le valió el favor del Imperio. Otra versión del texto podría ser: «Pondrá como defensores de las fortalezas al pueblo de un dios extranjero; a los que le reconozcan les colmará de honores, dándoles dominio sobre muchos y repartiéndoles la tierra como recompensa.» Lo cierto es que el servilismo de Herodes con respecto a Roma fue mucho más allá de lo necesario; alcanzó cotas de extravagancia y exageración. Josefo (*Ant.*, XV, 8, 5) explica también cómo el tirano repartió las tierras entre sus incondicionales.

Cada detalle predicho acerca del denominado *«el rey»* halla cabal y exacto cumplimiento en Herodes.

6. Al cabo del tiempo.

«Pero al cabo del tiempo...», leemos en nuestra Biblia Reina-Valera, expresión que otras versiones traducen: «Al tiempo del fin...» (v. 40).

Para evitar malentendidos o confusiones innecesarias es menester tener en cuenta que la frase «al cabo del tiempo...», o su sinónima «al tiempo del fin...», puede significar un período de tiempo en un caso y un muy diferente período en otro. El sentido debe ser controlado por el contexto. Desgraciadamente, este elemental principio de hermenéutica es, a veces, olvidado. Y hoy proliferan «estudios», «exposiciones», libros. etc., en los que este «al cabo del tiempo» —o «tiempo del fin»— se entiende como una referencia al final de la dispensación del Evangelio, incluso en casos como éste en que el pasaje no tiene

nada que ver con la presente dispensación en absoluto.

De nuevo conviene recordar que en el libro de Daniel hay *dos grupos distintos de profecías*. El primer grupo —lo hemos estudiado ya— se halla en los capítulos 2, 7 y 8 y tiene que ver con los grandes poderes gentiles, con los sucesivos imperios mundiales; dentro de este mismo grupo también las profecías de los capítulos 2 y 7 que nos conducen al final de los tiempos de los gentiles (el cap. 8 ofrece detalles del Imperio Griego, ampliando así el bosquejo dado en la visión del cap. 7).

En el segundo grupo de profecías (caps. 9-12) el tema es el de la historia del pueblo de Daniel —el pueblo judío— y su santa ciudad, Jerusalén. De ahí la expresión «al cabo del tiempo», que, al ocurrir en las últimas profecías, significa el último episodio de la existencia nacional del pueblo de Daniel, es decir: la era de Herodes.

El período de la historia judía que llena la figura de Herodes es «el tiempo del fin», en el sentido requerido por el mismo contexto. Una fuerte confirmación del punto de vista que defendemos aquí la tenemos en el hecho de que justo al llegar a este punto de la profecía se nos ofrece un bosquejo de aquellos grandes acontecimientos —ocurridos durante el reinado de Herodes— por medio de los cuales la supremacía política del mundo fue dada a los césares, quedando todo a punto para la venida del Salvador. Este bosquejo lo encontramos en Daniel 11:40-43 y nos conduce hasta el sometimiento de Egipto (la última de las grandes monarquías independientes que quedaban por inclinarse ante Roma) y los libios y etíopes. Los anales de la historia concuerdan tan exactamente con las predicciones de esta profecía de Daniel 11 que no debería haber más duda ni malentendido sobre el cumplimiento de cuanto se relata en los versículos 40-45.

De modo que, una vez más, machaconamente, conviene recordar que este capítulo no tiene como tema principal sino lo que atañe y afecta directamente al destino del pueblo judío.

1) *César Augusto* (vs. 40-45).

Los eventos predichos en Daniel 11:40-43 tuvieron lugar *«al cabo del tiempo»*, es decir: fueron coincidentes, simultáneos, con la última era de la historia judía, la era de los Herodes. En aquel tiempo, un monarca del sur (el texto no dice «*el* rey del sur», sino «un rey...»), Cleopatra —la última figura en el trono de Egipto—, ayudada por Marco Antonio, empujó a Herodes, que a la sazón era su aliado, para ir a la guerra contra Siria («un rey del norte...»). Pero Siria iba a convertirse en provincia romana. Para asegurar su trono, Herodes traicionó a sus aliados y se puso al lado de Roma. Como Ricciotí escribe: «Herodes fue siempre partidario de Roma..., y fue siempre partidario de aquellos representantes de Roma que superaban en poder a sus competidores. Su realismo político no se guiaba por ideologías abstractas, sino por los aspectos prácticos de las cosas. Por esto era amigo del estado más fuerte y del hombre más fuerte dentro del estado. Fue primero amigo de Julio César sin declararse cesariano y, asesinado el dictador, de su asesino Casio, sin declararse republicano. Pasó luego a ser amigo de Antonio, enemigo de Casio, y, derrotado Antonio, adhirióse a Octaviano, del que no necesitó separarse en lo sucesivo, ya que Octaviano se convirtió en el omnipotente Augusto, representante indiscutido de la omnipotente Roma. La política romanófila de Herodes y la razón de su triunfo tienen el mismo origen: Roma para él significaba el trono de Jerusalén y Herodes está siempre con Roma y con el más poderoso de los romanos, porque le importa, no Roma, sino su propio trono.»

Plutarco, en su obra *Vidas paralelas* y en la dedicada a Marco Antonio, ha conservado el relato de los acontecimientos que cubren los versículos 40-43 de Daniel 11. Todos los detalles se ajustan perfectamente al texto sagrado, no sólo en lo que se refiere al comienzo de la guerra, sino también en lo relativo a los bandos contendientes y al resultado final: *«no escapará el país de Egipto»* (v. 42). Las tropas romanas —convertidas en dueñas del norte— cayeron como una tempestad sobre las tierras del sur y la victoria de los ejércitos de Octaviano Augusto se consumó en un solo año. Fue una «tempestad de carros, gente de a caballo y muchas naves» (v. 40) que impuso la hegemonía de Roma en aquellas latitudes de manera contundente. Vasallo siempre del más fuerte, Herodes consiguió consolidar su trono.

La exactitud de las profecías de Daniel se hace notoria nuevamente en una serie de hechos que el texto sagrado refleja fielmente. Es, por ejemplo, significativo que el Senado romano no declarase la guerra a Antonio y Cleopatra, sino tan sólo a Cleopatra («un rey del sur...»), a pesar de que el romano y la hija de los Ptolomeos estaban unidos, si bien aquél no había tomado el título de rey. Mas hagamos un poco de historia para comprender mejor la situación. En otoño del año 39, después de haberse reconciliado con Sexto Pompeyo, Antonio abandonó Roma, donde no volvería ya nunca más. Iba a Oriente para preparar su expedición contra los partos, que habían ayudado a Bruto y a Casio y que, después de la derrota de los asesinos de César, coaligados con el resto de las fuerzas republicanas, habían ocupado casi toda Siria y el Asia Menor. Para realizar esta empresa Antonio necesitaba dinero, hombres y armas en gran cantidad. Sólo Egipto podría proporcionarle estas cosas en abundancia. Las necesidades de la guerra —y el encanto personal de Cleopatra, que ya no era joven pero que conservaba su belleza y su

fuerte personalidad— empujaron a Antonio a una decisión que había de acarrearle funestas consecuencias: siendo marido de Octavia —hermana del César—, se casó con Cleopatra en el año 36 y se dejó tentar por las ofertas de ésta que le prometió sería proclamado rey de Egipto. Cleopatra veía una oportunidad para reemprender la política que, vanamente, había intentado con César: llevar con su matrimonio a Alejandría la sede y el centro del Imperio. Aunque esta unión con la descendiente de los Ptolomeos ponía a su alcance el tesoro inmenso de éstos, significaba también un riesgo muy grave. No tenía precedentes y estaba fuera de las tradiciones políticas de Roma. El mismo Antonio pareció darse cuenta de ello, pues renunció al título de rey y no repudió a Octaviana ni hizo reconocer oficialmente su matrimonio en Roma. Así, cuando Augusto ataca a Cleopatra se atiene a la realidad oficial: en Egipto sólo hay un monarca, Cleopatra («un rey del sur...»). No obstante, Antonio se había colocado en una situación falsa que habría de ocasionarle su ruina. En sus guerras contra los partos demostró que actuaba más como general de Cleopatra que como militar romano. Al regreso de su segunda campaña contra los partos y después de conquistar Armenia, de regreso a Alejandría, celebró fastuosamente su triunfo y procedió a una monstruosa mutilación del dominio de Roma en Oriente, conquistado con el esfuerzo de las generaciones romanas precedentes. Antonio dio a Cleopatra el título de «Reina de reyes»; a Cesáreo, hijo de Cleopatra y de Julio César, le hizo copartícipe del poder real. A sus propios hijos habidos con Cleopatra entregó las tierras conquistadas: a Alejandro Helios, Armenia; a Ptolomeo, Fenicia, Siria y Cilicia; y a Cleopatra Selene, la Cirenaica. El Imperio de los Ptolomeos quedaba así restablecido a expensas de la república romana. En Roma, el contraste entre la política de Augusto y la de Antonio era bien

manifiesto. Aquél procuraba y obtenía más y más adeptos en la capital del Imperio y Antonio iba perdiendo popularidad a causa de su política dinástica oriental. Octavio Augusto, astutamente, dio una especie de golpe de estado expulsando a los dos únicos cónsules romanos partidarios de Antonio. Este respondió enviando su carta de repudiación a Octavio. Entonces Octavio mandó abrir el testamento de Antonio —depositado en el templo de las vestales— y el pueblo se enteró de la voluntad de su rival: Antonio reconocía como único heredero de César a Cesarión, hijo de Cleopatra, y quería ser inhumado en Alejandría, ciudad que consideraba su capital. No era necesario saber más; el Senado declaró la guerra a Cleopatra (julio del 32 a. de C.) y desposeyó a Antonio de sus poderes. Esto explica que la declaración de guerra fuera dirigida solamente contra el monarca a quien reconocía Roma.

Antonio y Cleopatra esperaron a Octavio en Grecia con una gran flota. Fue vencida cerca de Accio, en el Adriático, a la entrada del golfo de Arta, el 2 de septiembre del 31, y Cleopatra huyó, llevándose consigo a Antonio. A pesar de la infantería capaz de que disponía Antonio —muy superior en aquel momento a la que tenía a su disposición Octavio Augusto— y que según el consejo de los generales le hubiera dado la victoria, prefirió seguir los consejos de Cleopatra. Plutarco comenta: «Tan esclavo se hallaba de la voluntad de aquella mujer que, para gratificarla, puso su única confianza en el mar aun a sabiendas del superior poder que tenía en tierra.» Y aquello fue la causa del desastre. De ahí que, a diferencia de otras batallas decisivas de la historia antigua, aquella no fuera decidida por la infantería, sino por «carros, gentes de a caballo y —finalmente— *muchas naves*».

Plutarco cuenta que Antonio había mandado die-

ciséis legiones a Grecia, mientras él, en Efeso, reunía la flota que había de enfrentarle contra Octavio: 800 naves, más otras 200 que regaló Cleopatra, quien asimismo contribuyó con 20.000 talentos y cargó con todos los demás gastos de avituallamiento. Desde Efeso, Antonio avanzó hasta Atenas con un enorme ejército. «Cuando César Octavio fue informado de la celeridad y la magnificencia de los preparativos de Antonio —explica Plutarco—, sintió temor de verse forzado a entrar en combate aquel mismo verano. Esto hubiera sido muy contraproducente para él, dado que carecía de casi todo para hacer la guerra entonces... Los reyes aliados que se colocaron bajo el estandarte de Antonio fueron: Polemo de Ponto, Malcus de Arabia, *Herodes de Judea,* y Amintas de Licaonia y Galacia.» Pero la errónea estrategia seguida por Antonio, a instancias de Cleopatra, de llevar la contienda al mar decidió la guerra en favor de Octavio. Y fue así como se cumplió, al pie de la letra, la profecía de Daniel: *«al cabo del tiempo, un rey del sur* (Cleopatra) *contenderá con él* (es decir: y se aliará a Herodes), *y un rey del norte* (Octavio Augusto) *se levantará contra él* (es decir: contra el rey del sur, Cleopatra) *como una tempestad, con carros, con gente de a caballo y muchas naves* (batalla de Accio)» (v. 40). Sería imposible hallar un cumplimiento más literal y exacto de la profecía. Pero no termina aquí la maravillosa exactitud de los datos profetizados. Plutarco nos informa que después del desastre de Accio la infantería de Antonio abandonó a su caudillo. Así, al llegar a Egipto de nuevo, Antonio se encontraba sin este cuerpo de batalla tan importante para hacer la guerra. Octavio, habiendo tomado la iniciativa y dispuesto a aplastar a Cleopatra y a sus amigos, se dirigió rápidamente a Egipto. Antonio se aprestó a la defensa de Alejandría y lanzó «carros y gente de a caballo» contra los «carros y

la gente de a caballo» de los romanos, en tanto «muchos navíos» iniciaban el bloqueo del país del Nilo. Plutarco escribió: «Al llegar, César acampó cerca del hipódromo de Alejandría y al primer embate de Antonio obligó a éste a retroceder detrás de sus fronteras con su caballería y sus carros.» De modo que fue la actuación de las naves y de la caballería, así como de los carros, lo que dio la victoria a Octavio y dejó a Antonio sin recursos. Cleopatra trató en vano de negociar con el vencedor. Antonio se dio muerte y, viendo que todo estaba perdido, Cleopatra imitó su ejemplo, haciéndose morder por un áspid; Egipto fue anexionado al Imperio Romano y su gobierno entregado a un prefecto representante de Octavio Augusto.

2) *«Entrará a la tierra gloriosa»* (v. 41).

El curso de los acontecimientos que siguen a la victoria de Augusto en Accio, sobre Antonio y Cleopatra, cumple exactamente las predicciones de la profecía de Daniel. Porque, efectivamente, entró por las tierras como una inundación (v. 40), conquistando para Roma muchas regiones africanas y de Asia Menor: la Alta Cilicia, Tracia, Ponto, Galacia y otras provincias de Iliria y Armenia. Aún más, según consta en el texto sagrado: *«entrará a la tierra gloriosa y muchas provincias caerán...»* (v. 41). La *«tierra gloriosa»*, obviamente, es la tierra de Judea que ya en el versículo 16 había sido denominada así. Augusto quiso invadir Egipto pasando por Palestina y entonces Herodes —que con gran visión política y prudencia se había declarado ya vasallo sumiso del triunfador romano y había hallado la aceptación de éste— le ayudó en todo con creces. Josefo nos cuenta que «César fue a Egipto por Siria y entonces fue recibido por Herodes con toda suerte de fastos y valiosos presentes reales; lo primero que puso de manifiesto He-

rodes fue su lealtad a Octavio y consiguió de éste que le acompañara al pasar revista a sus ejércitos. Después distribuyó regalos entre los soldados romanos, a los que colmó de toda suerte de obsequios y a los que dio toda clase de facilidades» (*Guerras judías*, I, 20, 3).

3) *«Escaparán de su mano: Edom, Moab y Amón»* (v. 41).

La referencia en el versículo 41 a los países de Edom, Moab y Amón debería ser más que suficiente para demostrar que el cumplimiento de esta profecía tiene que buscarse en los tiempos bíblicos.

Estos tres nombres poseían un significado geográfico muy específico tanto para Daniel como para otras gentes de su tiempo. Todo el mundo comprendía que se trataba de los pueblos vecinos de Judea por el este y por el sur. Ahora bien, se nos dice que todas estas tierras, sorprendentemente, escaparon de la mano de Augusto, en abierto contraste con lo que el versículo siguiente afirma sobre el destino de Egipto (*«y no escapará el país de Egipto*, v. 42).

Octavio Augusto envió una expedición a estas regiones bajo el mando de Aelio Galio, a la que Herodes contribuyó con quinientos de sus propios guardias (Josefo, *Antigüedades*, XV, 9, 3). Los historiadores Plinio, Estrabo y otros de la Antigüedad confirman el hecho de que tal expedición fue un fracaso. Dado que esas tierras no poseían un valor estratégico primordial para los planes de Augusto y que su principal objetivo era derrotar cuanto antes a Cleopatra y a Antonio, nada tiene de extraño que los romanos victoriosos en las últimas batallas no concedieran mucho significado a estas derrotas parciales y prosiguieran el camino hacia Alejandría. Otro detalle, pues, que la historia confirma en cuanto al cumplimiento de la profecía de Daniel.

4) *«Y se apoderará de los tesoros... de Egipto»* (vs. 42-43).

En su avance arrollador, Octavio César Augusto —como hemos explicado más arriba— llegó hasta Alejandría, dando así cumplimiento a la premonición de Daniel: *«y no escapará el país de Egipto»* (v. 42). La profecía hace luego una referencia de los vastos tesoros del país del Nilo: *«Y se apoderará de los tesoros de oro y plata, y de todas las cosas preciosas de Egipto»* (v. 43).

Aquí de nuevo nos encontramos con una serie de expresiones que demuestran sin ningún género de dudas que el cumplimiento de esta profecía tiene que buscarse en los días de la grandeza y riqueza de Egipto bajo los Ptolomeos, algo del todo inimaginable en el Egipto miserable, escuálido y sujeto a influencias y hegemonías extranjeras, de los tiempos posteriores y hasta nuestros días. ¿No había dicho Daniel que *«en comparación con los otros reinos será humilde; nunca más se alzará sobre las naciones, porque yo los disminuiré, para que no vuelvan a tener dominio sobre las naciones»*? (Ez. 29:15).

En los días de Marco Antonio y Cleopatra, sin embargo, Egipto representaba un botín fabuloso por las riquezas que almacenaba. Vemos, pues, que de nuevo la historia nos ofrece un maravilloso cumplimiento de este detalle profético y pensamos que los documentos del pasado conservados a lo largo de los siglos lo han sido, en parte al menos, para dar testimonio de dicho cumplimiento. Famosa fue entre los antiguos la fastuosidad de la corte de Cleopatra y sus vastos tesoros de oro, plata, piedras preciosas y toda clase de objetos singulares y costosos. No olvidemos que allí se hallaba una gran parte del tesoro de los Ptolomeos, antiguos generales de Alejandro dados a la rapiña que, luego de instalarse en el trono egipcio, fueron acumulando más y más

riquezas ayudados por el gran tráfico comercial que tenía su centro en Alejandría.

Después de castigar a Antonio, Octavio Augusto sólo pensaba en apoderarse de aquellos enormes tesoros, como relata Plutarco.

5) *«Y los de Libia y de Etiopía le seguirán»* (v. 43).

Los pueblos situados al oeste y al sur de Egipto quedaron a los pies de Augusto. Lo que nuestra versión traduce «le seguirán», dice textualmente: «se hallarán a sus pies», o bien: «pisarán las huellas de sus pies». En cualquier caso, el texto no indica que el mismo Augusto en persona sojuzgara a dichas gentes, sino más bien que quedaran bajo su poder al tiempo en que dejaba Africa y regresaba a Roma. Sabemos que el vasallaje de esos pueblos fue la obra de uno de los generales de Augusto quien por estos hechos de armas alcanzó fama. Y, así, los de Libia y Etiopía le siguieron, quedando a los pies del César.

6) *«Noticias del oriente y del norte»* (vs. 44-45).

Tenemos ante nosotros los dos últimos versículos del capítulo 11: *«Pero noticias del oriente y del norte lo atemorizarán, y saldrá con gran ira para destruir y matar a muchos. Y plantará las tiendas de su palacio entre los mares y el monte glorioso y santo; mas llegará a su fin, y no tendrá quien le ayude»* (vs. 44-45).

A primera vista, tal vez no resulte aparente quién es el antecedente del pronombre (¿a quién atemorizarán las noticias del oriente y del norte?) «lo» («lo atemorizarán»). Pero un examen atento del texto nos muestra que tenemos aquí un regreso al tema principal de esta sección profética; es decir: que vuelve al primer plano *«el rey»* del versículo 36, aquel que durante un tiempo contendió al lado de Cleopatra, a

quien después traicionó para pactar con el victorioso Augusto. El curso de la profecía hizo como un alto en su camino para describir en los versículos 40-43 el tema de las conquistas de Octavio Augusto, ya que dichas conquistas inciden en la situación del trono y el país de Judea «al cabo del tiempo». Muy a menudo, al leer los profetas hebreos, tenemos que volver la mirada atrás, a una considerable distancia, para encontrar el antecedente de un pronombre. Como ejemplo —entre otros muchos— de lo que acabamos de afirmar está Isaías 18. A quienes no es familiar el estilo profético en el original hebreo, y sólo a éstos, les parecerá extraño que un pronombre pueda referirse a un antecedente que se encuentra a tan gran distancia. Pero en el citado capítulo de Isaías ello es tan obvio que, si no se tiene en cuenta, no hay manera de entender el sentido del texto. Igualmente, aquí en Daniel 11, la manera literal cómo las predicciones de este versículo 44, y del último que le sigue en el capítulo, hallan cumplimiento en Herodes, demuestra que no hay otra manera posible de leer el texto. De hecho, no vemos que pudiera darse un cumplimiento más completo y literal que el que nos ofrece el mismo Evangelio de Mateo:

> «Cuando Jesús nació en Belén de Judea *en días del rey Herodes,* vinieron *del oriente* a Jerusalén unos magos, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto *en el oriente* y venimos a adorarle.
>
> Oyendo esto, el rey Herodes *se turbó* y toda Jerusalén con él.»
>
> (Mat. 2:1-3.)

En este pasaje de Mateo hallamos exactamente lo que fue profetizado: noticias del oriente que turbaron a Herodes. Nada podía perturbar más al tirano

que alguien aspirase a su trono. La historia que sigue es de las más conocidas: *«Herodes... se enojó mucho, y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores»* (Mat. 2:16). La homologación entre la profecía y los hechos de su cumplimiento es casi verbal: *«saldrá con ira para destruir y matar a muchos»*.

Más o menos en aquel tiempo —en los últimos años de su vida— vinieron también noticias del norte que le atemorizaron igualmente. Antípatros, su hijo mayor, a la sazón en Roma (designado como el centro de lo que en esta profecía se denomina en términos generales como el «norte»), intrigó de tal manera contra sus otros hermanos que hizo llegar unas cartas a Jerusalén en las que se daba cuenta de supuestas conspiraciones de dos de ellos, Alejandro y Aristóbulo, y en las que se decía que habían calumniado a su padre delante de César. Esto hizo estallar en ira a Herodes, que se había propuesto nombrar a ambos hijos sus sucesores (Josefo, *Antigüedades*, XVII, 4-7; *Guerras*, L, 30-33). Los mandó llamar a Jerusalén, y aunque Augusto hizo todo lo posible para evitarlo, los mató sin misericordia. Debió ser entonces —y sin duda en idioma griego— cuando Augusto dijo —como relata Macrobio en *Saturnal*, II, 4, 11— que valía más ser cerdo (*ús*) de Herodes que hijo suyo (*uíos*). En efecto, para guardar las apariencias, Herodes no comía carne de cerdo y no mataba a dichos animales, mientras que, en cambio, mataba a sus propios hijos. A la vez que a Alejandro y a Aristóbulo, Herodes hizo matar, entregándolos a las iras del populacho, a trescientos oficiales acusados de ser partidarios de los dos jóvenes. Sólo cinco días antes de su muerte mandó ejecutar a su primogénito Antípatros, a quien había designado heredero suyo en el trono. Y tanto le satisfizo esta muerte que, aunque se hallaba en desesperadas condiciones de salud, a raíz de la ejecución pareció recobrarse y mejorar.

Las iras de Herodes no cayeron solamente sobre los inocentes recién nacidos de Belén, sino sobre muchos otros, como indica Daniel 11:44. En su libro *Antigüedades*, Josefo narra el estado de ira y crueldad en que vivió los últimos días de su existencia: «Se tornó tan colérico que en todo actuaba como un loco; y aunque se hallaba cercano a la muerte, no obstante concibió estos perversos designios: ordenó que todos los principales de la nación judía acudieran delante de él. Un gran número se presentó, pues la desobediencia significaba la muerte. Pero cuando llegaron, el monarca se hallaba presa de un ataque de ira y ordenó que fueran encerrados en el hipódromo. Esto pasaba en Jericó, en donde yacía enfermo y a donde también hizo llamar a Salomé, su hermana, y al esposo de ésta, Alexis, a los que dijo: «Yo moriré dentro de pocos días, tan grandes son mis dolores...; pero lo que más me causa sufrimiento es que nadie lamentará mi muerte y no tendré para mí las lágrimas que todos esperan en la muerte de un rey.» Entonces recomendó con ahínco a sus familiares que todos aquellos hombres recluidos en el hipódromo de Jericó fueran degollados después de su fallecimiento en el mismo lugar. Así, las lágrimas que ansiaba para sus funerales serían abundantemente vertidas, al menos por las familias de los asesinados. Aquel tirano quería terminar su vida con un acto digno de los anteriores crímenes con que había jalonado toda su existencia.

7) *«Las tiendas de su palacio»* (v. 45).

Ya hemos explicado más arriba, que Herodes mandó construir dos palacios estratégicos: uno en el área del Templo y el otro en la ciudad alta. Así, se encontraban, realmente, entre los mares Mediterráneo y el Mar Muerto, el situado en la ciudad alta, y sobre «el monte glorioso y santo» el construido en el área del Templo.

8) *«Llegará a su fin y no tendrá quien le ayude.»*

Al final de sus días, Herodes quedó sin ayuda en lo político tanto como en lo familiar y social, amén de verse solo en medio de los atroces sufrimientos de una enfermedad incurable.

En lo político cometió un error mayúsculo: lanzarse a una guerra contra los beduinos, que hacían incursiones en sus fronteras de vez en cuando, sin tener el permiso de Augusto. En su calidad de rey vasallo de Roma, no podía declarar la guerra sin el permiso de César. Aunque parece que obtuvo la aprobación del legado romano de Siria, Sencio Saturnino, Augusto no había sido advertido previamente y ello enojó al primer mandatario del Imperio. Cierto que, como hecho de armas, la batalla contra los beduinos era de poca monta, pero el hecho de no haber seguido el trámite obligado antes de lanzarse a ella, indignó a Augusto hasta tal punto que envió una carta a Jerusalén en la que, entre otras cosas, decía: «Si hasta entonces le había tratado como a un amigo, desde aquel momento le trataría como súbdito» (Josefo, *Antigüedades,* XVI, 290). Y no fue aquélla una indignación pasajera, puesto que una embajada enviada presurosamente por Herodes a Roma para presentar excusas no fue recibida en el Palatino.

En lo familiar y social, tan sólo su hermana y su cuñado se hallaban a su lado, y más por miedo que por otra cosa. La mayoría de sus hijos habían sido asesinados, siguiendo instrucciones del padre; los principales de entre los judíos, recluidos en el hipódromo de Jericó, ¿quién le quedaba de amigo? ¿Quién podía dar aunque sólo fuese una palabra de ayuda y de aliento para los últimos instantes de su vida? ¡Nadie!

Y en lo personal se vio presa de una espantosa enfermedad que le tuvo prisionero de sufrimientos atroces que no consiguió mitigar en ningún instante,

salvo cuando dio las órdenes para que fuera muerto su hijo primogénito Antípatros, cinco días antes de su muerte. La historia nos ha dejado muchos relatos de las horas últimas de importantes personajes del pasado, pero acaso ninguno tan elocuente como el que escribió Josefo, que no podemos reproducir aquí por su extensión, y que muestra lo que es el fin de un pecador impenitente que, habiendo echado fuera de su corazón el temor de Dios y cualquier sentimiento de responsabilidad en relación con el prójimo, había perdido toda noción de decencia y de dignidad. Todo lo que los médicos ensayaron para calmarle los dolores fue en vano; nadie pudo ayudarle. Mientras tanto, él seguía maquinando nuevos crímenes y pensando en renovadas formas de crueldad. Fue así como llegó a su fin y no tuvo quien le ayudase.

* * *

Hemos prestado una considerable extensión a esta segunda parte del capítulo 11 de Daniel (vs. 36-45). Era necesario. La teoría de un abismo de siglos, y aun de milenios, entre el versículo 34 y el versículo 35, teoría popularizada en nuestros días por el señor Scofield y, más recientemente, por la literatura de escatología ficción que escribe Hal Lindsey, obliga a traspasar en bloque todo el resto de la profecía (incluyendo la parte que abarca el cap. 12) a un futuro que es el del fin del mundo y no al término de la nación judía como exige el contexto del libro de Daniel.

Nada mejor que una exposición adecuada de este pasaje, a la luz del contexto inmediato y del de todo el libro de Daniel, para discernir lo equivocado de la nota de la *Biblia Scofield* en las páginas 879 y 880.

Con Daniel 11:35 se llega al final de la era asmonea, el fin del gobierno macabeo. Viene después la última etapa en la historia del pueblo judío como

nación, antes de la ruina del año 70, etapa que llena este «rey» —Herodes— cuyo carácter y hechos, tal y como son conocidos por la historia, concuerdan perfectamente con lo que narran los versículos 36-45 sobre *«el rey... al cabo del tiempo»*.

En cinco siglos, sólo de una persona en Judea podía afirmarse que era *«el rey»*: Herodes. Porque, después de 500 años, él fue el único monarca que gobernó con este título en Palestina. La identificación no puede ser más simple y fácil.

De nuevo cabe enfatizar que, al considerar la naturaleza y el propósito de esta profecía —divinamente anunciados en Daniel 10:14 y expuestos en los versículos 1 al 35 del capítulo 11—, es imposible que «Herodes el rey» no tuviera un lugar —y un lugar importante— en la revelación profética.

La verdad llana y escueta, aunque triste, es que algunos comentaristas se han dejado influir por la teoría del «salto de siglos» en este capítulo 11 porque antes habían aceptado la no menos errónea ruptura en la profecía de las setenta semanas con su «salto» paralelo entre la semana última y la penúltima. La aceptación de aquella primera* ruptura, o salto de varios siglos, facilitó el espejismo de otro salto similar en el capítulo 11, al no acertar a descubrir los relatos sagrados y profanos que sobre el personaje central de dicha sección tenemos a mano y que hacen fácil la identificación.

---

* «Cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes...» (Mat. 24:15, 16).

«Pero cuando veáis la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel, puesta donde no debe estar (el que lee, entienda), entonces los que están en Judea...» (Mar. 13:14).

«Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado. Entonces los que estén en Judea...» (Luc. 21:20, 21).

No es difícil identificar *«la abominación desoladora»*; la palabra «abominación» (*bdelugma*) se emplea en el Antiguo Testamento para hacer referencia a la idolatría. La misma frase aparece en Daniel 11:31 y 12:11; en el primer caso se trata de la profanación del altar por el representante de Antíoco Epifanes en el 167 a.C. (*cf.* 1.° Mac. 1:54, en donde la frase se utiliza para describir este acto sacrílego); en el segunto texto, a pesar de que algunos comentaristas creen que se refiere al anticristo escatológico, todo inclina a pensar que alude a la profanación de los ejércitos romanos en el año 70. Beasley-Murrey ha defendido este punto de vista con tanta inteligencia que parece irrebatible (G. R. Beasley-Murrey, *A Commentary on Mark Thirteen* [1957], pp. 56-57). George Eldon Ladd —autor de varios libros sobre escatología, de reconocida solvencia teológica— escribe también: «En cualquier caso, algunas de las advertencias que el Señor hace en el sermón del Monte de los Olivos encajan mucho mejor en la situación histórica concreta del año 70 que en un final escatológico. El consejo de huir a las montañas, apresuradamente; la esperanza de que la tribulación no ocurra en invierno cuando los alrededores de Jerusalén son más difícilmente transitables y los caminos de Palestina en general se hallan inundados por el agua de las lluvias, todo esto parece referirse más bien a una situación histórica, limitada al territorio judío, que no a una tribulación a escala mundial producida por un anticristo escatológico» (George Eldon Ladd, *A. Theology of the New Testament*, p. 197). De la misma opinión era J. A. Broadus en su Comentario sobre *Mateo* (1880).

Por otra parte, una lectura paralela de los tres sinópticos nos descubre en seguida la interpretación que el mismo texto nos ofrece. Fijémonos que lo que para Mateo y Marcos es *«la abominación desoladora»*, para Lucas es *«Jerusalén rodeada de ejércitos»*, con sus estandartes paganos, que pronto entrarían en la ciudad y llegarían hasta el Templo, profanándolo con su presencia, que alcanzaría al mismo Lugar Santísimo.

Cf. Apéndice 4, «Las profecías de Jesús en el Sermón del Monte de los Olivos».

TEXTO BIBLICO

EL TIEMPO DEL FIN

12 En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que
está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de
angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces;
pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se
hallen escritos en el libro.
2 Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán
despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y
confusión perpetua.
3 Los entendidos resplandecerán como el resplandor del fir-
mamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como
las estrellas a perpetua eternidad.
4 Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta
el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la
ciencia se aumentará.
5 Y yo Daniel miré, y he aquí otros dos que estaban en pie,
el uno a este lado del río, y el otro al lado del río.
6 Y dijo uno al varón vestido de lino, que estaba sobre las
aguas del río: ¿Cuándo será el fin de estas maravillas?
7 Y oí al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas
del río, el cual alzó su diestra y su siniestra al cielo, y juró
por el que vive por los siglos, que será por tiempo, tiempos, y
la mitad de un tiempo. Y cuando se acabe la dispersión del
poder del pueblo santo, todas estas cosas serán cumplidas.
8 Y yo oí, mas no entendí. Y dije: Señor mío, ¿cuál será
el fin de estas cosas?
9 El respondió: Anda, Daniel, pues estas palabras están ce-
rradas y selladas hasta el tiempo del fin.
10 Muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados;
los impíos procederán impíamente, y ninguno de los impíos
entenderá, pero los entendidos comprenderán.
11 Y desde el tiempo que sea quitado el continuo sacrificio
hasta la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa
días.
12 Bienaventurado el que espere, y llegue a mil trescientos
treinta y cinco días.
13 Y tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para
recibir tu heredad al fin de los días.

Capítulo **12**

Al cabo del tiempo

DANIEL 12

Los primeros cuatro versículos de Daniel 12 siguen, naturalmente, a lo revelado por los últimos del capítulo 11. No debería hacerse la división tipográfica tal como aparece en las ediciones de nuestras Biblias entre el final de Daniel 11 y el comienzo de Daniel 12. Porque también los primeros cuatro versículos constituyen una parte integral de la profecía.

Daniel 12:1-4 constituyen el final de una larga profecía, a la que le confieren su adecuado clímax. Cuentan lo que ocurrirá «*en aquel tiempo*» (Dan. 21:1), término que enfatizan al repetirse dos veces en el mismo versículo. Esta expresión conecta, con toda naturalidad, y de manera directa, el pasaje con el versículo 40 del capítulo precedente, en donde aparece la expresión «al cabo del tiempo» —o «al tiempo del fin»—, expresión que debe sernos ya familiar en el estudio de la profecía que nos ocupa. No hay, pues, lugar para la duda. Los eventos que aquí se predicen constituyen el último acto, el acto final, de los «últimos días» de la historia judía. Más aún, la afirma-

ción del versículo 7 —«cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo todas estas cosas serán cumplidas»— delimita en sus fronteras reales el cumplimiento de toda esta profecía, que queda así situada en el período anterior a la captura de Jerusalén por Tito.

En la sección que ahora vamos a estudiar descuellan cuatro cosas muy particularmente:

1) Miguel, el gran príncipe que está de parte del pueblo de Dios.
2) Un tiempo de gran tribulación cual nunca antes había sido.
3) La promesa de una restauración doble; de unos para vida eterna y de otros para vergüenza y confusión perpetuas.
4) Muchos correrán de aquí para allá y la ciencia se aumentará.

1. Miguel, el gran príncipe.

Parece que el destino de los humanos no es ajeno a las preocupaciones de los ángeles. Aún más, ellos, los ángeles, fraguan en cierta medida este destino nuestro, pues son enviados por Dios para defender los intereses de su pueblo.

En la epístola de Judas encontramos también a Miguel, el arcángel que lucha contra el diablo disputándole el cuerpo de Moisés (Jud. 9), y también en Apocalipsis 12:7 aparece Miguel de nuevo batallando contra Satanás. Pablo menciona al arcángel —sin dar su nombre específico— y lo relaciona con la resurrección de los santos (1.ª Tes. 4:16).

En Daniel aparecen tres referencias al arcángel Miguel. Remitimos al lector a cuanto dijimos al exponer la sección del capítulo 10. Las luchas esotéricas allí descritas entre Miguel y los poderes ocultos, de-

moníacos, del Imperio Persa, explican los hechos acaecidos durante aquel período histórico, pues la incidencia literal de la batalla angélica se ve en la tolerancia con que los persas trataron a los judíos. Con el Imperio inaugurado por los griegos —especialmente en una de sus divisiones: los seléucidas— las cosas marcharon peor, y los judíos fueron reducidos a terrible servidumbre y grandes sufrimientos por causa de su fe.

No tenemos revelaciones específicas en cuanto al papel concreto que desempeñó Miguel, el gran príncipe de las huestes angélicas, en los negocios del pueblo de Dios en aquellos días críticos —a los que se refiere esta profecía que estudiamos—, es decir: los tiempos de la revelación del Nuevo Testamento. A Miguel no se le menciona por nombre en los Evangelios ni en el libro de Hechos. Pero fue aquella una época de gran actividad angélica y podemos suponer que el gran arcángel tuvo una parte decisiva en los acontecimientos relacionados con la venida de Cristo al mundo. Leemos que «el ángel del Señor apareció varias veces a José»; también que «el ángel del Señor» vino a los pastores en las planicies de Belén para anunciarles el nacimiento del Salvador; asimismo leemos que «el ángel del Señor» abrió las puertas de la cárcel para liberar a los apóstoles (Hech. 5:9), y soltando a Pedro, puesto allí por Herodes Agripa (Hech. 12:7); sabemos que el mismo «ángel del Señor» hirió a aquel monarca cuando en público no dio la gloria a Dios (Hech. 12:33); y el mismo ángel acudió en ayuda de Pablo cuando el naufragio narrado en Hechos 27:23, para entregarle palabra de Dios. Si este «ángel del Señor» fue Miguel, entonces tenemos a nuestra disposición muchos ejemplos de lo que significa que «el gran príncipe» de las huestes angélicas *se levante* (Dan. 12:1) y se apreste a actuar en cumplimiento de las órdenes de Dios. Pero muy especialmente en la gran crisis final —durante el

asedio de Jerusalén por los ejércitos de Roma, concretamente revelado a Daniel— habría necesidad de la intervención de seres celestiales para liberar a todos «los que se hallen escritos en el libro». Deberíamos añadir aquí que la frase «escritos en el libro» era bien conocida desde Moisés (Ex. 32:32) como figura descriptiva de aquellos a quienes Dios reconoce como suyos (Sal. 69:29; 139:16; Is. 4:3; Rom. 10:20; Apoc. 20:12).

2. Tiempo de angustia.

La predicción de un tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces (v. 1), es el último eslabón en la cadena de acontecimientos que sobre la nación judía se le revelan a Daniel. En perfecto acuerdo con todo esto, es bien conocido que el pueblo judío vio el fin de su existencia como nación en un tiempo de gran tribulación, de angustias indecibles y de sufrimientos que van más allá de cuanto pueda la imaginación intuir. De este período tenemos una fuente preciosa de información en las obras de Josefo —testigo presencial de la tragedia—, donde dice que «las desgracias de todos los hombres juntos desde el comienzo del mundo, si se comparan con las sufridas por los judíos, no parecen tan considerables como se pudo imaginar a primera vista».

No sólo hubo todo lo que conlleva un estado de sitio, sino que a ello se sumó la disensión interna, las luchas de varias facciones en el interior mismo de la ciudad. «Es imposible detenerse en cada ejemplo detallado de la iniquidad de estos hombres. Diré tan sólo, brevemente: que ninguna otra ciudad sufrió jamás tales miserias, ni ninguna otra época alimentó a una generación más fértil en maldad que ésta, desde el comienzo del mundo» (*Guerras judaicas*, V, 10-5).

Desde los jesuitas Ribera y Lacunza, y a través de Irving y los irvingitas, hasta llegar a Scofield, se ha popularizado la idea de que la «*gran tribulación*» de Daniel 12 y Mateo 24 es algo que pertenece al futuro. En relación con la profecía de nuestro Señor Jesucristo en el Monte de los Olivos (Mat. 24), su estudio aparece al final de este libro en un Apéndice. Digamos aquí simplemente que las pruebas son concluyentes para demostrar que la «gran tribulación» de Mateo 24:21 era el inminente sitio de Jerusalén que muchos de los oyentes de Jesús tendrían que vivir y sufrir en su propia carne.

James Farquharson escribió sobre el particular: «Nuestro Salvador ciertamente se refería a las tribulaciones que esperaban antes de la completa destrucción de Jerusalén y la dispersión de los judíos por las legiones romanas bajo Tito; y cuando entendemos el "tiempo de angustia" de Daniel como perteneciendo al mismo núcleo de acontecimientos..., entonces toda esta profecía del capítulo 12 surge como perfectamente cumplida en el advenimiento de Cristo, cuando fue demostrada y recibió señal de su cumplimiento, en la liberación traída por el Mesías al mundo..., en la resurrección de los muertos..., en el hecho mismo de que la profecía no fuera comprendida hasta que no la explicó Cristo (y aun así siguió como indescifrable para los incrédulos judíos, pero fue entendida por los cristianos), en la continua impenitencia e impiedad creciente de los incrédulos judíos, en los juicios derramados sobre ellos finalmente por medio de la guerra contra los romanos, en la duración de dicha guerra y en los indecibles sufrimientos que comportó, para acabar con la toma de la última fortaleza judía por Tito.»

En la última cláusula de Farquharson se delata la evocación de las palabras de Cristo: «*Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo*» (Mat. 24:22).

3. Muchos de los que duermen serán despertados.

Eusebio de Cesarea, el gran historiador de la Iglesia antigua, así como otros testimonios de los primeros siglos, concuerdan en afirmar que los cristianos de Jerusalén no tuvieron que participar de todos los horrores del asedio, pues antes —haciendo caso de las palabras del Señor en Mateos 24— se pusieron a salvo, huyendo de la ciudad. Es a esta salvación que, sin duda, hace referencia Daniel 12:1 «*en aquel tiempo será liberado tu pueblo*»; ¿y quién es este pueblo sino el pueblo cristiano?, «*todos los que se hallen escritos en el libro*». Pero hay más. Si bien la angustia de aquellos días no podrá destruir la fe de los escogidos, y aun la mayoría de ellos podrá ponerse a salvo, no obstante es posible que, ora en la ciudad o fuera de ella, en medio de los avatares de la contienda, algunos mueran. No importa, a éstos se les promete la resurrección. Una resurrección que, ciertamente, también afectará a los malvados, pero que será muy distinta para unos y para otros. Muchos de ellos —y la referencia parece ser más bien a los que hayan muerto durante este tiempo de prueba— resucitarán para vida eterna, mientras que los demás para confusión y vergüenza. Aquí, lo que se trata de poner de manifiesto es que la salvación no sólo es para los que están vivos, para los que queden supervivientes, sino también para los fieles de entre los que hayan muerto en la gran tribulación. Después de Cristo, sabemos que la fe del creyente tiene una esperanza muy clara con respecto al futuro; la escatología del Nuevo Testamento se halla perfectamente delineada y, por consiguiente, esta esperanza se convierte, asimismo, en una fuente de consuelo en tiempos de dificultad, prueba y tribulación. Esta esperanza debía alentar a aquellos primeros cristianos hebreos que vivieron en el tiempo de la «gran tribulación».

Algunos intérpretes —como Ph. Mauro entre otros, por ejemplo— afirman que la lección principal aquí no es la que atañe a la resurrección corporal sino a la espiritual. Creo que podemos admitir esta explicación, pero solamente en sentido secundario. La principal enseñanza es la que acabamos de exponer en el párrafo anterior. No obstante, es verdad que Isaías 29:10 describe al pueblo de Israel como bajo la influencia de «*espíritu de sueño*» dormido, cabeceando espiritualmente; de ahí que en Isaías 9:2 diga: «*El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos*», palabras que el evangelista nos asegura fueron cumplidas en el ministerio personal de Jesucristo a Israel (Mat. 4:14-16). Pablo parafrasea otro texto de Isaías (60:1) como significando la dormición espiritual, el sueño de los muertos en delitos y pecados: «*Despiértate tú que duermes, y levántate de entre los muertos y te alumbrará Cristo*» (Ef. 5:14). Y el Señor mismo declaró que la hora de este despertar, de este avivamiento espiritual había ya llegado con El: «*Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán*» (Jn. 5:25). Por supuesto, en todos estos pasajes se alude a los que se hallan espiritualmente muertos y la resurrección espiritual que les brinda el Salvador.

Toda la nación de Israel fue despertada de un sueño de siglos por medio del ministerio de Juan el Bautista, seguido por el del Señor mismo, y finalmente por el de los apóstoles de Jesucristo. Multitudes acudieron a escuchar a Juan el Bautista; también fueron multitudes las que oyeron a Jesús; no obstante, todos estos auditorios se dividieron en dos grupos: los que *le* recibieron y los que *le* rechazaron: «*El que cree no es condenado, pero el que no cree ya es condenado, porque no creyó en el Nombre del*

Unigénito Hijo de DIOS» (Jn. 3:18). La primera clase de gente despertó, y resucitará finalmente, para «vida eterna» (v. 16); los otros resucitarán para «vergüenza y confusión perpetua» (v. 36). En este mismo sentido, véanse Jn. 12:42, 43; Mat. 10:32; Luc. 9:26.

4. Los doctores resplandecerán y los que enseñan la justicia.

Aquí se habla del galardón que recibirán los maestros de la Palabra de Dios. Porque, en efecto: ¿Quiénes pueden ser estos «*entendidos*» («doctos», «sabios», etc.) que enseñan la justicia a muchos, sino los que difunden y exponen la verdad del Evangelio?

La referencia no puede ser sino a los que enseñan al prójimo a ser sabios para la salvación que es en Cristo Jesús (1.ª Tim. 3:16), los que consiguen —no por su propio ingenio o persuasión, sino por la verdad intrínseca de la Palabra expuesta— que muchos se vuelvan de la impiedad y la iniquidad y empiecen a andar por el camino de la justicia.

La última oportunidad que tuvo Israel fue precisamente este derramamiento de verdad, esta luz de la Palabra traída por Juan el Bautista, Jesús y sus apóstoles. El tiempo de la manifestación del Mesías prometido, de su rechazo y crucifixión, de su resurrección y ascensión a los cielos y, finalmente, el de la predicación del Evangelio a todo el pueblo en el poder de la plenitud del Espíritu Santo. Aunque menospreciados por sus compatriotas, estos hombres tienen que vivir de la esperanza final; su labor será reconocida por Dios y su ejemplo brillará eternamente. La misión del cristiano en el mundo, para siempre jamás, será ésta: ser luz delante de los hombres. Al entregar la Palabra de vida iluminamos el mundo de la única luz que puede disipar sus tinieblas. Una vez, nosotros también fuimos tinieblas, pero ahora

somos «luz en el Señor». La recompensa estriba en la misma satisfacción de ser luz, en brillar, y ello perpetuamente (*cf.* 1.ª Cor. 15:41, 42).

Si uno piensa en la influencia que los escritos de Juan, Pablo, Pedro, etc., han ejercido en el mundo, para salvación y consuelo, para instrucción y edificación, se siente tentado a afirmar que, desde la tragedia del año 70 —ejemplo del justo juicio de Dios a un pueblo impenitente—, no hay estrellas que brillen más que aquellas que reflejan la luz recibida de su Señor, los apóstoles en primer lugar y los maestros de la Palabra después de ellos. Esta galería de personajes es tan ilustre como la de los héroes de la fe de Hebreos 11, porque aquí a la heroicidad se une la fidelidad a la Palabra y la lealtad a Cristo (*cf.* Apoc. 1:2, 9). No puede haber fulgor más excelso.

5. Muchos correrán de aquí para allá.

Se han dado varios significados a estas palabras del versículo 4. Sin embargo, no es difícil ver el parecido que tienen con las del primer Evangelio: «*Id y haced discípulos a todas las naciones*» (Mat. 28:19). Los discípulos obedecieron este mandato y salieron, predicando en todas partes la gloriosa nueva de Jesucristo.

El vocablo «correrán» en Daniel 12:4 no es el que más generalmente se emplea para designar la acción de correr. La *Concordancia* de Strong afirma que la palabra aquí empleada significa más bien «viajar», «ir de un lado para otro». Lo que ayuda de manera más decisiva a fijar el sentido es el hecho de que la mayoría de las veces en que aparece en la Biblia este vocablo va acompañado de las palabras «de aquí para allá», con lo que se significa un recorrido completo. Por ejemplo, en 2.° Cr. 16:9 leemos: «porque los ojos de Jehová contemplan (lit. "recorren de

acá para allá") toda la tierra». Jeremías dice: «Recorred (lit. "recorred de acá para allá") las calles de Jerusalén, y mirad ahora, e informaos» (Jer. 5:1); y de nuevo: «Lamenta, oh Hesbón...; clamad, hijas de Rabá..., y rodead ("recorred de acá para allá", lit.) los vasallos...» (Jer. 49:3). Igualmente, Amós dice: «desde el norte hasta el oriente discurrirán (lit. "correrán de acá para allá") buscando palabra de Jehová y no la hallarán» (Am. 8:12). En Zacarías se halla idéntica expresión: «Estos siete son los ojos de Jehová que recorren (lit. "recorren de acá para allá") toda la tierra» (Zac. 4:10).

Difícilmente encontraríamos una expresión más idónea para describir la actividad misionera de la Iglesia, a la cual ésta es incitada por el Señor. Dicha expresión armoniza con lo que afirma Pablo en Romanos 10:14, 15 cuando cita Isaías 52:7. El mensajero del Evangelio es a menudo descrito como un *corredor,* uno que tiene que recorrer de acá para allá, dada la urgencia que hay de comunicar la buena nueva de que es portador (Hab. 2:2, 3).

6. Y la ciencia aumentará.

¿Con qué finalidad correrán los mensajeros del Evangelio? ¿Qué resultados esperan obtener? El conocimiento de Dios aumentará, es decir: el conocimiento redentor de las verdades evangélicas. Aquí, «*ciencia*» se refiere, indudablemente, al conocimiento del verdadero Dios, exactamente como en Juan 17:4; 1.ª Cor. 15:34; Col. 1:10. El mundo se halla sumido en las tinieblas de la ignorancia. Pablo describe esos tiempos como «*los tiempos de esta ignorancia*», cuando incluso los griegos, que hacían alarde de su saber, tenían que erigir un templo «al dios desconocido» (Hech. 17:23-30); tal era el desconocimiento en que se hallaban de las realidades espirituales y divinas.

Dios mismo había dicho a los israelitas hacía siglos: «Mi pueblo perece porque no tiene conocimiento» (Os. 4:6). He ahí, pues, cómo ambas cláusulas se relacionan estrechamente. «*Muchos correrán de acá para allá*» y, como consecuencia, la ciencia de Dios (teología) aumentará. Esto se cumplió plenamente en los primeros predicadores del Evangelio y debería estar cumpliéndose siempre en la vida de la Iglesia hasta que el Señor vuelva.

«El conocimiento divino que tenían los apóstoles (divinamente comisionados y asistidos por el Espíritu Santo) —escribe Farquharson— fue extendido tanto por ellos como por los primeros discípulos con verdadera urgencia, yendo de acá para allá sin descanso. Este conocimiento es superior a todo otro conocimiento que el hombre pueda adquirir, porque se trata de una ciencia que le es dada de arriba y que el hombre, por sí mismo, no podrá jamás descubrir... En este sentido, la profecía de Daniel se cumplió al pie de la letra.»

Esto constituye la contrapartida de Amós 8:12. Y es la consecuencia lógica del versículo 3 de este capítulo 12 de Daniel.

Sobre la importancia del conocimiento, remitimos al lector al capítulo 2 de este mismo libro.

Entendido así el versículo 4, la profecía llega a su fin de la manera más adecuada. Consigue comunicarnos el propósito anunciado. En cambio, si interpretamos este texto como haciendo alusión a los modernos progresos de las ciencias y las técnicas aplicadas para el confort de nuestra actual civilización (trenes, aviones, automóviles, televisión, energía atómica, etc.), introducimos en la profecía elementos extraños a la misma que son anacrónicos e incongruentes, aparte de no dar al vocablo «ciencia», o «conocimiento», el significado que tiene en hebreo.

Haremos bien en no caer en tal absurdo hermenéutico.

7. ¿Cuándo será el fin?

«Y yo, Daniel, miré, y he aquí otros dos que estaban en pie, el uno a este lado del río, y el otro al otro lado del río» (v. 5).

El «río» aquí es el Tigris. Y la escena que Daniel describe para el colofón de su profecía es de lo más solemne, puesto que se trata de la pregunta que formula uno de los dos seres celestiales al Varón vestido de lino (véase el cap. 10 cuando estudiamos la gran visión en que Daniel contempló la gloria del Señor) y la respuesta que recibe de éste:

«Y dijo uno al Varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río: ¿Cuándo será el fin de estas maravillas?

»Y oí al Varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, el cual alzó su diestra y su siniestra al cielo, y juró por el que vive por los siglos, que será por tiempo, por tiempos, y la mitad de un tiempo...» (vs. 6, 7).

¿Cuándo será el fin? Ya hemos estudiado el sentido de esta expresión —«el fin»— y hemos aprendido que se refiere no tanto al punto final de la historia de la humanidad como a todo el período último de la historia del pueblo judío. Es decir: la última etapa de aquella era que constituyó la postrera de vida nacional para Israel en los tiempos antiguos. Por supuesto, se trata de la duración de aquel tiempo de angustia que señala el versículo 1. Es el tiempo sobre el que Jesús mismo habló y lloró, el tiempo de la tribulación de los judíos: «días de venganza, o retribución, *para que se cumplan todas las cosas que están escritas»* (Luc. 21:22). *«Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados»* (Mat. 24:22). Es en relación con la duración de *«aquellos días»* de angustia incomparable para Israel que se le formula la pregunta al Varón vestido de lino.

La respuesta debe ser meditada cuidadosamente: *«un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo.* Y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas serán cumplidas» (v. 7). La información que ofrece este versículo es tan clara que debería ser suficiente para identificar la época en que la profecía de Daniel fue cumplida. Porque en la contestación del Varón vestido de lino se detallan algunos puntos verdaderamente orientadores:

1) la duración del período final, de «la angustia cual nunca fue hasta entonces»;
2) cuál sería el término de toda aquella serie de acontecimientos, predichos en toda la profecía.

Que Daniel, al escuchar tales palabras, no comprendiera por el momento (v. 8), es, hasta cierto punto, comprensible. Mas no lo es tanto para quienes leemos el texto a la luz de la historia y los eventos que vienen a confirmar punto por punto el cumplimiento de lo predicho por el Varón vestido de lino.

En relación con el segundo punto —el término de los acontecimientos que configuran la última etapa del pueblo judío—, el último evento, el acto final, se dice claramente que consistirá en *«la dispersión del poder del pueblo santo»*, y entonces *«todas estas cosas»* —la totalidad de la profecía concerniente a la nación judía— *«serán cumplidas»*. Palabras que van en la misma dirección que las que pronunció Jesús al responder también sobre cuándo sería el fin de aquellos días de angustia y tribulación sin límites: *«y serán llevados cautivos a todas las naciones»* (Luc. 21:24). Esto confirma definitivamente la exégesis que

hemos llevado a cabo de estos últimos capítulos. Porque en ellos se describe aquello que fue cumplido plenamente en el tiempo —y previamente— de la destrucción de Jerusalén y la dispersión del poder del pueblo santo por los romanos en el año 70 de nuestra era. Además, se halla en perfecta armonía con el mensaje de Jesús en el Monte de los Olivos, cuya exposición insertaremos a modo de Apéndice.

1) *La duración del período final.*

«Un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo.»

Antes de la dispersión del «pueblo santo» —en cumplimiento, asimismo, de un juicio que Moisés ya les había anunciado a sus compatriotas (Deut. 28:49-68; véase, especialmente, el v. 64)—, como acontecimiento previo a la destrucción de Jerusalén y la ruina final, el pueblo judío iba a vivir el «tiempo de angustia», los «días de retribución» (o venganza), que habrán de durar «un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo», expresión que la mayoría de comentaristas entienden como tres años y una parte de la mitad (no necesariamente la mitad completa siempre); cada tiempo vale para un año, y la expresión «tiempos» se supone que indica dos años. Al no citarse ningún hecho concreto que indicara el comienzo de estos tres años y medio —o tres años y una fracción—, Daniel exclama: «Yo oí, mas no entendí. Y dije: Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?» (O como traduce la *Biblia de Jerusalén*: «¿cuál será la última de estas cosas?») En respuesta a dicha pregunta, el Varón vestido de lino explica mucho más de lo que le había sido pedido. Pero para el orden de nuestro estudio, observemos, en primer lugar, la contestación que va directamente a disipar la ignorancia de Daniel sobre lo que deseaba saber. «¿Cuál será el fin...?», había preguntado; en los versículos 11 y 12 obtiene la respuesta: «Y desde el tiempo que sea quitado el continuo sacrificio hasta la abominación desoladora, habrá *mil doscientos noventa días*. Bienaventurado el que espere y llegue a *mil trescientos treinta y cinco días.*»

Las dos medidas de tiempo que aquí se ofrecen —1.290 y 1.335 días— caen ambas dentro del período de «un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo» (es decir: tres años y la parte de un año). Como escribe Philip Mauro, «ello nos lleva todavía más a confirmar que "un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo" significa tres ciclos completos de las fiestas anuales judías y una porción de la cuarta. Por esta respuesta es dable comprobar de nuevo que la pregunta de Daniel hacía referencia a la *misma época final* de la historia judía; porque fue en esta postrera etapa de su existencia nacional cuando el sacrificio diario cesó, cosa que para ellos era considerada como presagio de alguna terrible calamidad. Y esto fue precisamente lo que ocurrió en los días del sitio de Jerusalén.»

a) *«Desde el tiempo en que sea quitado el continuo sacrificio hasta la abominación desoladora»* (v. 11).

El «sacrificio diario» era la ofrenda de un cordero por la mañana y otro por la tarde, continuamente. Se trataba de una ordenanza que los hijos de Israel estaban llamados a guardar de generación en generación y a la que se le añadía una promesa especial de bendición (Ex. 29:38-45). Es notorio y sobradamente reconocido por los historiadores, que «el sacrificio continuo» dejó de celebrarse durante el asedio de Jerusalén por las legiones romanas. Tal circunstancia fue interpretada por los judíos como algo muy grave, anticipo seguro de algún desastre inminente. Josefo ha conservado memoria del acontecimiento, dándonos incluso las fechas del mismo:

«Entonces, Tito dio órdenes a sus soldados para que socavaran los cimientos de la Torre Antonia y abrió un pasadizo adecuado para que su ejército pudiera pasar por él...; había sido informado de que, aquel mismo día, que era el 17 de Panemus, el sacrificio llamado "sacrificio diario" había dejado de celebrarse y ya no se sacrificaba más a Dios por falta de hombres que pudieran hacerlo; al parecer, el pueblo se hallaba terriblemente angustiado por este hecho» (*Guerras judías,* VI, 2, 1).

El ejército romano sería luego identificado por Jesús mismo como «la abominación desoladora» (Mat. 24:15, 16 y Luc. 21:20, 21); y esta «abominación» acampó, rodeándola, la ciudad de Jerusalén. Aparentemente, el testimonio de Josefo parece decir que primero tuvo lugar la abominación desoladora y luego fue quitado el sacrificio, que es el orden inverso de lo que escribe aquí Daniel. «Pero no hay nada en los verbos que se emplean en la profecía —escribe Farquharson— que indique cuál de los eventos fue el primero; solamente se indica el intervalo de tiempo entre ellos.»

El primer ataque de las huestes romanas, bajo el mando de un tal Cestio, nos dice Josefo en sus *Guerras judías* (II, 17, 10), tuvo lugar en el mes que corresponde a nuestro Noviembre, cuando corría el año 66 d. de C. El «sacrificio continuo» dejó de celebrarse en el mes de Panemus —equivalente del hebreo Tamuz— y que corresponde a nuestro Julio; esto ocurría el año 70 d. de C. Así, la medida de tiempo entre los dos acontecimientos es exactamente la de tres años y una parte del cuarto año. El período de 1.290 días es exactamente el que corresponde a 43 meses completos del calendario hebreo (en el que cada mes tenía 30 días), y dado que la práctica común entonces era contar incluso semanas, meses y años, vemos el cumplimiento de esta parte de la profecía en el hecho de que sean 43 meses los que median entre los dos acontecimientos, ignorando las partes, la fracción, de los dos meses en que los acontecimientos tuvieron lugar. Hay que tener en cuenta, además, que el Calendario hebreo era muy elástico y no podía fijarse por anticipado. El año israelita tenía doce o trece meses, de veintinueve o treinta días. El comienzo se fijaba casi siempre en primavera, el primer día de Nisán. El inicio de cada mes se determinaba por la aparición de la luna nueva en cada caso. Por idéntico procedimiento se disponía, al final del año, un mes adicional, cuando era necesario. Acerca del cómputo de la nueva luna, clave del Calendario hebreo, la Biblia no suministra información alguna. El lector puede consultar algún *Diccionario Bíblico* y buscar los artículos «Calendario», «Cronología», «Año» y «Mes». En cualquier caso, el cómputo equivale a la cifra aproximativa que ofrece Daniel de tres tiempos y una parte indeterminada de un cuarto tiempo. Quizá más importante es subrayar la idea de intensidad quebrada al final que quiere comunicar la frase empleada en esta profecía y otras similares. La idea es que habrá una experiencia cuyo rigor será doblado («un tiempo y tiempos»), pero que luego tal intensidad será súbitamente quebrantada, interrumpida, a «la mitad de un tiempo»; es decir: repentinamente cesará la prueba.

b) *«Bienaventurado el que espere y llegue...»* (v. 12).

Dichoso el que sepa esperar y alcance mil trescientos treinta y cinco días, es decir: 44 meses y medio. En conexión con esto tenemos el relato histórico del hecho que el asedio se detuvo alrededor de un mes y medio después que el sacrificio cesara —Tito había conseguido, repentinamente, la ciudad alta, la última fortaleza de los sitiados—. Esta última

acción guerrera aconteció —según Josefo— el séptimo día del mes hebreo de Elul, que corresponde a nuestro Septiembre; de modo que la duración del asedio después que cesara el «sacrificio continuo» fue aproximadamente de un mes y medio (*Guerras,* VI, 8, 4, 5). Que aquellos días fueron acortados (como el Señor prometiera) por alguna clase de intervención divina, viene indicado por la manera abrupta e inesperada en que cayó la última fortaleza de la ciudad. Josefo explica que entonces la facción dominante de Jerusalén —a la que llama «los tiranos»— se sintió totalmente impotente, y los tiranos se lanzaron desde lo alto de la torre, de común acuerdo; «desde aquellas almenas en donde no hubieran podido ser tomados por la fuerza... Abandonaron la torre por sí mismos; o más bien, *fueron echados de ella por Dios*... Los romanos apenas podían creer que aquello fuese cierto» (*Guerras,* ibíd.).

¿Por qué tilda de «dichosos» —o «bienaventurados», es lo mismo— a los que alcancen los mil trescientos treinta y cinco días? Acaso tenga que ver con el hecho de que Tito perdonara la vida a los supervivientes, y hasta incluso concediera la libertad a los que manifiestamente habían sido enemigos de los «tiranos» (*ibíd.,* 9, 1). No obstante, como señalan Mauro y Farquharson, la bendición o dicha que se anuncia en este versículo parece indicar algo más elevado. En relación con el mismo período, Jesús dijo: «*Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo*» (Mat. 24:13). Es incuestionable que tales palabras del Señor son una promesa a los fieles que perseveran en la fe a lo largo de los siglos; pero, situadas en este contexto de la destrucción de Jerusalén, tienen especial referencia para aquellos que soportarán hasta el fin las pruebas terribles de la última gran guerra judía, cuya operación final consistirá en la ruina del mismo Templo. Estas pruebas, muy severas, no son sino la

continuación de todas las otras que Jesús les enumeró previamente: falsos profetas, falsos cristos, falsas señales, etc., que hubieran sido capaces de apartar de la fe aun a los escogidos, si el Señor no hubiera intervenido poniendo fin a aquel horror. A todos cuantos soportaron estos sufrimientos, tentaciones, pruebas y angustias en las que el dolor físico iba unido a la tortura moral y a la desesperación espiritual como si Dios hubiese abandonado definitivamente al pueblo, a todos cuantos supieron perseverar y alcanzaron el final de la contienda, Dios les prometió una bendición especial, bendición que ni las galeras ni las cadenas podrían arrebatarles jamás.

Aquí esta profecía queda conectada con la de las setenta semanas, cuyo fin es el mismo que se describe aquí: la ruina de Jerusalén y de su Templo.

2) *Más sobre el período final.*

Acerca del período «un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo», Ph. Mauro cita al Dr. Taylor, cuyo comentario es esclarecedor:

«No podemos menos de mencionar las singulares coincidencias que presenta esta expresión numérica por su frecuente empleo tanto en la historia como en la profecía. La sequía en días de Eliseo duró tres años y seis meses. El cuerno pequeño que apareció en la cabeza de la cuarta bestia aparece en Daniel 7 persiguiendo a los santos, los cuales "le son entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo" (Dan. 7:25). El ministerio público del Mesías iba a durar media semana de años; es decir: por tres años y medio. Su Evangelio tenía que ser predicado a los judíos después de su ascensión por otra media semana, antes de que fuera proclamado a los

gentiles. En Apocalipsis se dice que una mujer que huye al desierto para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días (Apoc. 11:6); en el mismo libro se afirma que la santa ciudad será hollada cuarenta y dos meses, es decir: tres años y medio. También los dos testigos de Dios (Apoc. 11:3) tienen que profetizar por mil doscientos sesenta días y, asimismo, la bestia (Apoc. 13:5) recibe autoridad para actuar cuarenta y dos meses.

»Todo esto —este cúmulo de maravillosas coincidencias— señala la existencia de alguna oculta armonía que todavía no ha sido descubierta. Podría añadir que tres y medio es la mitad del número *siete*, que ha sido reconocido como el símbolo de lo perfecto. La lámpara sagrada tenía siete brazos; el año séptimo era el Año Sabático; y al cabo de los siete sietes —o Años Sabáticos— venía el Jubileo. Así, los setenta años de la cautividad fueron convertidos en la base de los siete sietes de años que tenían que transcurrir desde el tiempo en que fue promulgado el edicto para reconstruir Jerusalén hasta la aparición del Mesías en Belén. No sé cómo valorar todo esto. Reconozco francamente que me espolea para que trate de encontrar una razón detrás de todo ello. Me limito a plantear la cuestión, a exponer los hechos. Que el lector los considere, los pondere y llegue a sus propias conclusiones. Todo ello nos enseña cuánto hay, no sólo en la profecía sino también en la historia, que se halla más allá de nuestra inteligencia...»

La evidente presencia de estas cifras en tantos textos bíblicos ha conducido a algunos comentaristas a formular la hipótesis de que se trata de números simbólicos (*cf.* Apéndice 3). Esta es la opinión de W. Hendriksen, por ejemplo, quien en su excelente estudio sobre Apocalipsis, *Hacemos más que vencer*, escribe sobre Apocalipsis 11:

«Se describe como "un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo" esta época en que la Iglesia experimenta tanto lo malo como lo bueno, la persecución de Satanás y la protección especial de Dios, lo que hace imposible al diablo un ataque directo contra la Iglesia para destruirla. Este es el período crepuscular en que el pueblo de Dios es sustentado con el maná de la Palabra y goza de un poco de tolerancia, habiendo preparado el Señor para ellos un lugar en el desierto. Este es el período durante el cual los testigos (Apoc. 11) profetizan y se proclama el evangelio por todas partes. Es seguido por "tres días y medio" en que se mata a los testigos, y sus cadáveres yacen en la ancha avenida de la gran ciudad (Apoc. 11:7-19). Es la batalla de Armagedón. Estos tres días y medio, a su vez, son seguidos por el día del juicio. Es evidente, por lo tanto, que el período descrito como "un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo" empieza en el momento de la primera venida de Cristo —su nacimiento, ministerio, cruz y exaltación a los cielos— y se extiende hasta un tiempo muy cercano a su segunda venida para juicio. Un estudio cuidadoso de Apocalipsis 20 confirmará nuestro punto de vista. En este capítulo también el período largo, cuando la Iglesia es sustentada "lejos de la presencia de la serpiente", de modo que se refrena o restringe la influencia de Satanás —en otras palabras, el diablo es "atado"—, es seguido por un intervalo corto, cuando el diablo congrega a los ejércitos de Gog y Magog contra "el campo de los santos", y este intervalo corto es seguido por la segunda venida de Cristo para el juicio (Apoc. 20:11-15). Haga usted una comparación entre los capítulos 11, 12 y 20 de Apocalipsis; ¡encontrará un paralelo notable!

»En todos estos capítulos tenemos el siguiente orden:

UN PERIODO LARGO *La época evangélica*	3 ½ DIAS	EL DIA DEL JUICIO
«cuarenta y dos meses», «mil años», «un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo», «mil doscientos sesenta días» (Apoc. 11:2, 3; 12:6, 14; 13:5; 20:2-5).	Lea usted Apoc. 11:7, 9; 13:7; 20:7-10.	Lea usted Apoc. 11: 11, 12; 11:16-19; 14:14-20; 20:11-15.

»Vemos inmediatamente que no hay mucha diferencia entre los tres modos de designar este período que hallamos en los capítulos 11, 12 y 13. En realidad, 42 meses son iguales a 1.260 días, y ambos son iguales a "un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo", si se interpreta la palabra "tiempo" como significando un año y "tiempos" dos años. En todos los tres casos estamos tratando con un período que se designa como tres años y medio.

»Ahora es lógico preguntar: ¿Por qué se usa el término "tres años y medio" para caracterizar este período largo? Para contestar tenemos que recordar que durante la dispensación antigua había un período de tres años y medio que el pueblo de Dios no podía olvidar. Fue un período de aflicción, pero también un período cuando se manifestó el poder de la Palabra de Dios (1.° Rey. 17; comp. con Stg. 5:17). Al comparar Santiago 5:17 con Apocalipsis 11:6, se ve inmediatamente que el apóstol estaba pensando en los días de Acab y Elías. Durante aquel período de tres años y medio la Iglesia de Dios era perseguida (1.° Rey. 18:10, 13), pero no destruida (1.° Rey. 18:4, 39; 19:18). La Palabra de Dios demostraba su gran poder (1.° Rey. 17:1), Elías y otros eran alimentados por Jehová de una manera milagrosa (1.° Rey. 17:4-16). Asimismo, durante el largo período actual de la actividad evangélica, empezando con la primera venida de Cristo y extendiéndose casi hasta la segunda venida, se persigue a la Iglesia pero no se la destruye. La Palabra de Dios ejerce una poderosa influencia. El pueblo de Dios recibe alimento espiritual.

»Esto ocurre primero en el libro de Daniel (7:25), es decir: la expresión "un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo". Es el período del Anticristo. Ahora Juan acentúa el hecho de que el espíritu del Anticristo ya está en el mundo (1.ª Jn. 4:3). Por lo tanto, en el Apocalipsis, este período de tres años y medio se refiere a la época evangélica entera y es seguido por los "tres días y medio" cuando "la bestia que sube del abismo" —el mundo anticristiano en su aspecto final— matará a los testigos y hará callar la voz del Evangelio» (comp. Apoc. 11:7-10) (W. Hendriksen, *Hacemos más que vencer,* pp. 153-155).

Es, pues, evidente que dicha expresión se produce en los momentos decisivos de la historia del pueblo de Dios. Nada tiene de extraño, por consiguiente, que aparezca tanto en la prueba final del pueblo de Dios del Antiguo Testamento —en el año 70— como en los conflictos últimos del pueblo de Dios del Nuevo Testamento cuando la «bestia que sube del abismo» batallará en contra de los fieles. En todo caso, se trata del mismo misterio de iniquidad que obra en el mundo constantemente hasta que sea destruido en el último día. Pero en todos y cada uno de los ejemplos que suministra la historia bíblica su poder se halla controlado por Dios. Y siempre su trayectoria queda

descrita como la mitad de siete; es decir: nunca alcanza la perfección; al contrario: sus manejos son sorprendidos por la intervención del Señor, quien siempre tiene la última palabra.

De modo que, bien interpretado literal o simbólicamente, el pasaje encaja perfectamente en la interpretación que proponemos de esta profecía. La enseñanza es siempre la misma: el pueblo judío, como nación, fue destruido por su propio pecado, si bien los instrumentos del juicio divino fueron paganos impíos; mas Dios, que controla la historia, salvó al remanente fiel de aquella tribulación (Mat. 24:14 y 22). Paralelamente, cuando venga el Fin definitivo, previo a la segunda venida de Jesucristo, la Cristiandad nominal podrá ser aniquilada, pero no el verdadero pueblo de Dios.

8. Muchos serán limpios, y los impíos procederán impíamente.

«El respondió: Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. Muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados; los impíos procederán impíamente, y ninguno de los impíos entenderá, pero los entendidos comprenderán» (vs. 9-10).

He ahí uno de esos casos que presenta Pedro en su primera carta: «*Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellas*» (1.ª Ped. 1:10, 11).

Se le concedió a Daniel enterarse de mucho de lo que iba a ocurrir en el segundo y último período de la historia nacional judía antes de la venida de Cristo al mundo, pero, no obstante, había algunas

cosas de esta postrera etapa que debían quedar selladas y cerradas hasta que el tiempo se cumpliese y Cristo mismo las revelara y expusiera, y aun entonces no a todos, sino solamente a los «entendidos» espiritualmente.

Y así ocurrió, en maravilloso cumplimiento, cuando Jesucristo llevó a cabo su ministerio, tal como lo relatan los evangelistas. Estos autores inspirados nos relatan el gran contraste que Jesús mismo establecía entre aquellos que llamaba «*generación perversa*» y los pocos que le siguieron porque teniendo oídos escucharon y teniendo ojos vieron. Dicho contraste se pone de manifiesto en las conocidas palabras del Maestro: «Te alabo, Pedro, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos y las revelastes a los niños» (Mat. 11:25). Aquí, los «niños» son los verdaderamente sabios según Dios; de ellos, después de haber resucitado, está escrito que el Señor les abrió el sentido de las Escrituras para que pudieran comprender (Luc. 24:45). Más aún, fue a los apóstoles —a éstos a quienes abrió el entendimiento para que comprendieran la Palabra de Dios— a quienes dio las revelaciones especiales concernientes a la entonces cercana destrucción de Jerusalén, como explicamos en el Apéndice dedicado al mensaje del Monte de los Olivos.

Los versículos 9 y 10 constituyen una visión del tiempo de Cristo, de la era específica en que el Mesías mismo daría a los entendidos la facultad de comprender exactamente estas mismas cosas que tanto interesaba a Daniel conocer. Y ése fue también «el tiempo del fin» de aquella mismísima porción de la historia judía a que se refiere la presente profecía. Resulta significativo que, al mismo tiempo, hubiese otro grupo de personas, llamadas por Cristo «mala (o perversa) generación» (Mat. 12:45), que con-

tinuaron haciendo el mal, hasta el punto de poner sus manos encima de su propio Mesías y, con impiedad, entregarlo a la cruz. ¿Cómo podría darse un más exacto cumplimiento de las palabras: *«los impíos procederán impíamente y ninguno entenderá»*?

Estas palabras tienen que ver, además, con algo muy definido y muy importante para la profecía. No es cuestión de repetir una verdad de Perogrullo: los impíos obran impíamente, sin más. No. Se trata de un acto de impiedad concreto y monstruoso; un acto de impiedad enorme que sólo una generación caracterizada por la perversidad y la falta de conocimiento sería capaz de perpetrar. Es, en realidad, lo mismo que fue predicho por Daniel 9:24 como *«terminar la prevaricación»*, o como dice Pablo en Hechos 13:27: *«Porque los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes, no conociendo a Jesús, ni las palabras de los profetas que se leen todos los días de reposo, las cumplieron al condenarle.»*

Philip Mauro escribe: «La ingenuidad de los expositores ha sido espoleada por el esfuerzo de querer aplicar estas palabras a los últimos días de nuestra época. Nos damos cuenta de la natural propensión de la mente a utilizar pasajes como éste y buscarles un cumplimiento en los últimos días de esta presente dispensación; con todo, parece extraño que el cumplimiento sencillo y llano al cual llamamos la atención haya sido pasado por alto. En tiempos recientes ha surgido una raza de expositores que ha elaborado un esquema de las profecías de Daniel y encuentra, además, un secreto placer en repetir que "los entendidos comprenderán", como si así todos estuviéramos obligados a creer que ellos se encuentran entre los entendidos y que tal exclamación constituye una prueba inequívoca y convincente de lo acertado de su propio esquema. Estos expositores dan por supuesto que "el tiempo del fin" tiene que referirse forzosamente al término de nuestra propia dispensación —como si la nuestra fuera la única que tenga que tener fin y las otras no.»

«Muchos serán limpios y emblanquecidos y purificados» es la frase con que comienzo el versículo 10, haciendo contraste con lo que sigue inmediatamente después: *«los impíos procederán impíamente»*. Es fácil ver quiénes son, en los postreros días del judaísmo veterotestamentario, *«los emblanquecidos y purificados»* en la sangre de Jesucristo. Su fe fue probada, pero en medio de todas las experiencias amargas que tuvieron que sufrir descolló que pertenecían a los que han lavado sus vestidos en la sangre del Cordero. ¿No leemos al comienzo del libro de Hechos que fueron miles los que se salvaron y que incluso de los «sacerdotes» hubo muchos que se hicieron obedientes a la fe? Esto significa que primero fueron *«limpios, emblanquecidos y purificados»* y después soportaron fielmente la prueba; de éstos, y de nadie más, podía decirse en Jerusalén —la Jerusalén asediada, tomada, destruida, hollada y profanada por los romanos y la impiedad de la *«mala generación»*— que eran entendidos para comprender las cosas que sucedían en aquellos días. A ellos, más que a nadie, fue dado comprender lo que acontecía a la ciudad y al santuario *«al cabo del tiempo»*.

Mas, en contraste con los *«entendidos»*, tenemos igualmente el testimonio de que ninguno de los inicuos e incrédulos (es decir: aquellos que rechazaron a Cristo y su Evangelio y encarcelaron o mataron a sus mensajeros) comprendió nada de lo que sucedía. Por el contrario, hasta el mismo día de la captura del Templo se dejaron engañar por falsos profetas que les prometían un milagro en la última hora. Sobre el particular poseemos nuevamente el testimonio de Josefo (*Guerras judías*, V, 11,2, y VI, 5, 2).

Pero los «*entendidos*» —los iluminados por la Palabra de Dios y el Espíritu de Cristo— comprendieron la profecía y se aseguraron su salvación.

9. Una última palabra para Daniel.

Daniel pregunta por el fin de los postreros tiempos de su pueblo como nación. Ahora el Señor quiere hablarle de su propio fin, con una palabra de consuelo: «*Y tú irás hasta el fin* (o más lit., "*hacia el fin*") *y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días.*»

También Daniel tendrá su «herencia» en la resurrección final. Aunque avance su mirada hacia el futuro, hacia el destino de su pueblo, él no podrá vivir hasta entonces; descansará (morirá), pero para levantarse, luego, en la gloriosa resurrección final. Así, todas las calamidades, todos los sufrimientos de esta vida no son de comparar con la gloria venidera que espera a los que han sido leales a Dios y fieles a su mensaje.

Así termina el libro de Daniel, pero el punto central de su profecía —la destrucción de Jerusalén por el justo juicio de Dios— fue asumido por el Señor mismo y convertido en uno de los dos grandes temas de su último discurso profético (Mat. 24 y 25). De modo que la profecía de Daniel, en cierto modo, es algo así como la introducción al mensaje del Monte de los Olivos.

APENDICES

1. Discusión de las objeciones de la crítica
2. La gran apostasía y el hombre de pecado en Pablo y en Daniel
3. El lenguaje de los números
4. Las profecías de Jesús en el discurso del Monte de los Olivos

APENDICE 1

DISCUSION DE LAS OBJECIONES DE LA CRITICA RACIONALISTA Y PRESENTACION DE LOS ARGUMENTOS POSITIVOS EN FAVOR DE LA AUTENTICIDAD DE DANIEL

1. Los motivos, o razones, pretendidos por la crítica.

Son tres básicamente: las predicciones, el lenguaje y los datos históricos.

a) *Las predicciones.*

Las predicciones, tan bien descritas, con todo lujo de detalles a veces, muchas de las cuales se cumplieron en el período de tiempo que va desde Daniel hasta la venida de Cristo, han despertado el asombro de creyentes e incrédulos. Finalmente éstos se deciden por negar la autenticidad del libro. Tal fue el caso de Porfirio, a quien muy poca gente hizo caso en el siglo III. La *Biblia de Jerusalén* (p. 993) se hace eco de la actitud crítica cuando asevera: «Las guerras entre seléucidas y lágidas y una parte del reinado de Antíoco Epifanes se narran con gran lujo de detalles insignificantes para el propósito del autor..., y, a pesar de su estilo profético, refiere sucesos ya ocurridos... El libro, pues, habría sido compuesto durante la persecución de Antíoco Epifanes..., es decir, entre 167 y 164. Nada hay en el resto del libro que se oponga a esta fecha...» Contrariamente a esta opinión, sostenemos que todo el libro se opone a esta fecha.

La *Biblia de Jerusalén* olvida que es característico de muchos pasajes proféticos el narrar predicciones futuras como si se tratara de hechos ya acaecidos (*cf.* Is. 53, entre otros muchos textos). El Espíritu Santo es libre de escoger el método literario que más le plazca, así como a sus profetas.

En realidad, esta objeción equivale a una clara manifestación de incredulidad, pues revela falta de fe en el elemento sobrenatural que envuelve toda profecía bíblica. Hengstenberg, el gran erudito alemán del siglo pasado, escribía: «No hemos de olvidar jamás que es de arriba que cada profeta recibía su parte del espíritu profético, y que éste dependía solamente en parte de la medida de receptividad del profeta» (*Cristología,* vol. I, p. 164).

Cristo mismo vindicó la autenticidad y genuinidad del libro de Daniel (véanse las siguientes citas en el Nuevo Testamento: Mat. 10:23; 16:27 y ss.; 19:28; 24:30; 25:31; 26:64). Otros profetas de la cautividad, como Ezequiel (a quien nadie niega haber vivido en el siglo VI a.C.), conocieron a Daniel (Ez. 14:14). Las alusiones a Daniel en los apócrifos judíos escritos en el período intertestamentario; el conocimiento que de él tenían historiadores como Josefo, etc., todo ello forma un conjunto de evidencias demasiado grandes para negar a Daniel la fecha tradicional.

El recurso de la *Biblia de Jerusalén* negando que Ezequiel 14:14 se refiera al mismo Daniel que escribió este libro, es demasiado ingenuo, por no decir otra cosa, para que pueda prestársele la menor atención.

Las «razones» que aportó Porfirio son curiosamente parecidas a las que presentan los críticos liberales y los católicos modernos: «Estas razones —escribe Edward J. Young— consistían en alegar la exactitud sorprendente con la que se describen las épocas que presenta Daniel, las supuestas equivocaciones históricas del libro y el pretendido idioma tardío que emplea la profecía. A veces, sin embargo, parece que una actitud de aversión hacia el carácter sobrenatural del libro es lo que ha conducido a los hombres a negar su carácter profético» (*New Bible Commentary,* p. 669).

b) *El lenguaje.*

Se ha objetado en contra de la paternidad literaria de Daniel que en el mismo se hallan palabras *arameas,* las cuales delatan una fecha más tardía que la del tiempo en que vivió. También se ha objetado por la presencia de tres vocablos griegos, lo cual piensan algunos críticos que es indicio seguro de fecha más tardía. Pero, como apunta E. J. Young, el arameo usado en Daniel es el llamado «arameo Real», o «Reich», introducido en Persia por Darío I. ¿Qué demuestra tal cosa? Es muy posible que el arameo en que está escrito Daniel en su forma actual sea la modernización de otro arameo más antiguo en el que originalmente estuvo escrito el libro. Cosa muy frecuente y que solían hacer los escribas a menudo, haciendo más inteligible los textos a sus lectores contemporáneos. Por otra parte, aun pudiera ser que Daniel —hombre culto, cuya sabiduría nadie pone en duda— conociera bien el idioma, o las raíces, de lo que poco después de su muerte introdujo Darío I. Las lenguas no evolucionan en un solo día, y menos por real decreto.

La presencia de tres *palabras griegas* para describir instrumentos musicales en 3:5, 10 no constituye ya hoy, tampoco, ninguna razón seria en contra de la genuinidad y antigüedad tradicionales del libro. La más moderna investigación está demostrando que la cultura griega penetró el Cercano Oriente mucho antes del tiempo de Nabucodonosor (*cf.* W. F. Albright, *De la Edad de Piedra al Cristianismo*); aún más:

este rey empleó un buen número de tropas mercenarias griegas. No es, pues, nada extraño que estos soldados trajeran consigo sus instrumentos nativos y los designaran con sus nombres de costumbre dado que era difícil hallar su equivalente babilónico en ocasiones, al menos de manera exacta. J. C. Whitcomb escribe en el *New Bible Dictionary*: «El uso prestado de algunas *palabras persas* con fines técnicos es igualmente consistente con una fecha muy antigua. Porque el arameo de Daniel (2:4 - 7:28) se parece mucho al de Esdras (4:7 - 6:18; 7:12-26) y el hallado en los papiros de Elefantina del siglo v a.C., mientras que el *hebreo* empleado por Daniel se parece al de Ezequiel, Hageo, Esdras y Crónicas mucho más que el de Eclesiástico (libro apócrifo —en las Biblias católico-romanas— del año 180 a.C.).»

Los recientes descubrimientos de fragmentos del libro de Daniel en las cuevas I y IV de Wadi Qumram, mostrando el texto hebreo-arameo y arameo-hebreo, representan un serio golpe contra la crítica y hacen tambalear la posibilidad de una fecha macabea (siglo II a.C.) para el libro (*cf.* W. S. Lasor, *Amazing Dead Sea Scrolls,* 1956, pp. 42-44).

No sabemos por qué Daniel hizo uso del arameo en unas partes de su obra y en otras empleó el hebreo. Tiene razón la *Biblia de Jerusalén* en este punto (p. 993) al decir que de las diversas hipótesis propuestas para explicar esta dualidad, ninguna es convincente, y concluye, acertadamente: «Los procedimientos literarios y la línea del pensamiento son idénticos de un cabo al otro del libro, y esta igualdad es el argumento más fuerte en favor de la unidad de la composición.»

El comienzo del libro está en hebreo. En 2:4 se pasa repentinamente al arameo hasta el final del capítulo 7.

c) *Los datos históricos.*

Las objeciones históricas se centran mayormente en la mención que Daniel hace de Belsasar. Pero este argumento ya ha perdido también toda su consistencia, pues inscripciones cuneiformes han sido encontradas con la mención de Belsasar.

J. C. Whitcomb escribe: «El autor de Daniel demuestra poseer un conocimiento mucho más completo y veraz de los períodos neobabilónicos y la temprana historia de los reyes aqueménides persas que cualquier otro historiador conocido desde el siglo VI a.C.» En relación con Daniel 4, Robert H. Pffeifer escribió: «Jamás sabremos cómo nuestro autor supo que la "Nueva Babilonia" fue la creación de Nabucodonosor (4:30), tal como las excavaciones han demostrado» (R. H. Pfeiffer, *Introduction to the O.T.*, 1948, p. 758). Por lo que se refiere a Belsasar reinando juntamente en Babilonia bajo Nabonid, ha sido un dato asimismo brillantemente vindicado por los descubrimientos arqueológicos (*cf.* R. P. Dougherty, *Nabonidus and Belshazzar,* 1929, y J. Finegan, *Light from the Ancient Past,* 1959, p. 228). En relación con Daniel 6, los estudios recientes han mostrado que Darío el Medo corresponde extraordinariamente bien con lo que se sabe de la Crónica de Nabonid y numerosos documentos cuneiformes de aquel tiempo que se han encontrado en estos últimos años. Ya no es posible atribuir al autor un falso concepto de un reino medo independiente entre la caída de Babilonia y la subida al poder de Ciro (*cf.* J. C. Whitcomb, *Darius the Mede,* 1959). El autor, además, conocía bien las costumbres del siglo VI a.C. en Babilonia, para presentar a Nabucodonosor como un déspota absoluto que hacía y deshacía las leyes de Babilonia a su antojo, de manera absolutamente soberana (Dan. 2:12, 13, 46), mientras que, en cambio, nos describe a Darío el Medo como incapaz de cambiar leyes, cosa que

no hubieran tolerado los medos y los persas (6:8, 9). Además señala exactamente el cambio de castigos: por fuego, bajo Babilonia (Dan. 3); mediante los leones, bajo los persas (Dan. 6), toda vez que para los persas (seguidores de Zoroastro) el fuego era sagrado (*cf*. A. T. Olmstead, *The History of the Persian Empire*, 1948, p. 473).

Sobre la base de una cuidadosa comparación de la evidencia cuneiforme por lo que respecta a Belsasar, con las afirmaciones del quinto capítulo de Daniel, R. P. Dougherty concluyó que «*la opinión de que el quinto capítulo de Daniel se originó en la época de los macabeos está desacreditada*» (*op. cit.*, p. 200). Ahora bien, la misma conclusión se impone en relación con los capítulos cuarto y sexto de Daniel también. Por consiguiente, y dado que todos los críticos son casi unánimes en admitir que el libro es producto de un solo autor (*cf*. Pfeiffer, *Biblia de Jerusalén*, etc.), podemos asegurar que el libro no pudo ser escrito tan tardíamente como en la época de los macabeos.

«La hipótesis de que el autor colocó a Darío I antes que a Ciro e hizo a Jerjes padre de Darío I, ignora el hecho de que Daniel está hablando de Darío el Medo, un gobernador bajo Ciro cuyo padre tenía el mismo nombre que el rey persa más tardío. La Crónica de Nabonid y otros documentos cuneiformes señalan que Ciro le nombró "gobernador de Babilonia y de la región más allá del río". Los críticos, todos, no ponen en duda que el autor era un judío extremadamente inteligente y brillante (*cf*. Pfeiffer). Ahora bien, ningún judío del siglo II a.C. hubiera podido cometer los errores históricos que los críticos suponen cometió Daniel, con lo que se contradicen. Y, máxime, sería todavía más raro pensar que un judío culto incurriera en tamaños dislates históricos. Teniendo Esdras 4:5, 6 ante él, especialmente cuando

pone a Jerjes como cuarto rey, después de Ciro, en Daniel 11:2 (*cf*. A. Bevan, *A Short Commentary on the Book Daniel*, 1892, p. 109).

Además, si hubiera contenido tantos errores, los macabeos del siglo II no le hubieran aceptado como canónico. Esto es obvio. Las gentes cultas de Palestina tenían entonces acceso a los escritos de Herodoto, Beroso, Menander y otros escritores cuyas obras nosotros no conocemos y se hallaban familiarizados con los nombres de Ciro y sus sucesores en el trono de Persia. Ahora bien, estos judíos que rechazaron los libros de los Macabeos, aceptaron el libro de Daniel como veraz y digno de figurar en el Canon judío.

En resumen: Los argumentos corrientes para apoyar una fecha no anterior al siglo II son insostenibles.

El hecho de que el libro fuera colocado en la sección tercera de los libros sagrados judíos («los Escritos») y no en la segunda parte («los Profetas») prueba solamente que Daniel no ocupaba el *oficio* de profeta, aunque poseyó en alto grado el *don* de la profecía. El no administró directamente al pueblo de Israel, fue más bien un hombre de estado en una corte pagana, como antaño lo fuera José.

El que Ben Sira, autor de el Eclesiástico (año 180 a.C.) no mencionara a Daniel entre otros hombres famosos del pasado, ciertamente no prueba que nada sabía de Daniel. Tampoco mencionó a Job, y de todos los jueces de Israel se acordó solamente de Samuel; se olvidó asimismo De Asa, Josafat, Mardoqueo y ¡hasta, incluso, de Esdras! (Ec. 44-49).

2. Argumentos positivos en favor de la autentiicidad del libro de Daniel.

1) El Nuevo Testamento testifica abundantemente de la existencia, antigüedad y autoridad del libro

de Daniel. Cristo se refiere a él (Mat. 7:13). Los apóstoles apelan a su autoridad (1.ª Cor. 6:2; 2.ª Tes. 2:3; Heb. 11:33 y ss.). No es válido decir que Jesús y los apóstoles se acomodaban a la mentalidad de su época, por cuanto la genuinidad del libro se halla tan estrechamente relacionada con la verdad de su contenido —en otras palabras: la *autenticidad* del libro va tan ligada a su *autoridad* y a su *verdad*— que es imposible dudar de su genuinidad sin sospechar al mismo tiempo de su contenido, el cual vendría a ser un fraude que hubiera servido de apoyo a Jesús y a sus discípulos. ¡Inimaginable! Acomodarse a la mentalidad judía (en el caso de hallarse equivocada sobre este particular) hubiera significado confirmar y aprobar un fraude imperdonable.

2) El libro de los Macabeos —compuesto a finales del siglo II, casi en la misma fecha de los acontecimientos que narra— no solamente presupone la existencia del libro de Daniel, sino que delata conocer la versión alejandrina del mismo (1.° Mac. 1:54, comparado con Daniel 9:27; 1.° Mac. 2:59-60, comparado con Dan. 3 y 6), lo que prueba que el libro debió ser escrito antes de este período.

3) La versión griega del Antiguo Testamento conocida como la *Septuaginta* contiene el libro de Daniel. Ahora bien, esta traducción fue hecha, con toda seguridad, antes de la época de Antíoco Epifanes (175/164). Por lo menos, bajo Tolomeo Filadelfo (285/246); es decir, que en el siglo III, en Alejandría, era conocido el libro de Daniel. No sólo los judíos, sino que los gentiles tenían en sus manos las profecías de Daniel tocantes a Antíoco Epifanes.

4) El gran historiador judío Flavio Josefo nos informa del hecho de que Alejandro Magno —implícitamente mencionado (profetizado) en Daniel— vino a Jerusalén el año 332 a.C. y que entonces el sumo sacerdote Jaddua le mostró las profecías de Daniel,

las cuales —nos dice— le impresionaron profundamente. Josefo nos explica con detalle este suceso en sus *Antigüedades*, lib. XI, 8, 4. Que Josefo adornara el dato histórico escueto es probable, pero lo que es innegable históricamente hablando es que Alejandro Magno concedió grandes privilegios a los judíos; algo extraño, dado el carácter del conquistador, sin la intervención de algún hecho extraordinario cual sería el mostrarle un libro antiguo que hablaba por anticipado de él.

5) La inclusión en el Canon judío es otro argumento poderoso. Al término de la profecía de Malaquías los judíos fueron conscientes de que se había cerrado el canon del Antiguo Testamento. 1.° Macabeos 9:27 —entre otros muchos testimonios— confiesa paladinamente que Israel vivía en una época que seguía «desde el tiempo en que no había entre ellos profetas». Los cuatro siglos que van del Antiguo Testamento hasta Juan el Bautista son años de silencio profético. De esto eran bien conscientes los judíos. Jamás, pues, hubieran aceptado como canónico un libro del siglo II a.C. Teniendo en cuenta que la literatura no inspirada judía proliferó en aquellos cuatro siglos (Macabeos, por ejemplo, es producto de aquellos años), ¿cómo se explica que los judíos no lo catalogaran entre los apócrifos? La sola explicación es que Daniel fue escrito antes del siglo IV a.C. Y de ello tenían los judíos abundantes pruebas.

6) Las citas a Daniel en el libro de Ezequiel (14:14; 28:3) constituyen un testimonio irrefutable. Ezequiel profetizó en el siglo VI a.C. Su libro es contemporáneo a su ministerio. Ningún crítico lo pone en duda. Ahora bien, ambos, Ezequiel y Daniel, fueron contemporáneos, hasta el punto de que el primero cita al segundo en su libro. ¿Queremos mayor prueba?

7) Los textos de Qumram corroboran nuestra tesis. Como ya hemos mencionado, W. S. LaSor, en

su libro *Amazing Dead Sea Scrolls*, 1956, pp. 42 y ss., afirma que los descubrimientos de fragmentos de manuscritos del libro de Daniel en las cuevas I y IV de Wadi Qumram, mostrando el texto hebreo-arameo y arameo-hebreo, representan un serio golpe contra la crítica y hacen tambalear la posibilidad de una fecha macabea (o sea, siglo II a.C.) para el libro de Daniel (citado en el *New Bible Dictionary,* artículo «Daniel»).

¿Qué valor tiene esta prueba? No más que las anteriores, pero las corrobora y refuerza.

Desde 1947, a 13 Km. al sur de Jericó, junto al Mar Muerto —en Qumram—, en la orilla occidental de dicho mar, se han venido descubriendo varias grutas que contenían manuscritos o fragmentos de manuscritos hebreos, griegos y arameos. Once grutas en total han sido descubiertas hasta hoy. Los hallazgos más importantes tuvieron lugar en 1954 y 1956. Estos manuscritos son de *todos* los libros del Antiguo Testamento, con la sola excepción del libro de Ester, amén de un buen número de obras no bíblicas. Muchos de los manuscritos bíblicos están repetidos y hay varias versiones de textos del Antiguo Testamento, lo cual indica que en Qumram se cultivaba seriamente el estudio de la Escritura. Aunque la comunidad de esenios que se estableció en aquel lugar data de dos siglos antes del año 70 de nuestra era, los libros que tenían en su biblioteca eran tanto antiguos como contemporáneos. Los manuscritos bíblicos no son todos de la misma fecha; van desde los más antiguos, anteriores al siglo III a.C., hasta algunos de los comienzos del primer siglo de nuestra era. Estos manuscritos se agrupan en tres grupos, tanto por lo que se refiere a antigüedad como a lenguaje:

1. Proto-masoreta (escritura hebrea del tiempo de Babilonia y de la cual desciende el hebreo de los masoretas).

2. Texto del que fue hecha la versión de los 70 (Septuaginta, alejandrina).
3. Texto palestino, muy afín al Pentateuco samaritano, de origen palestiniano.

Algunos manuscritos exhiben un texto mezclado, mixto. En la cueva IV los textos suelen ser una mezcla del tipo de los 70 y el samaritano o palestino. Así un ejemplar de Números. *Otro de Daniel.* Y hay un excelente texto de Samuel antiquísimo, que va más allá del texto proto-masoreta de Babilonia. El libro de Daniel —sometido a la prueba del «carbono radiactivo» (determinación de la edad de sustancias antes vivas, por la medición de la radiactividad del carbono presente en ellas) es de fecha anterior al siglo III.

Teniendo en cuenta que los esenios de Qumram se consideraban custodios de la verdadera fe de Israel en medio de la apostasía reinante en el siglo II a.C., sería difícil creer que aceptaron un libro escrito en su propia época como canónico. Ellos, precisamente, que combatían todo lo que venía del judaísmo contemporáneo —un mandamiento de Qumram consistía en odiar a todos los judíos (tanto como a los gentiles) que no estuvieran con ellos, puesto que se tenían como los únicos depositarios de la fe de Israel, y de sus tradiciones sacras—, estos fanáticos que combatían todo lo que el judaísmo producía fuera de sus muros y del radio de su influencia, precisamente ellos serían los últimos en admitir como Palabra de Dios un producto del siglo II a.C. Si para todos los judíos solamente los escritos anteriores al siglo IV a.C. son inspirados, mayormente para los esenios de Qumram. De manera que, por encima de la prueba del carbono radiactivo, está el hecho de la aceptación como canónicos de los libros de Qumram. Esta aceptación es evidente, por cuanto los esenios que

se dedicaban a escribir sus propios comentarios sobre las profecías del Antiguo Testamento escribieron también algunos basados en textos de Daniel, lo cual demuestra cómo para ellos este libro de Daniel era canónico, profético, Palabra de Dios y, por lo tanto, anterior al siglo II. Más aún, anterior al siglo IV a.C. Aunque conservaran alguna copia de Daniel del siglo II, para ellos tenía valor de documento que se remonta más allá del siglo IV.

La autenticidad del libro de Daniel queda, pues, vindicada. Quienes no la aceptan no es por razones científicas, sino por prejuicios. No porque no pueden creer, sino porque no quieren.

Máxime teniendo en cuenta que —aun suponiendo que Daniel fuese escrito en el siglo II a.C.— su profecía va más allá de la época de los griegos y de Antíoco Epifanes. Demostramos que la única interpretación históricamente correcta del cuarto Imperio es identificar a éste con Roma, puesto que se nos dice que en los días de este cuarto Imperio nacerá o vendrá el Mesías. Por consiguiente, aun admitiendo que Daniel fue escrito en el siglo II —falso, por otra parte, ya lo hemos visto—, Daniel sigue siendo maravillosamente misterioso, pues habla de hechos que acaecieron en el primer siglo de nuestra era. Y hay más, puesto que la profecía del cuarto Imperio nos conduce a los últimos tiempos y abarca el período presente, sobre el que también tiene cosas muy interesantes que decir. En particular sobre el Anticristo.

APENDICE 2

LA GRAN APOSTASIA Y EL HOMBRE DE PECADO EN PABLO Y EN EL LIBRO DE DANIEL (2.ª Tes. 2:1-12)

LA GRAN APOSTASIA

2.ª Tes. 2:3: La venida del Señor será precedida por *la apostasía. Cf.* Mateo 24:1-3.
La primera venida de Cristo fue precedida por una gran apostasía, cuando el gobierno de Antíoco Epifanes (1.° Mac. 1:11, 15, 43; 2:15) y también bajo el reinado de Herodes el Grande (Dan. 11:36-45).

Apostasía, en la Biblia, significa que la fe de los padres es seguida por los hijos de una manera rutinaria y formal durante un tiempo, pero que luego es totalmente abandonada. No significa que los verdaderos hijos de Dios vayan a caer de la gracia. *Cf.* Mateo 24:22. El «Buen Pastor» conoce a sus ovejas (Jn. 10:28; 1.ª Tes. 1:4).

Vs. 3^b y 4: La apostasía tendrá un dirigente: *«el hombre de pecado (o sin ley), el hijo de perdición».* Algunos manuscritos tienen «hombre de pecado», pero parece ser que la lectura más conforme con el original es *«el hombre sin ley».*

Pero, dado que el pecado es transgresión de la Ley (*cf.* 1.ª Jn. 3:4), no hay mucha diferencia entre ambas traducciones. Todo el pasaje ofrece la idea de una apostasía y un líder de la misma activos, no pasivos. Se trata de un hombre sin ley, no porque nunca hubiese escuchado la ley de Dios, sino porque abiertamente la desafía.

¿Con quién identificar a este hombre de pecado?

1. ¿Sería una línea definida de emperadores romanos?

En este caso, quedaría identificado con los emperadores Calígula, Nerón, Vespasiano, Tito y Domiciano.

Tanto la postura 3 como la 4 son fácilmente rebatibles. Todo el pasaje de 2.ª Tesalonicenses 2 es escatológico. Tiene que ver con acontecimientos que crean una tensión y un dinamismo hacia el final de los tiempos. Será muerto por el Señor con el Espíritu de su boca (v. 8), en el momento de su segunda venida. Este detalle opone un obstáculo insalvable tanto a la hipótesis del Nerón redivivo como a la de una serie de emperadores romanos.

Estas hipótesis son totalmente inadmisibles para cualquiera que cree en una Biblia infalible. Nerón no regresó, ni resucitó. Esta es la respuesta que cabe dar a las fantasiosas interpretaciones de Kern, Baur, Holtzmann, Schmiedel y otros seguidores.

2. ¿Es el «Dragón del Caos» de los babilonios, o un pariente cercano de «la leyenda» de Belial?

Hipótesis presentada, desde luego, por incrédulos. Hace referencia a la leyenda babilónica de la lucha sostenida entre el llamado Dragón del Caos, Tiamat, por un lado, y el dios de la luz, Marduk, por el otro.

Esta interpretación no tiene en cuenta —como repetidamente han señalado tanto eruditos evangélicos como no cristianos— que los elementos legendarios que caracterizan este mito babilónico contrastan fuertemente con la sobria descripción que la Biblia hace del enemigo de Dios, Satán, y sus huestres, entre las que cabe contar al Anticristo.

Es menester diferenciar entre la *forma* y el *contenido,* entre un *término* y el *uso* que se hace de él. Por descontado, los autores bíblicos solían usar conceptos, palabras y giros de expresión que, originalmente, acaso estuviesen relacionados con formas paganas de superstición. Ellos empleaban el idioma de su tiempo. Un ejemplo típico es el vocablo «Verbo» («Palabra» en Juan 1:1) y otras palabras del vocabulario de Juan tomadas de la terminología helénica. Así también en Apocalipsis introduce un «dragón» en su obra. Pero este dragón nada tiene que ver con Tiamat, a quien Marduk destroza como a un pez luego que con una jabalina le ha atravesado el corazón y lo ha partido en pedazos.

El intento de la crítica radical de pretender que las enseñanzas bíblicas se derivaban de fuentes babilónicas ha quedado muy mal parado después de los descubrimientos de las tabletas de Ras Shamra. Fueron halladas en 1929 en la antigua ciudad fenicia de Ugarit, en la costa de Siria. Estas tabletas han dado mucha información con respecto al fondo cananeo del Antiguo Testamento. Contienen muchas variaciones sobre el tema de la muerte de un dragón, también. En realidad, parece ser una temática muy difundida en todo el Medio Oriente. Pero tanto los dragones de Babilonia como los de Ugarit tienen muy poco que ver con los que aparecen en la Escritura. No obstante, y pese a las evidencias, ahora los críticos dicen que las imágenes no son tomadas tanto de Babilonia como de los cananeos. Tiene razón Hendrik-

sen cuando pregunta: «¿Y cuál será la próxima teoría?»

Una hipótesis muy relacionada con las anteriores intenta derivar el concepto de «hombre de pecado» de las perversiones apócrifas llevadas a cabo con el vocablo bíblico (1.° Sam. 2:12; 2.° Cr. 13:7; *cf.* 2.° Cr. 6:15). Después de un estudio exhaustivo, el erudito G. Vos comenta:

«Este recurso a la literatura apócrifa para descubrir los antecedentes del Anticristo, no tiene mucha fuerza de convicción. Desde luego, no vamos a negar que en los círculos judíos había una cierta cantidad de elementos folklóricos y supersticiosos. Lo que es difícil de creer es que estas creencias populares, groseras y rudimentarias constituyeran la fuente de la que se sirviera el apóstol Pablo. Ningún camino claro, ni lícito, nos conduce hacia atrás para encontrar el concepto de "hombre de pecado", salvo el que hallamos en la profecía de Daniel» (G. Vos, *The Pauline Escathology,* Princeton, 1930).

3. ¿Será alguna forma de la Cristiandad apóstata?

Es la interpretación más antigua y más persistentemente sustentada por la Iglesia a lo largo de los siglos. Ya en el siglo VI el obispo romano Gregorio I (550-604) avanzó esta explicación que, siglos más tarde, en la Edad Media, fue la prevaleciente entre los movimientos reformistas (Savonarola, Wycliff, Huss, etc.) y luego constituyó uno de los pilares de la apologética de los reformadores del siglo XVI. Es la interpretación oficial que consta en la famosa *Confesión de Fe de Westminster.*

Esta interpretación se inclina por ver en «el hombre de pecado» —el «cuerno pequeño» de Daniel— una entidad colectiva; cualquier sistema, o persona que encarne este sistema, que se arrogue los privi-

legios, atributos y exigencias que solamente le pertenecen a Cristo, sería, en opinión de dicha escuela, la demostración del espíritu y los rasgos anticristianos típicos del Anticristo. El hecho de que sea un personaje escatológico no es obstáculo para que el mismo se halle activo desde los primeros días de la Iglesia, pues Juan admite que el espíritu del Anticristo —y de muchos anticristos— ha salido ya por el mundo y ya está en acción (1.ª Jn. 4:3 y 2:18). Por otra parte, en el lenguaje del Nuevo Testamento los «últimos tiempos» son los que cubren el período que va desde la primera a la segunda venida de Cristo (Heb. 1:1; 9:26; Hech. 2:17; 1.ª Ped. 1:19, 20).

El Anticristo colectivo —encarnación del «misterio de iniquidad» en la historia— tampoco es obstáculo para admitir que al final de los tiempos aparecerá un personaje específico en quien la rebelión contra Dios tomará cuerpo; será el gran adversario, el terrible antagonista de la ley y del pueblo de Dios. Se le llama Anticristo no sólo porque se opone a Cristo sino porque es rival de Cristo, sustituto y suplantador del Hijo de Dios, arrogándose para sí el honor que sólo a Jesucristo se le debe. Su prototipo sería el rey de Babilonia —que aspiró a ser «dios» (Is. 14)— y el de Tiro (Ez. 28), así como el monstruoso Antíoco Epifanes. Como dice Hendriksen: «En los días apostólicos ya había muchos falsos cristos, cuyo espíritu de rebeldía prefiguraba el último y más terrible de los anticristos.»

Esta interpretación —de los Padres, de los reformadores y que podríamos denominar la tradicionalmente sustentada por los protestantes— ha sido abandonada hoy por algunos sectores de la Cristiandad debido principalmente a dos factores (que, por cierto, son bastante antagónicos en todo lo demás): 1) el movimiento ecuménico, que se niega a considerar siquiera la posibilidad de apostasía o herejía; y 2) el

dispensacionalismo, que recoge la herencia de la Contrarreforma (el futurismo de los jesuitas Ribera, Lacunza, etc.), de los irvingistas y otros estudiantes ingleses y americanos de las profecías en el siglo XIX, y que ha desembocado en el sistema representado y divulgado por la *Biblia Anotada Scofield* y las obras del periodista Hal Lindsay. La antigua interpretación protestante tradicional ha sido sustituida por un Anticristo futuro, un personaje que aparecerá al final de los tiempos, no antes. Esto por lo que atañe a los dispensacionalistas. Entre los influidos por el ecumenismo más en boga, las preferencias van más bien por el preterismo, es decir: interpretan el «hombre de pecado» —el «cuerno pequeño»— como si se tratara de un personaje del pasado. Es lo que comprobamos igualmente en buen número de comentaristas católicorromanos. En ambos casos queda eliminada, o amortiguada, la realidad presente del Anticristo.

LOS ORIGENES DEL «HOMBRE DE PECADO»

Estos antecedentes se hallan en un libro canónico —el libro de Daniel—:

1) «El hombre sin ley»; Dan. 7:25: «pensará en cambiar los tiempos y la ley»; *cf.* Dan. 8:25.
2) «El hijo de perdición»; Dan. 8:25: «será quebrantado...».
3) «el cual se opone y se levanta...»: Dan. 7:25.
4) «se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto»: Dan. 7:8, 20, 25; *cf.* Dan. 8:4, 10, 11.
5) «se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios»: Dan. 8:9-14. Esto significa que no se trata de un poder ateo, sino religioso.

El «cuerno pequeño» de Daniel 7, el que surgió entre los diez cuernos, es el Anticristo.

El «cuerno pequeño» de Daniel 8, que surgió de cuatro cuernos, es Antíoco Epifanes —el más notorio de los predecesores del Anticristo—, quien profanó el Templo de Jerusalén al erigir un altar pagano y hacer sacrificios paganos allí.

Más aún, en Mateo 24:15 (*cf.* Mar. 13:14), «la abominación desoladora» (o sea «la prevaricación asoladora» de 8:13) de la que habla Jesús se deriva de Daniel 11:31 y 12:11. En un sentido, la historia se repite. Mejor aún: la profecía tiene múltiples cumplimientos. El pensamiento o la realidad que subyace en el fondo es la misma. Podríamos hablar de una especie de «tipología de la perversidad». Así como conocemos una tipología referida a Cristo y a su Reino, es posible discernir igualmente una tipología del Anticristo y del misterio de iniquidad. El santuario de Dios, y la ciudad de Dios, fueron profanados por Antíoco Epifanes y su culto pagano (Dan. 8:9-14; *cf.* Gog en Ez. 38, 39) y por las legiones romanas con sus estandartes idolátricos (Dan. 12:1-13; Luc. 21:20; Mar. 13:14); finalmente, el Templo de Dios —la Iglesia— ha de ser profanado por el Anticristo mismo.

Características de «el hombre de pecado».

1. Es «el hombre de pecado», o mejor: «el hombre sin ley» (expresión que delata un semitismo), aquel en quien se encarna la oposición a la ley divina, es decir: a la voluntad de Dios. La personificación de la rebelión.

2. Es «el hijo de perdición» (otro semitismo), el Judas final (*cf.* Jn. 17:12 y Mat. 23:15). Aquí se presenta a este ser como el más pérfido de todos; para él no hay esperanza de salvación, está destinado a

la perdición total. Véase el contraste en 2.ª Tesalonicense 5:5 con «los hijos de la luz».

3. En tercer lugar, se le describe como «el que se opone». Esta palabra se encuentra ocho veces en el Nuevo Testamento (*antikeimenoi*): en Luc. 13:17; 21:15; 1.ª Cor. 16:9; Gál. 5:17; Fil. 1:28; 2.ª Tes. 2:4; 1.ª Tim. 1:10; 5:14.

«El hombre de pecado», «el que se opone», es el adversario de Dios, de la ley de Dios, del pueblo de Dios, etc. En este sentido recuerda a su maestro, o antitipo, el diablo, «el gran adversario».

Pero no sólo se opone a Dios y a todo lo que la Divinidad significa y representa. Se opone igualmente «a lo que se llama Dios». Y esto con una finalidad muy clara: ocupar el lugar de Dios en el mundo (2.ª Tes. 5:4). En su audacia sin límites, y su insolencia feroz, se levanta no sólo contra el verdadero Dios que se ha revelado en Jesucristo —no sólo contra todos los falsos dioses o ideas religiosas—, sino contra todo objeto sacro, contra todo lo que sirve en conexión con el culto religioso. Tiene odio incontenible a que no sólo Dios sino algo ocupe el lugar que desea para sí en su endiosamiento. El pecado de Adán (querer ser como Dios) llega en el Anticristo al clímax. El único dios al que reconoce es a sí mismo. De ahí que tome su asiento en el santuario. La expresión «en el templo de Dios» se refiere en el original no tanto al edificio material —aunque también tiene este significado, por extensión— como al santuario en sentido espiritual (el pueblo de Dios), es decir: la Iglesia (*cf.* 1.ª Cor. 3:16; 6:19; 2.ª Cor. 6:16; Ef. 2:21). El vocablo *naós* se usa aquí, sin duda ninguna, en sentido metafórico. El Anticristo se arroga, pues, la autoridad sobre el pueblo de Dios. Desde luego, el pueblo no va a reconocer en seguida al usurpador. Pero luego sí que lo reconocerá y se negará a prestarle obediencia o rendirle homenaje religioso. ¿Resultado? Gran tribulación para el pueblo de Dios (Mat. 24:15, 21, 22, 29).

«Haciéndose pasar por Dios»; la idea en el original es: «*haciéndose proclamar Dios*»; se trata de una proclama oficial, o el nombramiento desde los altos estamentos para desempeñar un cargo oficial y público. Este es el sentido de la palabra en griego.

Exégesis del contexto (vs. 5-9).

V. 5: «*¿no os acordáis que cuando yo estaba con vosotros os decía esto?*»

Traducción más literal: «... yo *solía* deciros esto».

¿A qué cosas se refiere Pablo?:

la apostasía,
el hombre de pecado (o sin ley),
la segunda venida de Cristo, etc.;

estas cuestiones habían sido tratadas por Pablo en amplitud durante los días que Pablo pasó en Tesalónica.

V. 6: «*lo que lo detiene*».

¿Qué es lo que lo detiene? Los tesalonicenses lo sabían. Pero, al no ser más explícito el apóstol aquí, los cristianos de la posteridad tenemos que hacer conjeturas para interpretar.

Observemos que el texto no dice «*el* que le detiene», sino «*lo* que lo detiene».
Está en neutro.

Si Darby, Scofield y los dispensacionalistas en general tienen razón y se refiere al Espíritu Santo (cf. *Biblia Anotada Scofield,* comentario al pie de este versículo), entonces el Espíritu de Dios sería neutro más que personal.

La interpretación más antigua, reformada, y

más universalmente aceptada es que «lo que lo detiene» es «el poder establecido de la legalidad» (Hendriksen). Esta interpretación se inclina por pensar que lo que impide la manifestación plena del Anticristo es la buena ordenación legal de la sociedad, el gobierno. En tanto que haya ley y orden civil, el Hombre de pecado no puede llevar a cabo sus propósitos, pues para ello necesita antes tener el apoyo y aun el control del Estado. Sus pretensiones, además de blasfemas, son de totalitarismo absoluto (*cf.* Apoc. 13).

En favor de la interpretación apuntada, o tradicional, se adelantan las siguientes consideraciones:

1) Tiene el contexto en apoyo suyo: *«el hombre sin ley (o de pecado) es detenido por el reino de la ley».*
2) Explica que Pablo hable de «*lo* que lo detiene» y no de «el que lo detiene», expresión extraña aquélla si se refiriera al Espíritu Santo.
3) El versículo 7, tal como aparece en nuestras versiones, ofrece una traducción excelente, casi literal. Ahora bien, ¿puede hablarse del Espíritu Santo en estos términos? ¿Puede decirse de él: *«hasta que sea quitado de en medio»*?
4) Aclararía el por qué Pablo en el versículo 6 no fue más explícito. Caso de caer esta carta en manos de oficiales romanos, el autor podría ser acusado de conspirador, pues afirmaba que un día el Imperio, o la ley imperial, sería quitado de en medio.
5) En Romanos 13 el apóstol habla del Estado como de un instrumento en manos de Dios para llevar a cabo sus propósitos. En el gobierno veía Pablo una restricción de los poderes del mal.
6) Esta interpretación fue la de la mayoría de los Padres de la Iglesia. Tertuliano escribió: «¿Qué obstáculo, si no es el Estado romano, lo impide?» Cuando sobrevino la caída del Imperio, no fue aceptada pese a la evidencia de los hechos, y se crearon ficciones políticas como la del «Sacro Imperio Romano» de los franco-germanos. (Véase el primer tomo de *Concilios,* de J. Gonzaga, pp. 23-36 y 181-188, para el estudio de esta época y su relación con estas profecías.) ¿No constituye ello otro testimonio de lo arraigada que estaba la convicción de que el Imperio, con su ordenación civil, era lo que impedía una más plena manifestación del Anticristo?

V. 7: *«Ya está en acción el misterio de iniquidad.»*

En la Biblia, «misterio» significa algo no revelado todavía. Una verdad, una realidad operante, pero que aún no ha sido desvelada. Sería desconocida o ininteligible si no hubiese Revelación divina.

Como que el Hombre de pecado (o sin ley) será manifestado en el futuro, bien a la caída del Imperio Romano (interpretación Padres y reformadores), bien al final de esta dispensación (interpretación moderna y dispensacional), el apóstol Pablo en sus días tenía que referirse a él como un «misterio» cuya revelación no podía dar sino el mismo proceso histórico.

Pero este «Hombre de iniquidad, de pecado y

sin ley» opera, aunque en misterio, hoy mismo, ahora. «*Ya está en acción*», afirma el apóstol. Lo estaba en los días de su ministerio. Antes de su plena manifestación previa a la gran apostasía y a la segunda venida del Señor.

Indudablemente, este pasaje es paralelo al de 1.ª Juan 2.18 y 4:3.

V. 8: «*y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca...*».

¿Se refiere a la manifestación final, previa a la segunda venida de Cristo? Esto parece. Pero todo el contexto indica que habrá manifestaciones previas también, a cargo del misterio de iniquidad que ya obra en el mundo. Mas cuando aquel inicuo llegue al cénit de su blasfemia y poder, entonces aparecerá el Señor y, sin lucha (al menos esto indica el presente versículo), será derrotado por la Palabra de Dios («*el espíritu de su boca*»). *Cf.* 2.ª Tes. 1:9; Is. 11:4.

La exégesis, independientemente de las escuelas de interpretación que luego adoptemos, apunta a los siguientes hechos:

1) Una línea de anticristos, precursores del Gran Anticristo, introducen en la historia «el misterio de iniquidad».
2) «El misterio de iniquidad» (¿un sistema, un espíritu anticristiano?) obra ya hoy, «está en acción», y los cristianos deben saberlo y prevenirse.
3) Algo (el Imperio Romano, la ley —en parte heredada de aquel Imperio—, la legalidad) impedía en los días de Pablo y siglos después la plena manifestación del Anticristo.

4) Aparecerá, al final, un Anticristo «*a quien* (expresión personal) el Señor matará con el espíritu de su boca y con el resplandor de su venida».

Nota bibliográfica: Una vez más tenemos que recomendar la consulta del libro *Concilios*, vol. I, de J. Gonzada, pp. 23-36 y 181-188. Su lectura es de interés porque presenta el fondo histórico-eclesial, en su desarrollo progresivo, sobre el que se proyecta el cumplimiento de algunas de estas profecías de Daniel aquí discutidas. Util, sobre todo, para estudiar la figura del Anticristo desde perspectivas históricas.

APENDICE 3

EL LENGUAJE DE LOS NUMEROS

Era práctica común de los escritores religiosos del Oriente antiguo el presentar verdades morales y espirituales bajo el simbolismo de los números. En la Antigüedad, cuando el idioma era limitado y el vocabulario insuficiente, el hombre recurría al uso de los números para expresar sus ideas, no sólo al de las letras. Y, así, los números venían a constituir *símbolos* de ideas, vehículos de expresión espiritual. No debemos, pues, leer dichas cifras con la misma literal exactitud con que interpretamos las fórmulas aritméticas.

1. El número UNO representa la idea de unidad, de lo que es único, independiente y autoexistente. Dios es uno. Este número no aparece en Apocalipsis.

2. El número DOS significa compañerismo, valor y fuerza. En medio de los peligros la amistad es una bendición: «Mejor son dos juntos que dos separados», rezaba un refrán antiguo. Dos testigos confirman una verdad haciéndola más firme. La verdad de Dios es confirmada en Apocalipsis por dos testigos (11:3-12). En el capítulo 13 hay dos bestias que mutuamente se ayudan. El número 2 significa el poder que surge de la unión conjunta.

3. El número TRES es un número divino y siempre expresó, o bien la Divinidad, o lo más sagrado. Símbolo de la familia (padre, madre e hijo). En el

siglo III, según dibujos de las catacumbas romanas (la de Sta. Cecilia especialmente), los mártires solían morir extendiendo tres dedos como señal de fe en la Trinidad. Pero ya antes de Cristo, en muchos pueblos el 3 representaba la Divinidad.

4. El número CUATRO es cósmico. Corresponde al concepto que tenía del mundo el hombre antiguo. Para este hombre el mundo era plano, con cuatro lados como su casa. Había cuatro vientos que venían de los cuatro lados. De esta manera, el número 4 llegó a ser el símbolo del mundo en que vivía. Hay en Apocalipsis cuatro criaturas vivientes que representan a toda la Naturaleza; cuatro ángeles en los cuatro extremos controlando los vientos; cuatro ángeles esperan el momento de la terrible masacre sobre la tierra, mientras se hallan retenidos en el Eufrates (9:14, 15 y ss.). Hay cuatro jinetes representando las fuerzas que irrumpen en la Historia. El número 4 es siempre sinónimo de la creación visible.

10. El número DIEZ es uno de los favoritos de Apocalipsis. En tiempos antiguos había muchos más hombres que, bien fuere por motivos de guerra o accidentes, perdían uno o más dedos de las manos. Eran hombres incompletos. El que tenía todos los dedos era un hombre completo en su integridad física. La suma de los cinco dedos de cada mano llegó a simbolizar el hombre completo. Todo su deber se halla codificado además en los diez mandamientos. En Apocalipsis el dragón y la bestia (caps. 12 y 13) tienen cada uno diez cuernos; también la bestia escarlata (cap. 17) tiene diez cuernos que se interpretan como reyes. Los diez cuernos son símbolo de poder completo y gobierno absoluto. Como múltiplo, el número 10 aparece en muchas otras cifras más altas del mismo libro de Apocalipsis.

7. El número SIETE es el predominante en Apocalipsis, así como en otros textos proféticos. Se da

cincuenta y cuatro veces en Apocalipsis. Es una combinación de los números 4 y 3. El hombre aprendió pronto a combinar los números. Tomó el 3 —nombre representativo de la Divinidad— y le añadió el 4 —el número cósmico—. El resultado fue 7, símbolo de la perfección. La totalidad de los cuatro extremos de la tierra y la plenitud de la Divinidad. La tierra, coronada por el cielo, fue para los antiguos el símbolo de la suma perfección. Así lo consideraron ya los babilonios. Los sumerios igualaron al 7 con la expresión «todo» en su idioma. La torre de siete pisos de Babilonia representaba, en el intento de sus constructores, todo el Universo. El libro de Apocalipsis, haciendo uso de este número para sus propios fines, se dirige a siete iglesias, o sea: a toda la Iglesia Universal, representada por siete candeleros y cuyos siete ángeles son siete estrellas. Hay siete espíritus de Dios. El libro en las manos del Altísimo está sellado con siete sellos. El Cordero en el trono tiene siete ojos y siete cuernos. Hay siete ángeles con siete trompetas. Y otros siete ángeles derraman las plagas. Hay siete truenos, siete copas, etc. El uso del número 7 por parte de Juan implica un bosquejo ordenado en su pensamiento que no puede ser accidental, sino que forma parte de la estructura literaria del libro.

12. El número DOCE sigue al 7 en frecuencia de alusiones. Doce equivale a 4 mulitplicado por 3. Es el símbolo de la religión organizada en el mundo. El Antiguo Testamento tenía doce tribus y el Nuevo Testamento doce apóstoles. Doce estrellas coronan a aquella que da a luz el Cristo (12:1), y la Ciudad Santa tiene doce puertas. Asimismo, doce fundamentos sobre los que hay escritos los nombres de los doce apóstoles. El árbol de la vida lleva doce frutos (22:2); etc.

Se dan con frecuencia múltiplos de 7 y 10. Se tomaba el 10, símbolo de la humanidad completa, y se

le multiplicaba por 7, símbolo de la perfección divina. El resultado —70— era un símbolo intensificado de perfección, plenitud no sólo humana sino divina. El número 70, para el judío, era una cifra llena de significado. El tribunal supremo de Israel tenía setenta miembros. Los judíos creían que había setenta naciones, aparte de Israel, con setenta idiomas y bajo el cuidado de setenta ángeles. Por supuesto, todo esto no eran más que tradiciones rabínicas sin fundamento, pero ilustran el uso que de la cifra 70 hacían los antiguos, independientemente de lo acertado o desacertado de su uso. En el Nuevo Testamento, Jesús mandó a setenta discípulos (Luc. 10:1). Cuando quiso explicar la idea del perdón ilimitado, tomó el número 7, símbolo de la perfección, y lo multiplicó por 70. No quería decir con ello, por supuesto, que no hay perdón después de 490 veces. El hombre primitivo solía tomar igualmente el 10, con su sugerencia de humanidad completa, y lo multiplicaba dos veces, así tenía 1.000, para expresar el concepto —que no podía dar en palabras de su idioma limitado— de aquello que está completo en grado sumo y último. Mil años, el «Milenio» que se cita únicamente en un solo texto altamente simbólico (cap. 20) y en ninguna otra parte de la Biblia, no ha de ser leído matemáticamente, según opinión de muchos exégetas. Para éstos no significa exactamente mil veces 365 días, cinco horas, cuarenta y ocho minutos, cincuenta y cinco segundos y una fracción. No equivale a ningún período definido de tiempo. Según estos intérpretes, aplicar aquí la exactitud matemática es violar toda la ley de simbolismos y alegorías con la cual escribió Juan, y también los demás profetas, sus visiones y oráculos. El Milenio es para estos comentaristas plenitud de tiempo, en máximo y último grado. Un período que va más allá de cualquier cálculo nuestro y cuya perfecta y exacta duración sólo conoce Dios.

3 ½. TRES Y MEDIO se da con frecuencia en Daniel y Apocalipsis. La mitad de 7 equivale a algo imperfecto: a la interrupción del orden divino por los manejos de Satanás y la malicia de los hombres. Esperanzas frustradas. Los dos grandes testigos testifican por tres años y medio (11:3); los atrios externos del Templo serán hollados por tres años y medio por los impíos (11:2); sus cuerpos muertos yacen en las calles tres días y medio (11:11). Los santos de Dios son perseguidos tres años y medio (13:5). La Iglesia está en el desierto tres años y medio (12:6, 14).

«Siempre tres y medio equivale a falta de reposo, insatisfacción, algo incompleto. La verdad llevada al cadalso y la mentira reinando en el trono. Paciente espera hasta que amanezca el lucero del nuevo día» (Wishart). Tratar de calcular la cronología de un período de tiempo descrito como tres y medio es perder el tiempo en una tarea inútil. Tres y medio significa siempre la era de la persecución, tanto si ésta es corta como prolongada.

También había números siniestros, malditos, entre los judíos, así como el 13 lo es para mucha gente aun hoy día. El prejuicio moderno por el 13 los judíos lo tenían por el 6. Si el 7 es perfección, el 6, como que no le alcanza, es señal de imperfección y fracaso. Es ineptitud para alcanzar la altura sagrada. Es señal de maldición. Triplicado consigue la triple maldición. Tres 6 misteriosos cuya misma enunciación lleva implicada el silbido de la serpiente. 666 es el número de la bestia (13:18), nombre que no es «una adivinanza» sino un símbolo. Equivale al mal elevado a su máxima expresión. Una potencia de maldad tan grande que no puede ser superada. No es el nombre, sino el número, lo importante y revelador. «Sú número —dice Juan— es 666», no «Su nombre es...». El número 666 era suficiente para hacer temblar a los lectores de Juan. En esta cifra hay una profundidad

de pecado y un peso de castigo que ningún ser humano puede imaginar, sino sólo aquel que ha cometido la iniquidad y participado de su castigo. El 7 es victoria, el 6 es derrota. El 7 es perfección; el 6, fracaso, frustración. El pecado se multiplica a sí mismo al nivel de 6 siempre. Nunca alcanza el 7, que sería su perfección en la maldad. El principio bestial no alcanzará nunca su pleno desarrollo por la gracia de Dios. Por esto los últimos días serán acortados.

Muchos números, muchas cifras de Apocalipsis, Daniel y demás textos proféticos, no pueden entenderse en su valor numérico real, como números redondos. Muchas veces —si no todas— tienen un valor ideológico, simbólico. El profeta, el apóstol, es un vidente, no un experto matemático.

Bibliografía:

Francisco Lacueva, *El hombre, su grandeza y miseria*, CLIE, Tarrasa, 1976; el cap. 1.° ofrece una excelente discusión de este tema.

José Grau, *Escatología*, CLIE, Tarrasa, 1977, especialmente la Tercera parte.

— *Estudios sobre Apocalipsis*, Ediciones Evangélicas Europeas, Barcelona, 1977.

Donald W. Richardson, *The Revelation of Jesus Christ*, John Knox Press, pp. 20-33.

A. H. Baldinger, *Sermons on Revelation*, Chapter on The Arithmetic of Revelation.

International Standard Bible Encyclopedia, Apocalipsis (Revelation).

APENDICE 4

LAS PROFECIAS DE JESUS EN EL SERMON DEL MONTE DE LOS OLIVOS

Mateo 24

En respuesta al comentario de los discípulos sobre los hermosos edificios del Templo de Jerusalén (Mat. 24:1-3; Mar. 13:1-4; Luc. 21:5-7), Jesús predice su inminente ruina. Entonces quieren saber cuándo tendrá lugar tal cosa y *qué señal* habrá de ello que la anuncie por anticipado. Pero en la pregunta que formulan quieren saber más que lo estrictamente referido a la suerte del Templo. En realidad plantean dos preguntas:

1) *¿Cuándo serán estas cosas?*, es decir: la ruina del Templo.

2) *¿Qué señal habrá de tu venida y del fin del mundo?*

En su mensaje del Monte de los Olivos, Jesús irá dando respuesta a esta doble cuestión. Es menester que, en todo momento, al estudiar las palabras del Señor tengamos en cuenta que está contestando a dos clases de preguntas y que, por lo tanto, se trata de saber apreciar la doble perspectiva histórica que se da cita en este sermón profético.

Acerca de la primera cuestión el Señor dará señales concretas, específicas (Mat. 24:15; Mar. 13:14; Luc. 21:20), advirtiendo: «*Ya os lo he dicho antes*»

(Mat. 24:25; Mar. 13:23), para que no les tome por sorpresa a los judíos el desastre que se avecina sobre ellos. En lo tocante a la segunda venida de Cristo, el contraste es tajante: *«Del día y la hora nadie sabe...»* (Mat. 24:36; Mar. 13:32).

Jesucristo divide la historia en dos períodos bien delimitados —y esta división es la que debe guiar todo estudio serio del Sermón del Monte de los Olivos—: 1) el tiempo que va desde que pronunció estas palabras hasta la destrucción de Jerusalén en el año 70; y 2) el extenso período de siglos que, a partir del año 70, abarca toda la historia hasta el fin del mundo.

La primera sección es la que ofrece las *señales* más concretas y de carácter más específico de todo el discurso del Señor.

«¿Cuándo serán estas cosas?» (Mat. 24:3), habían preguntado los discípulos. Ahora el Señor ofrece la respuesta: *«Cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel»*; o —como lo relata Lucas—: *«Cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos..., porque éstos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas* (en el libro de Daniel, obviamente)» (Mat. 24:15; Luc. 21:20, 22).

«Sabed entonces que su destrucción ha llegado», precisa Lucas (Luc. 21:20). Esta profecía es la más explícita, dado que se trata de advertir a los oyentes de Jesús acerca de un peligro inminente. Eusebio nos cuenta en sus obras que los cristianos de la santa ciudad hicieron caso de estas palabras del Señor y huyeron de Jerusalén al ver la «abominación desoladora» a medida que se hacía más cercana.

La *«abominación desoladora»* en Mateo y en Marcos —expresión que alude claramente a Daniel 12:1 y que debía ser familiar a los judíos— es explicada a los gentiles por Lucas mediante la expresión *«Jerusalén rodeada de ejércitos»*. Esta frase sinónima tendría su origen en los emblemas y estandarte romanos, a base de águilas y efigies del emperador (tenidos por ídolos), izados en todas partes donde hacía irrupción el ejército romano. La *«abominación»* alcanzó su punto máximo al pisar los soldados romanos las ruinas del Templo y sus dependencias convertidas en escombros, especialmente el Lugar Santísimo. Aquello constituyó para la sensibilidad judía la máxima y suprema profanación.

Esta porción solamente puede aplicarse a la caída de la santa ciudad en el año 70 de nuestra era. Para nosotros se trata de un hecho consumado. Todo intento de proyectar al futuro los capítulos 13 de Marcos y 24 de Mateo hace violencia a la exégesis más seria.

Sin ningún género de dudas, Jesús se dirige a sus contemporáneos: *«Cuando viereis* —les dice—, *cuando viereis* a Jerusalén rodeada de ejércitos»; *«cuando veáis* en el lugar santo la abominación de que habló el profeta Daniel»; es decir, cuando vuestros propios ojos comprueben, siendo testigos, la profanación de las legiones latinas hollando el santuario y paseándose victoriosas por la amada Sión. De modo que, al tener conocimiento de la tragedia, procurad preveniros, y, así, *los que estén en Judea* en aquel momento huyan a los montes. *«Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá»* (Mat. 24:21), advierte Jesús con palabras que toma del libro de Daniel. Todo apunta a la próxima catástrofe que se avecina, no a un futuro hipotético al cabo de siglos o de milenios. El Señor les hablaba de acontecimientos que tenían que vivir sus oyentes; eran aquellos sus contemporáneos los que verían tales cosas, los que vivían en Judea entonces. No se refiere, pues, el Señor a ninguna otra tribulación hipotética muchos siglos después.

En la página 992 la *Biblia Anotada Scofield* sostiene que la respuesta de Jesús a los judíos en relación con la destrucción del Templo y de la ciudad no se encuentra ni en Marcos ni en Mateo, sino en Lucas solamente. Literalmente, afirma: «*¿Cuándo serán estas cosas?*» Es decir: la destrucción del Templo y la ciudad. Respuesta: Lucas 21:20-20. Segunda y tercera preguntas: «¿Qué señal habrá de tu venida y del fin del mundo?» Respuesta: Mateo 24:4-33.

Al comentar Mateo 24:16, en la página 993, la citada *Biblia Anotada Scofield* enseña: «Véase Luc. 21: 20-24. El pasaje en Lucas se refiere en términos evidentes a la destrucción de Jerusalén por Tito en el año 70 d.C. Mateo trata de una futura crisis en Jerusalén que tendrá lugar después que la "abominación" se haya manifestado... Véase Armagedón... Debido a que las circunstancias en ambos casos habrían de ser similares, las advertencias también lo son. En el primero de estos casos Jerusalén fue destruida; en el segundo será liberada mediante la intervención divina.»

Se hace un poco difícil admitir que se trate de circunstancias similares el que Jerusalén sea destruida y el que sea liberada. Más bien parecen ocasiones distintas. Pero es que, además, nada indica que Mateo, o Marcos, se refieran a ninguna supuesta liberación.

Igualmente difícil de comprender es que la respuesta que más interesaba a los judíos, a los contemporáneos de Jesús —«¿Cuándo serán estas cosas?» (destrucción del Templo y de la ciudad)—, constituya el tema de Lucas, un gentil que escribió para los gentiles mayormente, y, en cambio, Mateo (a quien el mismo Scofield califica de judío y cuyo Evangelio es el Evangelio judío por antonomasia: «el Evangelio para Israel», p. 953 de la citada *Biblia Anotada*) se ocupe de la «futura crisis en Jerusalén... después

que la abominación se haya manifestado», con lo que hace alusión a la interpretación futurística de la gran tribulación que los dispensacionalistas colocan al final de la historia, antes de la segunda venida visible del Señor. ¿Enseña esto realmente el texto? Si colocamos en un cuadro sinóptico, de manera paralela, los respectivos pasajes de Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21, nos daremos cuenta de que todos se refieren al mismo evento; incluso el lenguaje —y hasta a veces las palabras escogidas— es similar, cuando no idéntico. Si Lucas 21 se refiere a la destrucción de Jerusalén en el año 70, como todos admitimos, entonces también habremos de reconocer que Marcos 13: 14-23 y Mateo 24:15-28 se refieren igualmente a la tragedia del año 70 de nuestra era y no a ningún otro evento futuro. La evidencia es ineludible, si es que no queremos imponer esquemas previos a la claridad de los textos evangélicos.

Las evidencias históricas son abundantes para probar claramente que las señales que Jesús dejó a sus discípulos como aviso y advertencia con vistas a la próxima ruina de Israel se cumplieron en aquella en aquella «generación» (Mat. 24:34). Después de la conquista de la ciudad santa no quedó ni una sola piedra del Templo. Todos los acontecimientos que condujeron a la «abominación desoladora» constituyeron realmente un «tiempo de gran tribulación», cuyos horrores han quedado descritos para la posteridad por Josefo, testigo de excepción, en sus *Guerras judías*.

A partir de Mateo 24:29 y hasta el versículo 31 se nos resumen los grandes acontecimientos que configurarán la segunda venida; de esta manera se da un gran salto que cubre desde la gran tribulación padecida por los judíos en el año 70 hasta el fin del mundo, «el tiempo de los gentiles», cuando aparezca «la señal del Hijo del Hombre en el cielo», percibida

claramente por todo el mundo —visible y audible—, es decir: la venida de Cristo, la última trompeta, la resurrección de los muertos y el juicio final. Así termina la parte profética del discurso, a la que sigue, en los versículos 32 y 33, una parábola para destacar la importancia y la aplicación de la señal que les había dado para saber cuándo la destrucción de la santa ciudad estuviera cercana. De la higuera —bajo la cual aquella misma tarde de primavera en que Jesús les habló los discípulos seguramente descansaron—, de la higuera tenían que aprender la lección: «Cuando ya su rama está tierna y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, *cuando veáis estas cosas,* conoced que está cerca, a las puertas. De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca» (vs. 32, 33). El verano no había llegado todavía, pero estaba a las puertas ya. La distinción es importante; parece indicar que «todas estas cosas», que tenían que contemplar los contemporáneos de Jesús con sus propios ojos, les mostrarían la inminencia de los eventos predichos; además, señala a aquellos acontecimientos que iban a cumplirse en la misma generación y no en la segunda venida de Cristo. La aplicación, pues, de la parábola de la higuera estéril debe hacerse en conexión con la predicción de la destrucción de Jerusalén y de la comunidad nacional judía en el año 70.

Esta parece ser la interpretación más sencilla y satisfactoria de las palabras del versículo 34, así como de las del versículo 33: *«cuando veáis estas cosas...»* y *«no pasará esta generación...»*. Si aquellos judíos a quienes hablaba el Señor tenían que contemplar los acontecimientos aquí predichos, es de lógica pensar que no pasaría aquella generación sin que todo ello aconteciera. Si, como hace la *Biblia Anotada de Scofield* (p. 994), aplazamos el cumplimiento de estas palabras hasta un futuro lejano, lejanísimo, las mismas se convierten en un semillero de contradicciones; incluso interpretando «generación» como «raza» o «linaje» (v. 34), queda la dificultad del versículo 33 (*«cuando veáis estas cosas»*): ¿cómo iban a verlas los contemporáneos de Jesús si no tendrían cumplimiento sino hasta el cabo de muchos siglos?

Pero hay más. El Señor enfatizó varias veces a lo largo de su ministerio que no habría señal alguna de su inmediata segunda venida. Repitió constantemente que vendría como «ladrón en la noche», inesperadamente, sin advertencia. Si aplazamos la aplicación de las palabras de Mateo 24:33 y ss. hasta un futuro de siglos lejanos después de la fecha en que fueron pronunciadas, estamos contradiciendo la enfática enseñanza de Jesucristo en el sentido apuntado de que no habrá señales que precedan y adviertan de su venida.

Como señaló Edersheim, cuando brotan las hojas de las ramas tiernas de la higuera se nos da una señal del verano que está cerca, señal que indica, no la cosecha —el fin del mundo, el término de la presente edad última de la historia—, sino aquella estación —verano— que precede a la cosecha. Y el detalle es altamente significativo para la interpretación del texto.

Todo cuanto se narra en Mateo 24:15-26 y Marcos 13:14-23 halló cumplimiento en el año 70. Jesús había afirmado que las señales descritas en los versículos 4-14 estaban relacionadas con la catástrofe nacional judía, y, así, también la sección de los versículos 15-28, con su relato sobre la abominación desoladora y el clímax de la gran tribulación, debe entenderse, no de la venida del Hijo del Hombre en las nubes, sino del juicio de Dios sobre el Israel apóstata. La segunda venida, por el contrario, no será precedida por señales, sino que se tratará de un acontecimiento inesperado, repentino y universal.

Es de subrayar que la *«señal del Hijo del Hombre»* en Mateo 24:30 no tiene carácter premonitorio, de aviso, puesto que aparece en el mismo instante en que «todas las tribus de la tierra» verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria, para juntar a sus escogidos, desde un extremo hasta el otro. No hay, pues, *señal* en el sentido de advertencia que pueda servir para conocer el tiempo de su venida. Y esto hace contraste con la sección anterior, en donde los acontecimientos que deben culminar en la desolación de la santa ciudad vienen precedidos por un cortejo tan detallado de advertencias que podrán fácilmente conducir a la identificación de los sucesos que han de llevar a la gran tribulación del pueblo judío. Debe ser así, porque la segunda venida, en los propósitos de Dios, vendrá como «ladrón en la noche», inesperadamente, mientras que la ruina de Jerusalén tenía que ser precedida de toda suerte de señales.

Al igual que en la perspectiva de los profetas del Antiguo Testamento —que solían abarcar el fin del mundo desde la orilla de su propia época—, así también Jesucristo, en rápida visión, después de describir la gran tribulación y todo lo que ella tenía que significar para los judíos, pasa de manera abrupta al fin del mundo, a su venida en poder y gran gloria. Y es así como se cierra la sección profética, propiamente dicha, para dar lugar a los consejos de orden práctico que se derivan de todo lo enseñado. En primer lugar, la parábola de la higuera para que los contemporáneos de Jesús estuviesen sobre aviso y pudieran aprovecharse de las advertencias que se les hacían mientras se acercaba el año setenta. Seguidamente, las consideraciones prácticas en torno a la segunda venida.

Frente a los dos grupos de acontecimientos —frente a estas dos temáticas distintas (el fin de Jerusalén

en el año 70 y el fin del mundo)— el Señor dice claramente que, en un caso, *«no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca»* (Mar. 13:30; Mat. 24:34), pero en relación con la segunda venida sólo cabe velar, orar y vivir santamente, en constante preparación y expectación espirituales, dado que *«del día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles, ni el Hijo, sino el Padre»* (Mar. 13:32; Mat. 24:36).

De ahí que el gran mensaje del discurso profético de Jesucristo se dirija a poner en guardia a los hijos de Dios, para que vivamos en perpetua vigilancia, alertados siempre, en el espíritu de las parábolas de las vírgenes (Mat. 25:1-14) y los talentos (vs. 15-30).

Así, lo que caracteriza la enseñanza bíblica acerca de la segunda venida es el elemento sorpresa; se trata de un evento imprevisible (compárense, entre otros muchos textos, 1.ª Tes. 5:2, 3; Mat. 24:27; 2.ª Ped. 3:10; Luc. 12:39) y ello constituye la clave para interpretar correctamente no sólo el discurso del Monte de los Olivos, sino de todas las demás profecías que tienen que ver con la segunda venida del Señor. Es así como se produce el tremendo contraste entre los acontecimientos que habrán de conducir progresivamente a la destrucción de la nación judía y todo lo relativo al advenimiento en gloria del Señor al final de los tiempos. Para lo primero fueron dadas toda clase de pistas suficientemente concretas y exactas para poder predecir el evento con razonable precisión. Por el contrario, la segunda venida viene anunciada en términos que hacen clara su realidad, pero que, al mismo tiempo, deja ambiguos los detalles. ¿Cuándo volverá el Señor? Del día y de la hora nadie sabe, ni siquiera el Hijo del Hombre puede revelarlo, ya que en tanto que humano y sometido a las limitaciones de su humanidad en los días de su ministerio terreno, no le fue dado hablar sobre este punto. No es voluntad divina que haya señales dema-

siado explícitas que aperciban a los discípulos de la proximidad o lejanía de la segunda venida. Todo nos lleva, más bien, a esperar la segunda venida en cualquier momento, ya que puede producirse en el tiempo más inesperado, en el instante más inadvertido (Luc. 21:36).

No es muy serio el recurso de quienes, tratando de eludir la fuerza del versículo 32 de Marcos 13, arguyen que lo único que queda en la incertidumbre es «el día y la hora», pero no la época, o el tiempo exacto, de la segunda venida. Intentan así poder seguir con su juego de cómputos y cábalas, de calendarios proféticos y esquemas detallados de acontecimientos previos al fin del mundo. Se trata del misterio tocante «al día y la hora» —nos dicen—, pero no al año, al período en que comenzará el fin. ¿Qué impide que tratemos de saber el año o este período del fin? Debería bastar el ridículo que han tenido que sufrir un buen número de sectas que se han atrevido a profetizar tales cosas. Pero aun en el caso de que no queramos escarmentar en cabeza ajena, son —o debieran serlo— suficientes las palabras del Señor en Marcos 13:13, las cuales indican claramente que el tiempo, la época precisa de la segunda venida no es tema revelado (Jn. 12:49) y a ello debemos atenernos: «Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será *el tiempo*.» Jesús quiere hacernos ver la incertidumbre que debe reinar en todo lo referente a su venida en gloria, repentinamente. Nuestro texto lo dice bien claramente: «*Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo*» (v. 33). De modo que no es cuestión tan sólo de «día» u «hora», sino que es el *tiempo* lo que permanece enigmático. Finalmente, la enseñanza de los versículos 33-37, con la parábola que ilustra la enseñanza aquí enunciada por el Señor, no deja lugar a dudas sobre esta cuestión: lo incierto del tiempo de la segunda venida, incerti-

dumbre que se extenderá todo a lo largo y a través del período entero de la ausencia del Señor.

Así como explicó una parábola para ilustrar el significado de sus palabras sobre el período previo a la destrucción de Jerusalén (la parábola de la higuera), así también pronunció otra parábola para ilustrar y precisar la enseñanza concerniente al período que siguió a la destrucción de Jerusalén y en el cual todavía vivimos, período que describe como «aquellos días, después de aquella tribulación» (v. 24) y que Lucas define como «los tiempos de los gentiles» (Luc. 21:24).

El sentido de la primera parábola —que ilustra la primera profecía— estriba en señalar que de la misma manera que sabemos que el verano se acerca, cuando la rama de la higuera está tierna y brotan las hojas, así también la presencia de los ejércitos romanos en Judea será una señal segura de la proximidad del cumplimiento de la profecía acerca de Jerusalén.

No menos clara es la enseñanza de la segunda parábola. Porque el Hijo del Hombre «es como el hombre que yéndose lejos, dejó su casa y dio autoridad a sus siervos, y a cada uno su obra, y al portero mandó que velase» (Mar. 13:34). El Señor mismo se aplica esta parábola, y la aplica igualmente a la enseñanza básica de toda profecía sobre su segunda venida: la incertidumbre, lo repentino de su llegada. En efecto, dice el Señor: «*Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al anochecer o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad*» (vs. 35-37). Es evidente que esta segunda parábola enseña exactamente lo contrario de la primera. La noche se dividía, de acuerdo con las costumbres de aquel tiempo, en cuatro vigilias.

El Señor se refiere a su ausencia como la noche; puede llegar en cualquiera de las cuatro vigilias de la noche. De esta manera, el problema del tiempo de su segunda venida fue dejado, ex profeso, desde el principio dentro de la mayor incertidumbre. Hasta tal punto que, después de la destrucción de Jerusalén, la única manera para nosotros de que el regreso del Señor en gloria no nos tome desprevenidos consiste en velar. No en buscar señales, o en contar fechas, sino en velar. Hemos de procurar que *«cuando venga de repente»* no nos halle durmiendo. Porque esto puede ocurrir en cualquier momento.

El relato de Marcos expone la enseñanza de Jesús de una manera positiva, mostrando la posibilidad de que pueda volver en cualquier momento, en cualquiera de las vigilias de la noche. En Mateo (y también en Lucas 17:24-30) el énfasis es negativo, es decir: se trata de subrayar que *la segunda venida de Cristo no será precedida por ninguna señal específica.*

El regreso del Señor en gloria será como lo acontecido en días de Noé, cuando la vida cotidiana seguía su curso «hasta el día en que Noé entró en el arca» (Mat. 24:37, 38), y como también ocurrió en los días de Lot: «comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban, mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre y los destruyó a todos» (Luc. 17:28-30). La intención de las palabras de Jesús no puede ser más clara.

De estas enseñanzas de Jesucristo se desprende que no hay mayor imposibilidad, extravagancia y despiste espiritual que el tratar de calcular —a partir de cualquier cifra o número que hallemos en la Biblia— el año, aproximado o exacto, el tiempo y las condiciones en que se producirá la segunda venida de Cristo. Si Cristo mismo no quiso saberlo (Mar. 13:32), ni revelarlo, ello supone que no hay en la Escritura ni un solo dato para que nosotros intentemos computar fechas o tiempos.

Esto explica la imposibilidad en que se hallan muchos cristianos de poder aceptar lo que hoy tantos pregonan llevados de su gusto por la escatología ficción; la revelación de Jesucristo al final de una supuesta «gran tribulación» de determinado tiempo (siete años, de acuerdo con la mayoría de dispensacionalistas, o tres años y medio según otros). Los que ubican la revelación de Jesucristo al término de la hipotética «gran tribulación» no son conscientes de que están contradiciendo al Señor mismo, dado que dicha «tribulación» sería una señal segura, infalible, de la inminencia de su segunda venida, y ésta perdería su carácter de sorpresa.

Señales en el sol, la luna y las estrellas

«Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria. Y entonces enviará a sus ángeles, y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo» (Mar. 13:24-27).

Este pasaje podría entenderse en el sentido de que lo que acaece en el sol, la luna y las estrellas son *señales* precursoras de la inminente llegada del Señor de gloria. Pero la enseñanza de Cristo mismo que hemos estado estudiando nos impide tal interpretación. Esta dificultad, por otro lado, nos espolea para investigar y hallar su verdadero sentido en otra dirección.

Un estudio de todos los pasajes paralelos en Mateo, Marcos y Lucas nos hace ver que las señales en el sol, la luna y las estrellas, así como la angustia de las gentes y el desfallecimiento de los hombres

por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán, más que señales precursoras son expresiones de la misma parusía, es decir: forman parte de la manifestación del Señor, como su cortejo. Lejos de advertirnos por anticipado, lo que hacen es proclamar que el Mesías ya está aquí, viniendo en las nubes con poder y gloria.

«El sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria» (Mat. 24:29-30).

Tanto las señales cósmicas como la misma *«señal del Hijo del Hombre»* no sirven como advertencias premonitorias de la segunda venida, sino que son ya la demostración de que Cristo ha llegado. Estas señales no cumplirán una función de advertencia como las que fueron dadas con respecto a la destrucción de Jerusalén, sino que se producirán en el momento mismo en que el Señor aparezca y, por lo tanto, no tienen carácter precursor sino final. *«Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus...»* ¿Por qué este lamento? Porque ya no hay oportunidad, se acabó la época de la predicación del Evangelio; quienes no sean salvos cuando aparezca dicha señal —y las señales cósmicas que la acompañarán como el alba anuncia el día— no pueden serlo ya jamás.

De ahí el énfasis del Señor en que velemos. Y esta vela implica esperar no tanto señales —como fue el caso cuando la destrucción de Jerusalén, para así poder escapar a las montañas lejos de la ciudad asediada por los romanos— como al mismo Señor que viene a buscarnos. La expectativa para nosotros estriba en un devoto anhelo de recibir al Señor; no debemos esperar señales, sino al Señor mismo.

El carácter de las señales cósmicas, como manifestaciones del poder divino que acompaña a la parusía siempre, es evidente porque aparece constantemente en los textos sagrados cuando hablan del «Día de Jehová», el «Día del Señor», anunciado por los profetas (*cf.* Am. 5:18; 8:9; Jer. 4:23-26; Ez. 32:7 y ss.; Mi. 1:3-4; Jl. 2:10; 3:4; 4:15; Is. 13:9-10; 34:4; parece que el Señor citó, sobre todo, estos últimos textos de Isaías). Hay más; no sólo se dan estos signos de estremecimiento cósmico en relación con la segunda venida, sino que acompañan también las teofanías diversas que se mencionan en la Biblia. Toda manifestación de Jehová (por ejemplo en Exodo 13:22) suele describirse con imágenes parecidas; en la parusía se le añaden las más netamente apocalípticas: conmociones terrestres, guerras, hambres y seísmos, sufrimientos y angustias increíbles, catástrofes celestes, el rayo y la nube, y los dolores de parto. Esto ha hecho pensar a algunos comentaristas que se trata más bien de un estilo propio, apocalíptico, que se repite siempre que lo exige el tema de la parusía o la teofanía bíblicas y que, por lo tanto, ha de entenderse, no al pie de la letra, sino en sentido simbólico como expresión de la realidad del fin del mundo. El día de Pentecostés, Pedro citó la profecía de Joel en la que aparecen tales elementos característicos de la *parusía* (Hech. 2:16-21). El apóstol considera cumplida aquel día la profecía de Joel, sin que se hubiesen visto, literalmente, otras señales que las lenguas de fuego (27, 51).

Todavía otros comentaristas son de la opinión de que este brillante simbolismo del lenguaje apocalíptico hace referencia a los poderes políticos del mundo. Todo lo que representa el poder se desmoronará como castillo de naipes. En apoyo de dicha interpretación,

los citados exégetas aportan el constante simbolismo bíblico para aludir a los gobiernos, los estados y cuantos detentan posiciones de mando y poder. Por ejemplo, en Génesis 37:9, 10, el sol, la luna y las estrellas tienen esta connotación. Los textos de Ezequiel 32:7; Joel 2:31 y 3:15, así como Apocalipsis 12:1 parecen orientarnos en dicha dirección política más que astronómica, puesto que el sol hace las veces de figura de autoridad terrena en un sentido amplio, y la luna de menor autoridad, mientras que las estrellas son como personajes prominentes en las altas esferas. «Las *potestades* de los cielos serán conmovidas» (Mat. 24:29), leemos en Mateo, en Marcos y en Lucas. Pablo, en Romanos 13:1, afirma que «*no hay potestad sino de Dios*», y Pedro utiliza la misma palabra cuando se refiere al Cristo ascendido a la diestra del Padre: «ángeles, autoridades y *potestades*» sujetos a El (1.ª Ped. 3:22). Fuere cual fuere la interpretación que diésemos a estas señales en los cielos, la verdad es que «la voz del cual conmovió entonces la tierra, ahora ha prometido: Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo» (Heb. 12:26).

El texto de Mateo (24:29) ofrece una dificultad en la expresión con que comienza: «E *inmediatamente después* de la tribulación de aquellos días (la destrucción de Jerusalén en el año 70) el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor...» Pero, como indica el *New Bible Dictionary,* art. sobre «Matthew», p. 845: «inmediatamente (griego: *eutheôs*) puede tener un sentido mucho más débil (*euthys*), como lo comprobamos en Marcos».

Por otra parte, Mateo, aunque más abundante, es menos ordenado en la presentación del material profético que Marcos o Lucas. La *Biblia de Jerusalén* observa con razón que Mateo, a veces, mezcla los materiales proféticos porque en su mirada se funden

varias perspectivas distintas y lejanas en el tiempo: «Dos perspectivas marcan este discurso: la de la ruina de Jerusalén (que tuvo lugar el año 70) y la del fin del mundo. Es posible que la predicación de Jesús las haya distinguido más netamente (se encuentra en Lucas un discurso distinto sobre su vuelta al fin de los tiempos, cuyos elementos se incluyen aquí en los versículos 26-27, 28, 37-39, 40-41). Pero en el texto actual de Mateo, como en Marcos 13 y Lucas 21, ambas perspectivas están fundidas y mezcladas más bien que yuxtapuestas. Esta fusión misma responde a la verdad teológica. Porque si bien los dos acontecimientos son cronológicamente distintos, tienen entre sí un nexo esencial, ya que el primero es el preámbulo y la prefiguración del segundo. La ruina de Jerusalén señala el fin de la antigua Alianza, con una vuelta visible de Cristo que viene a inaugurar su Reino. Este acontecimiento, decisivo en la historia de la salvación, no se renovará ya hasta el fin de los tiempos, cuando Dios ejecute sobre todo el género humano, ya elegido en Cristo, el mismo juicio que entonces ejecutó sobre el primer pueblo elegido. Por eso la ruina de Jerusalén se describe aquí con rasgos característicos del «Día de Yahvé» anunciado por los profetas —*cf.* Am. 5:18 y ss.; 8:9 y ss.—. Esta intervención de Dios en la historia interesa, más que cualquier otra, a todo el cosmos y anuncia su fin: el verdadero fin del mundo no será más que su consecuencia final y amplificada» (pp. 1336-1337).

Esta interpretación asume que las figuras de lenguaje de los versículos 26-28, aun perteneciendo al estilo apocalíptico, se refieren a la destrucción de Jerusalén (siguiendo el paralelo con Lucas 17:37). Puede hablarse propiamente de una venida de Cristo por su Espíritu para iniciar la extensión de su Reino, mediante la Iglesia, por todo el mundo, después de la destrucción de la ciudad santa. ¿No interroga Je-

sús al perseguidor Saulo con estas palabras: «¿Por qué me persigues?» (Hech. 9:4), cuando en realidad el celoso fariseo perseguía a la Iglesia? La doctrina del Cuerpo de Cristo (*cf.* Fco. Lacueva, *La Iglesia, Cuerpo de Cristo,* CLIE, Tarrasa, 1977) ayuda a comprender este punto. El paralelo de Lucas 17:37 es contundente para dicha interpretación.

Esta mezcla y refundición de elementos apocalípticos para describir las dos profecías del Señor (la gran tribulación y la destrucción de Jerusalén en el año 70 y la segunda venida en gloria del Salvador) es algo evidente desde el comienzo mismo del discurso del Monte de los Olivos, particularmente en Mateo. Por ejemplo, la sección de Mateo 24:1-14 puede entenderse tanto del presente siglo, que abarca toda la edad que va desde la destrucción de Jerusalén hasta la segunda venida, como del período de la gran tribulación previo a la destrucción de la santa ciudad. Es así, porque los elementos son no sólo proféticos, sino, sobre todo, de valor perenne como admonición para vivir en espera de los juicios de Dios (sean los que cayeron sobre Palestina en el año 70, o bien los de los «últimos tiempos»). A pesar de la nota 1 a Mateo 24:34 de la *Biblia Anotada Scofield* (p. 994) de que ninguna de las cosas que se enumeran en Mateo 24:4-14 se cumplieron en el asedio y destrucción de Jerusalén en el año 70, lo contrario es verdad. Los falsos cristos se multiplicaron como las setas en toda la primera mitad del primer siglo (v. 5); y en cuanto a los anticristos, Juan es bien explícito (1.ª Jn. 2:18; 2:22; 4:3; 2.ª Jn. 7; 1.ª Tim. 4:1). «Hubo un número incalculable de pretendientes a la mesianidad en el primer siglo» (*cf.* Mat. 7:15) (*New Bible Dictionary,* ibíd.). En cuanto a las guerras, hambres y pestes de los versículos 6 y 7, no le sería difícil al historiador Flavio Josefo la interpretación de dichas desgracias, como no lo es para cualquier historiador moderno

que conozca la serie de eventos que se desarrollaron en relación con las guerras judías.[1] La persecución y las disensiones internas a que aluden los versículos 9 y 10, describen los problemas más acucientes a que tuvieron que hacer frente los primeros discípulos.[2]

Con estas palabras el Señor demostraba su don profético al predecir el porvenir inmediato de su pueblo: la infidelidad del judaísmo, denunciado a lo largo de todo su ministerio; su vocación al deicidio, que culminó con la crucifixión del Hijo de Dios; su endurecimiento, que halló bien pronto expresión en las persecuciones de que hicieron objeto a las comuni-

---

1. «El versículo 7 incluye "terremotos en diferentes lugares" en la lista de calamidades descritas. Sin embargo, no es necesaria esta traducción, la cual, como señalan muchos exégetas, se debe a que los traductores han atribuido un carácter apocalíptico a dichas palabras. En arameo, el término *zou'â* quiere decir "agitación, conmoción, tumulto, temor, temblor" (que no tiene que ser siempre de tierra, puede ser personal), etc.; y en la traducción griega *seïsmo* equivale a "conmoción, temblor de tierra y resquebrajamiento". El sentido que se impone más naturalmente en esta porción es el de conmoción, agitación y temor o temblor de las almas. Se trata del miedo que cundió en Palestina por los acontecimientos producidos allí con motivo de la insurrección judía del año 70 contra los romanos y la guerra que siguió. Todo el país fue azotado por las consecuencias de esta guerra, arruinado y vejado por los ejércitos romanos, vengativos y crueles. La contienda comenzó el 3 de junio de 66, alcanzó su virulencia máxima en el año 70 y terminó definitivamente con el total asolamiento de Palestina en el año 73, el mes de mayo. Tan sólo los cristianos pudieron salvarse, porque sólo ellos hicieron caso de las advertencias de Jesús. Se sabe, con certeza, que muchos huyeron a Pella en el 68» (Georges Gander, *L'Evangile de l'Eglise,* Labor et Fides, Genève, 1969, p. 417).

2. G. D. Kilpatrick, *The Origins of the Gospels According to St. Matthew,* 1946, pp. 101-123: «El judaísmo hostil, a que se refiere Mateo 24:9, no era solamente el del tiempo de Jesús, sino también el de los años 70 a 135, cuando los rabinos acusaban al cristianismo en todas partes de herejía, catalogán-

dades cristianas primitivas en todas partes; su falso mesianismo, que les acarreó un sinnúmero de dificultades y problemas político-nacional-religiosos; todo esto tenía que abocar en el desastre final del año 70. Roma estaba ya cansada de aquellas gentes, y Dios también, por lo que permitió que como antaño Asiria y Babilonia fueran el brazo ejecutor de su ira, en esta ocasión el gran Imperio latino desempeñó esta función. Dentro de aquellas circunstancias, sin embargo, el Señor se encargaría de guardar a los suyos y aun servirse de ellos para un testimonio eficaz (Mat. 10: 17-21). Comentando las palabras *«os entregarán a tribulación»,* G. Gander escribe: «Los judíos del año 70 en Palestina no podían hacer otra cosa sino perseguir, encerrar y aun matar a los discípulos del Nazareno, presos del temor de que acaso, de una manera o de otra, fueran partidarios de Roma; en cualquier caso, sabían que eran enemigos del nacionalismo judío radical, causa principal de la conflagración. Y esto será *«por causa de mi nombre».* Los doce, los setenta, los discípulos en general, no querían saber

---

dolo como una secta judía más e igualmente despreciable que las otras sectas. En aquel entonces, la iglesia judeocristiana no se había desligado aún totalmente de su patrimonio judío, sino que se consideraba, al contrario, como el judaísmo verdadero.» P. Bonnard, en su Comentario a Mateo, escribe que el evangelista «ha introducido en estos versículos (10-13) una descripción de los odios internos y externos, pero sin hacer mención explícita de las sinagogas, los gobiernos o los reyes de Marcos 13:9». Vemos, pues, que no sólo antes del año 70 sino incluso después (hasta el 135 al menos) podría aplicarse este pasaje a las condiciones de vida a que estaban sujetos los discípulos de la Iglesia primitiva. Georges Gander sitúa este pasaje antes del año 70: «Es evidente que las autoridades que tan triste papel jugaron en la muerte de Jesús (Mat. 26:3 y ss.), en el encarcelamiento de los apóstoles (Hech. 5:17 y ss.) y en la ejecución de sus discípulos (Hech. 6:8 y ss.), incitaron a "todas las gentes" para que aborrecieran a los cristianos (*cf.* Hech. 9:1 y ss.)» (G. Gander, *op. cit.,* p. 419 y ss).

otra cosa sino a Jesucristo crucificado y Señor de la Iglesia; colocaban el Evangelio por encima de todo otro interés. Tal actitud les convirtió antes en cristianos que en judíos. Cuando surgieron las primeras escaramuzas con los romanos, en el año 66, y luego en plena guerra, en el 68, los cristianos sabían —porque lo había predicho su Maestro— que no podían esperar sino persecución y odio. De ahí que muchos huyeran a Pella y otras regiones. Como resultado de estas dificultades *«muchos tropezarán»,* los tibios, los indecisos, y en su decaimiento espiritual llegarán a la delación del hermano fiel, sembrando odios donde sólo debiera haber amor (v. 10); es el sino inevitable de la apostasía. Y se levantarán *«falsos profetas y engañarán a muchos»* (v. 11). El Sermón de la Montaña presenta ya a esta clase de embusteros (Mat. 7:15). *«Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará»* (v. 12). Apagada la fe, el amor que se nutre de ella tiende igualmente a desaparecer; se trata, por supuesto, del amor cristiano: el amor a Dios, a los hermanos y al prójimo. «Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo» (v. 13). *«Y será predicado este Evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin»* (v. 14). La Buena Nueva deberá ser predicada en todo el mundo, la *oikoumene,* es decir: la tierra habitada. Pero este concepto, en el lenguaje bíblico, suele quedar restringido a la tierra, o mundo, conocidos por el autor del texto siempre. El sentido, en cuanto amplitud, debe entenderse siempre condicionado a los horizontes que del mundo tenía cada escritor sagrado. La *Biblia de Jerusalén* (pagina 1337) —siguiendo en esto a los mejores eruditos— traduce *oikoumene* por el mundo greco-romano. Y comenta: «Es preciso que, antes del castigo de Israel, todos los judíos del Imperio hayan oído la Buena Nueva, *cf.* Rom. 10:18; el "testimonio" llevado ante los pueblos valdrá, en primer lugar, contra el judaís-

mo infiel, *cf.* ya Mat. 10:18. *El Evangelio llegó, efectivamente, a todas las partes vitales del Imperio Romano ya antes del año 70, cf. 1.ª Tes. 1:8; Rom. 1:5, 8; Col. 1:6, 23.* Y entonces vendrá el fin; es decir, la caída de Jerusalén» (el subrayado es nuestro). Pablo era consciente de haber llenado todo el *oikoumene* conocido por él del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo; de modo que es perfectamente posible interpretar todo esto como cumplido antes de la caída de Jerusalén.

Añádase a ello el texto arameo que G. Gander —investigador en dicha vertiente textual y con ayuda de todos los manuscritos existentes— ofrece del versículo 14: «*Tal es la Buena Nueva del Rey de los cielos. Será menester proclamarla en el mundo entero, como un testimonio a todas las naciones. Y entonces, solamente entonces, podrá operarse la renovación efectiva (o la regeneración).*»[3] Esta versión daría todavía más fuerza a la aplicación del versículo 14 —como hace la *Bablia de Jerusalén*— a la caída de Jerusalén, puesto que después de tal evento se inicia el avance en amplitud y profundidad del Evangelio que regenera y el Reino transformador penetra en todos los países.

La expresión «*y entonces vendrá el fin*» puede igualmente entenderse como el anuncio del último tiempo, no necesariamente la segunda venida, sino «los últimos tiempos» del testimonio evangélico que preceden desde el primer siglo a la parusía, según hemos estudiado ya. «El fin», pues, será el de la antigua Alianza, significada por la destrucción del Templo (Mat. 27:51).

Pero habiendo dicho todo esto, volvemos a insistir en que Mateo mezcla elementos apocalípticos del final para describir la ruina de Israel, con lo cual creemos

3. G. Gander, *op. cit.*, p. 418.

que esta sección (Mat. 24:9-14), tanto más que la anterior (vs. 5-8), contiene advertencias de un carácter muy general y universal y así pueden aplicarse igualmente, por extensión, a las generaciones que habrán de vivir antes de la segunda venida, como lo fueron a los contemporáneos del Salvador. La variedad de instrucción espiritual, y no sólo profética, confiere a todo este pasaje un valor incalculable que va más allá de su primera aplicación en el primer siglo.

Esta mezcla y refundición de estilos apocalípticos y distintas profecías es algo que debe tenerse en cuenta, por consiguiente, cuando estudiamos la sección de Mateo 24:27-28, pues resulta evidente que, por el paralelo con Lucas 17:37, se refiere al tiempo iniciado con la destrucción de Jerusalén, cuando el Reino de Dios comenzará a venir sin advertencia (Luc. 17:20 y ss.), es decir: nuestro presente siglo hasta la segunda venida en gloria del Señor. El lenguaje, no obstante, se torna más y más apocalíptico con la imagen del relámpago (Mat. 24:27). Finalmente aboca a lo específicamente apocalíptico: el momento de la segunda venida, en el versículo 29 que sigue. No debe extrañarnos, en todos los profetas del Antiguo Testamento hallamos un proceder y un estilo idénticos. Después de anunciar los castigos de Dios sobre su pueblo, castigos más o menos próximos, pero siempre cercanos, el profeta solía anunciar la esperanza final, la seguridad bendita del «Día del Señor, el «Día de Yahvé», en que todas las cosas serán hechas nuevas previo el juicio universal. Dentro de este esquema, clásico en los profetas, Mateo ha recogido las palabras del Señor para profetizar que el castigo inminente será la destrucción del Templo. Inmediatamente salta (v. 29) el tiempo que va «después de la tribulación de aquellos días» a la aparición del Hijo del Hombre en el cielo, con las señales cósmicas que ya

hemos comentado, señales que no son tanto indicios de la segunda venida como aspectos de la misma.

En la misma línea de los profetas —primeramente las circunstancias contemporáneas y luego las del Día del Señor—, el discurso del Monte de los Olivos hace una primera referencia a lo inmediato y luego a la *parusía* definitiva cuando venga el Hijo del Hombre en las nubes. Observemos que, para los primeros discípulos, la destrucción del Templo y el fin del siglo con la segunda venida del Señor no eran dos eventos separados por siglos, sino un mismo y único acontecimiento (Mat. 24:1-3); de ahí que el Señor tenga que hacer diferencia entre ambos, aclarando constantemente: «*Mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin*» (v. 6); no confundáis las cosas: «*Vosotros mirad; os lo he dicho todo antes*» (Mar. 13:23) en relación con la destrucción del Templo y de Jerusalén. Pero «*de aquel día y de la hora* (definitivos, es decir: el día y la hora de la segunda venida) *nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo...*» (Mar. 13:32).

Después de la muerte, resurrección y ascensión del Señor, los discípulos han comenzado a comprender. Con la ayuda del Espíritu Santo, tras los eventos del 70, la comprensión será total. Pero antes ya de esta fecha, cuando Pablo escribía a los cristianos de Tesalónica, la enseñanza esactológica estaba bien definida, sin las confusiones primeras. «Porque vosotros sabéis perfectamente —les escribe— que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón» (1.ª Tes. 5:2 y ss.). Los cristianos no estamos en tinieblas porque somos hijos de luz; ahora bien, esta luz no estriba en cronologías

proféticas, o mapas de acontecimientos premonitorios del Día del Señor. Ser hijo de luz, vivir en la luz, equivale a velar en oración y en fidelidad, a la espera no tanto de señales como del Señor mismo: «¡Ven, Señor Jesús, ven pronto!» (Apoc. 22:20-21) es el anhelo del creyente maduro y sensible espiritualmente hablando.

Finalmente, una puntualización se hace necesaria: la interpretación que hemos dado a lo que comúnmente se conoce como «la gran tribulación» no pone en duda que quedan muchas tribulaciones en la experiencia futura del pueblo de Dios. Muchas aflicciones sobrevendrán a los fieles, y muy particularmente al final de esta presente edad, al término de los «últimos tiempos». Todo ello seguido, como clímax, de las copas de la ira de Dios (Apoc. 15:1 y ss.). En ninguna parte de la Escritura se dice que los cristianos, la Iglesia, se verán libres de tribulaciones al final de la historia. Más bien lo contrario es verdad.

Pero, independientemente de la naturaleza y la severidad de los sufrimientos que todavía tienen que venir al mundo y a la Iglesia, aquella concreta tribulación de los años 66-73 de nuestra era —que culminó con la destrucción del Templo y de la ciudad de Jerusalén en el 70—, y a la que el Señor llamó «la gran tribulación» y «días de retribución», «*fue la ejecución del juicio divino sobre el pueblo judío, el pueblo del profeta Daniel, y sobre la santa ciudad, para dar fin a la antigua Alianza en términos de judaísmo. El brazo ejecutor de aquella "gran tribulación" fue el Imperio Romano, cuyos ejércitos iban mandados por Tito. La "gran tribulación" es, en conclusión, una profecía cumplida*» (Ph. Mauro).

BIBLIOGRAFIA

FLAVIO JOSEFO, *Las guerras judías.*

ALFRED EDERSHEIM, *The Life and Times of Jesus the Messiah,* 1890.

JAMES FARQUHARSON, *Daniel's Last Vision and Prophecy,* 1838.

EDWARD J. YOUNG, *The Prophecy of Daniel,* 1949.

— *The Messianic Prophecies of Daniel,* 1954.

— Art. «Daniel», en *The New Bible Commentary,* 1960.

H. C. LEUPOLD, *Exposition of Daniel,* 1949.

J. C. WHITCOMB Jr., *Darius the Mede,* 1959.

— Art. «Daniel», en *The New Bible Dictionary,* 1962.

R. D. WILSON, *Studies in the Book of Daniel,* 1917.

W. S. LASOR, *Amazing Dead Sea Scrolls,* 1956.

R. P. DOUGHERTY, *Nabonidus and Belshazzar,* 1929.

PHILIP MAURO, *The Seventy Weeks and the Great Tribulation,* 1919.

ALBERT BARNES, *Notes on the Book of Daniel,* 1855.

ROBERT D. CULVER, art. «Daniel», en *The Wycliffe Commentary,* 1969.

E. W. HENGSTENBERG, *Christology of the Old Testament,* 1854 (vol. I).

JAVIER GONZAGA, *Concilios,* 1965 (Vol. I).

JOSÉ GRAU, *Escatología,* 1977.

— *Orígenes de la escatología dispensacionalista,* 1978.

— *Apocalipsis,* 1977.